

WOLFFSON

Isak Dinesen
CARNAVAL
y otros cuentos

Traducción de María José

QUER
LECT
NOCT
EN
ON
BE
TU
AR
MA
LE
UN
CH



Carnaval y otros cuentos recoge once relatos publicados tras la muerte de Isak Dinesen en 1962. Estos cuentos fueron escritos en diferentes etapas de la vida de la autora y muestran su amplia variedad de intereses literarios y personales, así como su magistral técnica. Algunos de estos relatos están entre los mejores y más originales de su producción, como por ejemplo «Caballos fantasmas» y «El oso y el beso». En Nórdica sentimos un aprecio especial por Isak Dinesen, pues su escritura nos parece llena de una honestidad e inteligencia que nos hacen recuperar el gusto por las historias bien contadas.

ISAK DINESEN

Carnaval y otros cuentos

Traducción de Jaime Silva

Nórdica

Sinopsis

Carnaval y otros cuentos recoge once relatos publicados tras la muerte de Isak Dinesen en 1962. Estos cuentos fueron escritos en diferentes etapas de la vida de la autora y muestran su amplia variedad de intereses literarios y personales, así como su magistral técnica. Algunos de estos relatos están entre los mejores y más originales de su producción, como por ejemplo «Caballos fantasmas» y «El oso y el beso». En Nórdica sentimos un aprecio especial por Isak Dinesen, pues su escritura nos parece llena de una honestidad e inteligencia que nos hacen recuperar el gusto por las historias bien contadas.

Traductor: Silva, Jaime

Autor: Dinesen, Isak

©1975, Nórdica

ISBN: 9788415564522

Generado con: QualityEbook v0.75

CARNAVAL Y OTROS CUENTOS

Isak Dinesen

Traducción de Jaime Silva



Título original: *Karneval og andre fortaellinger*

© 1975, 1985, 1994 by Rungstedlundfonden

Published by agreement with the Gyldendal Group Agency

© De la traducción: Jaime Silva

Edición en ebook: febrero de 2013

© Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B 28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN DIGITAL: 978-84-15564-52-2

Diseño de colección: Marisa Rodríguez

Corrección ortotipográfica: Ana Patrón

Maquetación ebook: Caurina Diseño Gráfico

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

Autor

LA FAMILIA CATS

TÍO THÉODORE

CARNAVAL

EL ÚLTIMO DÍA

TÍO SÉNECA

EL HOMBRE OBESO

ANNA

CABALLOS FANTASMAS

LA DAMA ORGULLOSA

EL OSO Y EL BESO

EL SEGUNDO ENCUENTRO

Contraportada



Isak Dinesen, Karen Christence Blixen-Finecke

(Rungstedlund, 1885-1962)

Karen Christence Blixen-Finecke. Escritora danesa. De raigambre aristocrática, se casó con su primo, con quien se dedicó en Kenia al cultivo de café. La pareja se divorció en 1925 y ella quedó a cargo de la plantación hasta que por la caída de los precios en 1931 se vio obligada a venderla y regresar a Dinamarca. Si bien ya había publicado algunos trabajos, es entonces cuando comienza su carrera literaria bajo diversos seudónimos, el más conocido de los cuales es Isak Dinesen, con el que publicó una serie de apuntes autobiográficos sobre su vida en África.

Fue una magnífica escritora de cuentos y entre sus libros destacan *Cuentos de invierno*, *Siete cuentos góticos* y *Anécdotas del destino*. En esta misma colección hemos publicado *Carnaval y otros cuentos*, y en nuestra colección de libros ilustrados ha aparecido *El festín de Babette*.

LA FAMILIA CATS

QUERIDOS lectores, no quisiera engatusaros con algo que después tuvieseis que lamentar haber leído. He aquí un cuento cuyo único mérito es la excelencia de sus principios morales.

Hace cien años había en Amsterdam una familia —puede que aún esté allí—, que, aunque pertenecía a la burguesía, sobrepasaba a todas las demás en honestidad y rectitud. Como esto se prolongase a lo largo de muchos años, y su gran honestidad y rectitud pareciera transmitirse de padres a hijos, ser un miembro de la familia Cats equivalía a ser una persona superior. Ocupaban los cargos más elevados del país, tanto eclesiásticos como seculares, y lo hacían de acuerdo con los deseos de toda la población, pues no solo eran reconocidos como honestos, sino como capaces —prudentes, enérgicos— y muy ricos.

Al mismo tiempo, una desgracia perseguía a la familia Cats, de la cual esta no cesaba de lamentarse; siempre existía entre sus miembros uno que gozaba de tan mala reputación como buena era la del resto, es decir, que era precisamente la clase de persona que recibe el nombre de oveja negra, pero en esta familia eso resultaba más deplorable e inverosímil que en cualquier otra. Aun cuando en la familia todos los progenitores tenían presente este destino aciago, y hacían todo lo posible por educar a sus hijos como auténticos Cats, no conseguían evitarlo, porque apenas fallecía algún inveterado pecador, y, libres de él, podían respirar más tranquilos, uno de los jóvenes miembros de la familia se hallaba ya listo para tomar el relevo.

Al repasar la historia de la familia, celosamente archivada y conocida por todos, se veían obligados a admitir, junto a los excelsos nombres de dignos ciudadanos, obispos piadosos y rectos, alcaldes, virtuosas esposas y madres, una lamentable lista de nombres pertenecientes a fallecidos bribones. Aquellos que podían rememorar tiempos muy remotos, citaban al viejo Jeremías Cats que terminó siendo pirata; a Adrián Cats, quien por cierto, había sido el niño mimado de la sociedad de Amsterdam hasta que se supo que tenía, aparte de su esposa en Amsterdam, una mujer en Utrecht, otra en Haarlem, y dos más en el extranjero; a Cornelius Cats, todavía mencionado cuando se quiere tildar a alguien de avaro; a Petrus, el hijo del obispo, quien no podía resistirse a los juegos de azar y las apuestas, y jugó al *Zeven-Eleffen* con Meir Goldsmet, de Lisboa, prometiendo convertirse al judaísmo si perdía, y quien para pagar otra deuda de juego vendió todos los vitrales de la iglesia de Saint Bavo, en Haarlem; a Jonás, que, llevado por la pasión, mató a su hermano, sacó un ojo al almirante Dudok de Wit, y tuvo que huir de su patria.

Mientras todos hacían lo posible, como ya se ha dicho, por educar a sus hijos de tal modo que pudiera evitarse esta desgracia, los peores infortunios caían sobre ellos cuando menos lo esperaban; así sucedió con Amelie Cats, la chica más bella de Amsterdam, quien salió de la ciudad una agradable mañana de verano acompañada de su profesor de canto, y jamás regresó. Desde aquel día su nombre no volvió a ser pronunciado. (Más tarde hizo fortuna al casarse con un rico mercader de esclavos y pasó el resto de sus días en Java. Cuando su sobrino, el joven Petrus Cats, que se iniciaba en las actividades comerciales, fue allí en uno de los barcos de su padre, ella dio una gran cena en su honor, durante la cual el muchacho no supo qué actitud adoptar. Su tía, con gran orgullo y emoción, brindó por él y por la familia, como si no existiese ni nunca hubiera existido la menor tirantez, y acabó besándole, cosa que aumentó todavía más la confusión del joven, que no hacía sino pensar en lo que dirían en casa.)

A la muerte de Amelie creyeron que por fin tendrían paz. Sin embargo, pronto volvieron a sentirse intranquilos, pues Jeremías, el más joven y talentoso, que estudiaba en La Haya, empezó a frecuentar

malas compañías, a contraer deudas, y temieron que siguiera sus pasos.

No estaban errados, porque al año siguiente fue expulsado de la universidad, y antes de que pasara otro año, había provocado tantos escándalos en Amsterdam, que tuvo que abandonar la ciudad y el país; en el transcurso del tiempo, fueron enterándose, con gran pesadumbre, de sus múltiples fechorías, llevadas a cabo en el extranjero.

Pero, después de desarrollarse así las cosas durante una centuria, el destino pareció estimar que ya era suficiente.

Una tarde de primavera, mientras varios miembros de la familia estaban reunidos en casa del joven Petrus Cats, para celebrar el bautizo de su primogénito, ahora el más joven de todos los Cats, mientras el hielo se derretía en los canales y el aire se cernía sobre la ciudad como una leve niebla dorada, entró Vrouw Emerenze Cats a consultarles un asunto.

Todos se sintieron felices y emocionados por su visita, le cedieron la mejor silla, le ofrecieron chocolate, frutas confitadas, tarta de miel, e intentaron que el bebé la besara. Pero ella les interrumpió sin miramientos.

—He venido a hablaros de otra cosa —dijo—. Aunque debo reconocer que, por lo que a mí respecta, la noticia que traigo es buena, no habría perturbado vuestra felicidad de hoy si no fuese necesario... Mi hijo Jeremías vuelve a casa.

Como no sabían qué decirle, todos se quedaron callados. Por fin, el viejo Cats, padre de Petrus tomó la palabra.

—Me alegro. Me alegro de oír esa noticia —dijo, pero se le notaba confundido.

—Gracias —replicó Vrouw Emerenze—, sin embargo no he venido hoy hasta aquí para obligaros a ser amables conmigo. He venido a haceros una pregunta. Ninguno de vosotros ignora que en el mundo existe una nobleza a la que pertenecen todas las personas honradas. Gracias al cielo, nosotros y todos nuestros parientes formamos parte de ella desde la cuna. —Ella también había nacido en el seno de la familia, pues era hermana del viejo Cats y se había casado con un primo—. Por nuestra sangre tenemos derecho a contarnos entre ellos; hemos sido llamados la conciencia de la nación y agradezcamos a Dios que así sea. Pero sé que mi hijo ha perdido ese derecho. Se ha marginado por su propia voluntad y a nadie se le ocurriría mencionar su nombre al referirse a nosotros. Por tanto, me parece oportuno preguntaros (en realidad os lo consultaré individualmente uno por uno), si estáis dispuestos a aceptar a Jeremías entre vosotros y a permitirle que regrese. Os conmino a responder honestamente y de acuerdo con vuestro criterio; si rehusáis, sabré que lo habéis hecho porque os parece lo más justo.

En realidad se dirigía al viejo Petrus Cats, pues ninguno de cuantos se hallaban ahora en casa de su hijo hablaría antes que él. No se daba prisa en responder, y mientras los presentes pensaban, ora que iba a dar su consentimiento, ora que se disponía a negarlo, permanecía sentado en silencio. Sabían que estaba repasando mentalmente toda la vida de Jeremías, desde la época en que era un niño cuidadosamente peinado, que aventajaba en apostura e inteligencia a los demás vastagos de la familia reunidos en su casa para la cena de año nuevo, pasando por la época en que echó al joven sus primeras reprimendas en nombre de su difunto padre, hasta últimamente, cuando toda noticia sobre Jeremías no era sino un presagio de infortunios. Con los años, el viejo Petrus Cats se había vuelto más caritativo, y cuando por fin habló, dijo lo siguiente:

—Pues bien, contestaré de acuerdo con lo que siento. Mi respuesta es un sencillo sí; lo aceptaremos entre nosotros. Que sea bienvenido al hogar.

La vieja Vrouw Emerenze se deshizo en lágrimas, pues conocía el valor de la clemencia proveniente de un miembro de su familia, y por el momento no pudo decir palabra. El anciano Petrus

Cats también estaba conmovido.

—De ninguno de nosotros oírás la menor referencia a los pecados de su juventud —dijo—. Su lugar está entre nosotros y le recibiremos como a un miembro más de la familia. Ya que estamos en el tema, debo confesarte que a veces pienso que papá y mamá fueron demasiado severos con Amelie.

—Sé —dijo Vrouw Emerenze— que la familia siempre ha procurado que prevalezca la justicia; pero a causa de mi hijo, hoy me encuentro en posición de valorar un juicio benévolo de muy distinta manera a como lo hubiese hecho antes. Me iré de este mundo llena de agradecimiento por vuestra respuesta.

Debido a la solemnidad de la conversación, su hermano la acompañó hasta el carruaje y, mientras los dos ancianos salían, los demás permanecieron en silencio.

No bien habían desaparecido cuando el joven Petrus Cats habló.

—Ha sido un grave error —dijo.

Los otros, asombrados y ofendidos, se volvieron hacia él y le preguntaron qué significaban sus palabras.

En cierto modo el joven Petrus Cats les hacía sentirse orgullosos, pues era un hábil comerciante, y además de versado en filosofía e historia, había estudiado matemáticas, astronomía, e incluso astrología para su propio placer, y sabían que de no haber sido un Cats hubiese sido un famoso erudito. Tenía débil la vista y bizqueaba al hablar, pero en compensación su boca era grande, bien dibujada, y sonreía con frecuencia.

—Es un error por dos razones —dijo—. La primera es que, cuando hablamos de justicia, debemos recordar que tan erróneo es decapitar a un inocente como dejar en libertad a un culpable. Este es un paso en falso que el destino utilizará en contra nuestra si algún día nos quejamos de su injusticia. ¿Acaso podremos protestar si el destino pierde a hombres honestos y encumbra a los que no lo son? La justicia debería ser todopoderosa; sufriremos las consecuencias de esto durante veinte años.

—Pero, ¿y la misericordia, mi querido Petrus? —dijo su tío, el obispo, en tono reflexivo—. ¿Qué me dices de la misericordia?

—Esa es la segunda razón —contestó Petrus—. Tío Cornelius, la misericordia no debiera desplazar a la justicia... Podemos servir al mundo de dos maneras: volviendo atractiva la virtud o haciendo repulsivo el vicio. El mundo entero descansa en el principio de que la virtud es premiada, ¿sin embargo, quién lo creerá si no lo ve? He aquí la razón por la cual el país nos está agradecido: hemos demostrado las excelencias de la virtud. Por nuestra posición en el mundo, la familia tiene dos motivos de regocijo: la virtud ha progresado, y nosotros con ella. Pero Jeremías abandonó la virtud y esto debería hacer que el vicio fuese más reprobable. Si él estuviese picando piedras en la carretera, o mendigando por las calles, ni vos, tío Cornelius, ni vos, tía Carolina, seríais un mejor ejemplo para la juventud. Nadie de entre nosotros sería mencionado con mayor frecuencia al hablar de moral a los niños. ¡Estáis destruyendo la única posibilidad que tiene Jeremías de servir al mundo! —exclamó el joven Petrus.

Digamos que este es el fin de la primera parte del relato sobre la familia Cats.

El asunto ya ha sido planteado; Jeremías volvió, como el hijo pródigo, y dos meses después la vieja Emerenze Cats falleció y fue enterrada. Jeremías vivió en su casa; tenía poco contacto con los demás, pero cuando empezaron a verle con mayor frecuencia, terminó por agradarles; la opinión general, y así se lo decían unos a otros, era que resultaba gratificante comprobar lo auténtico de su transformación.

Un año después de la muerte de Vrouw Emerenze Cats, un día de calor bochornoso y pesada calma, Petrus Cats envió un mensaje a Coenraad, su hermano menor, el más capacitado de los jóvenes

comerciantes de Amsterdam, pidiéndole que fuera a verle en cuanto tuviese la oportunidad. Coenraad se presentó en casa de su hermano esa misma tarde; recorría las calles tan sumido en sus pensamientos que sus conocidos, al cruzarse con él en el tibio atardecer de verano, no obtenían respuesta a sus saludos. Ignoraba el motivo por el cual su hermano le había llamado, y pensaba: «Tal vez es cierto lo que he escuchado, que tiene problemas con su negocio, y querrá que le ayude. Ya veremos».

Una vez que Coenraad hubo saludado a la mujer de Petrus y al niño y los dos hermanos se encontraron solos en el estudio, Petrus fue el primero en hablar.

—Por mucho que te sorprenda lo que voy a decirte, puedes estar seguro de que nunca he hablado tan en serio como en esta ocasión.

Coenraad pensó: «Está muy pálido, y suele estarlo cuando tiene preocupaciones. Sea lo que sea lo que anda mal, debe de ser muy grave y por eso recurre a mí, si bien es cierto que en asuntos de negocios los lazos familiares no son lo que cuenta». Sin embargo no dijo nada y continuó sentado, fumando en silencio.

—Desde muy joven vengo reflexionando sobre el destino —dijo Petrus—. Sí, este ha sido el objeto primordial de mi atención; lo he considerado en todo orden de cosas; en mis negocios, en mis estudios, en mi matrimonio; en cualquier coyuntura sus leyes han sido lo más importante para mí; aun cuando los acontecimientos me fueran adversos, constituían una enseñanza moral tan valiosa, que esto último compensaba lo anterior. Te explico todo esto para que me escuches en silencio hasta que haya terminado.

«Qué fácil es culpar al destino», pensó Coenraad Cats.

—Un sino terrible y extraño se cierne sobre nosotros —dijo Petrus—. No sé si se trata de una maldición, pero en este momento se ha convertido en algo maligno que compromete nuestras vidas, sí, y aún más que eso.

»Somos superiores a los demás —continuó Petrus Cats—, solo porque siempre uno de los nuestros ha cargado con el peso de los pecados de toda la familia. Los errores que pudieron estar distribuidos entre todos nosotros se acumulan en uno solo de los nuestros, que es quien nos deja libres de culpa.

»Nicolaus Cats cargó con nuestros pecados y eliminó para siempre de nuestra familia la falsedad; Petrus también cargó con ellos y desde entonces tememos el mero contacto con los naipes; Cornelius cargó con ellos y desde su época hemos ayudado a los pobres más que cualquier otra familia en Holanda; tía Amelie cargó con ellos y ahora nuestras chicas son las más virtuosas del país. Pero, al reformarse Jeremías, es cuando realmente nos ha golpeado la desgracia, y si no encontramos una pronta solución estaremos perdidos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Coenraad.

—Bueno —dijo Petrus—, ojalá se tratase solo de que estoy loco, pero este no es el caso. Nuestro prestigio es tan grande que a nadie se le ha ocurrido siquiera pensar que estamos en decadencia. Tal vez nunca nadie lo piense, y entonces, este sería el más terrible aspecto de nuestra desgracia, pues significaría que el daño que podemos causar no tiene límites, puesto que somos un ejemplo para toda la población.

—Míranos —dijo Coenraad a su hermano—, ¿no somos acaso los mismos de hace un año y medio, antes de que Jeremías tuviera la fatal idea de reformarse y volver a casa? ¿No lo somos?

—Empezó muy poco después del retorno de Jeremías —dijo Petrus—. Fuimos cayendo uno por uno; no sé si quedará alguno de nosotros que sea digno de llevar el apellido Cats. Mira al tío Cornelius, recuerda cómo todo Amsterdam volvía a casa desde su iglesia como si hubiesen pasado una hora en contacto directo con el cielo. Ayer, en esa misma iglesia, bendijo el matrimonio

morganático del Príncipe Moritz y Antoinette van Waffelbacker. Debido a su influencia, esto repercutirá en todos los matrimonios de Holanda. Mira a tía Carolina, considerada modelo de todas las esposas y madres holandesas... ahora nadie puede negar que causó un gran daño a los Smets para beneficiar a sus propios hijos. Piensa en cómo tío Jonás abandonó a la familia empobrecida de su esposa. Piensa en tío Klaaes, quien ocultó su libro sobre la Trinidad al publicarse la declaración del concilio eclesiástico sobre herejía. Sí, y no he hecho más que mencionar las cosas conocidas por todos —continuó Petrus—. No he mencionado ni uno solo de los rumores que circulan, o habría tenido que referirme a algo a lo que me obligan las actuales circunstancias, algo que debemos rogar al cielo no sea cierto: que Nicolaus tiene una amante en Prinsengracht. También tendría que haber aludido a lo que toda la ciudad comenta: Wilhelmina, la joven esposa del alcalde, tiene un amante. Si no me crees, entonces piensa en Emerenze, nuestra propia hermana, de la que estamos tan orgullosos, que se vendió al idiota más redomado de Holanda por un nombre distinguido. ¿Hacían esto antes nuestras jóvenes? Ninguno de nosotros es lo que solía ser; ni siquiera yo, sentado ahora frente a ti, hablando en vez de lamentarme y arrancarme los cabellos; pues debo confesarte que también me he visto afectado y he sentido una especie de satisfacción al comprobar que no somos mejores que los demás. Sí, con cada nueva desgracia he experimentado una satisfacción casi intolerable.

Después de esta confesión, Petrus se quedó un momento callado y profundamente conmovido; Coenraad, que le había escuchado con creciente atención, primero se sonrojó intensamente, y luego, como la heroína de una novela, se puso blanco como el papel.

Cuando Petrus volvió a hablar, dijo:

—Dime la verdad, ¿eres el mismo de antes de que Jeremías volviera a casa?

No bien había terminado de decir esto, cuando Coenraad se puso de pie y lo golpeó en la cara, haciéndole caer hacia atrás; luego se miraron, llenos de furia y consternación.

—Debí haberlo imaginado —dijo finalmente Coenraad—. No has renunciado a tus viejos hábitos de la infancia y te consideras mi juez. Pero no quiero que te entrometas en mis asuntos, no sabes nada de negocios, toda tu vida has estado descontento porque te viste obligado a ser un mercader y no pudiste dedicarte al estudio de las estrellas.

Mientras hablaba, sintió que lo que decía era completamente falso, y haciendo un enorme esfuerzo logró callarse, se dio la vuelta y fue hacia la ventana. Miró hacia afuera, preso de una violenta agitación, como alguien que, al no estar acostumbrado a perder los estribos, no sabe de qué manera recuperar el equilibrio. Petrus rompió ese profundo e incómodo silencio.

—Ahora sí se ha forjado el último eslabón de mi cadena.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó de súbito Coenraad con desesperación—. Es intolerable. Ya que lo sabes, hablemos francamente. Está volviéndome loco el deseo de ganar dinero. Día y noche no pienso en otra cosa. ¿Qué debo hacer para recuperar mi libertad? No consigo librarme, sus raíces son demasiado profundas. Por otra parte, creo también que no hay nada deshonesto en lo que hago. ¿Qué quieres, si Beeverson & Zoon actúan como lunáticos? Sin embargo, sé perfectamente, porque me conozco a mí mismo, que esta no es la verdad, y que terminaré cometiendo un delito. Cuando pienso en lo que era, y lo que soy ahora, me siento enloquecer. —Guardó silencio durante un rato y luego agregó—: ¿Sirve de algo que hablemos de esto?

—¿Cómo podríamos ayudarnos, antes de saber cuál es el problema? —dijo Petrus.

—¿Ayudarnos? —repuso Coenraad—. ¿Qué podemos hacer?

Petrus le miró, se dirigió hacia la ventana y luego volvió a su lado.

—¿No ves que nuestros problemas comenzaron cuando Jeremías se reformó y regresó a casa? —dijo—. ¿No podríamos hacer que volviera a ser el que era antes?

Los dos hermanos se miraron y permanecieron largo rato en silencio.

—Bueno —dijo Petrus—, estás pensando que esto es algo que uno no quisiera hacer. Quizá piensas que llevarlo a cabo es poco menos que un delito, pero no se trata de eso. Si valoramos nuestra virtud en más que la suya, ¿podría reprochársenos? Para toda persona honorable la propia virtud es lo más importante. Y en realidad todos los sacrificios que hace tienen como única finalidad conservar y reforzar esa virtud; por eso se sienten felices haciéndolos. La familia entera dará un día las gracias por lo que vamos a realizar.

—No estaba pensando en eso —dijo Coenraad—, sino en cómo lo harás...

—Volvió a casa cuando se quedó sin dinero —dijo Petrus—. Hagámoslo rico otra vez.

—Bueno, eso no es difícil —dijo Coenraad—. Todavía nadie sabe cuánto le dejó tía Emerenze. Ni el mismo Jeremías lo sabe. No sería difícil engañarlo. ¿Cuánto darías tú?

Sin pensarlo un minuto, Petrus respondió:

—Cincuenta mil guilders.

—Y yo lo mismo —dijo Coenraad. De lo cual se deduce que, aunque la familia tenía fama de ser muy cuidadosa con el dinero, nada contaba cuando el honor estaba en peligro.

Algún tiempo después, Coenraad volvió a ver a su hermano, y lo encontró tan pálido como él y tan consumido.

—La cosa no funciona —dijo—. Ha tomado nuestro dinero y lo único que ha hecho es contratar un cocinero francés y adquirir una colección de bulbos de flores y además hoy me enteré de que el joven Alexander Cats se ha comprometido con una viuda rica de sesenta años. ¿Qué hacemos ahora?

—Te lo voy a decir —repuso Petrus—. Recibí una carta de Moritz Cannegieter, y es posible que el destino esté de nuestro lado, pues en ella menciona a Jeremías. Dice que la persona que más parece haberle complacido es una chica holandesa llamada Jacobina, una actriz que trabajaba en las ferias rurales. Moritz la ha vuelto a encontrar por casualidad; está en un pequeño pueblo llamado Saint Amour, no lejos de las montañas del Jura.

—¡Santo Dios! —exclamó Coenraad, pues a pesar de todo Jeremías era un Cats.

—Debemos encontrarla —dijo Petrus.

—¿Lo harás? —preguntó Coenraad.

—¿Yo? —replicó Petrus espantado, como si estuviera exorcizando al demonio con aquella palabra—. No. ¿Un hombre con esposa e hijo? Claro que no, tú eres quien debe hacerlo, aún eres soltero.

—Está bien, sin duda puedo hacerlo —dijo Coenraad después de un momento de reflexión—. Se puede hacer cualquier cosa cuando es necesario.

Petrus le describió con todo lujo de detalles el lugar, el nombre y el aspecto de la chica, y se separaron.

Una semana más tarde, Coenraad dijo a su padre y a sus amigos que tenía que hacer un viaje de negocios a Francia, aunque no mencionó la naturaleza del negocio. Nunca había iniciado un viaje con tanta inquietud y con el corazón tan lleno de presagios, pero era un Cats, y se obligó a sí mismo a hacer lo que había planeado y a hacerlo de inmediato. Cuando la diligencia lo llevó hasta Saint Amour, una noche de septiembre con niebla y luz de luna, se cambió de ropa y visitó a Jacobina sin demora. Debió tratarse de una conversación digna de ser oída, y que se alargó más de lo necesario, pues ninguno de los dos comprendía bien al otro. Al principio, el rostro de Jacobina perturbó a Coenraad, porque sus ojos castaños eran serenos y más claros que el agua del aljibe, llenos de una infinita y profunda inocencia; sus cejas estaban ennegrecidas con lápiz de carbón y su piel era blanca como la leche. Después de haber charlado durante un rato, Coenraad descubrió que ella y Jeremías se habían separado en plena hostilidad, y que esa podía ser la causa de la reforma del joven; esto le

produjo una sorprendente satisfacción, como si viese ya la posibilidad de un buen negocio. Cuando comprendió que ella no captaba el sentido de sus intenciones, fue más audaz y le sugirió sin rodeos, de una manera muy comercial, que si ella volvía a Amsterdam, él se encargaría de alquilarle una casa; y le rogó que lo hiciera lo antes posible.

A pesar de estar acostumbrada a tratar con toda clase de gente, Jacobina no comprendió al principio lo que le pedía, y llegó a la conclusión de que Jeremías había hecho fortuna, y de que era él quien enviaba a Coenraad, aunque no dejó de parecerle extraño que se sirviese de semejante embajador. Cuando notó que Coenraad se mostraba muy deseoso de que ella regresara a Amsterdam, intuyó de inmediato la posibilidad de hacer un buen negocio y tuvo la inspiración de exigir una casa en la esquina de Heerengracht, un caballo, un carruaje y un sirviente negro. Coenraad aceptó inmediatamente, pues no sabía cómo regatear con ella y se sentía dichoso de poner fin a la conversación. Ella sugirió que viajasen juntos hasta la frontera holandesa, pero este era el primer lugar donde él podría toparse con algún conocido, y a Coenraad se le heló la sangre en las venas ante la sola mención de la idea; sin embargo su respuesta fue cortés, pues los Cats eran corteses con todos y en toda ocasión; volvió a casa solo, feliz por haber solucionado aquello a tan bajo costo y porque todo estaba ahora en orden.

Es así cómo Jacobina llegó a Amsterdam y se instaló con el dinero de Petrus y Coenraad. Llevó una vida alegre y se habló mucho de ella; fueron tiempos desagradables para Coenraad, pues debía pasar todos los días frente a su casa; dos o tres veces se topó con ella en Kalverstraat, sentada en su carruaje y con el sirviente negro detrás. Sin embargo ella no visitó a Jeremías, y los deseos de este por verla no tenían la fuerza suficiente como para atraerlo hasta su casa.

De resultas de esto, Coenraad y Petrus volvieron a reunirse para discutir su acerbo destino.

—Tal como están las cosas no sucederá nada. Debes hablar otra vez con ella —dijo Petrus a Coenraad.

—Está bien, pero con la condición de que esta sea la última —respondió Coenraad—. Mi reputación se verá arruinada. Es terrible la mala suerte que hemos tenido en el asunto, y quién sabe si ella cree que la he traído aquí para mi propio placer.

—Sí, es probable que no nos sea de ninguna utilidad —dijo Petrus—. ¿No has oído que el alcalde ha pedido el divorcio a Wilhelmine?

—No —dijo Coenraad.

—Pues así es —repuso Petrus.

Coenraad fue a ver a Jacobina con el corazón apesadumbrado.

Era una tarde de diciembre, uno de los primeros días de nieve, y una delgada capa blanca cubría las calles, los techos, y las cubiertas de las barcas; en los árboles desnudos al borde de los canales se veían negros cuervos inmóviles y pensativos; el cielo era de un gris castaño como humo de turba. A lo lejos, hacia el oeste, una ancha franja de cielo mostraba unas tonalidades de color limón o marfil antiguo.

Jacobina estaba sentada de cara hacia la ventana. Ardía incienso en la salamandra de azulejos y ella leía a ratos un devocionario; le recibió amablemente.

—Bueno, es un honor —dijo ella— que Mynheer Cats venga a verme. Sentaos. ¿Mando servir malvasía o moscatel?

Aunque Coenraad estuviese muy preocupado por sus propios asuntos, la presencia de Jacobina le afectaba y le hacía sentirse inquieto, como si pudiera verse a sí mismo a través de los ojos de los demás, cosa que no solía suceder en la familia.

—No, gracias, ni lo uno ni lo otro. He venido a hablar de negocios —dijo.

—De acuerdo —replicó Jacobina y cruzó las manos en el regazo.

—Bueno, las cosas no pueden continuar así —dijo Coenraad.

—¡Oh! —exclamó ella.

—Cuando hablé con vos en Saint Amour, tal vez no expuse con claridad la razón por la que os pedía que vinierais aquí, aunque creí que lo habíais comprendido —aclaró Coenraad.

—Sí, estoy segura de eso —repuso ella.

Coenraad le lanzó una rápida mirada. Estaba sentada con la barbilla apoyada en una mano y le miraba directamente a los ojos.

—Bueno, no andaré con rodeos —dijo él—. Os pedí que vinieseis aquí a causa de mi primo Jeremías Cats, y vos debéis reconciliaros con él.

Pero ocurría que Jacobina se sentía interesada por Coenraad Cats, pues nunca en su vida había conocido a un hombre semejante.

—No lo haré hasta no saber por qué me lo pide —dijo ella después de reflexionar un momento.

Esta era una nueva dificultad que Coenraad no había previsto. Pensó que sus problemas se multiplicarían hasta el infinito.

—No puedo decíroslo —replicó—. Además es algo que no tiene la menor importancia.

—¿Que no tiene importancia? —dijo Jacobina—. Entonces tampoco importará mucho si lo hago o no lo hago. Y no lo haré hasta que no vea el fondo de este asunto, esa es la verdad.

Coenraad estaba tan poco acostumbrado a mentir, que le resultó imposible engañarla. «Pues bien —pensó—, tal vez pueda hacerla entrar en razón.»

—Oídmeme, Juffrouw Jacobina —dijo, y a continuación le contó la historia del principio al fin. Le hizo movido por la desesperación; nunca lo habría hecho de no haber estado desesperado, es decir, hundido hasta donde era posible; y mientras hablaba pensaba: «Esto es algo que ella no podrá comprender». Cuando hubo terminado supo que estaba en lo cierto.

—Jamás en toda mi vida había oído nada igual. ¡Qué descaro! ¿Pensáis que soy tan estúpida como para tragármelo? No, amigo mío, veo lo que hay detrás de todo esto. En la familia hay alguna anciana que está a punto de morir y Jeremías será su heredero. Por lo tanto habéis urdido una trama destinada a crearle problemas al pobre Jeremías, para que ella se disguste con él y lo desherede. ¡Qué cuadro tan halagador! Y me habéis engañado con el propósito de que sirva de señuelo.

»¡Sois un Cats y deberíais sentir os avergonzados! —Jacobina había nacido en Amsterdam y sabía lo que era la familia Cats—. Os hablaré sin pelos en la lengua, Coenraad Cats. Me agradabais porque parecíais un verdadero Cats y habría preferido teneros a vos antes que a Jeremías, pero ahora podéis estar seguro de que eso no sucederá nunca. En este mismo instante iré a ver a Jeremías y le diré la clase de parientes que tiene. Vos me habéis dado el caballo y el carruaje que me llevarán allá.

—¡Por el amor de Dios, no hagáis eso! —exclamó Coenraad.

—¿Cómo podríais impedírmelo? ¿Haríais acaso uso de la fuerza?

—¡No debéis hacerlo, bajo ninguna circunstancia! —dijo Coenraad con aire de gran autoridad (aunque interiormente se sentía aterrado y maldecía su destino).

—Os diré por qué voy a hacerlo —replicó ella—. Si os hubieseis dirigido a mí honestamente, contándome todo y pidiéndome ayuda, habría hecho lo que me pedís. Pero me habéis tenido haciendo el ridículo durante tres meses, y todavía pretendéis ocultarme la verdad. ¿Podría trataros como a un hombre honorable?

—Os daré quinientos guilders si no lo hacéis.

—¡Vaya! ¡Creéis que podéis actuar impunemente! —dijo ella—. ¿Qué suponéis que dirá vuestra familia? ¿Vuestro tío el obispo y el viejo Joseph Cats? Y os diré más, nunca lo haría por solo

quinientos guilders.

—¡Oh, entonces mil! —exclamó Coenraad fuera de sí.

—Bien, por mil lo hago.

—Dadme vuestra palabra... Prometed no mencionar mi nombre a Jeremías —dijo Coenraad.

—Muy bien —repuso ella.

—¿Lo juráis? —preguntó él.

—Sí, lo juro —contestó Jacobina.

Abrumados, Coenraad y Petrus se reunieron por última vez; se sentaron y fumaron sus pipas en un desesperanzado silencio. Finalmente Coenraad habló.

—100.000 guilders le dimos a Jeremías. El viaje (que solo Dios sabe cuán desagradable fue) me costó 500. A ella le dimos 20.000 y 1.000 para que no hablara. Lo cual suma 121.500 guilders, que hemos pagado nosotros y sin que hayamos avanzado nada desde que empezamos.

—Tengo una noticia todavía peor —dijo Petrus—. Tía Carolina me ha dicho que Dina quiere casarse con Jeremías. Si lo hace será el fin de todos nosotros. (Dina era una de las chicas más prometedoras de la familia.)

—Santo Dios —dijo Coenraad—. ¿Es verdad eso? —se pasó las manos por la frente y exclamó—. Es como si en el mundo todo estuviese patas arriba. En mi vida me había sentido tan desgraciado.

»Muy bien —dijo después de una pausa, con el tono de un verdadero Cats—, ¿qué hacemos ahora?

—No hay nada más que podamos hacer —dijo Petrus—. Hemos hecho todo lo posible y no ha servido de nada. Ahora debemos acudir al último recurso, pues estamos al borde de la catástrofe: debemos convocar un consejo de familia.

Así lo hicieron: convocaron un consejo de familia en casa de Petrus, la última noche del año 1771. Solo fueron admitidos los Cats por nacimiento, mayores de veinte años, y verlos a todos reunidos resultó un cuadro encantador: los candelabros de bronce de Petrus difundían un sereno resplandor y salpicaban de espesas sombras de color castaño aquellas distinguidas y níveas cabezas de mejillas rosadas llenas de vitalidad y cejas negras y tupidas; iluminaban blancas tocas almidonadas con lazos de cinta, jóvenes cabezas, oscuras y rubias, y una calva solitaria que relumbraba como si le hubiesen sacado brillo. Resultó un cuadro encantador cuando todos se sentaron y el silencio y la expectación se cernieron sobre el grupo; todos eran de tipo distinguido; aunque cada uno con características propias e inimitables; y no encajaban en ninguna de las categorías conocidas, excepto, como era de suponer, en la de la familia Cats.

Pálido, Petrus, avanzó hacia su mesa de nogal, expuso su teoría, la demostró con ayuda de documentos familiares amontonados frente a él, y apeló a la conciencia de sus oyentes; estos miraron en su corazón, y lo que hallaron fue tan inesperado y violento que todos quedaron horrorizados. Empalidecieron, uno tras otro se pusieron de pie solo para volver a sentarse, y ninguno pudo refutar a Petrus. Permanecieron sentados, conmovidos hasta lo más profundo; los jóvenes presa de espanto, los viejos dominados por una terrible depresión. Si alguien hubiese entrado y les hubiera dicho que habían perdido toda su fortuna, habrían aceptado la noticia con dignidad y compostura, pero pensar que no eran mejores que el resto de la gente, era más de lo que podían aceptar.

Petrus dejó que Coenraad continuara y diera un informe sobre sus propias gestiones. Coenraad habló con seriedad y cierto embarazo, pero fiel a la verdad, pues lo último que haría era mentir a su familia. Cuando terminó hubo un largo y horrible silencio que parecía muy profundo, sí, insondable, debido a que eran muchos los que participaban en él y porque a todos les pareció la experiencia más espantosa que habían tenido en su vida.

Entonces el obispo de Haarlem se puso de pie y atrajo todas las miradas. Acarició con los dedos la

blanca chorrera de su camisa, se aclaró la garganta, y habló de esta manera:

—Sí —dijo—, estamos horrorizados por lo que acabamos de escuchar, es verdaderamente horrible. Pero no nos dejemos confundir. Nos enfrentamos a un peligro, solapado y terrible. Pues bien, aunque no sabemos como nos vamos a librar de esta amenaza, sabemos que hemos sido salvados en el pasado. ¿Con ayuda de qué? Con ayuda de la razón, la justicia, y la fe en que los acontecimientos de este mundo son razonables y justos. Todo lo que sucede es bueno.

»Quisiera decir dos cosas. La primera es esta: ¿podemos imaginar un mundo sin pecado? No. Pues, en un mundo así, ¿cómo prosperaríamos los que luchamos por el bien, y cuál sería nuestra misión? ¿Cómo obrarían la misericordia, el perdón, sí, y hasta la justicia, la más alta de las virtudes, en un mundo semejante? La virtud se define por el pecado. No podemos ni pensar en abolir este principio.

»La segunda es esta otra: el destino, la vida, nos pide hoy un sacrificio. Sí, pero preguntémosnos qué es sacrificar y qué ser sacrificado. ¿Es severa la ley? Cuando es necesaria no lo es; las leyes del mundo son justas, no severas; solo los débiles las consideran así. Preguntémosnos: ¿quién pide nuestro sacrificio? El bien, la virtud. ¿Es severa la ley que exige sacrificarse en nombre del bien? Por el contrario, la parte más noble de nosotros lucha por ofrecer su vida en aras de la virtud. Sí, amigos míos, cuando reflexionamos, vemos que es un privilegio y una suerte maravillosa ser considerado digno de salvar a los demás mediante el propio sacrificio. Un hombre carga con los pecados de muchos; la culpa de los otros se concentra en él; pero él no tiene la culpa, pues acepta la condena para que los demás vivan. Del sacrificio de un hombre viene la salvación de muchos, sí, de todo un pueblo. No caigamos en confusión, no hablemos de desgracia o crueldad, es una gracia y una bendición que nos ha sido otorgada. Actuemos como nos corresponde.

Después del obispo de Haarlem habló la anciana Vrouw Carolina Ploos van Amstel. Estaba sentada junto al extremo de la mesa y se puso en pie, recta como una vela, con sus manos fuertes e inquietas, por esta vez en reposo una sobre otra.

—Sí —dijo también ella—, no guardaré silencio viendo que nosotros, los Cats, podemos estar indecisos ante nuestro deber. Es preciso hablar, es preciso actuar, y no con debilidad, sino con energía. Cuando veo vacilar a los Cats, siento que necesitan el discurso vigoroso de una persona honorable: esa persona soy yo; por eso estoy aquí de pie.

»Nosotros, los Cats, somos personas independientes, y no permitiremos que los franceses nos gobiernen, que la nobleza gobierne a la burguesía, o que los ricos gobiernen a los pobres. No obstante, hay algo que ha permanecido inamovible durante toda mi vida, y que debe continuar así: los mejores son quienes deben gobernar. No deseamos los privilegios de la nobleza; sin embargo, esos privilegios nos fueron concedidos. También se nos ha concedido juzgar a Jeremías. Le compadezco; doy gracias al cielo porque su madre no esté aquí. Pero si estuviera, se pondría de pie como yo lo he hecho, y os recordaría vuestro deber.

Luego se levantó y tomó la palabra una chica joven y hermosa; era Dina Cats. Hubo cierta agitación entre los reunidos, porque recordaban los rumores sobre ella y Jeremías, y porque tenían miedo. Sin embargo, Dina era una auténtica Cats.

—Todos sabéis que Jeremías ha pedido mi mano —dijo—. Me he puesto de pie para declarar que, después de lo que he oído esta noche, no quiero volver a verle nunca más. No deseo contribuir a demoler las bases de lo que ha sido mi vida desde mi infancia. No traicionaré a mi padre ni a mi madre, no traicionaré a mi familia que se ha mantenido firme durante un siglo; viviré como ellos han vivido. Podría sacrificar mi propia felicidad por Jeremías, pero no podría rebajarme al nivel de la gente que desprecio, aunque fuese por él. Todo ha terminado.

Después que Dina Cats hubo hablado y se hubiese vuelto a sentar, nuevamente reinó un profundo silencio en la reunión. Ahora que ya habían contestado a la pregunta relativa a lo que debía hacerse, no sabían por dónde empezar.

Estaban tan poco familiarizados con los vicios, que no se les ocurría ninguna manera de seducir a Jeremías; nadie tenía tampoco ninguna idea que proponer. Nadie sabía qué había que decir a continuación sobre el asunto. Se trataba de una situación nueva para los Cats; eran inexpertos e indefensos como niños; en pocos minutos se apoderó de ellos una sensación de temor que les hizo sentirse perdidos.

Estaban sentados en la misma habitación en que un año antes habían celebrado, llenos de alegría y felicidad, el bautizo de Coenraad Cats, y de pronto, la misma puerta por la que la anciana Vrouw Emerenze había entrado para poner los cimientos de la actual desgracia, se abrió y apareció por ella su hijo Jeremías, quien saludó a los presentes con deferencia.

Se quedaron mudos. Como si todos y cada uno hubiesen recibido un terrible golpe, pero al mismo tiempo con el alivio de saber que el destino había tomado el asunto en sus manos, aunque esta sola idea les hacía temblar.

—Pues bien, si se trata de un concilio familiar —dijo Jeremías—, tal vez me concierna. Sí, para ahorrar palabras —continuó, ya que nadie respondía (¿qué podían decir?)—, sé que me concierna. Jacobina me lo ha dicho. Vino a mí inmediatamente después de hablar contigo —dijo dirigiéndose a Coenraad— y me comunicó todo lo que le dijiste, pues ella pensaba que había una intención oculta, debido a que no os conoce; sin embargo, yo, que os conozco bien, yo que (por así decirlo) soy uno de los vuestros, comprendí de inmediato que no había nada bajo cuerda: simplemente eso era todo. Desde entonces he meditado sobre el asunto. Y no he venido aquí a perturbar vuestra reunión, sino (con vuestro permiso) a participar en ella.

—Muy bien, siéntate —dijo Petrus y le ofreció una silla.

Jeremías se sentó y de inmediato se transformó en uno de ellos; por virtud de su nacimiento era un miembro más de esta eminente reunión de familia, pero por su aspecto era uno de sus jefes.

—¿Tendríais la amabilidad de decirme —preguntó Jeremías mirándoles uno por uno— si habéis decidido algo antes de mi llegada?

Nadie le contestó, habría sido imposible. Como era un Cats pudo leer la respuesta en sus caras, aunque para alguien ajeno a la familia todas parecieran libros cerrados.

—Bien, entonces me permitiré hacer una sugerencia —dijo Jeremías—. Quisiera llegar a un acuerdo con vosotros, que fuese satisfactorio para ambas partes. No es necesario que entremos en detalles, pues todos estamos absolutamente familiarizados con el tema.

»Por mi parte, me comprometo a abandonar Amsterdam con Jacobina la próxima semana, ya que así lo hemos decidido hoy ella y yo. —Lanzó una rápida mirada a Coenraad para indicarle que sus esfuerzos no habían sido vanos—. Y también me comprometo, durante lo que me quede de vida, a no volver a casa, no hacer nada de provecho, no buscar el trato de gente respetable, no casarme, no ahorrar dinero ni destinarlo al bien de los pobres honrados, sino, muy al contrario, a gastarlo con las llamadas malas compañías.

»A cambio vosotros me daréis, por el resto de mis días —pensó un momento— un salario de cincuenta mil guilders al año. No puedo pedir menos, pues se trata del precio de la virtud de la familia Cats. Tampoco quiero una cantidad mayor. Esa es suficiente.

»¿Queréis tomaros un tiempo para reflexionar sobre mi sugerencia? —añadió Jeremías—. Podéis hacerlo hasta que firmemos el contrato.

Cuando terminó de hablar, un estremecimiento recorrió a la familia Cats. Parecía que un milagro

del cielo (algo que escapaba a su capacidad de comprensión) los había salvado en el momento de mayor desgracia, y por consiguiente sentían una profunda gratitud. Casi le estaban agradecidos a Jeremías, el instrumento del cielo, a pesar de que, no les cabía duda, les estaba cobrando un precio muy alto (todos los Cats entendían de dinero). Pero al mismo tiempo no podían esperar que Jeremías, como un auténtico Cats, fuese modesto en sus exigencias, y le concedieron lo que pedía de todo corazón y de buen grado.

El mayor problema para ellos era saber cómo debían reaccionar; por lo tanto, permanecieron en silencio durante largo rato, una vez tomada la decisión. Justo es reconocer la grandeza de la familia Cats, al haber tomado esa decisión con honestidad y seriedad, ignorando aún cómo la llevarían a cabo. Sin necesidad de mirarse unos a otros, gracias a la profunda y certera intuición de los Cats, comprendieron de inmediato que estaban de acuerdo.

—Muy bien —dijo el obispo de Haarlem con voz alterada—, aceptamos.

—De acuerdo —repuso Jeremías—, entonces está decidido, tío Cornelius, tengo la certeza de que en la familia un acuerdo entre dos partes nunca será violado. Y espero que entre vosotros crezca algún joven Cats que con el tiempo pueda sucederme.

Aun en contra de su voluntad todos miraron a Jeremías; los que tenían hijos pensaron en ellos con temor, e hicieron votos en sus corazones pidiendo que el sucesor no fuese uno de los suyos. Las mentes de aquellos padres se alejaban horrorizadas de un hombre capaz de expresarse de esa forma. Para ellos, uno de los más curiosos aspectos de este extraño asunto era que debían sentirse agradecidos a un hombre a quien no comprendían.

—Lamento que hayáis tenido tantas dificultades con este asunto —dijo Jeremías al joven Petrus—; pero fue por tu culpa. Debiste acudir a mí de inmediato; podríamos haber hablado y arreglado esto hace seis meses, ahorrando así muchas preocupaciones a la familia.

Luego habló dirigiéndose a toda la reunión.

—Con cuánta sabiduría y de qué manera tan extraña la vida sigue su curso habitual; mejor aún de lo que había imaginado. Qué grato es que al final todos seamos felices; vosotros tenéis la satisfacción celestial de seguir siendo seres humanos superiores, yo en cambio careceré de ese goce, pero tendré otros en recompensa. Con todo mi corazón os deseo un feliz año nuevo y espero que vuestra virtud crezca constantemente. Adiós, tía Carolina, adiós, tío Cornelius, adiós, Coenraad; Jacobina me pidió que os diera sus saludos. Me siento muy complacido de que podamos separarnos así y de que todos podamos pensar con bondad unos de otros.

Esto fue lo último que dijo Jeremías Cats antes de abandonar la habitación y el relato, mientras los vencedores se fundían en un ceñido abrazo.

Es cierto que este conflicto costó a la familia muchas noches de insomnio, pero como todas las noches de insomnio de la familia Cats, estas rindieron su fruto. Amsterdam pronto supo que la encantadora Emerenze Cats había roto su compromiso y que Alexander había roto el suyo con la viuda rica; con gran temor y contrición la esposa del alcalde se deshizo de su amante, y con gran audacia el profesor Klaaes Cats publicó su trabajo sobre la Trinidad. El obispo Cornelius Cats dijo desde el pulpito que la relajación moral que estaba difundiéndose en Amsterdam era reprobable estuviera donde estuviese. El viejo Petrus Cats dio veinte mil guilders al nuevo asilo de huérfanos. Y el joven Coenraad Cats pronto fue considerado el joven más serio de la ciudad. Pasado un tiempo, la familia pudo recordar sin perder la compostura la violenta crisis a la cual habían sobrevivido, y en la cual, Vrouw Carolina Ploos van Amstel llegó a encontrar una fuente de satisfacción. «Quizá Jeremías es un Cats tan auténtico —pensaba— que se siente satisfecho de poder beneficiar al mundo y a la familia.»

Es así cómo la estirpe de los Cats, que en el pasado tuvo un papel tan importante, volvió a ser la conciencia de su país, y es posible que hoy todavía lo sea.

TÍO THÉODORE

UN día de mayo, cuando los castaños ya habían florecido, el anciano vizconde de Vieusac paseaba lentamente por Les Champs Elysées.

En el centro, a lo lejos, se erguía el Arc de Triomphe envuelto, como siempre, en una bruma azulada; coches y camiones pasaban veloces a su lado, en ambas direcciones, como golondrinas en un día de verano, dándole el aspecto de una vieja golondrina solitaria que siguiera su misma ruta sin integrarse a la bandada. El vizconde de Vieusac meditaba sobre la curiosa trampa del destino: él, que había sido tan joven, ahora era un viejo. «París, París —pensó—, me viste joven y vigoroso elevándome como una cometa ebria de ti y de juventud; es lógico que también veas mi triste ancianidad y que pase mis últimos años en tus brazos. Sin embargo no quiero que sea así. Te entregué lo mejor de mí mismo: al joven y guapo vizconde de Vieusac, a quien las mujeres consideraban tan seductor. Si es a él al que guardas en tu gran corazón, entonces yo debo partir. Oh, París, por consideración al joven vizconde de Vieusac, que fue mi vida, abandonaré tus bulevares, el Sena y la Abadía. Y a las parisinas. Que Dios nos proteja a ti y a mí.»

Poco tiempo después, ya en la provincia, el vizconde de Vieusac se casó en secreto con una hábil cocinera. Al año siguiente, se encontró un buen día con un pequeño vizconde de Vieusac en los brazos; se sintió ligeramente perturbado, pues era algo que no había previsto. El anciano vizconde era un poco filósofo. Mientras admiraba a la criatura pensó: «Hijo mío, si supieras lo que es la vida, tal vez no me agradecerías el haberte engendrado». Sin embargo, se sentía orgulloso de tener un hijo, y no le faltaban razones. Unos meses después enfermó y una noche de verano abandonó este mundo para reunirse con sus antepasados, lo cual le deparó numerosas sorpresas.

El pequeño Jacques fue enviado a los mejores colegios de Francia y del extranjero; como un sellc de correos, iba de aquí para allá, y en cada lugar era estampillado con el timbre apropiado. El día que cumplió dieciséis años su madre tuvo una seria conversación con él.

—Mi querido Jacques —le dijo—. Te amo más que a nada en el mundo. Ahora quiero que sepas cómo espero que retribuyas este cariño. Tu padre se casó conmigo por amor, y yo me casé con él por ambición. Ya en el tiempo en que era pinche de cocina rogaba a Dios que algún día pudiera contarme entre los que se sentaban a comer los manjares. Fue una gran frustración. Soy demasiado plebeya, demasiado pequeña y obesa, y mis mejillas son demasiado rojas; ni siquiera sé conversar. Sea quien sea quien se siente a mi lado en la cena, más vale que abandone la mesa de inmediato. Pero ahora mis ambiciones por fin serán satisfechas, pues, gracias a Dios, tú no te pareces en nada a mí. Eres un auténtico Vieusac (aunque al mismo tiempo eres de mi carne y de mi sangre; sí, en cierto modo eres yo misma). Por lo tanto, quiero explicarte cómo viviremos. Me compraré una casita en Chantilly, donde llevaré una vida tranquila junto a mi fiel Victorine, y me haré llamar sencillamente *madame* Vieusac; mi única alegría será pensar en ti. Porque tú, mi querido Jacques, irás a París. Aunque los asuntos financieros de tu padre andaban mal cuando nos casamos, he ahorrado dinero: posees un capital que te permitirá vivir en París algunos años. Procura encontrar una esposa rica. Ve a París, hijo mío, anda a los teatros, a las carreras, hazte miembro de sus clubs, procura tener los mejores caballos y coches, sí, procura tener lo mejor en todo orden de cosas, y envíame los periódicos en donde se te mencione. Sé feliz, mi querido Jacques, compórtate como un auténtico noble, un noble como los que salen en los libros de cuentos, y por encima de todo, no me incluyas en tu vida: recuerda el primer y último ruego que te hace tu madre, y no me causes el dolor de ver destruida la honra de mi hijo. Guarda mi fotografía en una gaveta.

El joven vizconde de Vieusac fue a París a los diecisiete años, dotado de ojos oscuros y piernas largas y rectas; sus músculos, dientes, y apetito eran los de una joven ave de rapiña. El aire de París, el vino, la comida, el ambiente, las miradas, el modo de caminar y el perfume de las mujeres lo embriagaron como una botella de Moët & Chandon, y en este estado de ebriedad permaneció dos años y medio. A partir de ese momento su cabeza empezó a despejarse. Cuando cumplió veintidós años se dijo a sí mismo: «Jacques, es hora de hacer un buen matrimonio, de lo contrario tu reputación comenzará a disminuir, o en el mejor de los casos, lo más que podrás hacer es mantenerla en el punto en que se encuentra. La gente se ha acostumbrado a ti. Los rostros de tus amigos ya no se iluminan cuando te ven; los trabajadores de la calle no te sonríen; las mujeres... las mujeres, Jacques, continuarán amándote hasta el día de tu muerte, pero ya no seducirás a aquellas que se sintieron orgullosas de entregarse a ti, y tentadas de proclamar ante el mundo e incluso ante sus esposos, “Vieusac, Jacques de Vieusac me ama, y yo a él”». Jacques no tenía ganas de casarse, pero sabía que era inútil oponerse al destino. Decidió sacarle el mejor partido al asunto, y cuando empezó a buscar una esposa, como era un partidario entusiasta de la verdad y la sinceridad, se dirigió a Scheveningen.

Allí, sobre la amplia extensión de arena blanca, donde los modelos de Redferm, Worth y Paquin se movían como pequeñas motas de color blanco, rosado y violeta entre el infinito azul del cielo y el infinito azul del mar, charló —acompañado por el estampido de las olas del océano Atlántico— con muchas mujeres hermosas, ataviadas a la última moda, y reflexionó con calma; pero, inevitablemente todos tropezamos con nuestro destino, y Jacques conoció a Suzanne Boyer.

Una cabeza de muchacha surgió de una ola, a su lado. La joven, deslumbrante de agua salada y luz de sol, pareció preguntarse si no habría peligro, si sus rizos estarían mojados, y con gesto franco y desinhibido, cuando la ola retrocedió hacia el mar, se irguió frente a él, parada en un lugar poco profundo sobre sus dos pies, cuyos talones eran rosados como conchas marinas.

Aunque Jacques era un enamorado del amor, nunca antes había conocido emociones ni caballos que no pudiera controlar. Se dio cuenta de que algo dentro de él estaba mordiendo el freno, a punto de desbocarse; calladamente se encomendó a Dios. Hizo averiguaciones sobre ella en el hotel, y le dijeron que era hija de un adinerado fabricante de chocolate y que viajaba con una tía que se encontraba muy enferma y debía guardar cama. Aún supo más, que era de Bordeaux, por lo que a Jacques se le vino a la memoria aquella canción que decía: «une délicieuse Bordelaise, une jambe dont on meurt d’aise». Esa noche, al acostarse, pensó que era verdad que el amor puede endulzarlo todo, hasta el matrimonio. A continuación realizaron todo el programa de actividades que una pareja de jóvenes independientes debe cumplir para llegar a comprometerse, y con paseos, tanto a caballo como a pie, con sinceridad y celo —Jacques incluso llegó a ser presentado a la tía de Suzanne, una dama que casi no hablaba—, y esos detestables vales de opereta escuchados entre las palmeras, avanzaron con decisión hacia la noche en la terraza, entre las diez y las once, en que Jacques, vestido de etiqueta, le dijo:

—Sabes que te amo. ¿Quieres casarte conmigo?

Suzanne lo miró a los ojos y pensó: «Es encantador». Y como estaba tan enamorada, lucía un traje tan hermoso, y él era un vizconde, un instante después se besaron, lo cual también se hallaba incluido en el programa. Sin embargo, omitieron el resto de las formalidades.

Aquella noche, antes de separarse, Suzanne le preguntó con timidez si él podría alquilar al día siguiente una pequeña calesa para dar un paseo juntos, pues tenía algo que comunicarle. No quiso decirle de qué se trataba, y dejó a Jacques en la duda, sin saber si sería un secreto inocente o una amenaza, lo que no le agradó en absoluto.

Los dos se levantaron muy temprano, y a las nueve y media ya se habían internado bastante entre las

dunas, donde se aparearon y dejaron que el caballo pastara junto a un molino de viento. En medio de la hierba reseca florecían pequeños pensamientos silvestres. Nubes blancas empujadas por el viento se movían sin trabas en la inmensidad del cielo. Suzanne se sentó sobre la hierba con su traje blanco y negro y su sombrero rojo.

—Mi querido Jacques —dijo—, no soy hija de un rico comerciante de Bordeaux y mi apellido no es Boyer; me llamo Suzon Pilou. A decir verdad, no soy en absoluto más respetable que tú, y, bien es cierto que soy una mujer, no soy un vizconde. Por lo tanto no soy digna de ti.

Jacques de Vieusac, que había albergado ciertas sospechas, permaneció sentado, muy pálido, la mirada perdida en el océano, y dijo:

—Continúa, cuéntamelo todo.

—En Niza, cuando tenía quince años, vendía flores a la entrada de los hoteles; casi siempre ramitos de azahares a los novios en luna de miel. En cierta ocasión el barón Salla me vio y dijo que yo tenía posibilidades. Me apartó de mi negocio y pagó los gastos de mi educación durante tres años. Aprendí muchas cosas, vizconde de Vieusac.

—Prosigue —dijo Jacques, que en realidad sufría.

—Pues, imagínate —continuó Suzon— que por aquella época él comenzó a especular con acciones de minas de cobre, y cuando se enteró de que había perdido su fortuna, tuvo un ataque de apoplejía y quedó paralizado. (Como ves, Jacques, no tengo nada que reprocharme.) Apenas consiguió articular unas pocas palabras envió a por mí; yo, con solo verlo, ni siquiera atiné a moverme y me eché a llorar. «Mi querida niña —dijo con voz débil—, ya ves que no puedo hacer nada por ti. Sin embargo, no temo por tu futuro, Suzon. Siempre serás capaz de abrirte camino en el mundo. No obstante, mientras permanecía aquí acostado, he pensado en muchas cosas; nunca se sabe lo que puede suceder y tal vez sería mejor que te casaras. Aún me quedan cincuenta mil francos que había reservado para ti. Cógelos, hazte un buen vestuario y ponte en marcha. He pensado en varios lugares, y creo que Scheveningen es el mejor. Puedes llevar a la mujer del portero como acompañante; tiene dignidad, pero debes mantenerla en segundo plano; en todo caso no dejes que hable. En el mundo hay jóvenes honestos, quizá logres casarte con uno. Pero si no lo consigues, si no es la voluntad de Dios que así sea, entonces ve a París, Suzon; te daré la dirección de *madame* Liane, cerca del Théâtre Bouffé.» Cuando terminó de hablar, lo besé y me fui. —Suzon permaneció callada un momento y durante la pausa escuchó los profundos suspiros de Jacques—. Como ves —prosiguió—, mi intención es casarme, ahora eres tú quien debe decidir. Medita sobre esto, muchacho.

Jacques de Vieusac echó hacia atrás su sombrero porque tenía la frente sudorosa, ofreció un cigarrillo a la chica, encendió otro para él y permanecieron sentados durante tres cuartos de hora sin hablar. Finalmente Jacques rompió el silencio.

—No —dijo—; soy el vizconde de Vieusac. Y te amo, Suzon. ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Oh, sí! —exclamó ella ovillándose a su lado. Se quedaron muy apretados el uno contra el otro.

—Pero, Suzon —repuso Jacques—, yo tampoco tengo dinero. ¿De qué vamos a vivir?

—Ya verás cómo nos las arreglamos —dijo Suzon.

—Sí, tal vez podamos hacerlo —replicó Jacques, y se quitó el sombrero—, pero debemos inventar... —pensó un largo rato. Reflexionó tensa y enérgicamente hasta recordar una conversación entre la anciana *madame* de Vieusac y Victorine, que él había escuchado un domingo por la mañana cuando era pequeño—. Tío Théodore... —dijo—, debemos inventar a tío Théodore.

—¿A quién? —preguntó Suzon.

—El hermano de mi madre; tío Théodore —dijo Jacques—. En vano buscaríamos en la familia por el lado de mi padre. Mi madre tenía un hermano que, cuando ella era soltera, emigró a América, a

trabajar como cocinero. Allí se hizo cargo de una fábrica de galletas. Puede haber ganado una gran fortuna con eso.

—Sí, es probable —dijo Suzon.

—Puede haber ganado veinte millones de dólares —dijo Jacques—, que son cien millones de francos. Pudo haberse casado con una inmigrante francesa que estaba sola en el mundo y ella puede haber muerto. Por lo tanto yo sería su heredero.

—Tú eres su heredero, heredero de cien millones de francos, Jacques mío —dijo ella.

—Sí, creo que tengo su retrato en una fotografía de grupo —añadió él—, mejor será que lo veas.

—Sí —repuso Suzon—; *madame* Humbert también espera heredar de un tío en América.

—Tener un tío en América —dijo Jacques con aire pensativo, pues había heredado de su padre la tendencia a filosofar— no debería ser nada del otro mundo.

—Aunque posea veinte millones de dólares —dijo Suzon.

—Es muy posible que tío Théodore se haya hecho rico —prosiguió Jacques—, y si no fuera así, ignoro de quién sería la culpa, pero mía no sería.

—Te quiero —dijo Suzon.

—Pienso seriamente —dijo Jacques volviendo a ponerse el sombrero— que no es dinero lo que la humanidad necesita más. Creo que lo que más necesita es algo hermoso.

—Sí, como la vida que llevaremos, Jacques —dijo ella.

—Sí —aseguró Jacques.

Pocos meses después se celebró en París la boda del vizconde de Vieusac. El viejo vizconde era el último de su familia; la gente sabía que se había casado con alguien muy inferior en rango y pensaban que su viuda ya había muerto; por lo tanto, nadie se extrañó de que hubiese tan pocos parientes del novio. Por otro lado, toda la mejor sociedad de París, que le tenía gran simpatía, asistió a la boda. Los padres de la novia también habían muerto. Su tía lució un magnífico vestido negro y plateado. El barón Salla, un antiguo amigo de la familia, que apenas podía sostenerse en pie, se hallaba visiblemente contento de entregar a la novia, y la encantadora desposada lanzó la moda de la falda-pantalón bajo una enorme cola de brocado blanco decorada con diminutos ramos de azahares, como traje de novia. Al entrar en la iglesia Jacques recordó a su madre. Estaba serio y se le veía muy pálido. Durante el viaje de luna de miel Jacques solo pensó una vez en tío Théodore y cogió instintivamente la mano de Suzon. Luego se instalaron en una casita en la avenida du Bois donde vivieron en un estado de indescriptible felicidad. Tenían un coche, un palco en la ópera. Sus caballos se contaban entre los más hermosos del paseo de las Acacias y los vestidos de Suzon eran famosos. Su pequeño círculo, al igual que dos o tres más, se tenía por el más selecto de París. Y mucha gente sabía que ellos heredarían del tío Théodore. Jacques engordó un poco con esta nueva vida; no se sentía enamorado de Suzon, pero ella se le había hecho indispensable. Suzon se mantenía delgada y flexible como la hoja de una espada y no parecía cansarse nunca. Así transcurrieron uno o dos años, durante los cuales Jacques enviaba continuamente recortes de periódico a Chantilly. Una cantidad increíble.

Un día de verano, Vieusac y su esposa estaban sentados en un balcón desde el cual se veía el amplio paisaje de Caunteretz y de los Pirineos franceses. No se trataba de un hotel de moda, sino más bien de un lugar para el tratamiento de la artritis, pero durante años habían seguido la moda con tanta fidelidad, que ahora sentían la necesidad de aflojar un poco sus corsés espirituales. Hacía mucho calor, y desde su balcón, que estaba en la sombra, se distraían mirando a las personas y a los animales que deambulaban por las calles blancas bajo el sol. Mientras observaban, tomaban el té —habían sido educados muy bien, no por alguien en particular, sino por el conjunto de la buena

sociedad—; Suzon incluso comía un poco de mermelada de naranja. Aunque era más agradable no pensar en nada, ahora se veían obligados a hacerlo y deliberaban juntos.

—No podré continuar así por mucho tiempo más —dijo el vizconde de Vieusac. Como Suzon no respondiera, después de un rato agregó—: Ya comienzan a dudar. Todo el mundo duda en esta época. Dudan de tío Théodore.

—Aún no —dijo Suzon.

—Cuando dices aún no —repuso Jacques—, estás diciendo que en algún momento empezarán a hacerlo.

—Por supuesto que sí —dijo Suzon—, si es que no son completamente idiotas. Él no existe.

—Y entonces estaremos perdidos —dijo Jacques.

—Acabados —agregó ella.

—Comienzan a dudar —dijo Jacques— en este preciso instante.

Suzon permaneció un momento con la vista perdida en la lejanía mientras pasaba la lengua por la cucharilla.

—Creo que tienes al tío Théodore metido entre ceja y ceja —dijo ella con voz débil.

—¿Qué has dicho? —replicó Jacques.

—Creo que tienes al tío Théodore metido entre ceja y ceja —repitió Suzon.

Jacques se sentía tan indignado que estuvo a punto de responder algo, pero hacía tanto calor y, ¿de qué servía reconvenir a su esposa? Empezó a beber su té.

—Tío Théodore era tan bueno —dijo Suzon luego de una pausa—; era tan buena idea... A pesar de eso... pronto estaremos perdidos.

Jacques tenía un verdadero dolor de cabeza por culpa de tío Théodore. Lo peor de todo era que la situación se le escapaba de las manos. Se enfrentaba a la ruina de ambos del mismo modo que los hombres modernos se enfrentan a la muerte: no tenía la menor idea de lo que iba a suceder. Y Suzon, quien por lo general lo ayudaba a salir de las dificultades, no se tomaba en serio ni la muerte ni la ruina. Él intuía que lo primero que debía hacer era convencerla de la gravedad de la situación, pero al mismo tiempo sabía que eso era imposible.

En ese instante llamaron a la puerta del salón y cuando dijeron «¡Entre!», apareció Aristide, el administrador del hotel.

Dicho administrador era digno de lástima, pues aunque se daba perfecta cuenta de que su hotel no era de primera clase, rehusaba admitir que era de segunda. Se veía obligado a trabajar para personas a quienes despreciaba, y las despreciaba por aceptar que él trabajase para ellas.

—Su gracia, señor vizconde —dijo e hizo una profunda venia—, si usted se dignase podría hacerme un gran favor. Hoy he recibido una carta absolutamente ilegible. Si el señor vizconde se dignase a...

—¿Y qué le hace pensar que yo podría leerla? —dijo Jacques a la defensiva.

—¡Oh! —exclamó el administrador—, el señor vizconde conoce la caligrafía. La carta es del tío del señor vizconde, del señor Théodore Petitsfours, de América.

Jacques pensó que Suzon estaba en lo cierto, que tío Théodore era realmente una obsesión, y que ahora veía visiones. Se quedó inmóvil. Luego oyó a Suzon decir: «Oh, Dios, en verdad su caligrafía es bastante ilegible».

Y vio cómo el administrador sacaba una carta de su bolsillo y se la entregaba. Las ideas se sucedieron de manera vertiginosa en su mente mientras ella leía la carta; casi experimentaba la relajada alegría de un espectador que no sabe si el acróbata del circo podrá realizar felizmente una prueba difícil; pensó que debía estarle agradecido a Salla por haberla educado tan bien.

Suzon terminó de leer la carta.

—Desea tres habitaciones en el cuarto piso —dijo al administrador—. Son para él y su criado negro. Llega esta tarde. Dios mío, Jacques —añadió dirigiéndose a su esposo—, por fin har fructificado nuestros esfuerzos por persuadirlo. Qué buena nueva.

—*¡Mon Dieu!* —dijo el administrador al pensar en las habitaciones del cuarto piso; y al decir esto, expresó sin saber los pensamientos del vizconde.

Los desconocidos sirven de puntal a la gente bien educada, y cuando el administrador se hubo marchado, ambos se pusieron de pie. Jacques sentía que había conjurado a un fantasma y no sabía qué esperar de él. Su alma buscaba con desesperación la imagen de algún santo; toda la antigua piedad religiosa de los Vieusac revivió en él y sus dedos sintieron la ausencia de un rosario. Suzon, como hija del proletariado, pensó en la policía. Estaban pálidos, sin expresión, y se miraban a los ojos.

—Creo que voy a morir —dijo Jacques.

—No —dijo Suzon, y al mismo tiempo—: ¿Cuáles serán sus condiciones?

—¿Las de quién? —preguntó Jacques estupefacto.

—Las de tío Théodore.

—¿Crees que pondrá condiciones? —dijo Jacques.

—Sí, las pondrá —repuso Suzon—; dirá que él tiene cierta cantidad para invertir en el negocio. Luego nos pedirá algo a cambio. No se me ocurre qué podrá ser. Tal vez desee que le presentemos gente: banqueros y personas por el estilo, y está en posición de exigirnoslo porque él tiene el capital y nosotros no.

En este punto Suzon repitió ciertas opiniones que había escuchado cuando niña sobre los capitalistas, y que Jacques no sabía cómo contradecir.

Lentamente empezó a comprender que ella estaba en lo cierto. Tío Théodore no era el verdadero tío Théodore sino un aventurero igual que ellos. Esto lo tranquilizó bastante.

—Muy bien —dijo—; que venga.

Los Vieusac no tuvieron valor para recibir a tío Théodore el día de su llegada. Dijeron que lamentaban no poder postergar un corto viaje al Paso de Roncesvalles. Aquella noche, a su regreso, mientras subían la escalera, sus corazones latían con furia. Preguntaron al administrador si el tío Théodore había llegado. En efecto, había llegado, dijo el administrador, totalmente envuelto en mantas; el pobre señor parecía sufrir mucho de artritis. El administrador le había comunicado los saludos del señor vizconde, a lo cual no hizo ningún comentario, y poco después se había acostado.

Jacques tenía la sensación de que si perdía de vista a Suzon, tío Théodore caería sobre él como la espada de la justicia celestial; por lo tanto se mantuvo muy cerca de ella. Nunca había sentido con tal fuerza y nitidez cuánto la necesitaba; realmente la quería.

A media noche, ya en la cama, seguían hablando de tío Théodore.

—¿Sabes lo que más me indigna? —dijo Suzon—. Que no se nos haya ocurrido buscarnos un tío Théodore de carne y hueso. Conozco un hombre en Niza que habría hecho el papel a la perfección.

Por la mañana Jacques no solía estar de muy buen humor, pero después de haber luchado con la incertidumbre durante toda la noche, al amanecer decidió tomar el toro por los cuernos. Entretanto, Suzon tenía una visión más positiva de las cosas, le agradaba tener un cómplice y se sentía orgullosa de que tío Théodore fuese una idea tan buena como para que alguien se hiciera pasar por él. Lo único que deseaba era que se tratara de una persona inteligente, con la cual pudiesen pactar, de alguien que no perjudicara sus intereses. Como estaba acostumbrada a los parientes ocasionales, pensaba en tío Théodore con mucha libertad. Jacques no era tan audaz, pero muy pronto entró en acción.

¿Quién, en el hotel bañado de sol, podía imaginarse con qué corazón tembloroso subía las escaleras hacia el cuarto piso? Mientras ascendía, miró el panorama de la ciudad que mostraba la misma apariencia del día anterior. Muchos la habrían considerado adusta e inspiradora de amargos pensamientos, pero Jacques, dentro de su desgracia, tenía un rasgo positivo. Siempre creía que su punto de vista era el único aceptable. Un mes atrás —el día anterior sin ir más lejos— habría mirado con disgusto y conmiseración a las personas que no triunfaban en el mundo, pero ahora que sus cosas iban mal, la desgracia le parecía aristocrática. El negro de tío Théodore le inspiró un ligero rechazo. Aunque era muy *à la mode*, nunca había querido tener negros a su servicio, pues no le agradaban. Ahora era casi inevitable que tomara la presencia del negro de tío Théodore como un mal presagio. No obstante, el espíritu de Suzon lo protegía, y habló al negro con serenidad y le pidió una entrevista con su amo. Al poco rato, solo uno o dos minutos más tarde, se encontraba en el balcón cubierto por un toldo (desde donde se veía un panorama más extenso que desde el suyo, pues se hallaba un piso más arriba), frente a frente con tío Théodore.

Su primera impresión fue que Suzon no tenía nada que temer. Aquel hombre, además, debía de ser un gran actor. Tenía todo el aspecto de alguien que ha emigrado de París como cocinero después del colapso del Imperio y de la Comuna, de quien ha estado a la cabeza de una fábrica de galletas que le ha hecho ganar cien millones de francos, y que volvía a la tierra de sus antepasados movido por la nostalgia de los emigrantes. Totalmente envuelto en mantas, se hallaba recostado en una tumbona; saludó a Jacques con dificultad y le ofreció una silla que el negro había traído, pero sin dejar de observarlo con la arrogancia propia de las clases bajas. Su autenticidad resultaba molesta y desde el primer momento Jacques se sintió repelido por él.

Después de un rato pareció sorprendido de que el joven noble iniciara su visita con una pausa tan larga. Jacques comprendió que era él quien debía abrir el diálogo.

—¿Tengo el... —no sabía si decir honor o placer— honor de hablar con el señor Théodore Petitsfours?

—Yo soy —dijo el industrial.

—Y yo soy Jacques de Vieusac —dijo Jacques.

—Oh —fue la respuesta de tío Théodore.

—Habría sido más apropiado que usted acudiera a mí —agregó Jacques a quien acababa de ocurrírsele la idea.

—¡Oh! —volvió a decir tío Théodore.

Jacques no sabía cómo continuar la conversación; ni siquiera estaba seguro de obrar bien o mal al considerar a tío Théodore un descarado. La idea de que era él quien debía llevar la conversación le hacía sentirse incómodo.

—Usted comprenderá —dijo— que nuestro éxito depende de que trabajemos juntos.

—¡Oh! —dijo tío Théodore.

—Pues si la gente comienza a sospechar —prosiguió Jacques— todo estaría perdido.

El tío Théodore no hizo ningún comentario. Jacques se sintió vejado, pero no había nada que hacer.

—Debemos tener muy claro —dijo, aunque para él la situación no resultaba en absoluto clara— nuestra forma de actuar en la comedia que representemos.

La palabra comedia fue un gran hallazgo para Jacques; le devolvió de golpe toda su seguridad. Un emperador romano había dicho en su lecho de muerte que la comedia había terminado; si un emperador podía mirar la vida de esa forma, también podía hacerlo Jacques, y esto por lo menos le facilitaba la manera de enfocar el asunto.

—Esta es —dijo con una leve sonrisa— nuestra comedia.

»Usted ha vuelto de América para redescubrir a su familia; su nombre es, le ruego que no lo olvide, Théodore Petitsfours. En otro tiempo fue cocinero en París, pero ha ganado una fortuna fabricando galletas en San Francisco. Durante su ausencia, su única hermana se casó con el vizconde de Vieusac, cuyo hijo soy yo. Como no existen otros parientes, seremos sus herederos. Ha habido algunas ligeras diferencias entre nosotros, pero ya las hemos superado. Después de nuestra reconciliación se nos verá juntos con frecuencia. Supongo que usted cuenta por el momento con dinero suficiente como para vivir de acuerdo con su rango. Lo que nosotros podemos ofrecerle —continuó Jacques— es mucho más valioso. Gracias a nuestras relaciones usted tendrá entrada en todas partes. Sé que va a decir que nos tiene en sus manos y que no podemos destruirlo. Muy bien, acepto que así sea y espero su respuesta.

Tío Théodore seguía mudo. Jacques se sintió obligado a reanudar la conversación.

—Ahora es el momento —dijo, poniendo cara de romano— de que me diga lo que tiene que decirme.

Aparentemente esto no era nada fácil para tío Théodore. Mientras Jacques hablaba había ido incorporándose poco a poco, con gran dificultad, hasta que, gracias a un supremo esfuerzo, pudo ponerse de pie; era una cabeza más bajo que Jacques y tenía el rostro muy encarnado.

—Y bien —dijo Jacques.

En ese instante, tío Théodore le propinó con su mano derecha una tremenda bofetada en la mejilla izquierda, y sin atenerse a las escrituras, le dio un segundo golpe en la mejilla derecha. Parecía querer seguir golpeándolo, pero como si esto resultase demasiado agotador para él, después de una pausa de dos o tres segundos, súbitamente se volvió a sentar. Lo único que le impidió a Jacques saltar sobre él y matarlo fue su sorprendente parecido con la anciana *madame* Vieusac, la madre de Jacques, que se hizo patente junto con su enfado.

—Condenado títere —dijo tío Théodore. Y en seguida perdió por completo la voz; se quedó sentado inmóvil hasta que su vieja sangre francesa, que había estado al servicio de la guillotina el año 93, se sublevó y volvió a impelerle a actuar, esta vez con gran energía—. Condenado títere —gritó— ¡*Cochon!* ¿De qué me estás hablando? Soy un verdadero francés. Un hijo del pueblo libre francés, que es el pueblo más glorioso del mundo. Mi padre fue obrero, hizo un trabajo decente por treinta céntimos la hora y mi madre, uno indecente, por cincuenta. Desde que volví he buscado en vano a mi única hermana. He puesto anuncios en: *Le Matin*, *Figaro*, *Le Petit Journal*, *La Patrie* y *L'Indépendance Belge*, pero todo ha sido inútil, debe de haber muerto y ahora descansará bajo el sagrado suelo de la patria. Sí —gritó mientras se daba a sí mismo golpes que hacían retumbar su pecho—, soy un hijo del pueblo y quien insulta a Théodore Petitsfours insulta al pueblo francés. ¡Cien millones de francos, hágame el favor! Y podríamos decir ciento cincuenta sin excederme ni en un *sou*. ¿A qué te referías con ligeras diferencias, eh? Explica cuál es tu truco, explica a qué obedecen todos esos preliminares, explica qué son esas pequeñas diferencias, explica eso del vizconde de Vieusac, o de lo contrario el pueblo francés te dará una patada y te arrojará por el balcón. ¡Que la madre patria viva muchos años!

—Cálmese —dijo Jacques de Vieusac—, me iré por mi propia voluntad.

Con paso firme se alejó del balcón cruzando la sala de tío Théodore, pero al llegar al otro extremo se encontró con un muro, donde en vano intentó hallar el tirador de la puerta en medio de un fresco que representaba a Napoleón y la guardia en Fontainebleau. Se volvió, pálido como un muerto.

—Le ofrezco mis disculpas, *monsieur* Petitsfours, y me marcho por mi propia voluntad. —Después de lo cual encontró el tirador de la puerta y salió.

Bajó las escaleras con el ímpetu de una piedra lanzada por alguien y llegó hasta la planta baja

como si Suzon, que lo esperaba abajo, no existiera. En su alma ahora había únicamente un impulso, el deseo de estar solo.

Lo sucedido era extraordinario. En su mente lo calificaba de milagroso, y estaba seguro de hallarse en estado de embeleso. Era cierto que había perdido el control después de recibir aquella bofetada, algo que no le había ocurrido en los últimos diez años; sin embargo no se trataba de eso. No; era como si por un artificio del destino, los golpes de tío Théodore le hubiesen sido dados con buenas intenciones; y los aceptaba con absoluta humildad. Sabía que le había sucedido algo muy agradable y pasó de largo frente a las habitaciones de Suzon con indiferencia, borrándola totalmente de sus pensamientos, como si no existiera, pues ella sería incapaz de comprender su satisfacción y él tenía que experimentarla plenamente.

Salió en silencio a la calle y comenzó a recorrer la ciudad. Se detuvo a mirar un montón de melones, un paraguas exhibido en la vidriera de una tienda, cuyo mango tallado representaba una cacatúa, como si fuesen visiones insólitas sin conexión con nada conocido.

Se sentía maravillado de que tío Théodore no fuese un impostor, sino su verdadero tío Théodore, el hermano de su madre; y que entre todos los hoteles del mundo hubiera elegido aquel, donde conocería a Jacques; y que cuando Jacques le sugirió que unieran sus fuerzas, lo hubiese desenmascarado como a un tunante propinándole a continuación un correctivo. Aquello era un simple percance. Algo que no tenía la menor importancia, pues solo probaba que el mundo era distinto a lo que él suponía. Así que uno debía actuar rectamente en los duelos, batirse de acuerdo con el código del honor, y también perseguir a los judíos. De ello se infería que la chica en Lourdes realmente había tenido visiones y que los reyes lo eran por la gracia de Dios. Se hacía evidente que la virtud de los pobres sería premiada y los antimilitaristas recibirían su merecido. Como si todo esto hiciera posible su auténtica felicidad, Jacques sintió que una vasta y tranquila armonía penetraba todo su ser. El calor de aquel día se había acentuado hasta hacerse intolerable; el cielo, la tierra y el pueblo se veían igualmente blancos, como si sus colores hubieran sido calcinados, y entre los sufridos seres humanos y sus animales, el pobre y gordo Jacques caminaba como un hombre común y corriente. La hora de la comida lo hizo volver a la realidad y lo persuadió para que regresara al hotel. El ascensorista le miró, pero Jacques se limitó a fijar la vista al frente. Ni el ascensorista ni siquiera el tío Théodore existían para él. Cedían el paso a la nueva y abrumadora sensación que lo invadía.

Encontró a Suzon muy alterada. Más tarde Jacques supo que, como él no volvía, ella había subido también al aposento de tío Théodore. Gracias a ella el tío Théodore terminó de armar el rompecabezas. Jacques no logró imaginarse el fin de esa entrevista, pues tío Théodore había hallado en ella una oponente de su mismo temple, y el pueblo francés, cuando recibe una patada, responde de igual forma. Ella se sentía muy cansada y pidió que le subieran la comida.

Suzon le dijo que debían huir. Había empezado a hacer las maletas y su elegante vestuario yacía desparramado por el suelo del dormitorio. Quería irse a Egipto, pues allí tenía una amiga que había hecho fortuna. Pero Jacques no quería hacerlo. Desde su época de estudiante en Inglaterra, le resultaba intolerable vivir en cualquier lugar que no fuera el sagrado suelo francés. Prefería quedarse ahí y hacer frente a lo que viniera.

Apenas habían comenzado a discutir sobre este asunto cuando llamaron a la puerta. Jacques en persona fue quien abrió y franqueó la entrada a su destino. Se le presentó bajo la digna forma del *sous-prefet* de Cauteretz quien venía acompañado por el administrador del hotel; miró a Jacques, miró a Suzon; a través de la puerta observó detenidamente sus ropas, después de lo cual habló como si fuese un nuevo ángel del Libro de la Revelación.

—Señor —dijo a Jacques—, tengo el deber de informarle que *monsieur* Théodore Petitsfours ha

formulado una acusación en su contra, de tal magnitud, que el sentido de la justicia del pueblo francés requiere, de forma imperativa, una amplia investigación antes de que usted abandone Cauteretz. Se le acusa de haber usado un nombre que no es el suyo y de hacerse pasar ilegalmente por el vizconde de Vieusac.

Durante algún tiempo los periódicos dieron importancia al escándalo. *El pequeño amigo del trabajador*, de París, publicó un gran retrato de tío Théodore en primera página con un pie aprobatorio: «¡Bravo! ¡Un verdadero francés! La historia de la vida de Théodore de Petitsfours. ¡Que los vizcondes y farsantes aprendan la lección!». Entre los amigos de Jacques las noticias causaron pánico. Nadie podía creer que se tratase realmente de Jacques. El duque y la duquesa d'Argueil viajaron a Cauteretz en su limusina para indagarlo. Cuando comprobaron que realmente se trataba de él, se hospedaron en el hotel para asistir al juicio. Merced a grandes esfuerzos la duquesa obtuvo permiso para visitar a Jacques y le llevó a escondidas una botella de *vinaigre de vin de toilette*, sin el cual él no podía vivir.

Ella asistió a todas las sesiones del tribunal, pero el duque, que había sido muy amigo de Jacques, no pudo soportarlo y finalmente volvió a casa en su automóvil. Hasta entonces los habitantes de Cauteretz se habían detenido a mirar la limusina y rondado a su alrededor algo inquietos y oprimidos por los acontecimientos que se desarrollaban en su entorno, como lo haría un chico vergonzoso después de su primer triunfo.

Podría decirse que Suzon era el punto débil de Jacques. Cuando habló de su familia en Bordeaux fue desenmascarada de inmediato. El barón Salla había muerto y no pudo aclarar las relaciones entre las personas y los hechos; sin embargo, al analizar el asunto, quedó muy claro que ella nunca había sido *mademoiselle* Boyer. Cuando Jacques fue interrogado no dijo nada. Solo abrió la boca para decir que era el vizconde de Vieusac y trataba a la corte con desprecio. En este rasgo uno podía recordar al viejo vizconde, algunos de cuyos amigos fueron citados a declarar, aportando una fragante elegancia del siglo diecinueve a la sala de la corte. Uno de ellos opinó que Jacques se parecía al viejo vizconde; otro, que su estilo era muy diferente; pero todos estuvieron de acuerdo en que aquel matrimonio, del que habían oído rumores durante algún tiempo, solo fue una broma de su amigo. Se publicaron anuncios buscando a la hermana de *monsieur* Petitsfours por todos lados, pero no fue hallada. Al parecer, Jacques no era el heredero de tío Théodore y el asunto llevaba camino de perder todo interés.

Entretanto las relaciones entre Jacques y Suzon se habían hecho algo tensas, sin contar con el veredicto que pesaba sobre sus cabezas. Jacques se sentía tranquilo, muy tranquilo y casi feliz. La idea de que estaba cumpliendo la promesa hecha a su madre a un precio tan alto para él, le daba ánimo, valor y tal lucidez, que hasta el carcelero sintió su influjo y reflexionó seriamente sobre unas cuantas cosas. Para Suzon, en cambio, la situación era más complicada.

Estaba dispuesta a apostar su cabeza a que Jacques era un vizconde. A ella le era indiferente que él fuese o no vizconde, pero no podía comprender por qué él se negaba a demostrarlo y esta negativa la hería profundamente, la hería hasta donde Suzon podía ser herida. Se decía que lo más razonable era dejar que se las arreglase él solo, hasta que acudiera a ella a explicárselo todo, pero se había producido un cambio en su carácter que la llenaba de inquietud, y ya no estaba tan segura de que él la siguiera amando. Finalmente comenzó a acosarlo. Esto culminó con una gran escena en la que ella se quitó el anillo de boda y se lo arrojó a la cara.

—No te quepa duda —le dijo—, no te quepa duda, vizconde de Vieusac, de que de ahora en adelante no tendré nada que ver contigo. Puedes jurarlo, encanto, pues no volveré a ti aunque el arzobispo de París me lo pida. No volvería a tocarte ni por todo el vil metal de tío Théodore. Ya lo

sabes.

Durante el juicio continuó el calor inaguantable. El juez, que era la única persona que no podía mirar el reloj, pues este estaba colgado a sus espaldas, de pronto se dio cuenta de que tampoco podía pensar. Estaba en un callejón sin salida, pues no podía dilucidar quién era Jacques, y sin embargo, el acusado tenía que ser alguien. Adoptó una actitud pensativa para mantener la compostura y dijo al abogado Delaisson:

—Mi querido amigo, estamos frente a un caso extraordinario.

Esa misma noche Jacques escribió a su madre una carta que decía:

Querida madre:

Le envío algunos recortes de periódico en los que podrá enterarse de que estoy a punto de ser condenado por decir que soy su hijo. La ley no me inspira ningún respeto y que se me condene justa o injustamente no tiene la menor importancia para mí. Sin embargo, lo que usted pueda pensar al respecto, sí me importa, y confío en que conservará sus nobles sentimientos hacia mi persona.

No puedo seguir escribiendo, el llanto me lo impide, aunque las lágrimas en verdad son un alivio.

Su hijo que la ama,

Jacques Landry de Vieusac.

Cuando el carcelero llevó la carta al correo no tenía idea de su contenido.

El cartero de Chantilly tampoco lo sabía cuando una mañana de septiembre la entregó a la fiel Victorine, que se hallaba de pie frente a la puerta, y de quien estaba enamorado. Durante su ya larga vida se había enamorado cuatro veces, todas ellas de Victorine, quien nunca le había correspondido.

—Vaya, *mademoiselle* Victorine —dijo en tono de chanza—, cómo ha engordado usted.

—Sí, pero no por su causa —respondió Victorine que lo encontraba muy aburrido.

La anciana *madame* de Vieusac leyó la carta, y después de haber reflexionado durante media hora mandó a Victorine que le trajera de inmediato a su confesor, el padre Daniel.

Durante los años que ella había vivido en Chantilly, él había sido su más fiel amigo. A la pureza de su carácter inflexible se unía un auténtico interés por todos los seres humanos; además había leído los recortes de periódico enviados por Jacques.

Cuando ella le explicó el asunto, él, gracias a sus muchos años de ministerio, le encontró de inmediato una solución moral.

—Mi querida amiga —dijo—, Dios es infinitamente más sencillo que nosotros. Este es el premio por el amor que usted tiene a su hijo. La oportunidad de presentarse ante el mundo como su madre, no humillándolo con esto sino logrando su salvación. La conmino a partir sin tardanza y con ánimo sereno.

Fue lo que hizo, y en consecuencia, la corte de Cauteretz se llevó una gran sorpresa. Un martes, después de un largo interrogatorio al administrador del hotel que había sumido a todos los asistentes en un estado de somnolencia, incluso a la *duchesse*, a pesar de que ella comiera caramelos de menta sin interrupción para mantenerse despierta, se oyó un grito. Lo había lanzado uno de los policías de la puerta al ser apartado con un golpe por una mujer pequeña, gorda, de mejillas rojas, vestida de negro, con un perrillo bajo un brazo y un maletín color castaño bajo el otro, quien atravesó la sala de la corte en dirección al juez.

Lo miró a la cara, puso el perrillo en el suelo y mientras colocaba el maletín ante su señoría, del mismo modo que Juana de Arco depositó las banderas ganadas en combate delante de Carlos VII habló con una voz clara y nítida, que pudo ser oída por todos los que se encontraban en la sala.

—El joven que está ahí, de pie, es el vizconde Jacques de Vieusac, y es mi hijo. Soy Marceline, la hermana de Théodore Petitsfours. En este maletín encontrará mi certificado de bautismo y el del

vizconde, nuestro certificado de matrimonio, los certificados de bautismo y vacunación del niño, y un certificado de solvencia moral firmado por mi confesor. Lo que mi hijo el vizconde ha dicho, relativo a la herencia de su tío Théodore, es muy razonable, pues no sé a quién podría dejar su dinero mi hermano si no es a mí. Y como mi hermano Théodore ha declarado aquí, en la corte, ser poseedor de más de ciento cincuenta millones de francos, mi hijo se ha quedado corto al decir que esperaba heredar cien millones. El hecho de que el sistema legal francés haya estado a punto de dictar una sentencia injusta, no habla en vuestro favor, señores. —Luego, volviéndose hacia su hijo, exclamó—: ¡Jacques, abraza a tu madre!

Describir la alegría del encuentro, en este caso en que la madre no veía a su hijo desde hacía ocho años, la hermana no veía al hermano desde hacía cincuenta, ni el hermano a la hermana, en que la nuera nunca había visto a su suegra, y en que el juez y el perro nunca habían sido presentados, resultaría casi imposible. Su gran emotividad contagió a toda la corte, se oían sollozos por toda la sala y algunos aplaudieron como si estuviesen en el teatro, para expresar así su aprobación ante lo ocurrido.

Debió de ser muy aburrido para el juez tener que estudiar el caso *de nouveau*. Pero él también fue víctima de la emoción y no sintió molestia sino orgullo, pues los ojos de Francia estaban puestos sobre Cauteretz y se sentía imbuido de una vitalidad nunca antes experimentada. A tal extremo, que la llegada de *madame* de Vieusac a la sala del juicio y el vuelco de los acontecimientos provocaron un cambio en su matrimonio, que hasta entonces había sido monótono y sin hijos..., pero basta de eso. Aquella noche, y varios días después, Cauteretz se estremeció como una bandera jubilosa bajo el sol y la brisa. Sucedieron muchas cosas. Sin embargo, la *duchesse* perdió el interés y regresó a París.

La verdad es que Jacques y Suzon estaban hartos de Cauteretz. Tan pronto como les fue posible, viajaron con la anciana vizcondesa y tío Théodore a Chantilly, donde Victorine se las arregló para darles cabida a todos. El padre Daniel llegó en seguida a felicitarlos; como el tío Théodore había estado tanto tiempo en América, entabló una discusión sobre la historia de Lot, y toda la tarde se estuvieron paseando por el pequeño jardín de *madame* de Vieusac, mientras charlaban en tono amistoso.

Suzon se enamoró al instante de su nueva familia. Siempre tuvo la facultad de adaptarse a situaciones nuevas, y ahora se le hizo evidente que esta burguesía sencilla y sólida era su auténtico elemento. Le pareció que por fin se encontraba entre personas que conocían la vida y la tomaban en serio. Después de tres días en Chantilly fue por la mañana al mercado con Victorine para comprar una coliflor fresca, y en tanto el padre Daniel y tío Théodore discutían, ella y la anciana vizcondesa se sentaron a dilucidar de qué modo pondrían en orden los asuntos de Jacques. Tomaba el desayuno sentada a la mesa de la cocina, con la cabeza llena de rizados, y bebía café en un platillo. El barón Salla se habría sentido decepcionado, pero ya estaba muerto y pertenecía al pasado más remoto.

El primer domingo que pasaron en Chantilly, la anciana vizcondesa ofreció una cena íntima en la que ella y tío Théodore cocinaron todos los platos. Hacía muchos años que ninguno de los dos gozaba tanto como aquel día, mientras trajinaban por la cocina como en los viejos tiempos, cuando ambos eran pinches de Paillard, donde los grandes duques de Rusia, y a veces hasta el emperador en persona, solían cenar. Ningún gran duque ruso comió mejor que nuestra familia aquella noche en Chantilly.

—¿Crees que esta sopa tiene suficiente pimienta? —preguntó la anciana vizcondesa con ansiedad.

—No del todo —dijo tío Théodore—, no del todo. Con las carpas beberemos Chateau Yquem, y con este excelente vino francés me permito brindar por el símbolo de la unidad de nuestra familia, el pequeño Théodore de Vieusac que será mi único heredero.

La anciana vizcondesa cruzó las manos sobre su vientre, llena de satisfacción ante esta idea. En su mente vio a un pequeño Vieusac de ojos negros preparando confituras en una olla enorme.

—¿Qué dices tú al respecto, Jacques? —preguntó Suzon con humildad.

CARNAVAL

CORRÍA el mes de febrero de 1925, y era la noche del gran carnaval en la ópera de Copenhague cuando poco después de medianoche, en una casa situada a pocas millas de la ciudad se celebraba una cena de ocho personas, que venían del baile y tenían intenciones de volver a él.

El grupo, empezando por las damas, estaba integrado por: el Pierrot de Watteau, Arlecchino, el joven Soren Kierkegaard —ese brillante, profundo y desesperado filósofo danés de los años cuarenta, especie de macabro petimetre de la época— y Camelia.

Todas eran jóvenes y bonitas, aunque la verdaderamente hermosa era la que se había vestido de camelia, con un satén rosado, cuyo brillo y suavidad de flor no igualaba el de sus hombros desnudos y su espalda. Sus pestañas ennegrecidas eran tan largas, que los ojos color castaño claro parecían estar emboscados tras de ellas y en cualquier lugar de su cuerpo esbelto —garganta, brazos, cintura o rodillas—, en el que se hiciera un corte transversal con un cuchillo afilado, se obtendría una sección perfectamente redondeada.

La singular belleza de la joven Soren Kierkegaard es conocida en gran parte del mundo civilizado, pues fue el tema favorito de los jóvenes pintores de aquella época. No había exposición en su país en la cual no figurase su nombre; uno de sus retratos se halla en la Galería Nacional, bajo el título de *Dama con Abanico*, y otro se encuentra en la Gliptoteca, y es un extraño estudio en tonos verde pálido, que representa a una ninfa y a un unicornio, bebiendo en un estanque del bosque. Ella también escribía algo considerado como poesía muy moderna, pero parece ser que en su caso, al contrario de lo que suele ocurrir, su espíritu iba a fenecer mientras su cuerpo sería inmortal.

Pierrot y Arlecchino eran hermanas y de un parecido como el que tienen la hoja de la encina y la del roble: no un conjunto armónico de átomos heterogéneos, sino un conjunto heterogéneo de átomos afines. De un físico algo menos desarrollado que el de las demás, tenían ojos oscuros y bocas más rojas, como si en ellas la vitalidad se expresara no tanto en sus formas como en el color y en el brillo, y en una cierta gracia melindrosa que las caracterizaba. Las dos tenían también la piel muy blanca, y esa expresión plácida y ligeramente burlona, propia de las muñecas japonesas. Arlecchino era la única menor del grupo.

De los cuatro varones, la dama veneciana era el dueño de la casa y el marido de Pierrot. Su disfraz era el más costoso, y quien lo llevaba lucía las pesadas telas de plateada luminosidad y los brocados que pendían y caían como una gran cascada a la luz de la luna, con tanto sentido estético en lo abstracto como conciencia de su atractivo personal. Uno de sus amigos también iba vestido de arlequín, pues había prometido a la chica superarla en el disfraz. Era un moderno arlequín futurista y su traje estaba hecho de suaves telas metálicas, en tonos pálidos de jade, malva y gris, en tanto que ella era la auténtica y clásica figura de la antigua pantomima italiana. ¿Quién superaba a quién? Era solo una cuestión de preferencias.

Los dos restantes vestían, respectivamente, un dominó color magenta y un hermoso y antiguo traje chino de color amarillo. El dominó magenta lo llevaba a regañadientes un joven muy rubio y muy guapo que pertenecía a la legación de su país.

El que vestía el traje chino era la única persona mayor del grupo. No le quedaba bien, porque su rostro redondo era de un rosado brillante, del tono que los franceses llaman *framboise*, que iba atenuándose hasta convertirse en rosa pálido en la parte superior de la calva, pero el traje en sí era de matices ricos y esplendorosos, dorados como miel bajo las luces, y que brillaban y refulgían semejantes a bronce y carbones encendidos entre las sombras de los profundos pliegues. Sabía de

colores, pues era un gran pintor, famoso en todo el mundo, y había elegido aquel disfraz solo porque alguien había dicho que ese color carecía de profundidad. Quería probar lo contrario, como si aquella opinión fuese un insulto personal, de la misma manera que se empeñaba en defender la causa de los oprimidos. Se decía que él había afirmado que la grandeza no es más que una forma superior de amabilidad, y esto era aplicable a su arte, que se inspiraba en el auténtico placer producido por todo lo que veía, y en el supremo deseo de devolver este placer al mundo. Como parecía extraño que una persona tan brillante tuviese ese pequeño rostro de luna llena, sin rasgos, cabellera, ni expresión digna de mencionarse, y en realidad muy similar al trasero de un bebé, los alumnos de su escuela de pintura, que lo amaban, habían desarrollado una teoría sobre sus particularidades anatómicas y hacían correr la voz de que él poseía un rostro eminentemente radiante y expresivo en la parte posterior de su cuerpo. Por el momento se sentía feliz de hallarse frente a un buen vino, ya que se consideraba erróneamente entendido en la materia, y en compañía de mujeres encantadoras, sobre las cuales se consideraba un experto. A decir verdad también habría gozado bebiendo café con viejas de deslucidas faldas negras entre los muros encalados de un asilo. Se sentía a gusto con su traje, que había pertenecido a un eunuco influyente de la corte imperial de China; y él mismo podría haber pasado por un viejo eunuco, *intrigant* y lúcido, que ha alcanzado, mediante un atajo, la superioridad y el equilibrio, y desde su sereno sitio observa, con simpatía y sin prejuicios, las cabriolas de los humanos menos refinados que él.

La habitación donde el grupo se reunía era el gran comedor blanco de una de las distinguidas villas que suelen encontrarse a lo largo de la costa norte de Copenhague, y que fueron construidas en los primeros años del siglo pasado, cuando los mercaderes daneses amasaron su fortuna en las guerras napoleónicas. Aquella noche la pequeña mesa de comedor circular se hallaba iluminada, en honor al carnaval, con velas y pantallas de diversos colores: naranja, rosado, amarillo, carmesí, turquesa, verde. Sobre un aparador había todo lo necesario para una excelente comida. El mayordomo, que arreglaba una bandeja con hermosas frutas, era una figura pensativa y negra en medio del blanquísimo entorno y parecía una mosca caída en un bote de nata.

Las dos hermanas fueron las primeras en aparecer en escena, pues habían llegado en el coche de Pierrot diez minutos antes que el resto del grupo. Afuera nevaba. Durante el corto viaje desde el sofocante, ensordecedor e infatigable caleidoscopio del salón de baile a través de un mundo mortalmente blanco y silencioso, no hablaron, pero el aire de la noche les había encendido los colores.

El joven Arlecchino experimentaba esa alegría frenética de las personas a quienes les gusta mucho bailar. La vida aparecía ante sus ojos como debe hacerlo ante un audaz equilibrista que tiene absoluta confianza en su habilidad. Estaba acalorada después del baile, y notó que su ligero atuendo de seda se le adhería a la cintura, pero ella se sentía fresca como la brisa. Media hora antes, su acompañante la había besado bajo la oreja, donde el cuello surgía de la gran golilla, y aunque debió de sentir calor y sequedad con aquel beso, estaba tan concentrada en sí misma y en sus sentimientos que, al igual que él, tuvo una sensación de frescura y ligereza como cuando se tocan los pétalos de una peonía.

Pierrot miró los jacintos y claveles sobre la mesa con ojos de anfitriona.

—Creo que hay demasiadas flores —dijo.

Arlecchino comenzó a cantar el vals que la orquesta tocaba mientras salían del baile.

—Todas las flores en las mesas, de las casas, de los hoteles, son reflejos, son reflejos del cielo azul de mi corazón. —Dejó que sus bien torneadas y hábiles piernas dieran algunos pasos, como por sí solas—. Esta noche se acabó la ley de la gravedad, odio y detesto esa ley.

Posó la mano sobre el blanco y satinado omóplato de su hermana y bailaron, muy etéreas, erectas y flexibles hasta detenerse, un poco sin aliento, ante uno de los alargados espejos colgados de la pared.

—Mimi —dijo Arlecchino—, siempre eres la más bonita, pero esta noche estás más bella que nunca.

—¿Luz de luna, Polly? —preguntó Pierrot con suavidad.

Este era un santo y seña entre las dos, pues ya antes habían sido rivales, y como eran incapaces de sentir celos entre ellas habían inventado esa expresión para designar el brillo, y el realce, y el sutil reflejo de esa codiciada admiración con que la rival ganadora resplandecía ante los ojos de la perdedora. Cuando ambas se enamoraron del joven pastor que las preparaba para su confirmación, Arlecchino llegó incluso a escribir una poesía sobre el tema.

—No —dijo Arlecchino—; como verás se trata de lo siguiente: todos estamos disfrazados, sin embargo, creo que tú debieras *haber sido* un Pierrot.

—Yo también creo lo mismo —dijo Pierrot.

Arlecchino se volvió apartándose del espejo.

—Rápido, rápido —dijo—; debo hablarte antes de que lleguen los demás.

—Sé lo que me vas a decir —repuso Pierrot.

—Entonces, dímelo —replicó Arlecchino.

Pierrot cogió dos flores de la mesa y comenzó a cantar en voz muy baja.

—Me preguntarás si aún estoy enamorada de mi amigo Charlie, pues de lo contrario, si todo ha terminado... —hizo una pausa.

—¿Y todo ha terminado? —preguntó Arlecchino.

—Sí, todo pertenece al pasado, al pasado, al pasado —cantó Pierrot al tiempo que dejaba caer delicadamente todas las flores.

Arlecchino las recogió.

—¿Recoges mis flores —preguntó Pierrot— y también mi amante? ¿Lo dices en serio?

—Sí —contestó Arlecchino.

—Que Dios te proteja —dijo Pierrot.

—Quiero que me ame —continuó Arlecchino.

—Te amaré —dijo Pierrot.

—Quiero amarlo —dijo Arlecchino muy seria. Pierrot pareció empalidecer un poco al observarla—. ¿Por qué no podría tener yo un amante si todos lo tienen? —preguntó Arlecchino.

—No, no hay ninguna razón por la cual no puedas tener un amante —contestó Pierrot.

—¿Por qué entonces no podría estar enamorada si todos lo estáis? —preguntó Arlecchino.

Pierrot continuó mirándola con sus grandes ojos oscuros.

—¿Quieres estar enamorada? —le gritó—. ¡Ah, Polly, *coeur de lionne*! —era el apodo que le daban cuando niña en su círculo de amistades—. Por el amor de Dios, Polly.

Hizo girar uno de los grandes sillones de la mesa y se sentó como si se sintiera abrumada por las palabras de su hermana.

—No es verdad —dijo después de una pausa— que todos estemos enamorados. Solo yo lo estoy.

Arlecchino pensó un momento sobre lo que acababa de escuchar.

—¿Es malo estar enamorada? —preguntó.

—Creí —dijo Pierrot con tristeza— que podrías darte cuenta por ti misma.

—¿En esta casa? —preguntó Arlecchino.

—Sí, en esta casa —dijo Pierrot.

Arlecchino retiró otro sillón y se sentó frente a su hermana como preparándose para un debate.

—Mimi, ¿realmente crees —dijo— que he podido permanecer sin contagiarme de alguna forma de la atmósfera amorosa que tú y Julius irradiáis?

—¡Dios nos asista! —exclamó Pierrot—. ¿Eso es lo que te he dicho?

—¿Qué pensabas entonces hacerme?

—Exactamente lo opuesto.

—Mimi —dijo Arlecchino— *foi de gentilhomme*: ¿cambiarías tu papel conmigo por una noche?

—Sí —repuso Pierrot con gran energía—, me cambiaría contigo y con cualquier persona que no estuviese enamorada.

—¡Pero si estás casada con el hombre que amas! —exclamó Arlecchino.

—Sí, ¿y cuál es la ventaja de eso? —dijo Pierrot.

—Siempre es una ventaja —dijo la hermana menor.

—No —aclaró Pierrot—; eso hace que las cosas sean cien veces peor. Si Julius y yo fuéramos amantes, nos reuniríamos dos veces por semana en este piso, como suele hacerlo la demás gente, y me quedarían cinco días para poder ser un poco yo misma. En cambio ahora, al vivir en la forma en que lo hacemos, es decir juntos, no tengo paz en mi propia casa. Toda mi existencia se reduce a estar enamorada, todos mis pensamientos giran en torno a una sola persona; esto no tiene sentido, esto no es vida.

—¿Y tus vestidos, tus sombreros? —dijo Arlecchino después de un instante.

—Mis vestidos y mis sombreros —dijo Pierrot—, mis fiestas y mis funciones de teatro, mi música y mi brillante conversación, no significan nada para mí, todo lo hago por él, por lo que él pueda pensar. Cuando las dos competíamos en aquella carrera —continuó con profunda desesperación—, te envidié tanto, Polly, que me dolía el corazón.

—¡Pero tú ganaste la carrera! —exclamó Polly—, y yo solo logré el noveno lugar.

—¡Oh, sí!, yo la gané —dijo Pierrot con despecho—, pero tú la disfrutaste. Tú amabas tu coche. El tiempo te parecía espléndido y así lo dijiste. Yo solo participé porque creí que a Julius le agradaría que yo ganase.

—¡Dios mío! —dijo Arlecchino.

—Ya ni siquiera me produce placer —continuó Pierrot— el hecho de ser bonita. Si tuviese la certeza de que solamente Julius me consideraba hermosa, no me importaría mirarme al espejo y ver que en realidad tenía el aspecto de Valeria Ollynard.

—¿Y tú y Charles? —preguntó Arlecchino en voz baja y temerosa.

—¿Es que alguien creyó alguna vez que yo estaba enamorada de Charlie? —dijo Pierrot—. ¡Ay, mi pobre Charlie! ¿Piensas que alguna vez creí que estuviera enamorado de mí? No, él amaba a Julius igual que yo... Solíamos hablar sobre él.

Arlecchino escuchaba muy quieta, como un niño que oye un cuento de hadas fascinante y terrible.

—:¿Todo esto lo dices en serio, Mimi?

Pierrot, sentado en el mullido sillón, tenía las piernas estiradas y las manos metidas en el bolsillo de su chaqueta, cuyos pliegues brillaban como porcelana bajo la luz. Nunca ningún pequeño Pierrot arruinado y perdido tuvo un aspecto más trágico.

—¿Crees que tengo *le vin triste*? —preguntó—. Sí, lo tengo. Pero es agradable haber bebido tanto como para hablar con la misma facilidad con que se piensa. Escucha, los otros estarán aquí muy pronto. Esto que acabo de decirte, referente a que lo he perdido todo en la vida —amistades, sombreros, ambiciones—, es de por sí bastante triste, pero no es lo que me hace desgraciada. No; lo que me hace desgraciada es que si Julius supiera lo que siento, experimentaría un profundo rechazo por mí. Lo conozco bien, nunca me equivoco en lo que a él se refiere. Quiere que en la vida yo vaya

paralela a él. Por Dios, Polly, qué pena deberíamos sentir por todas las líneas paralelas con tantos deseos de cruzarse como yo.

»Lo engaño muy bien. Como todos saben, corro a su lado con todas mis fuerzas. Soy su amiga ideal, su camarada, y él supone que estoy enamorada de su coche, su avión y sus colecciones. Pero es triste tener que engañar siempre.

»Todo esto... es lo que significa estar enamorada, si es lo que tú deseas, Polly.

—¿Por qué no te marchas, Mimi? —preguntó Polly.

—Sabes bien que siempre me marchó —dijo Mimi—; acabo de regresar de los deportes de invierno. El verano pasado fui a Inglaterra y aprendí a volar. No me sirve de nada; retorno con las manos vacías como un niño mendigo avergonzado de volver a su casa.

»¿Sabes en qué he pensado, Polly? —continuó—. ¿Recuerdas aquellas personas, que ya eran ancianas cuando nosotras éramos niñas (las monjas en el colegio francés y nuestras tías solteras), que creían en Dios, vivían en Dios, se apoyaban en el Señor, descansaban en Él, y todo lo demás? Dime si no es posible que precisamente eso fuera lo que más disgustara a Dios, y que al final él les dijera: “Por el amor de Dios (o con las palabras que use para tal efecto), pensad en algo que hacer por vosotras mismas, buscad algún interés en vuestra propia vida. No os habría creado si hubiese sabido que lo único que haríais sería apoyaros en mí.” ¿Y no habría sido terrible para ellas?

—Sí —respondió Arlecchino después de pensarlo—, habría sido terrible para ellas. Pero, aunque así fuese, ¿cómo podría afectarnos a nosotras que no creemos en Dios?

Pierrot hizo un gesto.

—No —dijo.

—Cuando pienso —dijo Arlecchino con lentitud— en toda la gente que envidia tu imagen moderna.

—Así es —dijo Pierrot con tristeza.

—Tu mente como imagen —continuó diciendo Arlecchino con gran energía— podría ser la de un Masaccio.

Pierrot dijo otra vez que sí y hundió la mano en su gran bolsillo para buscar la pitillera; luego con actitud concentrada encendió un cigarrillo.

—En el fondo, lo que deseas —prosiguió Arlecchino con el mismo tono de voz y como una Pythia inspirada— es ser la sombra de Julius.

Pierrot permaneció sentada en silencio durante un rato; después exhaló un hondo suspiro, como una niña a quien le hacen ver sus más profundos deseos.

—Sí —dijo—; me gustaría ser su sombra —caviló un instante—. Sin embargo, los jóvenes que conocemos —siguió diciendo— me parece que no se interesan por tener sombras. No saben nada de ellas. Tal vez las han vendido como Peter Schlemihl, si es que te acuerdas de él.

—¿Al demonio? —preguntó Arlecchino.

—No —dijo Pierrot con aire pensativo—, a él no, no creo que lo conozcan. Más bien al mundo.

—O a la carne —dijo Arlecchino—. Cambia ahora tu expresión, Mimi, pues ya llega tu esposo —agregó. Se puso en pie y miró de frente a su hermana—. Escúchame, Mimi —dijo con absoluta seriedad—; no me enamoraré. *Parole d'honneur*. ¿Te sientes un poco mejor al saberlo?

Las luces blancas de los focos cruzaron como relámpagos sobre la entrada de coches cubierta por la nieve. Pierrot siguió su consejo: la expresión serena y vacía de su rostro recuperó el aire ligeramente sorprendido y burlón. Volvieron a colocar con sumo cuidado los sillones junto a la mesa, y salieron corriendo con sus diminutos zapatos sin tacón, al encuentro de sus invitados.

Afiebrados por el vino y el baile, los recién llegados sintieron la aventura del viaje a través de la nieve y el arribo a la casa silenciosa como una hora de armisticio en el tumulto del carnaval. Todos

eran amigos —cuatro de ellos estaban enamorados entre sí—, escépticos, ricos y ávidos. Las voces suaves, pero excitadas de las mujeres, retumbaban en el largo vestíbulo decorado severamente al estilo pompeyano con cuatro jarrones altos de mármol entre las ventanas.

El joven arlequín masculino, cuyo nombre era Tido, llegó en el coche de Camelia; le contaba a esta una feliz aventura amorosa que había tenido en el baile, e intentaba describirle lo encantadora que era su pareja. Durante la última hora le habían sido reveladas grandes verdades, una de ellas era la falsedad implícita en la idea tradicional de cubrirse el cuerpo y dejar el rostro desnudo, cuando en verdad debía ser lo diametralmente opuesto. Ninguna mujer podía estar más hermosa que llevando solo una máscara, ni encarnar de manera más exacta el ideal humano de autenticidad y dignidad, tan difícil de expresar, tanto vestida como desnuda. La máscara proporciona al menos esa liberación del yo por la que luchan todas las religiones. Como un fragmento de la noche, que contiene todo su misterio, su profundidad y su alegría, colocado en el lugar preciso para proporcionar la libertad sin ninguna renuncia. El centro de gravedad se traslada del ego al objeto; y a través de la auténtica humildad de negarse a sí mismo se llega a la unidad, se comprende la vida como un todo. Solamente así es posible llevar a cabo las grandes obras de arte. Ha llegado el momento, en la historia de la humanidad, en que para ser libres hay que renunciar a los rostros. En efecto, ahora que él había reflexionado sobre este punto, estaba dispuesto a creer que casi todos los problemas de la raza humana desaparecerían en forma simultánea junto con la individualidad. Y en esta utopía tan fácilmente alcanzada nos sentiríamos como la montaña en primavera, verdes y llenos de flores, con frescas corrientes de agua y con nuestras cabezas en las nubes.

—Tenía un lunar en la base de la espalda —dijo y citó a un viejo poeta danés del siglo pasado—: como la pequeña sombra del pabulo en una lámpara de alabastro —y al mirar a Camelia y ver que se arrebuja delicadamente en su capa de seda negra exclamó—: ¿Eras tú?

—No —dijo Camelia.

Las delgadas velas sobre la mesa, que habían permanecido en la blanca habitación como un grupo de jóvenes casaderas sumidas en sus pensamientos, ahora resplandecían y relampagueaban ante la intromisión de los colores; era un encuentro y un matrimonio entre estos y la luz, una rapsodia no menos arrebatadora por el absoluto silencio en que se desarrollaba.

Con el pintado rostro bañado por la luz, encendido por el vino bajo la capa de polvos, moviéndose en un aire cargado por el aroma de jacintos y claveles, la dama veneciana sostenía con una mano el codo de Soren Kierkegaard. Estos dos habían adquirido en una noche el hábito de hablar en verso blanco, un hábito que resultaba pesado para quienes estaban a su alrededor. Pero hay unos pocos chistes que ganan al ser repetidos.

Como dos masoquistas desposados,
unidos por un vínculo fatal
de simpatía estéril e inclemente,
que jadean bajando sus calzones
para el sagrado azote con varillas
de abedul, así somos tú y yo,
porque tal vez podríamos amarnos
desesperadamente y con tal fuerza
que haríamos caviar de nuestras lágrimas.
Pero yo siempre volveré a tus brazos
porque tus piernas son un diapasón
de oro, el instrumento favorito

de Dios, cuando con su potencia
transforma en armonía lo disonante
en esta vida. Nunca llegarás
a destrozar mi corazón, ingrata.
Pues quien rompe el espejo de su tocador
que espere de su sino lo peor.

El dominó magenta se sentó cerca de Arlecchino. Profundamente conmovido por la bebida y el amor, avanzaba por un estrecho y alto sendero del que podía caer en cualquier momento, por un lado hacia una profunda gratitud hacia Dios, y por otro hacia la desesperación. Se mantenía en equilibrio gracias a que era atraído con igual fuerza por ambos lados. Sin embargo, bajo ese aspecto a la vez fresco y aburrido de un lord de antaño torturado por el tedio, tenía gran capacidad de sufrimiento. Solía enamorarse de los *Noli me tangere*, donde fuera que estos se hallasen, y no se interesaba por mercancías más baratas. El desdén y la arrogancia de las mujeres hacia él, la inexplicable valoración que hacían de sus cuerpos y la avaricia con que los guardaban, le proporcionaban un excelente estado de santidad. Esto despertaba en su corazón una desesperada ternura, que siempre le creaba dificultades, al hacerle caer en fatal y paradójica melancolía, que es la situación sentimental sin salida de aquellos que adoran apasionadamente la virginidad. Ya antes se había sentido como el duende del cuento de hadas, que sentía tanto amor por los niños que terminaba comiéndoselos, y que después se lamentaba de haberlo hecho, pues los había perdido. Comentaba con Arlecchino que posiblemente sería trasladado de la legación de Copenhague a la de Egipto, y mientras lo hacía, le cogió la mano y se llevó su dedo meñique hasta la boca.

—En Egipto, San José dijo a la Virgen: «Oh, mi dulce pequeña, ¿no podrás cerrar los ojos e imaginarte que yo soy el Espíritu Santo?».»

Desde el borde de la copa la chica alzó hacia él sus ojos oscuros, y se sobresaltó ligeramente cuando él mordió la rosada punta de su dedo.

—Charlie —dijo—, ¿por qué no hacemos un teatro de sombras chinescas y recorremos el mundo? Estoy cansada de tener tres dimensiones, me parece tan vulgar.

Julius, que había notado un cambio en ella desde que bailaron juntos, una especie de desafío al mundo, como si quisiera matarlos a todos, o como en un castigo aún peor matarse ella, y que comprendía el mecanismo de su mente, habló desde el otro lado de la mesa.

Contemplad a la virgen vestal en el banquete,
la suma sacerdotisa de la negatividad,
intoxicada por su capacidad de destruir.
Indicad con los pulgares hacia abajo,
pues de lo contrario, todos estaremos perdidos.

—¿Me traicionas, Julius? —dijo Polly, sorprendida, pues ellos dos casi siempre estaban de acuerdo.

—Te ruego que me perdones, Polly —dijo Julius—, tu disfraz me ha hecho equivocarme.

En otro extremo de la mesa, el viejo pintor cuyo nombre era Rosendaal, se quejaba a la anfitriona de que nadie en el grupo vistiese de negro. Se expresaba con una vocecita penetrante y quejumbrosa, y tenía el hábito de hablar con excesiva lentitud, de manera que aun cuando describía algo con entusiasmo, daba la impresión de soportar virilmente un dolor agudo.

—Habríais estado tan bellos todos vestidos de negro —dijo y miró en torno a la mesa con profundo pesar—; es como jugar con un naipe en el que hasta el as de espadas es de color rosa.

»Negro —dijo—; amo el negro. —Era la única persona de Copenhague que podía pronunciar la

palabra *amo* sin que su voz temblara de ironía. Los magnates de la ciudad usaban el verbo *adorar*—. Sé que existe en alguna parte una teoría que dice que el negro hace pesados los colores. Es un gran error. Por el contrario, da ligereza y elimina la untuosidad, el peligro más funesto para un pintor. Como todos saben, la arcilla antes de cocida también es untuosa, blanda y pesada, pero al cocerse se ennegrece a la vez que se vuelve dura, seca y liviana. Así sucede con la vida. Es necesario imponerle el negro de algún modo. Vosotros los jóvenes no conocéis el negro, ¿y cuál es el resultado? ¡Ay!, vuestra existencia se vuelve cada día más chata y untuosa.

»Solo hay dos cosas —continuó— que en la actualidad salvan a una cena como la nuestra de caer en la más repugnante untuosidad. Esas cosas son nuestros vinos secos —miró su copa y en realidad había sido honesto, pues cuanto más seco era un vino, más le gustaba— y la inanición de nuestras mujeres, hallarse en medio de la abundancia y rodeado de personas, pues la pobre niña que contempla el escaparate de la panadería tiene la posibilidad de que algún bondadoso señor, con perversas intenciones, le ofrezca seis peniques; pero nuestras jóvenes mundanas viven custodiadas por sus propias conciencias, y si se dejan tentar por una corteza de pan, deberán renunciar a la pequeña codorniz de la cena con la cual han soñado todo el día, aun en brazos de sus amantes —eso sin duda tiene encanto y nos provee de un toque de color negro—. Si las mujeres fueran tan inmoderadas con la comida como lo son con el sexo, una cena resultaría algo bastante repulsivo.

»En cierto modo —dijo ensimismado— este sino no es más que un acto de justicia, una Némesis, un inteligente castigo. Podría brindar material para la creación de un mito. El eterno problema entre nosotros y las mujeres ha sido su incapacidad para comprender que después de haber comido, uno ya no tiene apetito. Es decir, son incapaces de diferenciar el punto de vista subjetivo, del objetivo. El hecho de que un conoedor aprecie en mucho una botella de vino o incluso una tortilla, y hasta pueda sentir veneración y gratitud hacia esos manjares, sin que por ello su apreciación sea la misma que la de un hombre hambriento y sediento; eso resulta incomprensible para ellas; por tanto, siempre se levantarán de la mesa ardiendo en deseos de comer y revolotearán —con sus cuerpos y espíritus inquietos—, sobre los alimentos, como pajarillos en una siembra de guisantes en la que hay un espantapájaros. Es hermoso.

»Por otro lado —continuó—, no pensaréis que encuentro bonita esta moda, ¿no es así? No puedo imaginar nada más patético que vosotras, jóvenes obligadas a apartar vuestros rostros de los escotes, pues allí no hay más que un desierto de Gobi. Sin embargo, espiritualmente tiene valor, tanto como para salvarnos.

Era tan obvia su dicha de estar ahí sentado comiendo y bebiendo, mirándolos, y en especial hablando, que los demás no podían sino sentirse felices con él. Era evidente, para cualquiera que lo conociese, que sus convicciones tenían fundamentos muy débiles y que no se podía retomar el tema al día siguiente, porque en ese intervalo él ya habría cambiado de piel con la facilidad de una vieja serpiente que cree que debajo tiene otra mejor. Como maestro era capaz de contradecirse sin avergonzarse, y alabar una obra que el día antes había criticado con furia, pero esto no importaba a sus alumnos, en medio de sus contradicciones les inculcaba la invencible ambición de superarse. Julius dijo:

¿Cómo osaré amarte? ¿No he comido
acaso todo lo que se me antoja?
Comí asado, verduras y bebí cerveza.
No conozco la fe que hurta tus ojos
puros y jóvenes de la alacena.
No despierto de noche dando gritos

con mis pálidas manos sobre un corazón

que chillaba y alborota, ni le he dicho:

no, ni una libra más, ni una libra.

No le he hablado a mi carne ni le he dicho:

Oye. Descansas sobre mi esqueleto. Basta.

La joven Soren Kierkegaard habló en voz baja y con un leve ceceo; sin embargo, logró apoderarse, como un vicio, de toda la persona de Tido, que se hallaba al otro lado de la mesa.

¡Deten tu caballo mecedor! ¡Deten tu pegaso!

Bajo su trote tu corazón gime

como una vieja cama de burdel

desde hace mucho tiempo clausurado

olvidada en el ático entre baratijas.

Pero que sin embargo a media noche

vuelve a mecerse con su antiguo ritmo.

—¿Es verdad, Rosie, que te asombra que no tengamos hoyuelos en nuestros *derrières*? —preguntó Camelia, mientras alzaba con gran satisfacción y consciente de cuan perfectos eran los hombros fuera de su vestido, como una perdiz calentándose al sol.

El viejo pintor la miró desde el otro extremo de la mesa sin poder evitar el asombro que le producían su frescura y su gracia, tal como le ocurrió al verla por primera vez.

—¿Asombrado, Fritze? —dijo—. Sí; estoy asombrado. Desde el punto de vista estético.

»¿Cómo no podría estarlo yo, que en mi juventud conocí damas cuyos *derrières*, vistos desde atrás, parecían violoncelos? Si tuvieras hoyuelos en tu *derrière* ya los habría visto hace mucho tiempo a través de ese tutu que llevas, y me sentiría muy honrado de sentarme a la mesa contigo. ¡Ay!, sé exactamente lo que tú y tus amigas tenéis: un pequeño racimo de músculos, apenas suficiente para manteneros sobre la silla cuando cabalgáis y para mecer como un timón durante el baile. Sin embargo, desde el punto de vista moral, querida mía, tu *derrière* carga con un enorme peso. A mi modo de ver, vosotras, chicas jóvenes que pertenecéis a ese grupo tan asombrosamente selecto, sois como clase las únicas personas rectas de nuestra ciudad, las únicas contemporáneas nuestras cuyo objetivo es representar una idea. La indolente y golosa Fritze Rozenkrantz ha cumplido con su deber y muchas veces se ha sacrificado —a pesar suyo, lo admito— al ideal de Fritze Rozenkrantz, la mujer más elegante de Copenhague, para reducir su trasero a su estado actual, y yo me quito el sombrero ante ella.

Así lo hizo, con un gesto amistoso, y después del esfuerzo se echó hacia atrás en su silla y lanzó un profundo suspiro.

—¿Asombrado? —repitió—. Sí; estoy asombrado. En todo Copenhague solo existen dos personas que todavía pueden asombrarse de algo; mi amiga la vieja señora Von Gersdorff, y yo, y podemos estar orgullosos de ello. Podríamos comer fuera todas las noches del año y basar nuestro *succès fou* en nuestra capacidad de asombro. Pero ambos somos viejos, ¿y qué haríais vosotros después de nuestra partida? Haríais un triste papel, niños míos, intercambiando vuestros audaces axiomas como un hombre que celebrara una *mèsse noire* para el sindicato de plomeros. Estáis privando a Dios de todos sus colores uno a uno, hasta que no le quede en la paleta más que el rosa y el azul cielo, y que no le servirán sino para hacer pequeñas bomboneras.

—No queremos ser negros —dijo Pierrot a su derecha, acercándose una flor de largo tallo a la nariz—, queremos ser arco iris. Me habría vestido de arco iris esta noche si hubiese sabido qué hacer con mis piernas.

—Es tan estúpido lo que acabas de decir, Mimi —dijo Rosendaal—, que me avergüenzo de que los demás lo hayan oído. ¿Hubieras sido el arco iris sobre el pequeño cielo azul de tu cena? ¿A cuál de nosotros habrías considerado negro o azufre para apoyarte en él?

—Eso es muy encantador —dijo Julius—. El cielo en negro y azufre, a la izquierda unas ruinas, en el centro a lo lejos galopa un jinete polaco con una capa color escarlata; está marcado por la antigua maldición de su familia, que es morir cuando hacen el amor.

En el rostro del viejo pintor se dibujó una expresión similar a la de un niño al que se le acerca un reloj a la oreja.

—Sí, Julius, hijo mío —dijo—, he visto un colorido así no hace mucho tiempo. Los vándalos del Ayuntamiento, como tú bien sabes, están demoliendo Vognmagergade (por considerarlo un punto negro en el rostro gordo y limpio de la Copenhague actual) y he tenido que bregar mucho con ellos. Allí sí habrías encontrado oscuridad, un color negro que lleva doscientos años embotellado, pútrido y lleno de sabandijas, y que salió fuera al retirar el corcho en el momento en que caían las murallas. Tuvieron muchos problemas tratando de convencer a algunos de los antiguos habitantes del lugar para que se marchasen, pues eran decentes y buenas personas que se aferraban al derecho que tiene todo ser humano de conservar un poco de su propia oscuridad. Había allí una anciana encantadora a quien visité en algunas ocasiones para expresarle mi simpatía y para beber juntos un vaso de ginebra; tenía setenta y cinco años, era ciega, y se ganaba la vida de manera limpia y honesta con la fornicación. Con ella compartí fulgurantes fragmentos de negrura en medio de los chatos y rosados rostros de las casas nuevas.

—La última vez que estuve en París —dijo Camelia— fui con mi tía francesa a una exposición de rosas en Bagatelle. Es tan vieja como tu amiga, Rosie, y también medio ciega, no obstante cuando estábamos frente a los más hermosos macizos de flores me tiraba de la manga y no cesaba de balbucear con su vocecita temblorosa: «*Ma chère, c'est un lit d'amour, c'est un lit d'amour!*». Tal vez me gane vuestro desprecio, sin embargo, para ese uso, su preferencia por los colores me parece lo más acertado.

El viejo Rosendaal la miró.

—¿Entonces por qué usas sábanas negras? —preguntó después de una pausa—. No te disculpes, porque haces bien en usarlas. Desde el punto de vista de un colorista, es preferible el infierno antes que una de estas aventuras amorosas modernas, y entre todos los rosas del mundo, el que tiene mayores posibilidades de caer sobre ti con su densa untuosidad es el del lecho del amor.

—¿Qué clase de negro propones entonces para el lecho del amor? —preguntó Tido que tenía un agudo interés personal en la materia.

El pintor meditó un rato sobre esta pregunta.

—Bien —dijo después de una pausa, muy lentamente y con cierto embarazo—; como sabéis, en otro tiempo había un negro muy bueno, que provenía de una conciencia sucia o en extremo culpable. El pecado, sí, el pecado mortal.

—¡Oh, querido Rosie! —ceceó Soren Kierkegaard.

—En efecto —dijo el viejo sintiéndose cada vez más seguro de sí mismo y cruzando las manos sobre su vientre—, lo tenían. Un negro excelente y encantador. Ya ha desaparecido. Vosotros nunca lo habéis visto; el secreto de su fabricación se ha perdido. Pero sin duda era excelente. —Volvió a quedarse en silencio, absorto en sus recuerdos. Luego pareció despertar otra vez a la vida, lleno de felicidad—. ¿Y los celos? —les preguntó—. ¿No os parece que proporcionan un negro de muy buena calidad? Ya sé, ya sé. Yo también he leído libros modernos y soy consciente de que vosotros no los aceptáis; la elegancia consiste en provocar su desaparición. A veces he pensado seriamente en

casarme, movido solo por el deseo de hacer el bien a la humanidad, de hacer feliz a una mujer, transformándome en el auténtico marido celoso, el marido celoso de los viejos cuentos. Me siento realmente apenado por vosotros, jóvenes, que tenéis que acostaros sin pronunciar ni una palabra respecto al sino de estar casadas con un cornudo.

»Dentro de poco —dijo luego de un momento en tono solemne— tendremos que mantener con dinero estatal unos cuantos Barbazules, algunos Jack el Destripador, para proteger a Eros de una degeneración adiposa. ¿No es el hombre un cazador? —preguntó palpando su pecho regordete bajo el traje de eunuco.

—No —replicó Soren Kierkegaard.

—¿No? —dijo Rosendaal—. De acuerdo, Annelise, no lo es. Entonces, ¿es un deportista? E deporte de moda —continuó rápidamente y rechazando con un movimiento de la mano el riesgo de una segunda negativa— consiste en fotografiar piezas de caza mayor. ¿Es eso un verdadero deporte? Hasta ahora los animales fueron muertos con flechas envenenadas y balas dum-dum. Si dejáis de matarlos, dentro de diez años, época en que todavía seréis jóvenes, fotografiar piezas de caza mayor tendrá tanto de deportivo como la fotografía de modas en Copenhague. El elefante, el rinoceronte, el tímido okapi, y aun el unicornio se os acercarán y posarán para la cámara. El Estado tendrá que financiar algunas bandas de cazadores furtivos provistos de armas mortales para ahuyentarlos de vez cuando. Annelise, ¿podré entonces en el futuro decorar vestíbulos, no con el oso negro o el jabalí acosado por los perros, sino con un friso del zoólogo avanzando cautelosamente con su cámara? Cuando lo pienso siento miedo, siento un enorme miedo de las ilustraciones que aparecerán en la *Fliegende Blaetters*.

—Pero aún se podrán fotografiar carnívoros —dijo Soren Kierkegaard.

—Sí —dijo el pintor—; sí, el miedo desnudo de nuestra carne y nuestra sangre puede que esté presente allí, al final, como única fuente de inspiración. Pero tened cuidado, queridos míos, tened cuidado con la *Fliegende Blaetters*.

Alzó su copa para que se la volvieran a llenar.

—Yo también he estado en Francia, Fritze —dijo dirigiéndose orgullosamente a Camelia—, y la última vez que estuve en París leí un libro sobre la muerte del rey Francisco I. Murió, como tal vez sepáis, a causa de la *vérole* —un negro excelente, que ahora también están tratando de eliminar, un negro cuyo poder podría correr parejo con vosotros, como una larga sombra, proyectándose ya hacia adelante, ya hacia atrás, de un farol de la calle a otro farol, cuando os dirigís a una cita—. Acababa de ser importado desde América y se había difundido tanto como el cóctel en nuestros días. La esposa de un noble francés de muy alta cuna —la aristocracia era una de las debilidades del viejo artista— fue seducida por el rey. El marido no dio la vuelta al mundo ni se dedicó a coleccionar piezas de jade antiguo como hacéis hoy en día. Envío a un fiel servidor a que le trajese una prostituta desde París, luego transmitió a su mujer el regalo que la prostituta le diera, y después observó cómo el rey —un hombre encantador que amaba las artes— enfermaba y moría. Aquel era un hombre orgulloso que amaba a su mujer y amaba al rey Francisco, rey por la gracia de Dios. La última noche que durmió con su esposa fue una magnífica noche negra. Estuve tan obsesionado con esta historia que intenté componer una balada sobre el tema, pero no me salió bien. Creo que si lo intentase podría recordar alguno de los versos. —Se quitó las gafas, como si pudiera ver la balada mejor sin ellas—. No, no recuerdo nada. —La recordaba perfectamente bien, pero así como era audaz como pintor, era tímido como poeta, del mismo modo que ciertas personas pueden ser mojigatas con el cuerpo y desvergonzadas con el espíritu, o viceversa—. De ahí me dirigí a Marsella y pinté una serie de naturalezas muertas que son lo mejor que he hecho en mi vida. —Esto sucedía con todos sus cuadros;

cuando los mencionaba después de algún tiempo, siempre eran lo mejor que había hecho en su vida —. Si no hubiese tenido en mi cabeza al marido celoso, a aquella pobre dama, a la prostituta y al rey, jamás podría haber pintado el caparazón oscuro de las langostas, el amarillo y el gris de las ostras, ni el blanco vientre de los peces... No habría podido hacerlo. Todo el mundo puede ver que la tragedia existe en los niveles más altos y que en ella cohabitan los celos, el amor al rojo vivo y la muerte.

El viejo pintor se entregó a una profunda meditación y los ojos se le llenaron de lágrimas al recordar sus grandes obras.

Desde su silla, Julius se rió de él. Recordaba el último cuadro del maestro, *La Virgen recibe a Juana de Arco en el Paraíso*. En él aparecía muy poco negro entre las alas púrpura y rosa, las doradas aureolas de los ángeles, la capa azul marino de la Virgen, y la armadura de la Doncella arrodillada. Ni tampoco aparecía en la faz radiante de la Reina de los Cielos que se precipitaba a dar la bienvenida a su última y joven mártir, ni en el rostro mortalmente serio de Juana que venía directamente de la hoguera.

—Todo se reduce a esto —dijo el viejo pintor después de una pausa—: no podemos llegar más alto que nuestra luz más intensa. Y bien podría decirse que el blanco de China es el mayor estado de gloria al que podemos ascender. Por tanto, tenemos una amplia escala sobre la que es posible trabajar; pero si cercenamos su mitad inferior, ¿qué melodías tocaríamos? El marqués Talón de Bologna en cierta oportunidad me dio un anillo que tiene cuatrocientos años. Bajo el engarce de la piedra hay un veneno mortal. —Alzó su mano pequeña y ancha para mostrarlo con la seguridad de quien cree en lo que le dicen—. Muerte y eternidad concentradas. Entonces existían circunstancias en las que era muy sensato ponérselo cuando a uno lo invitaban a cenar. Desde el punto de vista moral, había en él algo más de lo que uno lleva consigo normalmente a un baile. Con la cámara de torturas, las jaulas de hierro abajo en las profundas bóvedas, y este diminuto camino hacia la salvación en el dedo, uno podía entregarse a sus anchas a los éxtasis del vino, a la belleza de las jóvenes cortesanas desnudas y a la de los muchachos. Pero hemos mutilado la escala de la vida, tocamos una trompeta de hojalata, y las cortesanas y muchachos ya no nos proporcionan tanto placer. Pierrot le pidió que le permitiera ver el anillo; él se lo quitó y se lo entregó.

—Podrías instalar luz eléctrica en tus cuadros —dijo Arlecchino pensativa, pues en sus ratos libres estudiaba en la politécnica—. Pequeños bordes de luz o un sol diminuto si quisieras pintar un atardecer.

El viejo pintor la miró durante unos segundos.

—Cuando estuve en Ingolstadt —dijo—, el Ayuntamiento tenía muchos problemas con la planta de energía eléctrica, porque no producía la fuerza necesaria, hasta que eligieron una alcaldesa. Lanzó una proclama informando al pueblo de que en el despacho del Ayuntamiento, en forma totalmente gratuita, se distribuirían pequeñas dínamos; ordenaba a continuación a todos los buenos ciudadanos conectar con dichas dínamos, y en forma simultánea, conectar estas con los cables de distribución cada vez que hicieran el amor. Durante algún tiempo la ciudad estuvo brillantemente iluminada, pero poco después se pudo advertir que tanto la iluminación como el celo patriótico de los ciudadanos de Ingolstadt se había debilitado de manera considerable, esto porque no se debe mezclar la luz eléctrica con sentimientos grandes y nobles como el patriotismo.

Tido, con su suave y luminoso disfraz de arlequín, se hallaba sentado con la barbilla apoyada en la mano, y miraba frente a él, al otro lado de la mesa, a la joven Kierkegaard que estaba a la derecha del anfitrión. Tenía mucho en qué pensar. Le había sucedido algo increíble y extraño, se había enamorado después de estar seguro de que nunca le volvería a ocurrir. Y ahora no sabía qué hacer.

Había oído hablar de ella y la conocía de vista desde hacía mucho tiempo, del mismo modo que en Copenhague todo el mundo conoce a todo el mundo. Por otra parte mantenían una especie de relación romántica entre sí, debido a que el esposo divorciado de ella se casó con la esposa divorciada de él, y se suponía que eran muy felices juntos. Ella lo miraba preguntándose cómo sería este hombre que no había podido vivir con una mujer que ahora era capaz de sentirse feliz al lado de su esposo. Él la miraba en un principio con la misma clase de pensamientos, aunque en otro sentido, pero también la admiraba. Pero entonces, de súbito aquella suave locura se apoderó de él. Se parecía tanto a la primavera, que tenía todo el tiempo en su corazón la imagen del mar cuando se rompe el hielo del invierno; las imágenes largo tiempo olvidadas de su hermano, que en los primeros días de marzo navegaba impulsándose con una pértiga sobre un trozo de hielo salado, con la cabeza descubierta después de largos meses de gorros invernales de piel, embriagado por el agua de mar, la arena y los tibios y acariciantes vientos del sur. Ella era tan fresca como estas imágenes. Pero también dura y fría, y él necesitaba dureza y frialdad, porque la vida había sido demasiado cálida y blanda para él.

Esa noche ella había elegido aquel disfraz para darle mayor realce a la situación. Todos los estudiosos de Soren Kierkegaard conocen su profundo y encantador libro, *El diario de un seductor*. En él, el héroe Johannes, pone en juego todo su ingenio y sus grandes poderes mentales con el fin de obtener una noche de amor con la heroína, a la que luego abandona para siempre. La chica moderna coincidía con el viejo poeta en el principio fundamental que él expresa en un lamento en aquel exquisito pasaje: «¿Por qué una noche así no podría durar para siempre?», etc., después dice que en una sola noche se bebe hasta el fondo la copa del amor, lo que queda después no es más que sedimento. Pero ella tenía sus puntos de vista personales sobre el libro, y sostenía y le inculcaba a él la idea de que el triunfo de Johannes no era completo, debido a que mantiene a Cordelia en la oscuridad respecto a sus propósitos de abandonarla para siempre al despuntar el día, y quien engaña a su pareja en cualquier forma, asume falsamente el calificativo de seductor. Más honesta que el seductor de Kierkegaard, ella le habría planteado a él su problema en forma directa; esa noche de amor sería *à prendre ou à laisser*. Solo pocos días atrás le había dado el ultimátum, y ahora, con su disfraz de petimetre de los años cuarenta volvía a hacérselo notar. Él se pasó la noche meditando sobre la situación, y a ella, pensaba él, no le habría gustado enterarse, si esto fuese posible, de que en su ánimo no pesaba ni el menor motivo egoísta.

Él tenía la impresión de que ella a los veinticuatro años, es decir, su misma edad, pensaba y actuaba como una muchacha de quince. Pero al reflexionar un poco más sobre ella, cosa que ahora hacía todo el tiempo, había llegado a la conclusión de que nunca tendría más de quince años: poseía el entusiasmo brillante y metálico de esa edad, y él recordó que en la escuela le habían enseñado que los antiguos persas decían que en el paraíso todos teníamos quince años. «Tu poder se ha transmitido por boca de niños y lactantes.»

Coincidía con ella en sus puntos de vista sobre el amor. No se creía capaz de hacer feliz permanentemente a una mujer, pues las mujeres nunca habían sido felices con él. Comprendía las palabras del viejo pintor, porque se había levantado de muchos lechos de amor, pringado de aquella pintura rosada a la que aludiera. No se oponía a acostarse con ella sobre la parrilla de San Lorenzo. No tenía fe en el matrimonio, había estado casado y ella también. Además, cuando uno de sus barcos llegaba, permanecía en el muelle con las mujeres y la familia de capitanes y sobrecargos. Había hablado con ellas y vio cómo recibían a sus esposos cuando desembarcaban. Esa gente sabía estar casada, y él los admiraba tanto como a los que podían tocar la concertina, pues él no la sabía tocar.

Simpatizaba con Annelise cuando ella quería educar a Afrodita —cosa que la vieja dama necesitaba—; y comprendía, tan bien como si se lo hubiese explicado —cosa que a veces había

hecho—, el juego fuerte, la intención de navegar con la velocidad del viento, el voto heroico de triunfar o morir por cualquier cosa en la que se hubiese comprometido. Por ahora él se hallaba totalmente ocupado con la idea de ayudarle en su intento. Ella parecía ser el último amor de su vida, una pertenencia tan valiosa que no la abandonaría por ningún motivo. Si ella iba a ponerse esa brillante armadura de un Don Quijote erótico, ¿cómo salvarla de que se perdiese entre los molinos de viento, uno de los cuales podía ser él mismo? A veces se sentía un poco cansado o intimidado por su exceso de patetismo, por ser demasiado como una niña o una flor. No confiaba en que su capacidad de amante pudiera transformar esa noche en el centro de gravedad de la vida de ella. Y aunque tuviera esa capacidad, no le habría servido de nada, ya que ella podía salir de los brazos de Casanova fresca como un lirio y con una leve sonrisa irónica si no habían entrado en juego otras fuerzas. Aunque era muy abierta y natural en casi todas sus costumbres, era, como las otras chicas de su edad, disciplinada como un soldado prusiano en lo que se refería a su imaginación. Tal vez deseara una orgía, pero una orgía sagrada, con tantos ritos y ceremonias como la coronación del rey de España, y se alejaría asqueada de cualquier cosa que pudiera obtener con facilidad.

Él hubiese deseado que ella fuera la dama de la corte del rey Francisco, de quien habían estado hablando, que lanzó su guante al patio de los leones, de manera que cayó justamente entre un león y un tigre, y pidió a su amante que lo recogiera. En la leyenda, el caballero bajó, recogió el guante, se acercó a ella, se lo arrojó a la cara y le volvió la espalda. Sea como fuere, aquellos dos nunca podrían olvidarse, ni él en su castillo junto a una esposa más pacífica, ni ella a él. A veces recordarían aquellos instantes, aquel león y aquel guante. Pensaba en que es ese monótono ejercicio de olvidar, ese eterno reducir todo en la vida a la nada lo que resulta tan agotador. El papel de la dama le sentaba bien a Annelise, y a él le habría gustado que le pidiera que trajese el guante.

Pero no era un caballero andante sino un joven y rico propietario de barcos que amaba mucho el mar, había nacido en el seno de la sociedad de Copenhague y era devorado por las mujeres. A pesar de todo soplaban vientos primaverales en su amistad con ella, había un susurro de palmas en costas lejanas donde estuvo cuando niño, cuando durante las vacaciones viajaba en los barcos de su padre, y el estrépito de las grandes olas —¿quién podía saber qué recuerdos de antiguos hombres de mar se cobijaban bajo las velas color castaño de las embarcaciones?

Aquella noche había bebido mucho para sentirse inspirado. Pensó que quizá podría matarse o matarla a ella al amanecer, o —luego de haber bebido otra botella— declinar su ofrecimiento, o bien, después de aquella única noche de amor, casarse con una mujer joven y rica enamorada de él. ¿Sería alguna de estas posibilidades la que ella necesitaba para ser feliz? Le parecía que no. Pensó en la posibilidad de un hijo y tuvo que admitir que la idea era genial, aunque pronto comprendió que no servía, pues ella no le seguiría el juego. O podría entregarla a un grupo de marineros borrachos, en un gesto semejante al del caballero del patio de los leones. Pero eso no sería justo con ella, quien lo había tratado con ecuanimidad en todo momento durante sus relaciones; además él conocía a los marinos daneses, la acompañarían a casa de una manera amistosa haciendo chistes sobre él. La miró: sus pómulos y su barbilla, que contrastaban con el cuello blanco de la camisa y el corbatín negro, tenían la delicada curvatura y la pulida superficie de un violín. Bajo su cabellera roja y alborotada, su rostro, que al llegar el mes de mayo se manchaba como la piel de un cachorro de pantera, esa noche tenía una pálida luminosidad.

Bajo el influjo de estos estados de ánimo y de los diversos vinos que había bebido, mientras conducía camino de la casa sobre los puentes que cruzan los canales de Copenhague, y mientras charlaba con Camelia sobre las ventajas de no tener rostro, compuso un poema, el único que hizo en toda su vida:

La nieve es esparcida sobre el hielo
por el soplo del viento.

El viento, la nieve y mi corazón
juegan unidos en la soledad.

—¡Oh, Rosie! —dijo Arlecchino—, búho encantador, ruiseñor de mi alma, permanece en tu artificiosa oscuridad. Yo pienso igual que la alcaldesa de Ingolstadt. ¿Qué me darías si lograra una nota tan alta en la escala, como nunca se ha escuchado?

—¡Ah! —dijo Rosendaal—, en ese caso te daría todo lo que poseo, Polly.

—Debió de ser muy ventajoso para una anfitriona —dijo con aire pensativo Pierrot que se había puesto el anillo del viejo— poder impresionar a sus invitados con mazmorras y jaulas de hierro bajo el piso, venenos enloquecedores sobre la mesa, vítores detrás de las puertas, y hacer que celebrasen a sus cortesanas y muchachos, cosa que en otras circunstancias no sucedería.

—Ahora —dijo Julius— tocaré una melodía con una trompeta de hojalata. Todos sabéis que queríamos soplar en el aire, en el sol, en la luna y en todas las regiones estelares para brindar un espectáculo ameno a nuestras enamoradas, pero también sabéis que no podemos hacerlo. Soplamos lo que podemos, para brindarles el mejor espectáculo posible dada la calidad de nuestros instrumentos. Exiliado de la oscuridad, según Rosie, sacado del pozo, intentaré honestamente alcanzar la nota más alta que me permite la escala.

—No queremos una nota alta —dijo Pierrot—. Te equivocas si crees que amamos a los gallos; amamos a los ruiseñores. Queremos una melodía, algo que tenga sentido, que se repita y continúe. ¡Ay!, y eso tú no lo puedes hacer.

—¿Durante cuánto tiempo pretendes continuar así, Mimi? —le preguntó.

Ella pensó un momento.

—Un año —repuso.

—¿Podemos hacer que la felicidad dure un año? —preguntó Julius—. Intentémoslo. Aquí somos ocho personas, todos los que, según están las cosas en Copenhague, podemos considerarnos adinerados. Reunamos en un fondo común cuanto poseemos en el mundo y echemos a suertes. El ganador será su dueño durante un año.

—¡Oh, Dios! —dijo Mimi—, creí que hablabas de una melodía.

—¿Qué se incluirá? —preguntó Amelie pensativa.

—Solo bienes materiales, que puedan transferirse de una persona a otra —dijo Julius—, pues hasta ahí llega la escala para nosotros; únicamente los lamas que viven en Lhasa y que llevan mil años de celibato pueden alcanzar notas más altas. Rentas, casas, coches, caballos, joyas, objetos de arte... no puedo prometer a nadie el equilibrio de tu corazón, ni siquiera ese dulce aliento tuyo, Fritze.

—¡Sí, entraré en el juego contigo! —exclamó Arlecchino—; ¿qué harán los perdedores?

—Los perdedores saldrán de sus casas —dijo Julius— y tendrán que ganarse la vida de alguna forma. Hasta podrán probar suerte en la empalagosa oscuridad de Rosie en Vognmagergade. Harán lo que les plazca.

—Tendrán que comprometerse —dijo Arlecchino— a abandonar el país y permanecer en el extranjero durante un año. De lo contrario, el ganador se creería obligado a pedirnos que vivamos con él y utilicemos sus coches.

—Está bien —dijo Julius.

—Y —añadió Camelia—, se permitirá al ganador elegir del grupo la persona que quiera, para que sea el Gran Visir Jeafar de quien es el Califa Harun-al-Rashid, con la obligación de vivir un año a su lado.

—De acuerdo —dijo Julius.

Establecieron las reglas del juego y Arlecchino las escribió sobre la tarjeta del menú.

—¿Participas tú también, Mimi? —preguntó Julius—. La noche de año nuevo dijiste que estabas cansada de ser en diversas oportunidades la misma persona, y que preferías ser en una sola oportunidad personas diferentes. Podría cambiar por lo menos tu nombre y tu color de pelo doce veces o más durante este año, y quizá te guste.

—Me parece un buen consejo, Julius —dijo Mimi—, me convertiré en modelo (me han ofrecido ese trabajo): seré doce modelos diferentes para doce casas diferentes y crearé doce estilos diferentes. Pero debes prometerme que cada vez que veas la luna nueva te acordarás de decir: «*Mimi est morte! Vive Mimi!*».

—¿Jugarás con nosotros, Charlie? —preguntó Arlecchino—. Eres el más rico de todos.

Charlie intentó recorrer mentalmente la situación, pero había bebido demasiado y esta operación le resultaba excesivamente lenta. Si hubiese considerado que podía negarse, lo habría hecho, pero ¿podría decir que no? Era un extranjero entre ellos, y había sido muy bien acogido —esta es una nación muy cortés—. En cierta oportunidad en que la caja con su traje de etiqueta no llegó, todos se pusieron ropas menos formales por delicadeza hacia él, a pesar de que se trataba de una ocasión muy especial. Si se negaba, pensarían que era avaro. Desde que era muy joven le gustaba jugar al póquer y aún tenía pasión por el juego. Sabía que lo importante era que los otros jugadores se equivocaran respecto a las cartas que él tenía en la mano, sin importar que las sobrestimasen o las valorasen en menos. Sabía que era avaro. Luego pensó que si ganaba se llevaría con él durante un año a Arlecchino. En esas circunstancias, ella actuaría de manera tan imprudente con sus posesiones, sobre todo con las de ella, que se divertirían sin riesgos de ser él el causante de su ruina. Después de todo, perder o ganar no tenía la menor importancia en el póquer de la vida.

—Sí —dijo—, participaré en el juego.

—Despierta, Tido —dijo Arlecchino—, estamos organizando una lotería. ¿Quieres participar?

Tuvieron que explicar a Tido todo de nuevo. Cuando logró comprenderlo estuvo también de acuerdo. Luego se puso a cavilar sobre lo que haría durante un año sin su casa y sus comodidades de Copenhague —pues nunca en su vida había ganado en ningún juego y no le pasaba por la cabeza que ahora pudiese suceder algo semejante—. En el curso de los minutos siguientes pensó: «Puedo hacer que el viejo Hansen me facilite la *Ellen Dahl* para navegar durante un año. Hace la ruta de Lourenço Marques». Vio claramente la silueta azul humo de Table Mountain dibujándose contra el cielo de color azul, las extensas y poderosas olas de El Cabo, y también los albatros y la brisa en torno a la nave. Eso por lo menos le permitiría evadirse. Hablaría de ello con Hansen mañana por la mañana. Una idea apareció de pronto en su mente: «¿Querrá venir conmigo?». Su sangre se aquietó a medida que la idea penetraba en él y una dulzura y una calma similares a la que se experimenta con el sueño de las primeras horas de la madrugada, después de una noche de insomnio, se apoderaron de su cuerpo y de su mente. Le mostraría los albatros, en las noches cálidas se sentarían juntos en cubierta a contemplar la veloz fosforescencia de la estela. Y si fuese necesario, una mañana a la salida del sol tocaría tierra con la *Ellen Dahl*, aquella vieja y enmohecida barcaza. Las grandes olas del océano índico surgían en sus pensamientos y pasaban sobre su cabeza y la de ella con su oscuro color de vidrio verde y su profundo ritmo. Tendría que casarse, obligado por los reglamentos de la compañía naviera. Pero esa noche, a la cual ella había aludido, y ante cuya idea no podía dejar de sonreír ni evitar que su sonrisa se extendiera lentamente por todo su rostro, esa noche, aquello no tendría ninguna importancia. Él tendría que tomarla o dejarla, según sus propias palabras.

—¿Participarás en el juego, Rosie? —preguntó Pierrot.

El viejo pintor empujó su pequeño casquete hacia atrás para rascarse la calva.

—¿El capital no podrá ser tocado? —preguntó—. ¿Solo se comprometerán los intereses? —Toda su vida había sido muy buen negociante y había conseguido amasar una considerable fortuna que cuidaba con esmero.

—Sí, solo se tocarán los intereses —contestó Pierrot—. No se puede vivir por más de un año en la indigencia *noir-de-bougie*.

El viejo continuó reflexionando.

—Mantendré mi escuela de pintura —dijo—; me dará para vivir.

—¡Oh, no, Rosie! —dijo Arlecchino—, en ese caso Cerbero, el perro negro del infierno sería muy mal vigilante. Yo estaba segura que te establecerías, como tu vieja amiga, en Vognmagergade, para poder convertirme en tu Lisímaco y pagar el doble como tu primer cliente. Al menos deberías pintar los incomprendidos cuadros de un joven artista muerto de hambre, y comer tu pan negro en una buhardilla vacía.

Rosendaal se echó hacia atrás en su asiento, vació su copa y la sostuvo en la mano, en tanto que su barriga oscilaba con suavidad. Su rostro se vio extraordinariamente rejuvenecido al mirar a la chica. Su referencia a una buhardilla vacía era lo que le proporcionaba ese hondo placer. Toda su vida había sido un coleccionista, tan apasionadamente enamorado de los objetos hermosos, que llegó a pensar que su alma podría estar en un antiguo objeto de cristal o en una preciosa tela, y que su vida dependía de su adquisición. Los amigos que lo querían buscaban con gusto su felicidad y satisfacían esta pasión; millonarios, hombres de estado, princesas, mujeres de vida fácil habían amontonado objetos hermosos sobre él, y su casa estaba llena de tesoros. A veces, al mirarlos había envidiado a Don Giovanni. Si bien es cierto que Leporello confeccionaba listas de su singular colección, gran parte del placer residía en poder deshacerse de sus trofeos con la mayor rapidez. Sería algo terrible ser un Don Giovanni de carácter tan blando e inseguro que no pudiera tolerar separarse de ninguna de sus conquistas, sería una pesadilla poseer ese indisoluble serrallo. Ante la mención de una buhardilla vacía se vio a sí mismo, como antaño, en un estudio desierto, con olor a pintura y trementina, y con un vasto panorama de la ciudad llena de objetos valiosos que pertenecían a otras personas. Todo su ser se sintió tan a gusto en la buhardilla vacía de su imaginación, que el comedor adornado con flores y el abigarrado grupo que tenía delante desaparecieron de su vista.

—No es necesario —dijo después de un rato, con el rostro aún iluminado por la felicidad— que haya un ganador en nuestro juego —volvió a llenar su copa, la bebió hasta las heces y explicó el significado de sus palabras hablando con gran lentitud—. Cuando estuve en Constantinopla me contaron que Barum, el pachá de las tres coletas, tenía un serrallo con trescientas sesenta y cinco mujeres y visitaba a una de ellas cada noche del año, pero no en un orden ni en forma consecutiva. Cuando murió, debido a que el dilema de la sucesión no estaba resuelto y a que los eunucos y altos funcionarios del serrallo no querían perder su trabajo, ocultaron la noticia de la muerte a las mujeres y mantuvieron el ritmo habitual hasta donde les fue posible sin contar con la presencia de Barum. De esta manera la rutina, las rivalidades e intrigas de palacio continuaron como siempre. Cada noche del año todas las damas se pintaban y se perfumaban por si tenían la suerte de ser elegidas por el pacha y todas (no como antes en que solo sucedía esto a trescientas sesenta y cuatro de ellas) pasaban la medianoche en medio de una verdadera agonía de celos y frustración al comprobar que no eran la elegida, aunque en realidad solo podían haber sido la viuda de la noche. Como podéis ver —concluyó en tono meditabundo— es así como una gran rueda puede continuar girando sobre un eje que ya no existe.

—¿Participarás, Annelise? —dijo Julius.

—Sí —respondió ella.

—Si no ganas el premio —dijo él— tendrás que irte a un burdel en mi pegaso, o de lo contrario, renunciar a que tus poemas sean publicados. Así sabremos cuan idealista eres.

—Claro que lo sabrás, Julius —dijo ella—. Iré a un burdel, en Singapur. He leído sobre ellos.

Tido, que la escuchaba, pensó: «Bueno, conque eso es lo que desea hacer. Ir a Singapur». Recordó una noche, dieciséis años antes, que pasó en un burdel de Singapur. Fue allí con los marineros de uno de los barcos de su padre, y estuvo sentado charlando con una anciana china que le mostró su colección de pájaros. Uno era un loro, que según sus propias palabras, se lo había regalado en su juventud un amante inglés de alta alcurnia. Al muchacho le pareció que el loro tenía cientos de años. Hablaba varios idiomas, aprendidos en la atmósfera cosmopolita de la casa. Pero la única frase que le había enseñado el hombre que se lo regaló, resultaba incomprensible para la mujer. Al enterarse que venía de un país remoto, ella le preguntó si no podría traducírsela. Se sintió extrañamente conmovido pensando escuchar palabras danesas salidas de aquel terrible y viejo pico. Pero resultó ser griego clásico. Había estudiado lo suficiente como para reconocer un poema de Safo. Se lo tradujo: «La luna ha desaparecido y también las Pléyades, es pasada la medianoche. Las horas transcurren mientras yo continúo en mi lecho sola». La anciana hizo sonar los labios y revolvió sus ojos rasgados mientras él recitaba.

—Murió ahogado —dijo.

Le pidió que lo repitiera y de tanto en tanto asentía con movimientos de cabeza.

Cuando se marcharon, el cielo era verde, más allá de las adelfas, los faroles chinos pendían frente a la casa como grandes burbujas luminosas en el aire, el polvo tenía un sabor amargo, y al bajar hasta la nave, el mar les pareció plomo fundido. ¡Oh, Singapur, oh, grande y noble tierra, oh, jóvenes días y noches de antaño!

Julius y Camelia se apretaban suavemente los dedos bajo la mesa. Tenían un secreto que no podían compartir con los demás: eran felices. ¿Y lo eran porque poseían un secreto? No, su secreto estaba en que eran felices. En el mundo democrático actual las personas se avergüenzan de confesar que son privilegiadas en cualquier sentido, aunque no corran ningún riesgo al decirlo. Cuando sus amigos les hablaban de sus penas, estos dos jóvenes sencillos guardaban silencio como niños bien educados en una reunión de adultos, y se mostraban siempre dispuestos a manifestarles su simpatía, pero de vez en cuando intercambiaban miradas de inteligencia. Ahora se limitaban a estar cogidos de la mano, bajo la mesa. Habían sido amantes en dos oportunidades, primero cuando Camelia era aún una niña y luego cuando ella todavía estaba casada; podían volver a serlo, aunque por el momento no pareciese probable. No es que fueran grandes amigos, pues individualmente tenían muy poco que decirse, pero eran hermanos en la francmasonería de la felicidad.

La vida para Julius era como navegar sin contratiempos. Nadaba a través de ella, casi sin batir las alas, como los albatros alrededor del Cabo. Era una paradoja, característica de la época, que hubiera nacido varón y hubiese triunfado al encarnar el ideal de niño y joven de su tiempo, pues según las leyes de la justicia poética debió haber sido la heroína del drama. La dama, incluso la dama sin corazón —él no tenía corazón—, ocupa el centro en el cuento de hadas y no necesita participar activamente en él. Todos los acontecimientos se desarrollan ante sus ojos y, sin embargo, no puede decirse que ella esté presente. Esta era la actitud y la posición de Julius en su círculo de amigos. Cuando miraba a un recién conocido, lo hacía tratando de averiguar qué tipo de persona era, sin ocurrírsele que pudieran mirarlo a él con iguales intenciones, aunque, en realidad, esto último no sucedía jamás. Nunca, en ningún momento de su vida, concedió el menor pensamiento a la opinión que los demás pudieran tener de él. Poseía, como las mujeres auténticamente femeninas, o como

algunos fenómenos de la naturaleza —el mar o las estrellas, si esto fuera posible—, la capacidad de anegar el ojo del observador en su propio ser, quedando así oculto para siempre. En la existencia de sus amistades ocupaba el lugar del ídolo en el templo, que puede verlo todo y permanecer invisible. Si algo le agradaba, también debería gustarles a los demás.

En cuanto a Camelia, era feliz como podría serlo una rosa o un pato. No pedía mucho a la vida, y de haberlo hecho, en una boca como la suya habría parecido muy poco. Demasiado modesta como para querer ser una excepción, pero consciente de la relación que debía mantener con la moda, a veces inventaba conflictos en su vida —amores desgraciados, celos, cierto tipo de perversiones— y se empeñaba en luchar con estos monstruos, producto de su propia creación, animada de un espíritu dulce y galante, como la domadora de leones en un circo. Pierrot, que era su amiga, la secundaba en estos encantadores duelos de pura fanfarronería, y disfrutaba mucho con ellos. Camelia, en cierta ocasión, llegó hasta el extremo de sentir escrúpulos religiosos, y se entregó en manos de los budistas, quienes seguramente tuvieron poquísimas dificultades para enseñarle el Nirvana.

Si es que ella tenía algún problema, este se reducía a sus dificultades para permanecer vestida. Las personas que solo la habían visto con ropa podían condenarla, los otros no podían. Y ciertamente el joven Aladino debe ser perdonado por permitirse, después de un largo consejo entre sabios y legisladores de Bagdad, quienes sin duda pensaban que él era un sultán sin educación, frotar levemente su anillo y convocar al gigantesco genio, solo para hacer notar de manera sutil a su corte de justicia que él también existía. Camelia no tenía ni siquiera un interés superficial por las artes liberales, no le agradaban los deportes, conducía mal y no entendía de mecánica. Muchas veces vio a sus acompañantes en estas actividades haciendo alarde de paciencia. Pero le bastaba con desprenderse de su última prenda de vestir para convertir a quien fuese en un esclavo extasiado y sollozante que, arrodillado a sus pies, se sentía en el séptimo cielo. Ese era el momento de una aventura amorosa en el que sonaban para ella todas las melodías; el resto era silencio.

Si la moda de su época hubiese estado en su contra habría tenido que evitarla por medio de alguna ingeniosa estratagema, como *lady* Godiva. Pero se hallaba en natural armonía con las costumbres de su tiempo y no había mujer en Copenhague que vistiera menos ropa o ropas que parecieran más a punto de caer en cualquier momento. Pierrot había sugerido que el colmo de la coquetería era asistir al carnaval con un traje cerrado; ella en teoría estuvo de acuerdo con la idea, pero en la práctica aquello iba contra sus principios. Julius, su antiguo amante, sostenía con amistad y simpatía uno de sus delicados dedos. Si hubiera llamado a todos sus amantes le habrían faltado dedos, pero no era necesario que lo hiciera, pues su amistad y simpatía estaban a su disposición solo con levantar el meñique.

En aquel momento se hallaba algo pensativa, pues el plan de Julius le había proporcionado algo en qué pensar. Desde hacía tiempo guardaba en su interior una soberbia idea, digna de un genio; quería tener un hijo. ¡Y qué hijo! Un querubín, una pequeña estrella arrancada de los jardines celestiales; podía verlo de soslayo con los ojos de su corazón, pero no podía fijar su mirada en él —pues de acuerdo con las personas más autorizadas, eso no estaba de moda—. Si ganara el premio se iría lejos, lejos de este mundo suyo, a algún lugar cerca del mar, donde podría tranquilamente coger a su bebé, como una concha de la playa. Se haría acompañar por Pierrot, su amiga, y entre las dos podrían solucionar los problemas cotidianos. Sería como un chiste verse deforme y pesada, incapaz de lucir la ropa de moda. Qué divertido sentir náuseas. Su bello rostro echado a perder por manchas de color castaño. Es decir qué divertido para ella, porque a su alrededor la adoración continuaría de manera ortodoxa. Su anciana tía de París, que tenía miedo de viajar en taxi, cuando salieron juntas le explicó que para que el conductor aminorara la velocidad tenía que decir la siguiente fórmula infalible:

«*Doucement, doucement, je suis enceinte*». Camelia se había reído de la broma, pero no la había puesto en práctica, pues no le agradaba blasfemar. Al igual que todas las mujeres, en el fondo de su corazón creía en la Inmaculada Concepción, y no concedía por tanto ni un solo pensamiento al padre de su querubín.

—¿Si acaso no ganamos, debemos salir de aquí directamente en busca de nuestra fortuna, Mimi? —preguntó.

—No, no lo creo —dijo Mimi—; tendremos tiempo hasta mañana al mediodía. Esto nos permitirá gozar del baile hasta el final.

Reunieron los trozos de papel en el gran sombrero de tres picos de fieltro blanco que llevaba Pierrot sobre el casquete negro. Fue inevitable que durante los minutos que siguieron, y por efecto de la apuesta, el grupo permaneciera silencioso. Pierrot, como anfitriona, se aprestó a pasar el sombrero para que cada uno de sus invitados sacase un papel. El último sería para ella.

—Bebamos una copa —dijo Julius— antes de conocer nuestra fortuna. Choquemos los vasos como lo hacían nuestros abuelos que tal vez nos estén mirando desde arriba.

Al oír sus palabras los rostros de los presentes adoptaron una expresión clara y serena. Como casi todos los de su generación, los invitados a la cena de Pierrot y Julius, aunque no congeniaban con sus padres, sentían veneración por sus abuelos.

—Si fueses tan amable y nos hicieras un pequeño discurso —dijo a Rosendaal—; no te negarías si estuviésemos a punto de ir al potro del tormento o al patíbulo, por tanto, no te importe desperdiciar unas palabras en esta atmósfera de bombonera.

—No, Julius, hijo mío —dijo el pintor—, no es que me importe. Pero si os dirigieseis al patíbulo me sentiría más inspirado. Las circunstancias presentes son muy encantadoras, pero no sé qué decir sobre ellas. Un viejo solterón puede sentirse algo tímido al dirigir la palabra a un grupo de embriones que están a punto de entrar en un mundo de cunitas color de rosa. Siento que tendré el aspecto de una vieja cigüeña entristecida por la duda de que ya nadie crea en ella. Tendré que tocar mi melodía con un cascabel.

Meditó un momento y luego comenzó muy lentamente: «No tengáis ningún resabio, es muy sabio ser sabio, y más tarde o más pronto es muy tonto ser tonto. Es locura estar chalado, y malvado ser malvado, pero bueno es estar sano y vano ser vano. ¿Mi evangelio os da pavor? Ser encantador es encantador. Es afable ser afable y loable ser loable, es terrible ser temido, y jodido ser jodido. Es hermoso ser hermoso, fastidioso ser fastidioso, y aún más, es más ser más».

Hizo una pausa, un tanto corto de aliento, y miró a su alrededor, complacido consigo mismo. Lo habían escuchado con mucha atención, como si sus palabras hubiesen llegado hasta sus corazones. El viejo pintor estaba listo para volver a empezar.

—Mirad —dijo Pierrot—, acaba de ocurrírseme algo. Como sabéis solemos vestirnos y comportarnos durante toda una noche a la manera de los viejos tiempos, por ejemplo, en el estilo Luis XV o en el Victoriano. Como la fiesta Emperatriz Eugenia que di en navidad, o la fiesta goyesca del año pasado.

»He pensado que dentro de cien años otras personas se disfrazarán de nuestra época durante una cena y la considerarán del siglo anterior. Seamos eso esta noche, y hasta mañana a mediodía participemos en una cena del año 2025 con disfraces de cien años atrás. Nos enamoraremos de la anticuada y romántica mujer de 1925 y haremos el amor —muy, pero muy bien— como se usaba en el período del rey Cristian X. Es un poco tonto ser la caricatura de algo que apenas se conoce y que no tiene mucho significado para uno, pero ser la caricatura de uno mismo... ¡eso sí es un auténtico carnaval!

—En aquel tiempo —dijo Polly, tomando con rapidez la línea de pensamiento que seguía su hermana, mientras el mayordomo llenaba los vasos con ademán solemne— aparecieron las primeras encarnaciones femeninas de la *jeunesse dorée*, aquellas chicas jóvenes que eran las flores más encantadoras de esa vieja y romántica civilización...

—Quienes fundaron —continuó el joven Kierkegaard— la exclusivísima orden de las Hermanas Risueñas, para divertir a ese mundo en decadencia, y que hicieron el voto estricto de renunciar para siempre a la pobreza, la castidad y la obediencia...

—Y quienes, no obstante —dijo Pierrot—, según los profetas de la época, conservaron el apetito de los inocentes, la desnudez de los desamparados...

—La esterilidad de los puros de corazón —dijo Camelia, con cierta timidez, aunque riendo para sí.

—Y —dijo Arlecchino columpiando la copa en la mano— esa extática irresponsabilidad de los sumisos, que no tendría nada que envidiarle a los derviches danzantes.

—¡Sagrado Holbein! —dijo Rosendaal con inmenso júbilo— que «pas de quatre tan macabro».

—Y por fin —dijo Julius—, quienes encarnaron el viejo sueño que tenemos todos los hombres, de un amor sin secretos ni rivalidades, abierto, equitativo y armonioso, presentándose dulcemente ante nosotros en la forma de jóvenes atenienses.

El mayordomo había terminado de llenar las copas y el vino parecía tener vida propia, independiente de los bebedores. Alzaron las copas y las unieron alargando sus brazos entre las flores. Por un instante el silencio fue tan profundo que el leve tintineo del cristal retumbó como el eco de un cuerno lejano en un extenso valle.

En ese preciso momento la atención del grupo fue atraída por las luces de un vehículo que avanzaba por la entrada de coches y se detenía frente a la puerta. Después de un segundo se escuchó un suave toque de bocina. Julius y Camelia intercambiaron una rápida mirada.

Petersen, el mayordomo, abrió la puerta y apareció la figura de un negro vestido de negro.

Permaneció un instante en el umbral, mirándolos mientras todos lo miraban, viéndose forzados a volverse aquellos que estaban de espaldas a la puerta. Se destacaba como una pequeña forma oscura contra la puerta blanca, muy tímido, como si se sintiera cohibido ante el espectáculo de los comensales de pie, con las copas en alto para recibirlo. Sin embargo, después de un momento avanzó con energía y dignidad.

—Buenas noches —dijo Pierrot—, sé bienvenido. Te conozco. Eres Zamor, el paje negro de *madame* Du Barry. Te vi en un cuadro de una cena en París.

Al oír estas palabras, Zamor se inclinó profundamente delante de ella.

Pierrot dijo a Petersen que pusiera cubiertos para su nuevo huésped, a su izquierda, junto al pintor, y ambos movieron sus sillas para dejarle espacio; al hacerlo, las patas de una de ellas se enredaron en la amplia vestimenta amarilla del anciano. Zamor se detuvo un instante como si no fuera a aceptar la invitación, pero luego se sentó a su lado.

—¿Viene *madame* Du Barry con usted? —preguntó Charlie desde el otro lado de la mesa—. En mi familia existe la tradición de que ella, al comienzo de su carrera, quiso casarse con un antepasado mío, que estaba en la embajada de París, sin embargo él rehusó, basándose en el supuesto de que es más barato comprar la leche que mantener una vaca, y huyó a Inglaterra. No me agradaría ser reconocido aquí en Dinamarca como descendiente de alguien tan lego en asuntos de lechería.

Una sombra de tristeza y turbación pasó por el rostro de Zamor al oír el nombre de su amante.

—No —dijo—, no vendrá. Nadie ha venido conmigo. Estoy solo.

—¿Qué vas a servirte, Zamor? —preguntó Pierrot paseando su mirada por encima de la mesa.

—¿Qué pueden ofrecerme? —replicó, siguiendo la dirección de su mirada, y con una lentitud que

se debía a su modestia o a su paladar exigente.

Pierrot creyó que esta pregunta estaba inspirada por lo último.

—Ya casi habíamos terminado —dijo disculpándose—. No sabíamos que vendrías. No obstante hay ostras... —y continuó sugiriéndole diversos platos del bufet—. Aparte de eso tienes la compañía de cuatro mujeres encantadoras y la charla sobre la vida y la muerte de cuatro varones. Si quieres algo más, me lo comunicas. —Se interrumpió pensativa. Luego hizo que le llenaran el vaso.

La interrupción del sorteo los impresionó a todos como una especie de extraño vaticinio. Tido comenzó a cantar con una voz baja y agradable una vieja canción marinera sobre una chica que padece ataques que solo pueden ser curados por alguien que le haga el amor rápidamente. Arlecchino, desde otro punto de la mesa, silbaba suavemente el acompañamiento.

El pintor clavó los ojos en Zamor, apreciándolo en su conjunto con una especie de apresurada glotonería, como un viejo mono que parte y pela precipitadamente un coco, temeroso de ser interrumpido.

El disfraz de Zamor era impecable —resultaba evidente que había sido confeccionado ciento cincuenta años atrás y sin reparar en gastos—. Estaba hecho en moaré negro con incrustaciones de encaje d'Alençon en el cuello y los puños, y tanto el encaje como los pequeños botones de diamante en forma de rosa de la chaqueta, y el *agrafe* en el alto turbante negro, eran de inapreciable valor a ojos de un experto. El negro de las ropas no se había desteñido con los años. Era tan profundo, que mirarlo era como mirar dentro de un estrecho pozo sin fondo. El corazón del pintor, que en esta etapa de la cena ya estaba maduro para el deleite, se sintió mecido sobre dulces oleadas de placer ante aquella visión.

«Ni la magia negra, ni el extracto de marrubio, ni el negro de un sombrero hongo, ni la más negra extorsión, ni siquiera la hoya negra de Calcuta —pensó— podría ser tan negro.»

Por otra parte, el color de la piel de Zamor era evidentemente falso. No estaba ni bien elegido, pues no existe ninguna raza cuya piel tenga un tono tan puro ni tan semejante al hollín, era como una bofetada al rostro de un colorista. Sin embargo estaba aplicado cuidadosamente, y en medio de él, los ojos grises de Zamor, grandes y serios, con las pestañas tan pintadas como las de Camelia, producían un gran efecto.

Comenzó a comer con mucha parsimonia. Tenía puestos un par de guantes negros que parecían estorbarle.

—Deberías quitarte los guantes —dijo Arlecchino. Él le lanzó una rápida mirada y movió apenas la cabeza. Ella pensó: «Debajo, sus manos no deben estar teñidas de negro», y no volvió a insistir.

—Zamor —dijo Pierrot de súbito—, antes de que tú llegaras estábamos organizando una lotería. ¿Quieres participar en ella? Si es así, cortaré otro pedazo de papel —agregó dirigiéndose a los demás.

La idea de que Zamor se uniera a ellos dio en forma inesperada un renovado interés al juego, a pesar de que no habrían sabido explicarse el porqué.

Pierrot tuvo la sensación que se experimenta cuando en un avión, con la mirada puesta en el interior del aparato, uno mira bruscamente hacia abajo; cuando nos sobrecoge el miedo que producen la distancia y la perspectiva. Sus rostros adquirieron un brillo de tensa excitación. Solo el anciano Rosendaal alzó las cejas.

—Mira, Zamor —dijo Pierrot—, hemos pensado que lo mejor sería que, en lugar de que todos tengamos rentas igualmente altas, pero insuficientes, hagamos a uno de nosotros muy rico durante un año; mientras tanto los demás quedaremos pobres, verdaderamente pobres, ¿comprendes?, sin un centavo. Mi esposo considera que esta situación podría compararse a una melodía. Todos hemos

puesto cuanto poseemos en el mundo dentro de mi sombrero. Allí hay ocho papeles y uno está marcado con una cruz. El que saque el papel marcado será el ganador.

Zamor la miraba fijamente por sobre el borde de su copa sin decir nada.

—Pero, Mimi —dijo Rosendaal haciendo una mueca a su anfitriona—. ¿Sabemos acaso si tu jover amigo está dispuesto a arriesgar su capital en esta lotería? Porque de lo contrario —siguió diciendo mientras echaba hacia atrás su casquete— no tendría sentido que participara.

—Claro que tendría sentido —dijo Arlecchino—, pues si no gana no habrá ninguna diferencia.

—¿Y si gana? —preguntó Rosendaal.

—Si gana —repuso Arlecchino— nos convertiremos en las damas del harén de ese Barum pachá que mencionaste, Rosie.

El viejo pintor trasladó la mirada de una a otra de las sonrientes hermanas. No le agradaba mucho ese juego, y le pareció oportuno dejarlo de lado. En todo caso, reflexionó, no lograrían arrebatarse a Zamor en ese momento. Pensó: «Estas personas solo ven en él una broma de carnaval. Pero significa mucho más. Tal vez hay en él un sufrimiento y una desesperación que sorprenderían a todo el grupo. Es probable, ya que es tan joven, que esté enamorado... quizá enamorado de alguna de las insípidas mujeres aquí presentes. Pobre Zamor. En todo caso es el único objeto real en esta sosa reunión».

Rechazó a las mujeres con un movimiento de mano.

—*Monsieur* Zamor, hay tiempo de sobra para ocuparse de la lotería. Dígame primero, ¿es usted la persona más feliz del mundo?

—No, no lo soy —dijo Zamor.

—¡Entonces, nadie es la persona más feliz del mundo! —exclamó el viejo alzando las manos—. Se supone que ser la única y pequeña luz que brilla en la oscuridad es un martirio, pero que ser el único punto negro en medio de un universo de luces artificialmente rosadas es un placer. Usted es la pequeña mosca de Versailles. Colocado por la Du Barry en persona en el lugar que resultaba más provocativo para el viejo rey. Le envidio, Zamor.

—Al menos dale tiempo a que beba su vino —dijo Pierrot y volvió a llenarle la copa.

—¿No siente celos del viejo rey, en algunas ocasiones? —dijo Rosendaal—. ¿No se permite usted el lujo de la nostalgia, y, cuando ha sido espolvoreado con azúcar, lo suficiente como para transformarlo en un bombón a la Du Barry, no siente que su alma clama por las costumbres de su país, y sueña que tiene las más tiernas partes de *madame* dentro de una olla?

Zamor dejó el tenedor y el cuchillo y miró al pintor con gesto grave.

—Zamor —dijo— era un buen republicano y un filósofo. En su vejez tenía en los muros de su pequeña habitación de la rue Perdue los retratos de Robespierre y Marat, y en su estantería los libros de Rousseau. Nunca le gustó ser un juguete, y lo fue solo porque no pudo evitarlo.

—¿Así fue? —preguntó Rosendaal—. Muy interesante, Zamor, muy interesante. Que un negro gris y pobre haga de la integridad un fetiche, después de haber cortado la cabeza a la mujer que amaba, resulta una comedia bastante divertida. Tú seguiste el carro que llevó a la encantadora condesa hasta el patíbulo, Zamor, y escuchaste sus gritos. ¿Qué sentimiento te impulsó a hacerlo? ¿En ese momento, en las calles de París, eras una hiena de Zambesi siguiendo un rastro de sangre, o un pequeño y lúgubre *Stabat Mater* masculino?

Zamor no lo sacó de dudas, pero lo miró frunciendo el ceño con disgusto.

—¡Oh, por Dios, Rosie! —dijo Camelia—, danos la oportunidad de decir algo. ¿Es verdad que era tan encantadora, Zamor? ¿Eran más encantadoras las mujeres de entonces, que nunca corrían ni gritaban? ¿Quedaríamos malparadas a su lado si aparecieran aquí súbitamente luciendo con altivez los hoyuelos de sus mejillas?

—Sí, ¿y lograrían los grandes seductores del siglo dieciocho —dijo Charlie— dejarnos en ridículo al hacer que nuestras mujeres, aun nuestras vampirasas y *flapers*, cayeran a sus pies a derecha e izquierda? ¿O sería necesario que Valmont, Don Juan, y más tarde lord Byron se tendieran a reposar un poco antes de aprender la jerga del cine?

Ante estas palabras Zamor dejó la copa, se limpió la boca con la servilleta (su gesto tenía algo del de una hiena que ha bebido en el vado), y se levantó. Permaneció un instante inmóvil, con la misma expresión malhumorada y sombría en su rostro. Entonces dio dos grandes pasos hacia atrás, empujando la silla que se deslizó sobre el suelo. Metió rápidamente la mano derecha en el bolsillo, sacó una pistola, y apuntó a las personas que estaban alrededor de la mesa.

—Manos arriba —dijo.

Tuvieron que obedecer y se quedaron mirándolo con extrañeza. Él permanecía rígido, devolviéndoles la mirada, y lentamente una imperceptible sonrisa, como de un niño enfermo, rompió la seriedad de su rostro.

—Ahora ya no sois tan magníficos como antes —dijo haciéndoles un saludo con la cabeza—. Creo que todos me conocéis —continuó—. Yo os conozco a vosotros. Soy el vendedor de la tienda de antigüedades de *madame* Rubinstein, y también su hijo adoptivo. A todos os he vendido muchas cosas. Dadme quinientas coronas o de lo contrario os mataré.

Estaban tan sorprendidos que no sabían qué decir.

—Puedo informaros —dijo el joven— que antes de venir aquí ya he matado a una persona, una anciana. No estoy tratando de divertirlos. —Durante un momento pareció que intentaba recordar algo—. ¿Todos habéis leído la *Liaisons*? «La honte qu'inspire l'amour? Eh bien la honte qu'inspire l'assassinat est comme sa douleur, on ne l'éprouve qu'une fois!» —esbozó una sonrisa.

Arlecchino fue el primero en recuperar la voz.

—¡Santo Dios Misericordioso! —exclamó con una voz en la que resonaban sus más recónditas y ocultas emociones—. ¡En toda mi vida había visto nada igual!

El anciano Rosendaal, con las manos en alto y la boca abierta, no se atrevió a volverse hacia ella, pero giró los ojos en su dirección. Tenía el aspecto del viejo del mar, a quien Simbad el Marino logró vencer, cuando yacía indefenso en el suelo. El pequeño y negro cañón de la pistola, que a él le parecía que apuntaba directamente a su rostro, en un segundo lo había destruido y anulado del todo. Esto no se debía al miedo, cualquier otro objeto que lo hubiera encarado directamente le habría producido el mismo efecto. Si Simbad hubiese tenido ocasión de apuntar de frente al viejo del mar con lo que tuviera a mano, se habría librado de él mucho antes; por eso su torturador se mantuvo sobre sus hombros mientras le fue posible, para estar fuera del ángulo de tiro. Así permanecía el anciano pintor sentado en los hombros de la vida y fuera del alcance de los seres humanos a su alrededor. Lo único que tenía que hacer era señalar cualquier punto de la vida con su pincel o su índice regordete, pero el menor movimiento hacia él, cuando él era el objeto, le resultaba antinatural e insoportable. Ahora miraba a Arlecchino y trataba de saber, tanto a través de ella como de los demás invitados que se mantenían con las manos en alto, qué pensaban de la situación. Podría tratarse de una broma de carnaval o de un asunto realmente serio. ¿Cuál era su punto de vista? A medida que los examinaba iba comprendiendo la verdad. «Dios mío —pensó—, no le dan importancia a esa pregunta. ¡Santo Dios que estás en los cielos —continuó—, no son capaces de ver la diferencia entre una y otra alternativa!»

—Quinientas coronas —dijo Zamor—, o disparo.

Al retroceder un poco más para colocarse mejor, tropezó con su silla. Como no tenía las piernas muy firmes, aprovechó la oportunidad para sentarse, sin dejar de apuntar al grupo con su pistola.

Pierrot, que ya había logrado cobrar suficiente ánimo, le habló con los grandes ojos negros muy abiertos en el rostro blanco, y con las manos a la altura de las orejas.

—¿Cuando entraste ya tenías intención de disparar? ¿La tenías cuando te sentaste a la mesa? —preguntó mientras en su voz resonaban las mismas emociones que sentía su hermana.

Zamor no contestó inmediatamente.

—Cuando entré no pretendía sentarme con vosotros —dijo—. Pero me lo pedisteis y tenía hambre.

Esta palabra volvió a imponer silencio a todos ellos y les impresionó aún más que el cañón de la pistola, que oscilaba en la mano de Zamor, mientras lo dirigía de una cara a la otra.

—Tal vez no hubiera decidido matar a ninguno de vosotros —dijo súbitamente— si no hubieseis comenzado a hablar del siglo dieciocho. Vosotros no sabéis, y es vuestra culpa, lo que es tener que enfrentarse a toda hora con él. *Madame* Rubinstein no poseía nada que no perteneciera a esa época. Como sabéis, era su especialidad; y tenía todo lo que abarcaba ese cochino período de un extremo a otro. Si esta noche no hubiera acabado con todo, quizá incluso yo mismo, como habréis notado, me habría transformado en una figura del siglo dieciocho. Cuando ya había hecho cuanto estaba en mis manos, llego aquí y empezáis a hablarme de lo mismo. Toda mi vida —dijo Zamor con gran solemnidad— dividí a las personas entre los que tienen conocimientos sobre el siglo dieciocho y los que no lo tienen. Si me dicen que alguien ha estudiado el siglo dieciocho, y sabe todo lo relativo a él, yo sabré de inmediato y sin equivocarme de qué clase de persona se trata. Si me llevan a juicio por este crimen, daré al jurado suficientes datos sobre ese siglo como para que me absuelvan. Sé todo lo relativo a las amantes del Regente y al pequeño Morphée; la vida amorosa de Catalina II, y la *Encyclopédie*. Sé todo, absolutamente todo lo que vosotros podríais saber sobre cajas de rapé y enemas. Yo, nunca confundiría un *Petitot père* con un *fil* —vosotros sí podríais, de hecho os habéis confundido—. No hay nada más condenable que el siglo dieciocho con sus *abbés*, sus *petites maisons* y sus mujeres, exceptuando los que ahora lamen el trasero de las viejas momias y creen que poseen el auténtico *gout* de la *gourmandise*. He tenido que convivir con esto cada día de mi vida. Si no hubiera tenido mucho cuidado, y no hubiera hecho algo, me habría transformado en Zamor, sin duda me habría transformado en Zamor. Y todo por veinte coronas a la semana, que era lo que me pagaban. Ella era exactamente igual que La Goudran.

Nadie pudo hacer el menor comentario, pues veían que en realidad estaba sufriendo.

—¿Es a *madame* Rubinstein a quien acabas de matar? —preguntó Camelia con un hilo de voz. Ella había hecho muchos negocios con la anciana y sentía cierto temor ante ella.

—Sí, a ella —dijo Zamor.

La imagen de la anciana ensangrentada se hizo presente en la habitación con el sonido de estas palabras y tornó ese instante más sombrío para quienes escuchaban que si hubiese descrito a una víctima bella e inocente.

—No puedo continuar con los brazos en alto ni un minuto más —dijo Rosendaal de pronto—. Mimi, aprieta el timbre con el pie para que venga Petersen.

—No —repuso Mimi.

Zamor cambió de inmediato la dirección de la pistola y apuntó al viejo pintor.

—¡Más bien dadle sus quinientas coronas! —gritó el anciano—. ¡En el nombre de Dios!

—No —dijo Julius—, no. No le daremos las quinientas coronas. Preferimos morir. O que entre en nuestro juego.

—Bueno —dijo Zamor—, contaré hasta ocho, una por cada uno de vosotros y luego dispararé.

—Háblale tú, Mimi —dijo Julius—, es muy impaciente conmigo.

Pierrot dio un imperceptible paso hacia adelante.

—Escucha, Zamor —dijo, con los brazos siempre en alto, como si fuese el pierrot de algún ballet, deslumbrante en su traje de seda blanca—. No puedes pedirnos esto. Ninguno de nosotros sabe en este momento si es muy rico o aún más pobre que tú. En lo que a mí respecta no tengo quinientas coronas, ni siquiera cinco para darte. Tal vez tenga que trabajar en tu puesto y me dedique a vender enemas. Si *madame* Rubinstein ha sido asesinada quizá yo pueda reabrir la tienda. El destino de todos nosotros está en ese sombrero, como te lo dije.

—Uno —replicó Zamor.

—Si participas en el juego —continuó Pierrot—, todos estaremos en una posición similar, tendremos las mismas oportunidades, y quedará en manos del destino la decisión de quién será muy rico y quién muy pobre. ¿No te parece una buena idea? No es frecuente que una comunidad alcance semejante nivel de igualdad. ¡No! —exclamó dejándose llevar por sus propias palabras—, tal vez esto se logre una vez cada cien años.

—Eso no —protestó Rosendaal.

—Si ganas —dijo Pierrot—, sabes que obtendrás mucho más de quinientas coronas. Y si no ganas, entonces —y terminó la frase con una súbita inspiración— podrás matar al ganador.

—No participaré —dijo Zamor—. Dos.

Se produjo un instante de profundo silencio. Camelia estaba sentada, rígida como una estatua, muy pálida desde que se imaginó a *madame* Rubinstein con el cuello cortado, y como ya hemos dicho que en cierta época había tenido escrúpulos religiosos, ya estaba familiarizada con ese tipo de lenguaje, y preguntó:

—¿Te niegas porque te parece injusto?

Zamor le lanzó una breve mirada despectiva.

—Guarda eso para tu escuela dominical —dijo—. No participo, simplemente porque no me parece divertido.

De nuevo volvió a dejarlos mudos. Él se dio cuenta de que acababa de marcarse un tanto y rió brevemente describiendo una breve curva en el aire con su pistola. Camelia echó una rápida mirada a su apariencia para descubrir qué habría en ella que pudiera hacerle creer que dirigía una escuela dominical.

—¿Cómo podéis pensar siquiera que yo podría ser uno de los vuestros? Ahora que os veo aquí, sé que no quisiera parecerme a ninguno de vosotros. Tampoco ninguno de vosotros querría parecerse a los demás.

—Espera un momento —dijo Julius—; si has matado a Aljona Ivanovna, supongo que la policía te seguirá y llegará aquí de un instante a otro. Si entras en nuestro juego, diremos que has estado con nosotros toda la noche, cosa que parecerá evidente para cualquiera, pues tú cuadras perfectamente con el espíritu de la fiesta.

Zamor se encogió de hombros sin mostrarse tentado en lo más mínimo por este ofrecimiento, y continuó la cuenta.

—Tres.

—¿Pero qué piensas hacer? —preguntó Tido—. Ya no te agrada el negocio de antigüedades.

—¿Tienes derecho a preguntármelo? —repuso Zamor.

—No, lo siento —replicó Tido.

—¡Oh, y qué derecho tienes tú —gritó el viejo pintor, indignado y con una aguda voz de falsete— a apuntarnos con una pistola!

Por toda respuesta, Zamor dirigió la pistola hacia él.

—Cuatro —dijo—. Quiero ser un buceador —agregó en forma sorprendente dirigiéndose a Tido,

pues su corazón estaba tan lleno de sueños que no pudo seguir guardándolos—. Quiero unirme a la expedición científica que parte el jueves y que dará la vuelta al mundo estudiando la reproducción de la anguila. Por quinientas coronas puedo conseguir un equipo de buzo y unirme a ellos. —A continuación, como si se arrepintiera de haber desnudado tanto su alma, volvió a contar—: Cinco.

—Pero si yo puedo conseguirte un equipo de buzo —dijo Tido—, y puedo darte una recomendación para esa expedición. Van en uno de mis barcos.

Zamor miró a Tido. En cierta forma se parecían, aunque Zamor era salvaje, y Tido domesticado. Además, Tido se estremecía bajo su mirada, en tanto que Zamor permanecía completamente inmóvil bajo la suya, pues los animales domésticos no pueden mantenerse tan inmóviles como los salvajes.

El viejo pintor, con el rostro bañado en sudor, se sintió inspirado y vio que aún podía sacar partido de la situación.

—¡Dejadme hablarle! —exclamó—, lo comprendo mejor que cualquiera de vosotros. Señor Zamor, le diré lo que puede hacer. Si usted gana y ahorra la renta de un año, alquilando las casas y todo lo que sea posible alquilar, podrá reunir durante ese tiempo un capital que le dará... —hizo el cálculo mental con dificultad, sus brazos todavía en alto, aunque doblados en una especie de arco, como si intentara sacar cuentas con los dedos—, aproximadamente cincuenta mil coronas al año durante el resto de su vida.

Se hizo evidente que esta posibilidad lograba impresionar por primera vez a Zamor. Miró con insistencia al artista quien pensó: «Al menos por ahora ha dejado de contar».

En ese momento Arlecchino, que no había pronunciado palabra después de su primera exclamación, pero que había permanecido atenta como un soldado, volvió a aparecer en escena con la voz aún preñada de emociones contenidas.

—Hay algo que has olvidado totalmente —dijo—. Te lo diré para refrescarte la memoria. Durante la última primavera, el día cuatro de abril, entré en tu tienda para comprar una caja de rapé rosada con diamantes engarzados. Te dije que era mi cumpleaños y que por lo tanto debías hacerme una rebaja, tú respondiste que también era tu cumpleaños, con lo que comprobamos que habíamos nacido el mismo día. Entraste a preguntar a *madame* Rubinstein si rebajaría el precio, pero ella se negó. No pude comprarla; sin embargo, cuando ya me iba cogí la caja. La metí en mi bolsillo. Lo viste perfectamente, pero no dijiste nada. —Respiró hondo—. Después de eso —continuó— pasaba todos los días frente a la tienda de *madame* Rubinstein para ver si había muerto.

Las personas sentadas en torno a la mesa pudieron desahogarse riendo a carcajadas con el relato de Arlecchino, los únicos rostros que permanecían serios eran los de aquellas dos personas nacidas en el mismo día.

—¡Oh, soy una ladrona! —dijo Arlecchino—, y tú lo sabías. Puedes decírselo a la policía. Cuando vengan a buscarte a ti podrán llevarnos juntos.

Zamor abrió la boca, y el viejo pintor dio un respingo y se echó hacia atrás pensando que contaría seis, pero el joven la volvió a cerrar.

—Mátame ahora —dijo Arlecchino—, por haber robado a *madame* Rubinstein. De lo contrario únete a mí y saca uno de los papeles. Vamos, sácalo.

Alzó el sombrero de la mesa, avanzó directamente hasta la silla de Zamor, y de pie, muy cerca de él, le alargó aquel sombrero grande y flexible. A causa de ese movimiento sorpresivo, el cañón de su pistola quedó tocando el cuerpo de ella, y ella se oprimió contra él. Zamor levantó el arma en el aire, hacia atrás, en un intento por ponerse de pie.

Arlecchino y Zamor quedaron mirándose a la cara, Arlecchino pensó: «Si Dios existiera yo le diría: nunca has hecho nada por mí. Haz ahora que él saque el papel con la cruz».

—¡No lo hagas, Zamor! —exclamó Tido—; es la clase de acción que uno después lamenta.

Pero el consejo de Tido llegó demasiado tarde. Por un instante el cañón de la pistola osciló de arriba abajo, pero luego Zamor lo hizo bajar, mientras metía la mano izquierda en el sombrero y sacaba un pequeño trozo de papel enrollado. En ese momento Arlecchino no se atrevió a mirarlo y dirigió la vista hacia el techo. Quienes se hallaban en torno a la mesa, y que aún no se atrevían a bajar las manos, alargaron los cuellos para ver lo que sucedía. Zamor, sin desembarazarse de la pistola, desenrolló el papel con los dedos de su mano izquierda, como si fuera un cigarrillo. Estaba en blanco. Se sentó, lo miró, y no volvió a levantar los ojos.

Arlecchino se dio la vuelta y se enfrentó al resto del grupo.

—No; estaba en blanco —dijo. Puso otra vez el sombrero sobre la mesa y retornó a su asiento.

—Eso es todo —dijo Pierrot.

En este punto, con un gran suspiro de alivio todos bajaron los brazos.

—Y bien —dijo Julius—, con su venia, continuaremos donde nos habíamos quedado. Tendremos que cortar otro pedazo de papel. Nada más.

En su calidad de anfitriona, Pierrot les presentó el sombrero y cada uno sacó un trozo de papel. Permanecieron con el papel en sus manos, sin mirarlo, como niños buenos, hasta que ella hubo tomado el que le correspondía, y arrojó el sombrero por los aires. El único que abrió el papel fue el viejo Rosendaal, quien lo observó detenidamente, de uno y otro lado contra la luz.

—Ahora —dijo Pierrot, y sonrió con el rostro ligeramente pálido.

Todos desenrollaron sus respectivos papeles, los miraron, y luego se miraron entre sí. Hubo un instante de silencio.

Con gran suavidad Arlecchino puso un pie sobre la mesa, se dio impulso, y se subió a ella, muy erguida, con el rostro inalterable.

—Es mío —dijo sosteniendo el papel mientras giraba para que todos pudieran verlo.

Entonces todos arrojaron sus inútiles papeles y aplaudieron.

El joven Kierkegaard comentó:

—La virtud siempre fue el imán de la fortuna. Se apiñaron a su alrededor riendo, felicitándola y dándole algunos consejos que ella recibía con rostro grave.

—¡Oh, hado!, ¡oh, destino! —exclamó Julius—, frente a ti todos somos mujeres. Escucha ahora nuestras femeninas súplicas. Sé el anticuado amante, el raptor, pero no el camarada ni el considerado compañero. No nos abandones a nosotros mismos, al contrario, sé, como el héroe de Mozart, todo para todas. ¡Somos frívolas y frágiles, sin embargo, no evitamos el derramamiento de sangre, y, oh, destino nuestro, haznos más estables y pesados! Pero por favor, no más *coitus interruptus*. Arlecchino continuaba sobre la mesa, tranquila, como si fuera un objeto artístico muy valioso en exhibición.

—Ahora —dijo—, elegiré a quien ha de seguirme.

Miró uno a uno los rostros de los demás, tomándose un buen rato para observar a cada uno. Sus ojos se detuvieron en Charlie, luego en su hermana, y por largo rato en su cuñado. Sus ojos y los de Charlie se volvieron a encontrar. «Es curioso —pensó— ver en cada mirada exactamente lo que sucederá durante todo un año.»

—Elegiré a Zamor —dijo.

Para entonces ya todos se habían olvidado de Zamor. Estaba inmóvil en su silla, algo encogido, mientras observaba el desarrollo del sorteo. El largo cañón negro de la pistola colgaba entre sus piernas, indefenso como si estuviese laxo y vacío. Al oír su nombre se puso de pie y se dirigió a la puerta.

—Elegiré a Zamor —repitió Arlecchino.

La miró, avanzó otro paso y se detuvo.

—No te irás, Zamor —dijo Arlecchino—, quiero que te quedes conmigo. Son las reglas del juego, y una vez que has entrado en él, debes someterte a ellas. Quiero que permanezcas conmigo durante un año.

—Pero no para embarcarte hacia Cythère —dijo Camelia—, pues eso pertenece al siglo dieciocho, Polly.

—No; te ofrezco un trabajo normal —dijo Arlecchino—. Te pagaré exactamente lo mismo que *madame* Rubinstein. ¿Cuánto recibías?

—La cantidad que dije antes —dijo Zamor.

—Me parece bien —respondió Arlecchino.

Ya no había empuje en Zamor y no dijo ni sí ni no.

—¿Para qué trabajo lo estás contratando, Polly? —preguntó Charlie.

Arlecchino meditó un momento antes de responder.

—Para que sea mi sombra —dijo por fin—. Si Peter Schlemihl pudo vender la suya, quiere decir que las sombras son mercancía con la que se puede comerciar. Entonces, ¿por qué no podría yo comprarme una?

—¿Esa es tu ambición, querida? ¿Tener una sombra? —preguntó Charlie.

—En efecto —dijo Arlecchino, que había hecho este papel en un grupo teatral de aficionados—. «Mi ambición es tan etérea, tan liviana, que vendría a ser la sombra de una sombra. Pues nuestros mendigos son héroes, y nuestros monarcas e inflados héroes no son más que la sombra de nuestros mendigos. ¿Dirigimos nuestros pasos hacia la corte? Pues a fe mía que no puedo razonar.»

—¿Para qué quieres a esa pequeña rata de cloaca? —preguntó Rosendaal.

—¿Eres tú quien me lo pregunta, Rosie? —dijo Arlecchino con gravedad—. ¿No tiene acasadoscientos años y se conserva en un alcohol cuyas emanaciones bastarían para embriagarte si yo retirase el corcho? ¿Ahora hablas con altanería, Rosie, artista grandioso, porque has conseguido, como siempre, obtener más que todos nosotros de la situación? Tenías mucho miedo. Pero nosotros, que no somos tan inteligentes y que no somos artistas ni grandiosos, debemos sacar de la vida lo que podamos.

—Puaj —dijo el viejo pintor—. No creo que en ningún momento tuviera intenciones de disparar.

—Quizá no, pero nos apuntó con su pistola —dijo Arlecchino—, cosa que ninguno de nosotros ha hecho jamás.

—Y me pregunto —dijo Rosendaal, que seguía el hilo de sus propios pensamientos— si será verdad que la mató.

—Al menos le di un buen golpe en la cabeza —dijo Zamor con voz opaca.

—Bueno —comentó el anciano para quien la vida psicológica de Copenhague no tenía secretos—, ella te quiere de tal manera que te perdonará a pesar de todo, y mañana irá en pos de ti, te rogará que vuelvas y te subirá el sueldo. No corres ningún riesgo con ella.

Zamor se estremeció, pero apartó la mirada y guardó silencio.

—¡Oh!, pero ella no lo recuperará —dijo Arlecchino—; ¿no comprendéis acaso que debo pagar por lo que hice a Zamor? En eso consistía su virginidad, en que no se parecía a ninguno de nosotros. Le hice vender su alma por un billete de lotería. Fue un mal momento de mi vida y Tido tenía razón. No sé cómo os sentís vosotros, hombres que habéis cargado durante siglos la culpa de seducir vírgenes. No puedo hacerlo, ser un seductor me parece algo terrible y no consigo imaginarme nada peor. Daré un año para que Zamor recupere lo perdido. ¿No os parece curioso —continuó con gesto

grave— que una tenga que vivir diecinueve años para saber realmente lo que es la virginidad?

—¡Oh, mi querida Polly! ¡Qué lástima! —exclamó Charlie.

—¡Vamos, vamos! —gritó Pierrot a sus invitados—, tenemos que regresar al baile. Aún faltan algunas horas para que amanezca.

Arlecchino se volvió hacia el viejo Rosendaal.

—¿No podré tener a Zamor —dijo— como si fuera mi conciencia por el período de un año? ¿No se me permitirá tener una conciencia, Rosie? ¿Algo negro en mi vida, una pequeña mancha en mi alma?

—Ni siquiera sabes su nombre —dijo el artista.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Arlecchino a Zamor.

—Rubinstein, por supuesto —respondió él.

—¡Santo Dios! —exclamó el anciano—, ni siquiera es un negro de verdad, Polly.

—No —dijo Arlecchino—, pues ha de ser mi sombra artificial, mi falsa conciencia.

—Debo informarte, Arlecchino —dijo el viejo pintor citando una antigua comedia danesa— que todo tiene un límite, incluso la locura.

—No, *signor* Lothario —contestó Arlecchino, que también era muy versada en los clásicos—, todo es infinito, incluso la locura.

EL ÚLTIMO DÍA

EL domingo de Pentecostés del año 1852 hubo una mañana divinamente apacible y fresca en Copenhague. El aire no estaba muy limpio, pero lo llenaban la luz y las voces de todas las campanas de la ciudad sonando en las alturas de tal modo que parecía perfectamente posible que el Espíritu Santo estuviese allí en persona el día de su festividad. Una brisa suave y alegre corría por las calles, agitaba los letreros de las panaderías y las peluquerías, y jugueteaba con briznas de paja sobre el pavimento. Durante todo el invierno, el viento había sido un enemigo mortal para los lugareños, aunque hoy el hálito del aire era dulce como un beso. Resultaba levemente intoxicante para las chicas de Copenhague, quienes aquella misma mañana se habían desembarazado de sus vestiduras invernales, y paseaban por las calles con medias blancas de algodón, vestidos de tela liviana y luciendo sus sombreros de verano. A medida que la caricia del viento ascendía por sus piernas, sentían un leve estremecimiento de frío bajo las enaguas almidonadas y tenían la impresión de estar volando. Todo el mundo se dirigía a la iglesia con la idea de ir a pasear más tarde por el bosque. De ahí que muchos llevaran consigo al recinto de altas, sombrías y silenciosas bóvedas, junto con los devocionarios y los pañuelos blancos cuidadosamente doblados, el verde sueño de los bosques que rodean Copenhague, y por eso el suave temblor de las hojas de los castaños que crecían frente a los pórticos sonaba para los fieles como el primer y dulce saludo de la naturaleza.

El joven Johannes Søbørg, hijo de un párroco rural y, él mismo estudiante de teología, avanzaba por las calles con un cachorro negro de perro de lanas bajo el brazo. Transitaba por las calles laterales y se movía con rapidez, mirando a derecha e izquierda, porque se dirigía a una casa de mala reputación en Pistolstraede. Jamás hubiese ido allí a plena luz del día, en aquella mañana sagrada, de no haber sido por el cachorro. Tres días atrás lo había salvado de morir ahogado en el canal al que daba su ventana, a manos de un grupo de marineros borrachos —tenía la pata rota a causa de los malos tratos recibidos—. *Madame Kraft*, la casera de Johannes, se negaba a dejarle tener el perro en su habitación y él conocía a poquísimas personas en Copenhague. La única a quien podía pedir ayuda en tales circunstancias era una chica llamada Boline, de profesión prostituta. Se trataba de una campesina que emigró a la ciudad y acabó siguiendo el mal camino. Echaba de menos a los animales de su infancia en Pistolstraede, y una de las pocas veces en que Johannes y ella hablaron, le dijo cuánto deseaba tener un perro propio. Agregó además que el dinero abundaba tanto en la casa, que fácilmente hubieran podido alimentar a unos cuantos perros, de haberlos tenido.

Mientras caminaba, Johannes sentía una duda en su corazón, pues recordaba que antes de decidirse a llevar el cachorro a Boline, había pensado en la manera de enviarlo a la isla de Funen, donde vivía su novia. Se llamaba Lise, tenía diecisiete años y era nieta de otro viejo párroco rural. Johannes y Lise no se veían desde hacía dos años, su compromiso era secreto, y él temía que quizá para ella solo fuese un juego infantil, en tanto que para él era algo muy importante. Pensaba en ella día y noche. Pero había algo en la idea de la existencia de esta chica —carente de ambiciones, entregada al bienestar de los demás, e inocente y pura como el capullo de una flor—, algo ante lo cual su mente retrocedía con reverencia o con temor, del mismo modo que retrocedía ante el concepto de eternidad. Si hubiera sucedido al revés, y se le hubiese ocurrido dar primero el cachorro a Boline, jamás habría cometido la blasfemia de ofrecérselo después a Lise. Pero aunque no fuera así, y aunque solo mentalmente y por un breve lapso de tiempo aquel animal había pertenecido a Lise, por el hecho de que ahora iba a hospedarse en aquella casa de Pistolstraede —mientras lo llevaba en brazos el perrito intentaba de vez en cuando lamerle el rostro—, sentía sobre su corazón un ligero peso que

simbolizaba el pecado y la tristeza de este mundo.

La senda de la vida no era fácil para Johannes, no, por el contrario, estaba sembrada de espinas. Dos de estas espinas se habían clavado más profundamente que las otras. Una era su incredulidad respecto a ciertos dogmas de la Iglesia, sobre los cuales, sin embargo, tendría que hacer un juramento cuando se ordenara. Por ejemplo, le resultaba difícil creer en la resurrección de la carne, porque desconfiaba de la carne; y debido a que este dogma se hallaba incluido en el tercer artículo de fe del evangelio de aquel día, su duda parecía enemistarlo con el Espíritu Santo, y le hacía sentir que el sonido de las campanas no era para él. La segunda espina clavada en su carne era nada menos que uno de los pecados capitales: la avaricia, un temor a perder o gastar el dinero heredado de una larga línea de antepasados rurales.

Nunca lograba estar mucho tiempo fuera del alcance de sus dos Erinias —cuando se encontraba en poder de una no podía recordar a la otra ni pensar en que ambas le parecían igualmente horribles—. Su aflicción era aún peor debido a que era un joven con una imaginación inconexa. En la vida no tenía la capacidad de prever ni adivinar, y se veía obligado a aprender por la experiencia y a descubrir su camino paso a paso. Es así como, a causa de amargas experiencias anteriores, había llegado a la conclusión de que la forma de desprenderse del dinero que le causaba mayores remordimientos era gastarlo en comida. Durante su infancia había escuchado la siniestra historia de su bisabuelo, un rico campesino de Jutlandia. Allí, en su remota finca, aquel anciano se había aferrado al principio de que en la práctica, tanto las bestias como los seres humanos debían eliminar su necesidad de alimento, y vio cómo sus vacas y cerdos morían en los establos antes de que, para gran alivio de todos, él también sucumbiera, víctima de sus principios. En el fondo de su corazón, Johannes experimentaba una especie de simpatía hacia su bisabuelo. Los incesantes gastos de manutención del cuerpo le resultaban tan odiosos que dejaba de comer. Del mismo modo la experiencia le había enseñado a no preocuparse por el dinero que pagaba a Boline —en realidad desaparecía de su mente en el momento de pagarlo—. Por ese motivo su relación con la chica le producía una extraña paz interior.

Cuando Johannes llegó a Pistolstraede, la casera le dijo que Boline dormía. Tuvo que esperar en una habitación fría, entre dorados sofás y sillas del siglo pasado que algún día estuvieron en las casas nobles de Copenhague, pero que ahora se veían gastadas e irremediamente pasadas de moda. Sin embargo, el salón había sido limpiado después de la última noche, e incluso habían prendido una fresca rama de haya en el gran espejo. No se sentó ni puso el perro en el suelo. Un par de veces pensó en irse para no ver a Boline a la luz del día.

Por fin la chica hizo su entrada en la habitación, vestida con una enagua y una bata corta. Su rostro estaba hinchado de sueño y manchado con pintura del día anterior; se hallaba en un estado de ánimo agresivo y pendenciero. Desde la cama había escuchado las campanas de la iglesia sintiéndose tentada a ir al templo junto con la gente decente. Con la nariz hundida en la almohada había recordado los himnos y los tímidos pasos de los feligreses por el pasillo central. Estaba de acuerdo con los reglamentos de la religión y de la policía, que impedían que personas como ella fuesen a la iglesia. Y su extraña y profunda emoción se transformó en una violenta rabia de carácter moral contra Johannes —era hijo del párroco de la región de donde ella provenía— por ir a esa casa a la hora de la iglesia en un día tan sagrado. Comenzó la conversación diciéndole lo que pensaba de él con voz áspera y palabras claras. Su discurso le producía al muchacho un placer sombrío y curiosamente intenso, como si ella realmente le estuviera leyendo el evangelio de principio a fin.

Boline era una chica alta, rubia y guapa; podría haber hecho carrera como cortesana. Pero tenía un alma demasiosencilla, para la que solo las necesidades primarias de la vida significaban algo,

aparte de que carecía de interés por el lujo, como un sordo carece de oído. Con mejor suerte se habría transformado en una enfermera capaz de arriesgar su vida cuidando a los apestados, y de burlarse de las dolencias menores. O pudo haber sido nodriza —pues muchas excelentes nodrizas provenían de su lugar de origen—, y como tal, hubiese renunciado a comer y a dormir por el bien de los niños a su cargo, quienes a pesar de todo no habrían obtenido de ella ni mimos ni delicadezas. Fuera cual fuese su actividad, habría sido siempre un ser sometido, una esclava dispuesta a satisfacer las más terribles necesidades. Y de haber sido elevada a un rango más alto, puesta en contacto con una existencia más regalada, se hubiera sentido incómoda, y en el fondo despreciable. A pesar de su vida disipada, Boline era en realidad fiel a su vocación, y por decirlo así, era monógama: a su entender todos los hombres con que trataba eran el mismo hombre, un hombre en abstracto, con una espantosa necesidad de ella. Si algún cliente le pedía algo que estuviera más allá de sus estrictas obligaciones, era violentamente vapuleado y rechazado como correspondía a un sinvergüenza. En esto estaba muy de acuerdo con Johannes, quien no habría tolerado ningún intento por parte de ella de darle algo más. Era un ave rara entre sus clientes, en principio reconocía en él al hijo de un pastor y a un futuro párroco pero en la práctica y en su corazón no era más que otro hijo de Adán. Sin embargo, para diferenciar al hombre instruido de los marineros, mostraba ante él una expresión más ceñuda que ante los demás. Tanto Johannes como Boline se habrían sorprendido al enterarse de que en realidad ninguno tenía un mejor amigo que el otro en Copenhague.

Al ver el cachorro, Boline interrumpió su perorata. Cuando Johannes le dijo que quería dárselo, sospechó que se estaba burlando de ella y se enfadó muchísimo. Pero, cuando para probar su sinceridad y poder irse se lo entregó, y ella sintió el peso y el calor del animalito en sus brazos, de inmediato su rostro perdió aquella expresión ceñuda. Palpó la pata quebrada, miró a Johannes y luego examinó otra vez al perro, embelesada. Hizo esperar al joven, muy contra la voluntad de este, mientras traía un plato con leche y pan para el perrillo. El cachorro, desconcertado por el lugar, que le era desconocido, no quiso probar bocado aun cuando Boline le puso el plato bajo la nariz. Se acuclilló junto a él en el suelo y comenzó a susurrar lentamente algo en el dialecto de su provincia. Con sus grandes manos, que se habían vuelto suaves en la ciudad, le dio ligeros golpes, empujándolo con suavidad, y el perro se excitó tanto que empezó a ladrar y a girar en medio de la habitación intentando morderse el rabo.

—¿Por qué no te has quedado con él? —dijo Boline a Johannes en voz baja.

—Imposible, no puedo tenerlo en mi habitación —contestó él.

A pesar del rencor que sentía por *madame* Kraft, evitó mencionarla en aquel sitio, pues era una mujer honrada. Sus palabras dejaron pensativa a Boline por segunda vez aquella mañana y Johannes tuvo la impresión de hallarse frente a una piedra absorta en sus cavilaciones. El curso de sus pensamientos terminó por dibujar una extraña, concentrada y triunfal expresión en su ancho rostro. «Boline no puede ir a la casa de Dios —pensó—, pero el perrito negro viene a la casa de Boline.» Miró a Johannes cuando este se disponía a marcharse; le hubiese gustado decirle que a partir de ese día podría ir a verla sin tener que pagar, pero ella sabía que los hombres como él no aceptaban nada gratis de una mujer de su calaña. Por lo tanto adoptó la expresión ceñuda de siempre y lo acompañó hasta la puerta. Al abrirla, oyó el tañido de las campanas sonando sobre sus cabezas y le pareció que Johannes salía directamente a su encuentro. Boline, con el cachorro en los brazos, lo vio alejarse, y de pronto comprendió que jamás regresaría. Al despedirse deseó que fuera feliz, pero no supo qué pedir para él, pues las vidas de sus visitantes, que iban y venían en todas direcciones, eran materia que desde hacía mucho tiempo había dejado de concernirle. Sin embargo, mientras la silueta del joven se hacía cada vez más pequeña a lo lejos en la calle, sintió la nariz del perro sobre su hombro

desnudo y lentamente logró aclarar sus ideas. «Deseo que haga una buena comida», pensó. (Con frecuencia le había parecido macilento y desnutrido, y sabía que los estudiantes y las personas instruidas eran pobres.) «Y deseo que hoy escuche un buen sermón de Pentecostés.»

Johannes se alejó con los brazos libres y la mente despegada, y con una saludable sensación de vacío. Ahora Boline y el cachorro, que por separado eran más humildes que él, al unir sus fuerzas habían adquirido tal superioridad que dudaba poder regresar algún día a Pistolstraede. Volvía a desconocer el efecto de sus acciones y tenía que limitarse a aprender de la experiencia. Pero mientras avanzaba, al llegar a calles más anchas y mezclarse con los grupos de feligreses, olvidó los acontecimientos de la mañana y se unió a la multitud como cualquier hombre joven vestido con sus ropas domingueras, libre de la responsabilidad de ser Johannes Søbørg. Durante largo tiempo había vivido rodeado solo de libros, y ahora las voces y los gestos de las personas resultaban nuevos y sorprendentes. Sus pensamientos tomaron otro rumbo, y pensó en el Espíritu Santo.

Si ahora, en este preciso instante —reflexionó— el huésped celestial de aquel día descendiera por el aire, ¿en cuál de todas estas personas pondría su morada? Johannes observó uno por uno los rostros, rechazó al serio comerciante con sombrero de copa, a las dos jovencitas vestidas para su confirmación, que reían a hurtadillas detrás de sus devocionarios, y hasta al reverendo obispo que pasó a su lado en dirección al pulpito. El Espíritu Santo se sentiría solo, muy solo entre sus adoradores de Copenhague. Estas meditaciones podrían haberse prolongado hasta mediodía, hora en que empezaba a pensar en el costo de su comida, si no hubiese sucedido que, al disminuir la velocidad de sus pasos frente a la iglesia, sin saber si entrar o no, fue arrancado de ellas por una voz jubilosa que lo llamaba.

—Johannes —y añadía—: Johannes Søbørg.

Se volvió y vio a un joven con uniforme de oficial de marina, parado al otro lado de la reja, que lo miraba con una expresión radiante en el rostro.

Ese rostro trajo a Johannes un vago recuerdo de su infancia, que no pudo precisar, hasta que el joven oficial se le acercó y le estrechó la mano con fuerza.

—¡Soy Viggo! —le gritó—, Viggo Lacour.

Entonces Johannes lo recordó. Viggo Lacour era el hijo menor de un terrateniente del lugar de nacimiento de Johannes, y nueve años atrás, cuando ambos tenían doce, juntos recibieron lecciones del tutor de Viggo en la casa solariega. Viggo era un muchacho perezoso y torpe, lento para aprender, pero con un amor apasionado por la poesía y la aventura, y hacía recitar a Johannes los libros que él nunca leería. Ahora tenía todo el aspecto de un joven y alegre petimetre. Seguía siendo bajo de estatura y corpulento, aunque de movimientos ágiles; tenía ojos color azul claro y hablaba con voz melodiosa.

—¿Ibas a entrar? —preguntó a Johannes—. Yo también pensaba hacerlo. Pero ahora que te he encontrado tengo algo mucho mejor. Mira —continuó—, hazme un favor. Acompáñame a mi barco, que está anclado en la bahía, y cena conmigo. Mañana salimos para las Indias Occidentales.

A Johannes no se le ocurrió ninguna excusa, aceptó la invitación, y muy pronto los dos jóvenes se encontraron sentados en un lanchón que esperaba junto a las gradas del muelle y que luego avanzó por la bahía entre barcos y barcazas, movido por los remos que manejaban seis marineros con gorras relucientes. Se acercaron a la corbeta *Iphigenia*, que con sus velas recogidas, se alzaba, mucho más alta de lo que parecía desde el muelle, rodeada de una sombra verde, en las claras y profundas aguas. Johannes recordó a Lise, quien también era blanca, inmóvil y erecta. El ascenso por la escala hasta la cubierta le pareció muy largo. Una vez arriba, se encontró en un mundo nuevo: marcial, con los viriles cañones a ambos costados, y pulcro como el salón de una dama. Se le veía lleno de vida y

actividad, incluso en la calma del domingo. Viggo dio algunas órdenes y luego llamó al camarero para encargarse de los platos y vinos de la cena. Finalmente hizo traer a cubierto una mesa y sillas, y una botella de su propio vino, comprado en Madeira a un precio muy alto. Dijo que, mientras esperaban tomarían una copa, y como el tiempo estaba tan hermoso, bien podían hacerlo allí mismo.

Johannes miró a su alrededor. Todo aparecía teñido de un color azul pálido, como si el barco, con ellos en él, estuviera anclado en el aire. Hasta los techos de tejas rojas de Copenhague tenían una apariencia etérea y parecían absorbidos por la atmósfera. Hacia el norte había un espacio infinito y despejado donde podía verse la sinuosa línea del litoral. Un mes antes, el perfil de la tierra era desnudo y angular, pero ahora se desplegaba lleno de curvas y cúpulas, debido a que los ligeros bosques de hayas acababan de brotar. Un grupo de muchachos en un bote remaba en torno a la corbeta hablando de ella. Johannes volvió a dirigir sus pensamientos hacia el Espíritu Santo. Había pensado en el cielo y la tierra como sus posibles moradas; sin embargo, tal vez el Espíritu Santo prefiriese habitar en el mar.

Viggo llenó los vasos y brindó por sus huéspedes. Parecía tan feliz de haberlo encontrado, que Johannes, quien interiormente sabía que durante nueve años no había recordado ni una sola vez a su compañero de estudios, al principio se sintió un poco avergonzado. No obstante, terminó por pensar que ya antes de su encuentro, su acompañante se sentía profundamente feliz y emocionado, y que solo necesitaba un pretexto para expresar su estado de ánimo, de modo que cualquier persona hubiera sido igualmente bienvenida. ¿Qué le habría ocurrido? ¿Había recibido una herencia o era afortunado en el amor? Johannes pensó que estaba fuera de su alcance adivinar el origen de la felicidad del oficial de marina. Viggo le preguntó qué hacía, y al enterarse de que estudiaba teología, declaró que con su inteligencia no se podía esperar menos de él. Le preguntó si tenía novia y habló sobre los placeres de Copenhague mientras escanciaba vino.

Llegó un momento en que la conversación se agotó y permanecieron en silencio. Viggo alzó su copa y dijo:

—¡Brindo por la ciudad de Copenhague! —vació su copa y la arrojó por la borda hacia el mar—. Pues nunca volveré a verla —agregó.

Johannes quedó tan sorprendido por el gesto que no supo qué decir. Después de una pausa, Viggo exclamó con vehemencia:

—¡No sabes lo afortunado que eres al permanecer aquí! He leído que no hay más mundo que Copenhague, y es verdad.

—Pero tu barco regresará dentro de seis meses —dijo Johannes.

—Sí —contestó Viggo—, volverá dentro de seis meses. Pero yo no regresaré. Cuando lleguemos a las Indias Occidentales renunciaré a mi cargo.

—¿Qué harás entonces? —preguntó Johannes.

—Oh, no lo sé, y no tiene importancia —contestó Viggo—. Mira, podría ingresar en la armada americana. O encontraré otro sitio al que dirigirme.

Johannes, atento al rostro y a la voz de su anfitrión, se preguntó si no estaría borracho a pesar de que era tan temprano.

Viggo apoyó los codos sobre la mesa y sostuvo la cabeza entre las manos como si se sintiera abrumado por la bebida:

—No, no volveré —dijo lentamente—. No puedo decirle a nadie el motivo, ni siquiera a ti, a pesar de que eres mi amigo y pienso que la providencia nos hizo encontrarnos hoy. Si lo dijera, Copenhague no me creería. He sido favorecido por los dioses, Johannes. No te lo habrías imaginado ¿verdad?, pues ¿quién soy yo? Un chico más bien lerdo, un marino. Sin embargo he tenido tanta

suerte y he sido tan feliz en Copenhague como uno entre un millón.

—¿Y ahora, temes la envidia de los dioses? —preguntó Johannes sonriendo.

—No —dijo Viggo con lentitud y solemnidad, como antes—, a pesar de que podrían envidiarme, como tú has dicho. Júpiter en persona podría envidiarme. Pero aunque están complacidos, ha llegado el momento de pagar el precio de mi felicidad y es por eso que debo marcharme. Abandonar Copenhague ahora es como morir. Y en cierto modo moriré, Johannes; este es mi último día y tú debes comportarte conmigo como si fuera un moribundo. Morir no es difícil, es extrañamente esclarecedor, es como subirse al mástil de la existencia. Sobreviene la sabiduría, y cuando uno no es un sabio, ni nunca antes lo ha sido, esto resulta muy sorprendente. Creo que la gente lo llama experiencia.

Johannes lo escuchaba algo dudoso. Pensaba que los seres humanos podían tener preocupaciones de índole muy variada, y se hacía preguntas respecto a qué se sentiría al estar preocupado por un asunto así.

Después de un largo silencio Viggo volvió a hablar.

—Es muy extraño y nadie lo imaginaría antes de experimentarlo. Cuando uno pasa a mejor vida, como suele decirse, lo que más desea es contar a alguien los pormenores de su existencia, para así en cierto modo continuar viviendo. Solo hay una cosa de la cual no puedo hablar, pero no importa, porque eso me lo llevo conmigo. Pero puedo referirme a todas las cosas bonitas que abandono y que hoy se acaban para mí. Si fuera un poeta, escribiría sobre esto antes de partir, y mi corazón se sentiría menos apesadumbrado.

»Por eso al encontrarte me sentí muy contento. Recordarás muchas cosas de nuestra época en Sophiendal, de modo que al menos estas continuarán vivas. Recordarás cómo prendimos fuego al granero y ahorcamos al gato de mi abuela. Recordarás a mi perro Caro. —Johannes no recordaba ninguna de estas cosas, pero no lo dijo—. ¿Recuerdas el cuento de los cíclopes y de aquel llamado Nadie? Podías leer mucho más rápido que yo. Pero ahora yo seré Nadie.

—¿Qué otras cosas recuerdas? —preguntó Johannes.

—¿Qué otras cosas? —repitió Viggo—. Lugares, riñas, favores que me hizo la gente. La nieve invernal, la pesca en las noches de verano. Permitir que todo esto desaparezca, que lo olvide, me haría sentir desgraciado, Johannes, como si estuviera traicionando algo muy noble y tierno que hubiera confiado en mí. ¿Qué otras cosas? —caviló un segundo y agregó—: Sobre todo, como comprenderás, a las mujeres.

»Desde el momento en que supe que debía partir —continuó—, no he dejado de pensar en las mujeres que he conocido, y no solo he recordado a las chicas jóvenes y bonitas. No. No. También he recordado a las viejas doncellas de este mundo. De niño tuve una vieja institutriz francesa, que era una virgen vestal, semejante a una antigua aguja de tejer hecha de marfil. Sin embargo, tenía una manera de amenazarme con el dedo cuando me reñía, que era sutil como un enigma sin resolver, o como una promesa. Aun ahora sería digna de ser seducida por cualquier hombre. Si hoy hiciera mi testamento, y te dejara su retrato, sería una bonita herencia. Pues las chicas jóvenes... —hizo una breve pausa—, mientras miro el mar o el cielo estrellado durante la guardia, a menudo pienso lo siguiente: podemos mirarlas todo lo que queramos pero siempre permanecerán invisibles. Las chicas jóvenes son así.

»Quisiera brindar por todas las mujeres de Copenhague (las solteras, las casadas y también las putas), y poner sus nombres en el cielo para poder contarlas o nombrarlas como quien nombra las estrellas. Quisiera hablarte de ellas, a ti, mi viejo amigo, que hoy has venido a mi barco.

Guardó silencio durante un rato.

—También, si tienes deseos de oírla, quisiera contarte la historia de cierta chica a la que, no sé por qué razón, he recordado estos últimos días. Hoy, cuando avanzábamos hacia el barco en el bote de remos, me pareció que estaba con nosotros. Pero para empezar mi historia debo retroceder mucho en el tiempo.

»Todo comenzó hace siete años, cuando yo tenía quince. Una vez, mientras caminaba por el bosque de Sophiendal, vi una chica que parecía un elfo, que era como una ninfa de los bosques. Yo salía de la espesura, de la densa sombra, a un claro donde el sol y el aire danzaban sobre la hierba. Y allí estaba ella sentada sobre una valla. Vestía una falda de color azul pálido y una camisa púrpura. Era tan rubia que irradiaba luminosidad. Me miró fijamente, con ojos muy abiertos y semejantes a los claros ojos de un halcón; su expresión no era suave, no, era severa, indómita, se diría que lo miraba a uno con disgusto. Pero al mismo tiempo era infinitamente amistosa y alentadora. Lo sabía todo y se burlaba del peligro. Permaneció allí solo un minuto. Luego, desapareció en el resplandor del sol de mediodía y el sitio donde se hallaba quedó vacío. Un gavilán alzó el vuelo desde la valla y rozó mi rostro con sus plumas grises y de tonos castaños. No la olvidé y siempre me preguntaba si volvería a verla.

»Antes de encontrarla pensaba poco en las mujeres. Como sabes, era un niño lerdo y apagado. Me sentía feliz cuando estaba solo. Pero esa ninfa de los bosques me hizo algo; sus ojos tan abiertos abrieron los míos. A partir de ese día tuve conciencia del mundo. Sobre todo de las mujeres, que habían estado siempre allí sin que yo reparase en ellas. Recuerdo que aquella misma tarde, al volver a casa, mientras cruzaba el puente del molino de Sophiendal, en la pradera y a cierta distancia vi a las dos hijas del molinero, que eran mayores que yo, bañándose en el río iluminadas por los declinantes rayos del sol. Bajé al río a lavarme las manos, pues había estado cazando palomas y las tenía ensangrentadas. Allí, bajo los grandes olmos, la sombra era fresca y azul, el agua oscura, y me pareció que estaba solo y olvidado del mundo. Pero arriba, en la pradera, el río y las chicas dentro de él eran de oro, y sentí en mis dedos y muñecas el contacto con el agua dorada que fluía de ellas hacia mí.

»Poco después... —Viggo se interrumpió y dijo—: No. Mi intención solo era contarte la historia de aquella chica.

»Y entonces sucedió —dijo continuando con el relato— que el último verano fui a Funen a casa de mi viejo tío Waldemar. Puede que hayas oído hablar de él en Sophiendal. Era marino y debió haber alcanzado el grado de oficial, pero cuando no era más que un cadete, llegaron los ingleses y se llevaron nuestra flota, así es que se quedó sin barcos en los que navegar. Por lo tanto se dedicó al comercio; viajó por todo el mundo, y durante un tiempo fue oficial de la marina portuguesa. Era un excelente hombre de mar y poseía algo que hacía que las mujeres lo amaran dondequiera que estuviese. Se dice que estuvo casado con una dama portuguesa, y con una princesa de Java. No podría asegurar que todas las historias sobre él fueran verídicas; pero sé que una de ellas lo es, y aunque alguien se ría al escucharla, es una historia triste. Una aldeana de Funen tuvo un hijo de él. Siguió en la vida por el mal camino y terminó aquí, en Copenhague. Se dio a la bebida y enfermó. Una noche, en la taberna en que se hallaba, un marinero le dijo que tío Waldemar se había casado con una dama portuguesa, y la chica se arrojó a la bahía. Pues bien, como verás, en ocasiones la familia de tío Waldemar estaba muy satisfecha de él, y en otras, preocupada por él; por eso preferían que navegara en el archipiélago y en el Pacífico antes que en el Báltico. De niño, en cuanto lo vi me inspiró una gran admiración, yo también le gusté y al morir me dejó todo lo que poseía. Aunque no era mucho. Cuando se hizo viejo la desgracia cayó sobre él, paulatinamente fue quedándose parálítico y nunca más pudo abandonar su silla. Entonces volvió a Dinamarca. Se instaló en un ala de

su granja en Funen, con un sirviente y una vieja que lo cuidaba. Yo iba a verlo de vez en cuando, y lo que me hacía ir no era solo la simpatía que siempre había existido entre él y yo, sino esa extraña atracción que los muchachos sienten por el sufrimiento. Era un lugar melancólico. Hasta el humo de la chimenea daba la impresión de caer con tristeza sobre el blanco césped helado del jardín. Tío Waldemar no se alegraba de verme y tampoco hablábamos mucho. Sin embargo, creo que un chico de diecisiete años, un tonto como yo era entonces, sin ideas claras sobre las leyes de causa y efecto, le resultaba mejor compañía que los adultos.

»Mientras estaba allí me sobraba el tiempo, y, por lo tanto, me sentaba a leer sus libros. Le interesaba mucho la poesía, y tenía algunos volúmenes que acostumbraba llevar consigo en el barco.

»Supongo que habrás leído muchos libros, mucha poesía —continuó Viggo—. ¿Conoces el poema de aquel guerrero moribundo de la antigüedad, quien pidió a su hijo y a su hermano que lo mataran, pues creía como todos sus contemporáneos que solo los que morían combatiendo subían a la morada de Odín, el Valhala, en tanto que los que morían en el lecho bajaban donde se hallaba Hela, una bruja en una oscura cueva? Lo leí allí muchas veces. Así es como este antiguo conde manda buscar a su hijo y le ruega que lo mate:

*Hela me está acechando desde su guarida,
quiere que vaya como esclavo a las profundidades;
pero el guerrero es digno de morir combatiendo.*

»Sin embargo, el hijo no lo hace, y él le pide lo mismo a su hermano:

*quiere que vaya como esclavo a las profundidades;
pero el guerrero es digno de morir combatiendo.*

»El hermano, como bien sabes, tampoco accede. El poema continúa así:

Y el conde retuerce sus manos con desesperación.

»Algo similar sucedía cuando estaba junto a mi tío. No podía comprender que ya nadie lo quisiera, cuando antes todos lo querían. La vida lo rechazaba y la muerte también. No temía morir, se había enfrentado con la muerte muchas veces. Debe de haber pensado en la posibilidad de poner fin a su vida, pero no podía hacerlo, pues creo que hubiera sido para él como comprar los favores de una mujer orgullosa.

»Volví a marcharme lejos. Ya había tenido mi cuota de sufrimiento. Me decía que si ese era el pago de una vida de aventuras, debería intentar quedarme en casa. Pero no me quedé en casa y no volví a tener noticias suyas.

»No obstante, el verano pasado, cuando estaba de vacaciones en Copenhague, mi madre me escribió diciendo que corrían rumores de que mi tío había cambiado su testamento; me pedía que fuera a verle y averiguara la verdad. Yo no quería ir por dos razones. La primera, porque me parecía inconveniente molestar a un moribundo con preguntas sobre su testamento; ser como un tiburón que sigue a un barco naufragado. Y también porque en aquella época, esta cosa de la cual no puedo hablar, ya había comenzado a sucederme. Sí, había empezado en el mes de mayo del año anterior. Supe desde el principio que solo me traería desgracias, pues estaba en la naturaleza de las cosas. A pesar de esto no quería que la sombra de la miseria humana cayera sobre mí o sobre la imagen que guardaba en mi corazón. Pero mi madre insistió y finalmente fui. Era en plena canícula, con un tiempo estable y caluroso. Cuando llegué a casa de mi tío, su viejo sirviente me dijo que esperaba con ansiedad mi llegada. Encontré la casa, y todo en ella, cambiado. No era que mi tío estuviera mejor, por el contrario, era evidente que le quedaba poco tiempo de vida. Sin embargo el moribundo denotaba una extraña y renovada esperanza, una gran fe. Pienso que ese era el aspecto que debía tener cuando era joven y se hallaba en el puente del barco durante sus largos viajes. Parecía

inconmovible, no por necesidad, sino por sus esperanzas. Era como un viejo barco fuera de circulación que volviera a navegar. Y sabes, no me maravillé frente a este cambio. En aquellos días los milagros me resultaban naturales. Ahora pienso que llegué a creer que su misteriosa felicidad, que llenaba de luz su rostro, debía tener su origen en Copenhague, en la misma fuente de donde manaba la mía.

»Hizo que me preparara la cena y mientras comía, conversamos. Dudo que dos hombres pudieran estar tan de acuerdo sobre el esplendor de la vida como lo estuvimos nosotros aquella noche.

En este punto Viggo se detuvo, para recapacitar un momento. Al comienzo, Johannes había escuchado sin mayor interés el relato de su amigo. Durante toda su vida había mantenido las ideas y estados de ánimo de sus conocidos al margen de sus propios pensamientos. No obstante, aquí, en la soledad del mar y del barco, empezó a sentir que tal vez valdría la pena enterarse de lo que Viggo y las personas como él pensaban sobre el mundo, sobre la vida y la muerte. Algo en la voz y en los modales de su acompañante hacía que escucharlo fuera involuntariamente fácil y hasta placentero. En todo caso, era como recibir un suministro de vituallas espirituales de forma gratuita.

—En el curso de nuestra charla —continuó Viggo— me contó que el viejo párroco del lugar había ido a verlo últimamente, y habló en muy buenos términos de su piedad y su bondad. Yo había escuchado predicar a aquel anciano en la iglesia y todas las veces me provocó el sueño. En esa oportunidad pensé: que Dios bendiga al viejo pastor Mikkelsen si puede aliviar el último tramo del camino a un marino moribundo. «El problema es —dijo mi tío— que está totalmente absorbido por el trabajo de la parroquia.» Sin embargo, él y su mujer tenían una hija adoptiva, una chica de quince años que venía a su casa a leerles la Biblia. «Es muy rubia —dijo— y sabe mantenerse muy erguida.» Yo pensé: Dios bendiga a la rubia hija del pastor. Mientras permanecí con mi tío en aquella ocasión, me contó muchas cosas sobre sus viajes, grandes aventuras y hechos extraordinarios. Solo te contaré uno de ellos, pues está relacionado con la historia de la chica. Me describió un temblor de tierra que había presenciado en Asia Menor. «En el intervalo entre la primera y la segunda sacudida —dijo— me di cuenta de que la tierra se movía sola bajo mis pies, y eso me provocó una dicha incontenible. El origen de esta felicidad no es otro que el conocimiento de que algo que creíamos inmóvil en realidad puede moverse. Sentí que el antiguo filósofo, que tú habrás leído, quedaba indemnizado de su desgracia con esta aseveración: *E pur si muove!*»

»Por las tardes salía a cazar patos, por lo que durante los días que siguieron no vi al pastor ni a su hija. Ambos me inspiraban cierto temor y me alegré de que las cosas siguieran así.

»Pero una tarde, al entrar, vi un sombrero gris y una capa en el vestíbulo, y comprendí que la hija del pastor se hallaba con mi tío. Era una de esas extrañas, sofocantes y calurosas tardes que siempre terminan en una tormenta. Había luz en la habitación de mi tío, pues ya se dejaba sentir la oscuridad de las noches de agosto; la puerta estaba abierta y pude oír una suave y clara voz femenina en el interior. Me senté en el alféizar de la ventana de la sala, miré el cielo tormentoso y escuché. La chica leía el libro de Judith. Lo sé porque después encontré el libro abierto sobre la mesa y pude mirar lo que había leído. Había llegado a la parte final, al canto triunfal de Judith, cuando ya ha cortado la cabeza al comandante enemigo, y ella lo recitaba con su voz fresca y juvenil. De vez en cuando hacía una pausa, como dando tiempo a su oyente para reflexionar sobre el texto. En una de estas ocasiones escuché la voz de mi tío pidiéndole que acercase más su silla. Cuando hubo terminado el capítulo se quedó callada, y en ese profundo silencio oí al anciano que hablaba en un tono lento, fuerte y dulce a la vez, como si fuera la voz de un hombre joven y vigoroso. “Dame un beso”, decía.

»Pensarás que me reí, ¿no es cierto? Y que me dije a mí mismo: así es que esta es la forma que tiene tío Waldemar de leer la Biblia. Pero no lo hice, pues en la forma en que mi tío me habló de la

chica y en su voz en aquel momento, había mucha seriedad y fervor. Yo estaba seguro de que nunca antes le había pedido que lo besara. La habitación permaneció silenciosa como una tumba hasta que uno de los candelabros cayó al suelo con gran estrépito. Abrí la puerta y entré.

»Ninguno de los dos me vio. Se hallaban muy juntos, el anciano inválido se había incorporado y con ambos brazos rodeaba el esbelto cuerpo de la chica estrechándolo contra él. La chica no decía nada. Sus rizos rubios le caían sobre el rostro, pero sus manos acariciaban el largo pelo blanco. Sin embargo, un instante después lo rechazó con un movimiento rápido y furibundo que le hizo perder el equilibrio y caer de costado a sus pies.

»Yo me apresuré a incorporarlo y le ayudé a levantarse. Me contempló con la mirada brillante y las mejillas encendidas. Nos hallábamos muy cerca el uno del otro y habló directamente a la cara: “*E pur si muove*”, dijo.

»Cuando lo llevé hasta el lecho lo sentí muy ligero entre mis brazos. Al volverme a llamar al sirviente para que trajera al médico, vi que la habitación estaba vacía, que la chica había huido. Me senté a su lado y esperé, pero no volvió a hablar ni abrir los ojos. Y durante aquellas horas nocturnas junto a su lecho, recordé los últimos versos de la balada.

*El conde se retorció las manos con desesperación,
y de pronto la puerta se abrió de par en par.
En el umbral surgió un guerrero iluminado por el sol,
aunque solo tenía un ojo, era muy rubio
y en el costado llevaba una potente espada.*

»El desconocido dice que ha venido a vengar a sus dos hermanos muertos por él, y al escuchar esto, el conde salta de la cama. Se batieron durante todo el día, pero al caer la noche el conde había recibido una herida mortal. Los últimos versos dicen así:

*Y habló el desconocido. Fue un combate limpio.
Deja de lado tu brillante espada, mi señor;
yo soy Odín y vi tu angustia.
Ahora en vano Hela te acechará en su guarida.
Pues el guerrero es digno de morir combatiendo.*

»Lo repetí muchas veces, y mientras meditaba en él, tío Waldemar murió con rostro solemne y triunfante. No reparé en que había muerto hasta tocarlo y sentir que estaba frío.

»Poco rato después oí la lluvia. Esa noche no hubo truenos, como yo esperaba, y solo cayó una fuerte lluvia que se escurría por los cristales de la ventana y golpeaba sobre la gravilla. Hizo que me olvidara de la balada de Odín y del rostro del anciano para recordar a la hija del pastor, y descendí a la planta baja. Al parecer, la muchacha había tenido el buen sentido de ponerse la capa y el sombrero, pues habían desaparecido. No obstante, me sentí muy angustiado.

»Esa niña —pensé— nunca había sido besada. Vino a leer la Biblia a un moribundo y se vio obligada a huir de la casa, sola en la oscuridad bajo la lluvia. El abrazo del anciano debió de ser terrible para ella. ¿Qué les diría a su padre y a su madre —me pregunté— cuando llegara a su casa mojada y temblorosa? El epitafio de mi tío sería entonces el de un hombre perverso, que desconociendo la gratitud, intentó seducir a su propio ángel guardián.

»Mientras estaba parado en la puerta mirando hacia afuera, pensé que la gente de mar y la gente de tierra están a una gran distancia. El viejo pastor y su mujer pertenecían a esa clase de personas que me juzgarían si conocieran mi modo de pensar. Era mejor que ellos y yo no nos encontráramos nunca. Pero por fin me decidí a ir a la iglesia al día siguiente, a pedir disculpas, a dar explicaciones, y a salvar lo que fuera posible del nombre de mi viejo amigo muerto.

»Fui allí por la tarde. Después de la lluvia, hacía un tiempo fresco y limpio. El anciano pastor debió verme desde su ventana pues salió en persona a abrirme la puerta. Era un hombre pequeño, regordete y tímido. Ni en su rostro ni en sus modales había trazas de indignación; no, tomó mi mano entre las suyas y me dio el pésame. Me condujo a una sala baja y pobremente amueblada en la que había un intenso aroma de flores, pues su esposa y su hija estaban confeccionando una guirnalda sobre una mesa frente al sofá. La esposa del pastor, que era pequeña, regordeta y tímida como su esposo, me saludó con lágrimas en los ojos, y me contó, apenada, que sus flores habían sufrido con la lluvia de la noche anterior. La chica, sentada en una silla angosta, vestía una falda de un desteñido azul claro; se puso de pie, me hizo un breve saludo, volvió a sentarse sin decir nada y continuó su trabajo.

»El pastor habló durante largo rato, y cuando hacía alguna pausa, su esposa, desde el sofá, lo animaba a que siguiera. Ambos parecían hallarse en un estado de beatitud, y solo después de un tiempo comprendí la causa. El honrado pastor había buscado durante toda su vida a un auténtico pecador arrepentido, pero no había encontrado ninguno en las parroquias de Funen. Mi tío era su gran premio, un magnífico penitente, y con seguridad lo recordaría hasta en la hora de la muerte. Mientras hablaba parecía ensancharse y llenar el sillón, como un obispo. Dijo que era claramente obra de la Providencia que su hija estuviera allí la noche anterior, para que lo último que escuchara aquel hombre moribundo fuera la palabra del Señor. «¿Y no fueron —preguntó— las últimas palabras de su tío un piadoso grito, una acción de gracias?» Sí —repuse—, así fue. «Es un gran consuelo», dijo el viejo pastor, y juntó las manos.

»Pero el tiempo era tan malo —dije—. Su hija no debió venirse sola a casa.

»La esposa del pastor me sonrió por encima de las flores.

»—Sabemos —dijo— que usted la habría acompañado a pesar de su dolor, pero está acostumbrada a andar sola.

»Al marcharme, el pastor dijo a su hija que me condujera hasta la puerta. La chica se puso de pie de inmediato y caminó delante de mí a través de la casa. Su espalda esbelta era graciosa y en verdad se mantenía muy erguida. Al cruzar la habitación, me pregunté qué podría decirle. ¿Sería tan inocente —me dije— como para no darse cuenta de la pasión y la tragedia que había provocado? ¿O estaba tan profundamente herida que no podía expresar su aflicción? ¿Debería —me pregunté— agradecerle su silencio?

»Pero cuando llegamos a la puerta, y ella ya la había abierto, se dio la vuelta enfrentándome, puso sus manos en mis hombros y me miró a la cara. Su joven rostro estaba iluminado por un resplandor tan solemne y triunfante como el del anciano cuando lo sostuve en mis brazos la noche anterior. Nos quedamos así muy cerca uno del otro, como si fuéramos dos amigos íntimos que se separan. Me pareció que volvía a mi infancia, que tenía otra vez quince años como ella. La veía idéntica a la chica del bosque en Sophiendal, la chica del claro en el bosque. Sus grandes ojos brillantes, como los de un halcón, eran severos, y podría haber pensado que estaba disgustada conmigo, pero también eran amistosos, alentadores y confiados. Lo sabía todo y se burlaba del peligro.

»No le di las gracias. Creo que contuve la respiración en espera de que unas alas volvieran a rozar mi rostro por segunda vez. Estaba tan cerca de mí que con solo un movimiento de cabeza podría haberla besado.

En este punto, Viggo se detuvo y se quedó pensativo.

—¿Y la besaste? —preguntó Johannes en voz baja.

—¿Besarla? —gritó Viggo y volvió a enmudecer durante un rato—. No —dijo con lentitud—. No. Por la pregunta que me haces, veo que no te he contado correctamente la historia. ¿Besarla? Antes se

me habría ocurrido besar a Odín. No. Aparte de sus dos frágiles manos en mis hombros, no tuvimos ningún otro contacto. Cuando las dejó caer, me retiré.

»—No soy poeta —dijo y se echó a reír—. Puedo contarte mi historia, pero no consigo que captes su verdadero sentido.

»Bueno, te he retenido demasiado tiempo. Nuestra cena debe de estar lista. ¡Vamos! Al menos tú y yo beberemos una copa por todas las chicas rubias de la tierra.

TÍO SÉNECA

MELPÓMENE MULOCK, la hija del gran actor, recibió una carta que perturbó su tranquilidad. Era una invitación de la hermana de su difunta madre para que fuese a pasar quince días con ella en Westcote Manor, su casa de campo.

Melpómene recibió la invitación el 28 de noviembre de 1906, que era miércoles. Estaba acostumbrada a recibir cuentas y notificaciones, pero una invitación era algo completamente nuevo para ella. Se dijo a sí misma: «Guardaré la carta durante tres días. El sábado se la mostraré a mi padre y me dirá cómo responderla. Tía Eulalia ha tardado dieciocho años en escribirme. Bien puede esperar tres días más mi respuesta».

El jueves pensó: «¿Cómo podría ir yo a Westcote Manor? Mi padre y yo, hasta donde puedo recordar, hemos sido siempre pobres y estoy orgullosa de ello. No soportaría vivir durante quince días en el ocio y el lujo, con gente que nunca ha pensado en nada, más que en su propia comodidad».

El viernes pensó: «¿Cómo se atreve a invitarme tía Eulalia? Si aceptara su invitación traicionaría a mi padre. El único mérito de su familia es la riqueza y es por eso que lo han despreciado y rechazado. ¿Debería aceptar ahora la tardía bondad de personas tan duras y sin corazón?».

El sábado volvió a leer la carta y con gesto grave la guardó otra vez en el cajón. Una tercera pregunta había surgido en su mente.

«¿Por qué —se preguntó a sí misma— me invita tía Eulalia? ¿Tendrá algo que ver con ese joven que recogió mi cartera y me ofreció su paraguas? Desde aquel día lo he visto tres veces y cada vez su rostro ha quedado grabado en mi mente por una razón muy extraña: era exactamente igual al mío.»

Se puso de pie y se miró al espejo con gravedad. Vio su rostro pálido y pecoso, con la frente despejada y ojos de un azul oscuro, enmarcado por una gloriosa cabellera roja.

«Su pelo —pensó— era más rubio que rojo y las pecas parecen diferentes en un rostro dorado por el sol. Sin embargo sus ojos, su nariz y su boca eran exactamente iguales a los míos. Si yo vistiera tan elegantemente como él, estaría tan guapa como él. ¿Será posible que yo tenga un primo así? Casi todos los días de mi vida he oído hablar de mi malvada tía, pero nunca oí decir nada de él.»

El domingo por la mañana se sintió culpable por no haber llevado a cabo su propósito inicial. Y llevó a su padre la carta de tía Eulalia junto con el desayuno a la cama.

Félix Mulock leyó la carta y empalideció; volvió a leerla y su rostro adquirió un color bermejo oscuro. La sostuvo a prudente distancia.

—¡Así es que cree llegado el momento —dijo con amargo despecho— en que la hija de la querida Florence y su vieja tía se conozcan! Ahora que estoy enfermo y el mundo me ha traicionado, es el momento de seducir a mi hija con promesas de esplendor mundano.

—Nunca te abandonaré, padre —dijo Melpómene—, y no aceptaré su invitación.

Su padre permaneció en silencio durante un rato.

—¡Es el momento! —repitió con lentitud—. Para esta mujer calculadora ya había llegado en otra ocasión. Hace seis años, cuando tu madre murió, escribí exigéndome que le entregara mi hija. Dijo que te daría un hogar y una educación. ¡Imagínate cómo serías ahora si durante seis años hubieses sido mimada y consentida sin haber oído mencionar jamás a nuestro divino William Shakespeare, ni a su humilde intérprete, tu padre!

Melpómene sonrió orgullosa. Su padre volvió a quedarse en silencio un instante, luego dejó la carta y la miró.

—¡Ve! —dijo—. Acepta esta invitación y vuelve para decirme cómo les has hecho sentir que

despreciamos su riqueza y que preferimos pasar hambre en nuestro mundo de altos ideales. ¡Sí — terminó diciendo en un arranque de suprema emoción—, ve, y vuelve a decirme cómo los has despreciado y humillado!

Cuando Melpómene llegó a la estación del pueblo, en una noche de diciembre mortalmente silenciosa, la esperaba un elegante carruaje con dos caballos. Y una vez en la gran mansión de altos ventanales iluminados, un mayordomo muy digno se hizo cargo de su pequeño equipaje.

Tía Eulalia se alzó de su silla frente al fuego de la sala, para dar la bienvenida a su sobrina. Llevaba un susurrante traje negro y tenía el mismo rostro, aunque marchito y algo flácido, que el joven del paraguas y la chica. Contempló a Melpómene, la rodeó con sus brazos y se echó a llorar.

—¡Mi Florence perdida! —exclamó—. ¿Te he recuperado?

La habitación era cálida, suavemente iluminada, y llena del aroma de plantas de invernadero. Gruesas alfombras, cortinajes de seda, y enormes cuadros de marco dorado creaban un círculo mágico en torno a una vida tan segura que a Melpómene le costaba imaginársela. Ninguna pena ni preocupación, ninguna carta de acreedores, ningún casero enfadado podían tener acceso a ella. ¿En qué pensaban las personas que vivían allí? ¿Pensaban en algo?

En aquel momento Melpómene se sintió orgullosa de sus zapatos remendados y su viejo vestido. Eran sus credenciales, sentía que cruzaba el umbral como un implacable acreedor, en representación de un mundo más alto aunque vilipendiado.

Albert, el hijo de tía Eulalia, se unió a ellas junto al fuego y la chica comprobó que era el mismo de sus encuentros bajo el viento y la lluvia. Armonizaba tanto con la habitación, y estaba tan guapo con su traje de etiqueta, que en otras circunstancias ella se habría sentido feliz al saber que se le parecía. El joven le estrechó la mano de una manera amistosa, y se ruborizó levemente al recordar sus anteriores encuentros.

Melpómene comprendió de inmediato que la invitación se la debía a Albert. ¿Pero por qué habría pedido él a su madre que la invitara? La habría visto sola, cansada y con las ropas mojadas. Tal vez se sorprendió tanto como ella por el parecido de ambos. Debió seguirla y hacer averiguaciones. Le pareció que ahora él la trataba como si fuese un objeto frágil y precioso que se debe manejar con cuidado para no romperlo.

Le hacía sentirse incómoda, pues mirarlo era como verse en un espejo, y al apartar la mirada sentía la suya posada en su rostro.

Poco antes de cenar le presentaron a un elegante señor de edad madura, al que llamaron tío Séneca.

Aquella noche, frente al fuego, tía Eulalia habló de su hermana muerta, que era diez años menor que ella. Relató cómo había intentado ablandar los corazones de sus enfurecidos progenitores cuando la madre de Melpómene huyó con el actor. Al nacer la hija de Florence hubiera querido acudir a su lado, pero su esposo se lo prohibió. Ahora ni siquiera recordaba la fecha exacta.

—Nací el 7 de agosto de 1888 —dijo Melpómene.

Tío Séneca volvió hacia ella sus brillantes ojos de pájaro con una súbita y penetrante mirada.

Al día siguiente, Melpómene despertó bastante tarde, bajo cobertores de seda en un gran lecho de cuatro pilares, y vio que el día era tan gris y silencioso como el anterior. Una camarera le trajo un apetitoso desayuno en bandeja de plata. Nunca, en toda su vida, había tomado el desayuno en la cama. Ahora, mientras se servía té y esparcía la mantequilla en los panecillos calientes, pensó en su padre, solo en la fría vivienda, y recordó la misión con que él la había enviado. Podría ser más difícil de lo que pensaba conmover aquel mundo tapizado y cubierto de seda.

Durante la semana siguiente Melpómene se sintió a menudo como si le hubieran ordenado golpear un edredón de plumas con un martillo. Toda la casa la envolvía en un suave y cálido abrazo. Los

viejos sirvientes se desvivían para que ella se sintiera lo más cómoda posible. Y tía Eulalia recorría las habitaciones haciendo arreglos florales, bordaba, y observaba con ternura a la sobrina que tanto se parecía a su querida Florence. El suave fluir de su conversación no cesaba en todo el día, como si quisiera borrar, de una manera amable, la existencia anterior de Melpómene. No interrogó a la chica sobre su padre o su casa. Vivía en el pasado y describía la feliz infancia y adolescencia que ella y su hermana pasaron en esa misma casa. O hablaba de Albert. ¡Ninguna otra madre tenía un hijo tan noble y bondadoso! El único objetivo de su vida era ver feliz a su querido muchacho.

Albert sacaba a su prima a pasear en coche para mostrarle los alrededores. Le enseñó los nombres de sus caballos, le mostró sus perros, y para divertirla hacía que cada día repitieran los trucos que les había enseñado.

Ella sonreía con ironía ante los esfuerzos de su tía y de su primo. Sin embargo se le iba haciendo cada vez más difícil continuar creyendo que fueran tan calculadores y seductores como su padre los describía.

En todas las habitaciones de la casa había retratos de abuelos y tías abuelas y pudo darse cuenta que llevaba su sangre en las venas. Se había sorprendido al constatar cuánto se parecían a ella tía Eulalia y Albert; ahora sentía temor al pensar que también podía ser como ellos. Rechazó la idea, pero esta volvió de nuevo a su mente. No podía olvidar que había gozado con las flores en su habitación y con el desayuno en la cama. Le gustaban los perros de Albert y en especial un perro de aguas color negro. Para darse fuerza y ánimo comenzó a hablarles a sus parientes ricos de su propia casa. Les describió el frío de las habitaciones, la oscuridad de las escaleras, y sus horas de trabajo hasta muy avanzada la noche. Alcanzó un tono extasiado, como el de su padre, al describir con orgullo su absoluta conformidad con todo eso.

Tía Eulalia la escuchó con la boca abierta, y luego, anegada en lágrimas, le pidió perdón por no haberla rescatado antes. Albert la escuchó con los labios apretados y al día siguiente le sugirió que se llevara el perro de aguas negro a su regreso a Londres.

En tales circunstancias, Melpómene buscó refugio en tío Séneca. Al principio el anciano caballero se mostró algo tímido con ella. Ahora, cada vez que se hallaba sola, él atisbaba desde su habitación y salía a charlar amistosamente con ella. Y si bien no hablaba mucho, resultaba un perfecto interlocutor.

Melpómene se sentía más a gusto con él que con los demás. Esto se debía a que no le tenía lástima; a veces llegaba a parecerle que él la envidiaba por las experiencias que había tenido. Le preguntó cómo era sufrir hambre... ¿Podría considerarse una sensación dolorosa? Quería saber detalles sobre los estrechos patios posteriores, las oscuras y empinadas escaleras, y mostraba un interés especial por las ratas. Alguna vez debió comprar y estudiar un mapa de los barrios más pobres de Londres, pues conocía los nombres de muchas calles y plazas de la capital. Melpómene pensó consternada, que para un solterón viejo y rico todas estas cosas resultaban fascinantes y fantásticas, del mismo modo que los juguetes en el escaparate de una tienda para un niño pobre que los mira desde la calle.

Pero no podía enfadarse con tío Séneca, pues la interrogaba y la escuchaba de una manera infantil. Pensó que quizá su interés era producto de motivos más nobles que la mera curiosidad. A veces, cuando le hablaba de gente muy pobre y desdichada, él se revolvió inquieto y sus manos temblaban levemente.

—No debería existir gente así —decía.

Supo por tía Eulalia que tío Séneca no era pariente consanguíneo. El viudo de una vieja tía se había vuelto a casar y este había sido el único hijo de su siguiente matrimonio. Fue un niño guapo y talentoso y cuando creció sorprendió a la familia con su decisión de estudiar medicina para llegar a

ser doctor. Pero era un joven débil, y finalmente la familia lo persuadió para que abandonara aquella disciplina tan dura.

El anciano vivía ahora en casa de tía Eulalia y salía en muy raras ocasiones. A Melpómene le pareció que no prestaba mucha atención a Albert, pero que trataba a tía Eulalia con gran respeto y admiración. La chica veía en él a uno de esos auténticos caballeros que idealizan a las mujeres.

—He tenido el privilegio —dijo en cierta oportunidad— de nacer, haberme educado, y haber vivido los mejores años de mi vida en una época en que Inglaterra estaba gobernada por una dama.

Tenía varios *hobbies* en los que pasaba el tiempo: coleccionaba mariposas y tenía gran habilidad para embalsamar pájaros. También bordaba y solía hacer punto de cruz junto al fuego. Tenía la curiosa manía de observar con atención sus propias manos. Había heredado una enorme fortuna que crecía de año en año y se suponía que Albert sería su heredero.

Sin embargo, a pesar de que el apoyo del tío Séneca reforzaba su confianza en sí misma, Melpómene era consciente de su falsa posición en el círculo familiar. Dentro de tres días debía volver a Londres. Antes de irse tenía que dejar claro que ella seguía siendo una extraña en la casa, y que continuaba siendo una enemiga y un juez.

En dos o tres ocasiones preparó un discurso reprobatorio, pero no se atrevió a decirlo y se consideró a sí misma una cobarde. Por fin, la noche del domingo cumplió con su deber.

—No —dijo súbitamente Melpómene—; no, tía Eulalia, no regresaré. Aquí todo es dulzura y perfección, demasiada dulzura y demasiada perfección para mí. No podría soportar una vida dedicada solo a mi propio bienestar.

—Querida niña —dijo tía Eulalia—, quieres vivir dedicada al bienestar de tu padre.

—¡A su bienestar! —exclamó Melpómene—. ¡Oh, cuán equivocada está! ¡Quiero vivir para su inmortalidad! —Se quedó un instante en silencio—. Me he sentido asfixiada en esta casa —agregó mientras su rostro se cubría de rubor—. Me parece antinatural y demencial vivir solo para el momento presente sin pensar en el futuro.

—Querida Molly —dijo tía Eulalia—, todos tenemos esperanzas de lograr un futuro mejor y eterno. Y aquí, sobre la tierra, deseamos continuar viviendo en nuestros hijos y nietos.

—¡Oh, sí! —gritó Melpómene—. Imagináis ese futuro eterno y mejor, exactamente como es vuestra vida ahora: una existencia fácil y despreocupada, un día exactamente igual al otro, pequeñas charlas agradables sobre naderías, paseo con los perros. Y en cuanto a vuestro futuro en la tierra, no es más que una inmortalidad barata. ¡Exijo para mi padre una fama imperecedera! ¿Cómo podría resignarme a la idea de que sus grandes creaciones, tan grandes como las de cualquier pintor o escultor, desaparezcan con él?

—Sin embargo, todos debemos resignarnos a la idea de la muerte —dijo tía Eulalia.

—¡No —gritó Melpómene—; de ninguna manera! —Se puso mortalmente pálida y exhaló un hondo suspiro—. Mi padre —dijo con gran lentitud— tiene un viejo amigo en Londres, es italiano y un magnífico escultor. Ha visto a mi padre en todas sus representaciones y las considera de tan alta calidad como mi propio padre lo hace. Le han inspirado la idea de un monumento que conservará el nombre de mi padre a través de los siglos. Será una obra de arte grandiosa. En el plinto estarán todos los personajes que mi padre ha creado, desde Edipo rey hasta el constructor Solness. Y en lo alto, mi padre en persona, con su gran capa, su espléndida cabellera y el brazo extendido. —Se produjo una larga pausa—. Esta es la razón de mi vida —dijo finalmente Melpómene.

—¡Mi pobre niña —exclamó tía Eulalia—, no sabes de qué estás hablando! ¡Ese es el sueño de una persona que carece totalmente de sentido práctico! ¡Dios me libre, si el monumento en la tumba del mausoleo familiar costó tres mil libras!

—¿Y qué si costó tres mil libras? —gritó—. ¿Y qué si cuesta seis mil? No soy una persona que carece de sentido práctico, tía Eulalia. Mi padre y el *signor* Benatti han hecho un pequeño libro con los planos y descripciones del monumento; lo único que yo debo hacer es conseguir el dinero para publicarlo. Una vez publicado, todas las personas de Inglaterra que en alguna ocasión vieron a mi padre en escena se sentirán felices y orgullosas de poder contribuir. Mi trabajo por hacer que su nombre sea inmortal constituye la felicidad y el orgullo de mi vida.

Volvió a hacerse el silencio.

Melpómene había hablado dirigiendo la mirada por encima de las cabezas de su público; ahora los miraba directamente a la cara. Los tres permanecían sentados e inmóviles. Los rostros de tía Eulalia y Albert expresaban, igual que anteriormente, un leve desconcierto y compasión. Sin embargo, tío Séneca la había escuchado con profunda atención.

Se miró las manos.

—Un hombre —dijo lentamente—. Un hombre inmortal.

«Tío Séneca es el único que me comprende», pensó Melpómene.

Irguió la cabeza cuanto pudo mientras subía en dirección a su cuarto. Pero no pudo dormir bien. Los rostros tristes y preocupados de tía Eulalia y Albert continuaban en su mente. No había podido hacerles alterar su expresión.

Ya avanzada la mañana del día siguiente, bajó al vestíbulo y se encontró con Albert.

—Escucha —dijo él—, anoche hablaste de un monumento en honor a tu padre. ¿Si tuvieras ahora tres mil libras, las invertirías en eso? ¿Eso te haría feliz?

Melpómene le miró con gravedad.

—¿Quieres decir —preguntó ella— que me darías tres mil libras para lavar la culpa que tu familia tiene ante mi padre?

Albert meditó ante sus palabras.

—No —dijo—; en realidad no quiero decir eso. Honestamente no podría decir que me siento inclinado a levantarle un monumento a tío Félix. Solo me preguntaba si eso te haría feliz.

—¿Hacerme feliz? —dijo Melpómene con lentitud. Ella no recordaba a nadie que hubiera deseado apasionadamente su felicidad.

—Escucha —dijo Albert—. Desde la primera vez que te vi bajo la lluvia he deseado tu felicidad. Es algo muy extraño. Leemos en los libros sobre el amor a primera vista, pero nunca creemos que le pueda ocurrir a la gente en la vida real. Y ahora soy yo quien ha tenido la experiencia del amor a primera vista.

Melpómene sintió que una intensa sensación de triunfo recorría todo su cuerpo. Albert, que era joven, rico y guapo, depositaba su corazón y todos sus bienes materiales a sus pies, y ella dentro de un instante lo rechazaría. Le llevaría a su padre un trofeo mucho más valioso y que superaría todo lo imaginado. Esta idea la conmovió tan profundamente que no supo qué decir.

—Escúchame —dijo Albert—, sentí de inmediato que tú eras lo que la gente suele llamar el lado bueno de uno. Todas las demás chicas de algún modo han sido unas extrañas, pero tú eres como yo. Lo he tenido todo, y en el instante en que te vi supe que deseaba darte cuanto poseo, pues solo entonces mis bienes serían de alguna utilidad para mí, y podrían proporcionarme algún placer. Quisiera verte con ropas hermosas y con una bonita habitación propia. Quisiera verte con tu propio perro. También querría que tuvieras el monumento para tu padre.

Como ella seguía sin hablar y se limitaba a mirarlo con ojos claros y brillantes, él continuó:

—En cuanto a mí se refiere —dijo—, en cierto modo siempre he estado solo. Nunca he tenido un verdadero amigo. Pero ahora te tengo a ti. Nunca creí que llegaría a querer casarme, y cuando le dije

a mi madre que quería casarme contigo, se sintió tan complacida que lloró de felicidad. Nunca creí que llegaría a ser realmente feliz. Es algo muy extraño. Ahora sería inmensamente feliz si pudiera lograr tu felicidad.

Melpómene no respondió de inmediato.

—No, Albert —dijo—, tú no puedes hacerme feliz. No deseo tus hermosos trajes; no deseo una habitación propia. Mañana volveré a casa de mi padre.

Albert se puso muy pálido, se dirigió hacia la ventana, pero luego se volvió hacia ella.

—Creo que cometes un error al regresar al lado de tu padre —dijo—. No creo que puedas volver a ser feliz en Londres. Escúchame, Melpómene, pienso que podrías llegar a amarme. Suena muy extraño, nunca pensé que se lo diría a ninguna chica, pero creo que podrías llegar a amarme.

Hasta ese momento, Melpómene había hablado controlándose y sin olvidar sus planes. Pero cuando Albert dijo que ella podía llegar a amarlo vaciló y sintió tal nudo en la garganta que no pudo articular palabra.

Para darse valor, y a costa de un gran esfuerzo, recordó el rostro de su padre. Esto le ayudó y después de un momento pudo hablar.

—Si llegara a amarte, Albert —dijo muy lentamente—, no aceptaría de ti ni un penique para el monumento de mi padre, pues sabría que no lo das movido por la admiración y el arrepentimiento. Si en este instante yo te amara —continuó con una voz que apenas se oía y que parecía actuar con voluntad propia—, pues en este mismo instante juraría no volver a verte nunca más después de dejar mañana esta casa, y no abrir ninguna carta tuya hasta no tener en mis manos las tres mil libras para el monumento de mi padre.

Los dos jóvenes permanecieron un momento frente a frente, mirándose muy pálidos y serios. Luego ella se apartó de él y salió de la casa.

Caminó durante mucho rato antes de aclarar sus ideas lo suficiente como para darse cuenta de que había ganado la batalla y cumplido su misión; que las cosas estaban bien y que todo había terminado.

Por fin se detuvo; el mareo se le había pasado, y sintió el frío del ambiente. Había avanzado tanto que acabó por perder el camino y ya empezaba a anochecer. Se volvió e intentó recordar la senda por la que había llegado.

Pero no lo consiguió; por todas partes había altas vallas y debía caminar a lo largo de ellas para encontrar alguna abertura. ¿Cómo no las había visto mientras se alejaba? De pronto recordó que ella había atacado a Westcote Manor y todo cuanto contenía, y se preguntó si la casa no se estaría vengando de ella por sus palabras. Por fin divisó una luz entre los árboles del parque y avanzó en esa dirección. Se sorprendió al ver en la avenida una figura que se dirigía hacia ella. Por un momento pareció muy grande en la niebla, pero luego se empequeñeció. Era tío Séneca, con un enorme paraguas en la mano. Parecía muy contento de verla.

—Estaba muy preocupado porque no volvía —dijo—. Creía que iba a nevar, por eso traje el paraguas.

Melpómene sabía que tío Séneca salía en contadas ocasiones y que le tenía mucho miedo al frío. Se sintió ligeramente conmovida por su bondad y al mismo tiempo vagamente apenada por el recuerdo de cierta vez, mucho, mucho tiempo atrás, en que un caballero también le había ofrecido su paraguas.

—Eulalia tuvo que ir a ver a un vecino —dijo tío Séneca—. Albert la ha llevado en su calesa. Tomaremos el té solos. —Caminaron juntos bajo el paraguas por la avenida.

Cuando llegaron, el té estaba servido delante del fuego. Las lámparas de pantallas color de rosa hacían relucir la platería y la porcelana. Seguramente el jardinero había traído heliotropos desde el invernadero, pues su intenso aroma inundaba la habitación.

Tío Séneca estornudó dos o tres veces; parecía algo afiebrado bajo la luz de las lámparas, como si hubiese esperado demasiado tiempo en la avenida, y a causa de su galante expedición hubiera cogido un resfriado. Acercó su silla un poco más al fuego y dijo:

—Olvidé ponerme mis chanclos. Tal vez debería ir a cambiarme los zapatos.

Pero no lo hizo. Tampoco dijo nada más durante un rato y se limitó a sonreír a la chica por encima de su taza de té. Durante un largo intervalo, reinó el silencio en la habitación, pues Melpómene estaba demasiado cansada y demasiado sumida en sus propios pensamientos como para hablar.

—Es un honor y un placer para un viejo sedentario como yo —dijo finalmente tío Séneca— charlar con una dama joven que conoce el mundo. Supongo que la gente habrá hablado con usted casi de todo.

—Sí —contestó Melpómene quien apenas había prestado atención a lo que decía.

—La gente —repitió él en tono jubiloso— le habrá hablado de borrachos y fumadores de opio.

—Sí —aseguró ella.

—Sí, sí —dijo él con mayor entusiasmo—; y de carteristas y ladrones.

—Sí —repuso ella.

—Y aún peor que eso —agregó, aunque con cierta timidez—, de criaturas aún más bajas y que en realidad no deberían existir.

—Sí —dijo la chica todavía sumida en sus pensamientos.

—¿Y también de criminales? —preguntó tío Séneca.

Algo en este extraño catecismo captó por fin la atención de Melpómene. Alzó lentamente sus ojos hasta el rostro del anciano.

—¿Sabe usted quién fue Williams? —preguntó él—. ¿Aquel hombre que desvalijó dos casas solo en quince días?

—Sí, creo que sí —repuso Melpómene.

—¿Sabe quién fue John Lee? —volvió a preguntar—. ¿El hombre que no pudo ser ahorcado?

—Sí, creo que sí —dijo Melpómene.

—¿Sabe quién fue Jack el Destripador? —preguntó tío Séneca.

—Sí —contestó Melpómene.

Tío Séneca soltó una risa entre dientes tan inesperada que la chica lo miró con extrañeza.

—Perdóneme —dijo—, no quise ser grosero. Pero me ha parecido tan extraño oírle decir que sabe quién fue Jack el Destripador, porque eso es algo que nunca nadie ha sabido. —Hubo una pausa— Yo soy Jack el Destripador —dijo tío Séneca—. Quedé muy impresionado —prosiguió— cuando usted informó a Eulalia de que había nacido el 7 de agosto de 1888. Esa fue la fecha de la primera de ellas. —Permaneció un momento meditabundo—. Y nadie lo supo —continuó—, nadie en toda la ciudad de Londres. Nadie en todo el mundo. Es una sensación muy extraña —dijo— caminar por una calle llena de gente. Nadie lo mira a uno. Y, sin embargo, uno es aquel a quien todos buscan. —Volvió a estornudar y se sonó la nariz con un gran pañuelo blanco—. Nunca he conocido a mucha gente —siguió diciendo—. Mi familia era muy exigente respecto al círculo en que nos movíamos. No obstante, en aquella época podía decirse que todo el mundo me conocía. Me adjudicaron el nombre de Jack, que es un nombre muy jovial, un nombre apto para un marinero. ¿No le parece mucho más alegre que Séneca? Y luego «El Destripador». Más que alegre es brillante. La primera vez que lo escuché, me sentí muy complacido con el nombre que me habían dado. Me pareció un acierto por parte de ellos. Y sin embargo nadie sabía... Actualmente la gente joven —comentó en tono pensativo— dice «destripante» al referirse a algo que les agrada sobremanera, ¿verdad?... La segunda —dijo tío Séneca después de otra pausa— fue en el último día del mes. La tercera una semana más tarde. Se

necesitaba mucha sangre fría para volver a trabajar con tanta frecuencia, ¿no le parece? La tercera fue ejecutada con gran talento. Algún otro día, cuando tengamos tiempo, le contaré más sobre la tercera.

»En este asunto había un detalle extraño —continuó—. La gente hablaba de Jack en todas partes, pero muy pocas personas me lo mencionaban a mí. Estoy seguro de que mi familia debió hablar mucho sobre él, pero se cuidaron de nombrarlo en mi presencia. Solían ocultar los periódicos después de leerlos. En aquellos días los periódicos tenían grandes titulares: “¿Quién es Jack el Destripador?”. Yo me sentaba a leerlos frente a la mesa del té, que era exactamente igual a esta, y podría haber contestado en cualquier momento: “Aquí está”. Un periódico decía: “Su gran habilidad demuestra que es alguien con conocimientos de anatomía”. Y otro: “Es muy posible que después de realizar su faena Jack se ponga guantes”. Y Jack hacía exactamente eso.

Permaneció un momento en silencio.

—Todo comenzó con mis sueños —dijo—. Siempre he tenido sueños muy vívidos y semejantes a la realidad. Comencé a soñar que lo haría. Soñaba que iba por una calle de noche, que esas personas estaban allí, y que yo lo llevaba a cabo. Lo soñaba noche tras noche y empecé a caminar por Londres para encontrar esa calle. Compré un mapa para situarla. Mis sueños se hicieron cada vez más vívidos hasta que comprendí que tenía que hacerlo.

Volvió a quedarse callado.

—¡Un nombre!—dijo tío Séneca y súbitamente miró a Melpómene a los ojos—. Usted habló anoche de lo que es tener un nombre. De una persona que debe immortalizar el suyo. En este caso podría decirse que existe un nombre inmortal en busca de una persona. Mi familia solía burlarse de mí porque me gustaba mirarme al espejo. En aquella época miraba con mucha mayor frecuencia que antes los espejos y a la persona reflejada en ellos que me devolvía la mirada.

Permaneció absolutamente inmóvil durante largo rato. Melpómene tampoco se movió; ni siquiera podía apartar los ojos de su rostro.

—Su padre —dijo tío Séneca— fue en realidad un gran actor. Lo fuimos a ver en *Macbeth*. Era entre la tercera y la cuarta. El bardo es siempre magnífico, por supuesto. Sin embargo él también puede cometer errores. «Todos los perfumes de Arabia no podrían limpiar esta pequeña mano.» —Contempló las suyas—. Eso es un error —dijo—. La limpiarían. Anoche lo comprendí —continuó—, pero Eulalia y Albert no pudieron. Comprendí por qué su padre desea ese monumento. Para él lo único importante en la vida ha sido la ficción. A él nunca le ha importado la realidad. «Tal como me vieron con estas manos de verdugo.» Necesita el monumento para que su nombre sea recordado. Es muy extraño —dijo después de una pausa— que en los últimos años de mi vida conozca a una chica como usted, a la que le son familiares esos lugares que siento como míos, y que igual que yo ha caminado por Berners Street. Me siento muy feliz de haberla conocido señorita Melpómene. Nadie lo supo jamás —agregó.

De súbito su rostro se transformó; se vio recorrido por pequeños tics nerviosos y sus ojos desorbitados buscaron los de Melpómene.

—Aquí están —dijo—, han regresado. Tenía la esperanza de que aún pudiéramos pasar media hora más juntos, los dos solos.

Un rumor de ruedas se escuchó en el camino. Se abrió la puerta principal y en el vestíbulo sonaron voces. Melpómene se levantó de la silla; salió por la biblioteca y lentamente subió las escaleras en dirección a su dormitorio. Se tendió en la cama con el rostro hundido en los almohadones. A la camarera que le trajo el agua caliente le dijo que tenía jaqueca y que no bajaría a cenar.

Al día siguiente retornó a Londres. Tía Eulalia abrazó y besó a su sobrina al despedirla, con más

ternura aún que a su llegada.

—Querida mía —le dijo—, ha sido encantador tenerte con nosotros. Deseamos que muy pronto vuelvas a Westcote Manor.

Albert estrechó la mano a Melpómene con un gesto amistoso aunque estaba muy pálido. Tío Séneca no apareció. Estaba en cama resfriado.

Tanto en el coche como en el tren, Melpómene mantuvo la mente fija en su padre y en su hogar. Cuando volvió a verlos encontró las habitaciones muy desaseadas. El fuego estaba apagado y su padre había permanecido en cama para mantenerse caliente.

Félix Mulock esperaba con ansiedad el informe de la visita de su hija, y había preparado algunos agudos sarcasmos tomados de *Hamlet* —como solía hacer en sus buenos tiempos— para salpimentar el relato. Pero quedó decepcionado, porque tuvo que sacárselo a la fuerza, palabra por palabra. Al final perdió la paciencia.

—¡Bueno! —gritó—, supongo que te dijeron que me habían dado dinero sin que te enteraras.

—No —repuso Melpómene—, no me lo dijeron.

—Si no tuvieras la tozudez de tu madre, hija mía —continuó él con una risa amarga—, y por supuesto si no tuvieras todas esas pecas, podrías haber logrado que tu primo Albert se enamorara de ti. ¡Esa sí habría sido una dulce venganza! ¡Qué rehabilitación tan perfecta poseer la casa en que nunca fui admitido!

La idea le encantaba. Durante toda la noche se entretuvo describiendo detalladamente la conquista y ocupación triunfal del campo enemigo.

La semana siguiente a su retorno le pareció muy larga a Melpómene. El frío de diciembre pareció acentuar una soledad que ella nunca había experimentado antes. No se atrevía a pensar en Albert; no se atrevía a pensar en el monumento a su padre. La verdad es que no se atrevía a pensar en nada.

Una noche despertó con una nueva y extraña sensación de tibieza y felicidad. Se sentó en la cama porque súbitamente comprendió que el único lugar en la tierra donde podía refugiarse y encontrar la dicha era en los brazos de Albert.

La idea la abrumó e hizo que le doliera todo el cuerpo. La fama inmortal no le importaba. Lo que ansiaba con cada gota de su sangre era una existencia fácil y despreocupada en la que todos los días fueran iguales, con charlas agradables sobre naderías y paseos en compañía de los perros.

Durante toda la noche permaneció sentada en su estrecha cama en la habitación oscura y con el rostro bañado en lágrimas. Sintió lo insignificante que era tanto en Londres como en el resto del mundo.

«Esa clase de vida —gritó en su corazón— es todo lo que puedo desear. Y la he rechazado. He jurado no ver nunca más a Albert. Le dije que no abriría ninguna carta suya, por lo cual no me escribirá nunca, nunca.»

Pero estaba equivocada. Un día antes de Navidad recibió una carta de su primo.

La carta de Albert decía así:

Westcote Manor

22 de diciembre, 1906

Querida prima Melpómene:

Temo que te enfades conmigo por escribirte, pero como uno de estos días recibirás una carta de nuestro viejo abogado, el señor Petri, me ha parecido que debo prepararte para ello. Confío en que por esta vez me perdones.

Antes que nada te comunico que tío Séneca ha muerto. Pescó un resfriado, nadie sabe cómo, pues se cuidaba mucho, que se convirtió en neumonía. Durante tres días tuvo fiebre alta y se le veía tan

cambiado que no parecía el mismo. Pero finalmente murió en paz.

Fuiste muy bondadosa con él mientras estuviste con nosotros. Creo que te alegrará saber que le proporcionaste unas horas de felicidad al término de su vida. Se sintió muy triste cuando se enteró de que habías regresado a Londres. Durante todos sus días de fiebre hablaba de levantarse para seguirte. Pero su mente no estaba clara; no cesaba de repetir que te seguiría, y estaba seguro de encontrarte en una calle cuyo nombre nunca había escuchado.

Sin embargo, el jueves pasado, cuando cedió la fiebre, permaneció acostado sin decir palabra y con aspecto de encontrarse muy satisfecho de sí mismo. Por la noche nos pidió que llamáramos al señor Petri, y cuando este llegó, tío Séneca le informó de que quería que le redactara un nuevo testamento.

El señor Petri irá a verte la próxima semana y te lo explicará todo. Solo he querido darte antes de Navidad la buena noticia de que tío Séneca te ha dejado todo su dinero. Ahora podrás construir ese monumento para tu padre, aquel del que hablamos la última vez en el vestíbulo. No pienses que tengo intenciones de obligarte a que cumplas la promesa que hiciste en esa misma oportunidad. Tal vez hayas cambiado de parecer, pero quiero decirte que yo no he cambiado y nunca cambiaré.

El señor Petri te informará de que hay una extraña cláusula en el testamento de tío Séneca. Según esta cláusula, debes erigir el monumento a tu padre y colocar la primera piedra con tus propias manos. Y en esta piedra, que por supuesto nunca se verá, pues tendrá todo el monumento encima, debe haber la siguiente inscripción: EN MEMORIA DE J. E. D.

No puedo decirte nada sobre el significado de estas letras e imagino que sonreirás con ironía al leerlas. Es fácil suponer que tiene un significado romántico; tal vez sean las iniciales de un amigo o de una enamorada. Con seguridad pensarás que tío Séneca era solo un anciano solitario, sin cariño por nadie, que nunca tuvo un amigo y que su vida fue demasiado común y corriente como para que en ella tuviese cabida el amor. Sin embargo, ya que parecía agradarte charlar con él mientras estuviste aquí, supongo que no te importará realizar lo que la gente llama un último deseo, ni tampoco que su piedra forme parte del monumento a tu padre.

Hasta hace poco tiempo —realmente hasta el momento en que te conocí— me habría reído ante la posibilidad de que tío Séneca hubiera tenido una experiencia romántica. Habría estado seguro de que esto solo era posible en sus sueños. Durante sus últimos años casi no hablaba, pero cuando yo era niño solía hablarme mucho de sus sueños y de sus andanzas allí. Pero cuando a uno le sucede algo verdaderamente maravilloso, comprende que a otras personas igualmente mediocres pueda sucederles lo mismo. Sus sueños también se hacen realidad. Es por eso que creo muy posible que tío Séneca fuera importante para aquellos que se cruzaron en su camino, tal vez mujeres, muertas ya hace mucho tiempo.

Resulta curioso que quizá eche de menos a tío Séneca más de lo que había creído. La verdad es que hoy me he sentido muy triste al recordar ese hábito suyo de mirarse pensativamente las manos.

Quisiera escribirte sobre muchas cosas más pero no lo haré hasta no recibir noticias tuyas.

Tu primo,

Albert Arbuthnot.

EL HOMBRE OBESO

UNA noche de noviembre, se cometió un horrible crimen en Oslo, la capital de Noruega. Una niña fue asesinada en una casa deshabitada en las afueras de la ciudad.

Los periódicos describieron el asesinato con todo lujo de detalles. En los breves e inclementes días de noviembre, la gente se agrupaba en la calle donde estaba aquella casa solo para contemplarla. La víctima era hija de un obrero, y el resentimiento, producto de antiguas injusticias, surgía en la mente del pueblo.

La policía no tenía la menor pista. Un tendero de la misma calle declaró que, al cerrar la tienda la noche del asesinato, vio a la niña que caminaba de la mano de un hombre obeso.

La policía detuvo a algunos mendigos, vagabundos y personas sospechosas. Pero tales individuos, por lo general, no son obesos. Por lo tanto, buscaron en otros lugares: entre los comerciantes y dependientes del vecindario. En la calle, la gente miraba con atención a los hombres gruesos, pero el asesino no fue hallado.

En ese mismo mes de noviembre, un joven estudiante llamado Kristoffer Lovunden, de Oslo preparaba apresuradamente sus exámenes. Provenía de un pueblo del norte de Noruega, donde la mitad del año es de día y, la otra mitad, de noche, y donde la gente es completamente distinta del resto de los noruegos. En un mundo de piedra y cemento, Kristoffer enfermaba de nostalgia por las montañas y el mar.

Su familia, allá en Norland, era pobre; no tenían la menor idea de cuánto costaba vivir en Oslo y él no quería preocuparles pidiéndoles dinero. Para poder terminar sus estudios, se había empleado como barman en el Grand Hotel y trabajaba allí todas las tardes, desde las ocho hasta la medianoche. Era un chico guapo, de modales suaves y educados, concienzudo en su trabajo, y se desenvolvía muy bien como barman. Aunque era abstemio, adquirió una especie de interés científico por la composición de las bebidas que tomaban los demás.

De esta manera podía ganarse la vida y continuar las clases; pero dormía muy poco y no le quedaba mucho tiempo para comunicarse con el resto del mundo. No leía ningún libro, aparte de los de estudio, ni siquiera periódicos; por lo tanto, ignoraba lo que sucedía a su alrededor. Se daba cuenta de que la suya no era una vida saludable, pero cuanto más le disgustaba, más se empeñaba en trabajar para superar aquella etapa.

En el bar siempre se sentía cansado, y a veces se quedaba dormido de pie con los ojos abiertos. La luz brillante y los ruidos le aturdían. Sin embargo, cuando caminaba desde el Grand Hotel hacia su casa, después de la medianoche, el aire fresco le hacía revivir y llegaba a su pequeña habitación totalmente desvelado. Sabía que ese era un momento peligroso. Si algo se le metía en la cabeza, se fijaba en su mente con una nitidez sobrenatural y le impedía conciliar el sueño, de modo que al día siguiente no podía estudiar. Se había prometido a sí mismo no leer a esa hora, y mientras se desvestía para acostarse, mantenía los ojos cerrados.

A pesar de todo, una noche su mirada se detuvo en el periódico en que estaba envuelta su salchicha de la cena. Por él se enteró del asesinato. El periódico era de dos días atrás; a su alrededor la gente había estado comentando el crimen todo ese tiempo, sin que él se enterara. El periódico estaba roto, faltaban los finales de línea, y tuvo que suplirlos con su imaginación. A partir de entonces aquel asunto le tuvo en vilo. Las palabras «un hombre obeso» le hicieron repasar mentalmente todos los hombres gordos que había conocido, hasta detenerse en uno.

Un elegante caballero obeso visitaba el bar con frecuencia. Kristoffer sabía que era un escritor, un

poeta perteneciente a una escuela refinada y algo mística. Kristoffer había leído algunos de sus poemas y estaba fascinado por su extraño y exquisito empleo de palabras y símbolos. Parecían estar llenos de colorido, como antiguas y preciosas vidrieras. A menudo escribía sobre leyendas medievales y misterios. Aquel invierno representaban en el teatro una obra suya titulada *El hombre lobo*. La obra era en ciertos pasajes bastante macabra, pero lo que más llamaba la atención en ella era su extraordinaria belleza y dulzura. También el aspecto del hombre resultaba sorprendente. Era grueso, de pelo negro y ondulado, rostro grande y pálido, con una pequeña boca roja y ojos extremadamente descoloridos. Kristoffer tenía entendido que había pasado muchos años en el extranjero. Aquel hombre solía sentarse dando la espalda al mostrador mientras desarrollaba sus exóticas teorías ante un círculo de jóvenes admiradores. Su nombre era Oswald Senjen.

La imagen del poeta se apoderó de pronto del estudiante. Durante toda la noche le pareció ver el enorme rostro haciendo toda clase de muecas junto al suyo. Aunque bebió mucha agua fría, continuaba tan febril como antes. «Ese hombre obeso del Grand Hotel —pensó— es el del periódico.»

A la mañana siguiente prefirió no jugar a detectives. Si iba a la policía, le echarían de inmediato, pues carecía de pruebas, de argumentos y de motivos que exponerles. El hombre obeso tendría una coartada. Él y sus amigos se reirían, le creerían loco, o se indignarían, y cuando se quejaron al administrador del hotel, Kristoffer perdería su trabajo.

De tal forma, durante tres semanas esta curiosa intriga tuvo únicamente dos actores: el serio y joven barman, detrás de la barra, y el sonriente poeta, delante de ella. Uno de los personajes intentaba constantemente abandonar la representación, el otro estaba ajeno a ella. Solamente en una ocasión los dos se miraron a la cara.

Pocas noches después de que Kristoffer leyera lo del crimen, Oswald Senjen entró en el bar acompañado de un amigo. Kristoffer no tenía el menor deseo de espiarlos y si se acercó a ellos, al otro extremo de la barra, fue contra su voluntad.

Discutían sobre lo ficticio y lo real. El amigo sostenía que, para un poeta, debían ser lo mismo, y que, por lo tanto, su existencia tenía que suponer una extraña felicidad. El poeta le contradecía. La misión de un poeta en la vida —dijo— era lograr que los demás confundieran la ficción con la realidad para hacerles sentir esa misteriosa felicidad, aunque solo fuera por una hora. Sin embargo, el poeta debía distinguir entre ambas con mayor cuidado que el resto de la gente.

—Pero no hasta el punto de alterar el placer que nos brindan —añadió—. Gozo de la ficción y también de la realidad. Pero soy feliz porque tengo un instinto infalible para diferenciar una de otra. Reconozco la ficción donde la encuentro, y reconozco la realidad si me topo con ella.

Este fragmento de conversación se grabó en la mente de Kristoffer, que lo repasó muchas veces. Él mismo había meditado con frecuencia sobre la idea de la felicidad y había intentado averiguar si realmente existía. Se preguntó si alguien sería feliz, y, de ser así, quién lo sería. Los dos hombres del bar habían repetido la palabra más de una vez... probablemente eran felices. El hombre obeso, que reconocía la realidad cuando la veía, dijo que era feliz.

Kristoffer recordaba las declaraciones del tendero. «El rostro de la pequeña Mattea —había explicado— se veía lleno de felicidad al pasar junto a él por la calle, bajo la lluvia, como si le hubieran prometido algo, o como si esperara algo ansiosamente y corriese a su encuentro.» Kristoffer pensó: «¿Y el hombre que iba junto a ella?». ¿Su rostro también reflejaba esa felicidad? ¿Esperaría también ansiosamente algo? Al tendero no le había dado tiempo de mirar la cara del hombre, solo había visto su espalda.

Noche tras noche, Kristoffer observaba al hombre obeso. Al principio, sintió que era una siniestra

broma del destino tener que llevar consigo la imagen de ese hombre adondequiera que fuese, en tanto que el hombre apenas advertía su existencia. Sin embargo, después de un tiempo empezó a creer que su incesante observación producía efectos en el observado, y que, en cierto modo, este estaba cambiando bajo su influjo. Se volvió más obeso y más pálido, y sus ojos se tornaron aún más descoloridos. A veces se hallaba tan abstraído como el propio Kristoffer. El agradable fluir de su charla se hizo más lento y con súbitas e innecesarias pausas, como si aquel hábil conversador no encontrara las palabras.

Si Oswald Senjen permanecía en el bar hasta la hora del cierre, Kristoffer se escabullía fuera de local, mientras en el vestíbulo alguien ayudaba al poeta a ponerse su abrigo forrado de piel, y le esperaba en la calle. Casi siempre, el gran coche de Oswald Senjen estaba aguardándole; él subía, el auto partía y se alejaba rápidamente. No obstante, en dos ocasiones el poeta se marchó caminando lentamente y Kristoffer lo siguió. El chico se sentía un vil y agresivo personaje de la ciudad y de la noche al acosar a aquel hombre que no le había hecho ningún daño, y del cual nada sabía; sin embargo, odiaba a aquel ser que le arrastraba en pos de sí. La primera vez le pareció que el hombre obeso volvía un poco la cabeza a un lado y a otro, como para asegurarse de que nadie lo seguía. Pero la segunda vez caminó mirando hacia delante, y Kristoffer se preguntó si aquella leve reacción nerviosa de la primera vez no habría sido fruto de su imaginación.

Una noche, en el bar, el poeta se volvió en su cómodo asiento y miró al barman.

Hacia finales de noviembre, Kristoffer recordó súbitamente que sus exámenes empezaban dentro de una semana. Se sintió desanimado y con remordimientos de conciencia; pensó en su porvenir y en su familia de Norland. El hondo temor que le embargaba se hizo aún más fuerte. Tenía que librarse de aquella obsesión, o le destrozaría la vida.

Pero por esos días sucedió algo inesperado. Una noche Oswald Senjen se puso en pie para marcharse. Era demasiado temprano y sus amigos intentaron retenerle, pero él rehusó quedarse.

—No —dijo—. Quiero descansar. Necesito descansar.

Cuando se hubo marchado, uno de sus amigos dijo:

—Tiene mala cara esta noche. Está muy cambiado. Seguro que le sucede algo.

Otro de los amigos replicó:

—Es el mismo viejo achaque de cuando estuvo en China. Debería cuidarse. Por el aspecto que tenía esta noche, se diría que no llegará a fin de año.

Cuando Kristoffer escuchó estos comentarios, que venían de un mundo real, exterior a él, sintió un instantáneo y profundo alivio. Al menos para ese mundo, aquel hombre era una realidad. La gente hablaba de él.

«Sería conveniente —pensó—, sería una buena forma de liberarme, discutir todo ese asunto con alguien.»

No eligió a un compañero de estudios como confidente. Imaginaba los comentarios que el tema suscitaría, le repugnaban. Recurrió a un alma cándida, un chico dos o tres años menor que él que lavaba vasos en el bar, llamado Hjalmar.

Hjalmar había nacido y se había criado en Oslo, sabía cuanto se pueda saber sobre esa ciudad, y casi nada de lo que se hallaba fuera de ella. Él y Kristoffer habían mantenido siempre buenas relaciones, y a Hjalmar le gustaba charlar brevemente con Kristoffer en la cocina, después de las horas de trabajo, porque sabía que este no le interrumpiría. Hjalmar era un espíritu revolucionario y solía atacar a los inútiles y ricos clientes del bar, que volvían a casa en grandes coches, con espléndidas mujeres de labios y uñas pintados de rojo, mientras los mal pagados marineros halaban cuerdas empapadas en brea, y los cansados trabajadores conducían sus percherones a los establos.

Kristoffer habría preferido que no hablara de eso, porque a veces su nostalgia de los botes y la brea, y del olor de los caballos sudorosos era tan fuerte, que se transformaba en un dolor físico. El miedo mortal que le inspiraba la idea de regresar a casa con una de aquellas mujeres que Hjalmar describía, era la prueba de que su sistema nervioso andaba muy mal.

Tan pronto como Kristoffer mencionó el crimen a Hjalmar, se dio cuenta de que el pinche sabía todo lo relativo al asunto. Hjalmar tenía los bolsillos llenos de recortes de periódicos, que contenían todos los informes sobre el crimen, sobre los arrestos y, también, enfurecidas cartas referentes a la actitud de la policía.

Kristoffer no estaba seguro de cómo explicar su teoría a Hjalmar.

—Sabes, Hjalmar —dijo finalmente—, creo que ese hombre gordo que viene a menudo al bar es el asesino.

Hjalmar se quedó mirándole boquiabierto, pero en seguida captó la idea, y sus ojos brillaron.

Después de una breve pausa, Hjalmar le propuso que fueran a la policía, o que consultaran a un detective privado. Kristoffer tardó un rato en convencer a su amigo, tanto como le había costado persuadirse a sí mismo, de que su teoría era muy débil y de que la gente los tomaría por locos.

Entonces, Hjalmar decidió, aún más entusiasmado que antes, que ellos debían ser los detectives.

A Kristoffer le causó una extraña impresión, a un tiempo alarmante y tranquilizadora, el enfrentarse con su pesadilla a la luz blanca del fregadero, y oírla comentada por otro ser humano. Sintió que se aferraba a aquel chico como un náufrago se aferra a quien sabe nadar. Pero a cada instante temía arrastrar consigo a su salvador hacia el oscuro mar de la locura.

La noche siguiente Hjalmar le dijo a Kristoffer que debían idear un plan para sorprender al asesino y obligarle a delatarse.

Kristoffer escuchó durante un rato sus diversas sugerencias y finalmente sonrió.

—Hjalmar, eres un hombre... —dijo y se interrumpió—. No, no creo que conozcas sus versos. Pero te los recitaré de todos modos. Dicen:

*que cuando los culpables asisten a una representación,
sienten que el artificio de la escena
estremece sus almas de tal modo,
que los incita a proclamar sus crímenes.*

Pues aun sin lengua, el crimen se manifiesta.

—Eso lo comprendo muy bien —dijo el chico.

—¿Lo comprendes, Hjalmar? —preguntó Kristoffer—. Entonces te diré algo más.

*Lo importante es la comedia,
pues con ella atraparemos la conciencia del rey.*

—¿De dónde es eso? —inquirió Hjalmar.

—De una obra llamada *Hamlet* —dijo Kristoffer.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó Hjalmar.

Kristoffer permaneció en silencio durante un rato.

—Escúchame, Hjalmar —dijo por fin—. Me has dicho que tienes una hermana.

—Sí —dijo Hjalmar—, tengo cinco.

—Pero tienes una hermana de nueve años —dijo Kristoffer—. De la misma edad que Mattea.

—Sí —replicó Hjalmar.

—¿Tiene un impermeable de colegiala, con capucha? —dijo Kristoffer—. ¿Como el que Mattea llevaba aquella noche?

—Sí —repuso Hjalmar.

Kristoffer comenzó a temblar. Había algo blasfemo en la comedia que pensaban representar. No habría seguido adelante, de no estar convencido de que su razón dependía de ello.

—Escucha, Hjalmar —dijo—, elegiremos una noche en que nuestro hombre esté en el bar. Haremos que tu hermana pequeña se ponga el impermeable y que una de tus hermanas mayores la acompañe hasta aquí. Le diremos que entre, cruce el bar en dirección al mostrador, y me entregue algo... Una carta o lo que tú quieras. Le daré un chelín por hacerlo, y ella lo recogerá después de dejar la carta sobre la barra. Luego tiene que volver a cruzar la sala y marcharse.

—De acuerdo —dijo Hjalmar.

—Si el administrador se queja —añadió Kristoffer después de una breve pausa—, le explicaremos que ha sido un error.

—Muy bien —repuso Hjalmar.

—Yo —explicó Kristoffer— debo permanecer en la barra. No le veré la cara, pues generalmente él se sienta a charlar con sus amigos de espaldas a mí. Pero tú dejarás de lavar un momento y saldrás a vigilar la puerta. Observarás su rostro desde allí.

—No habrá necesidad de observar su rostro —dijo Hjalmar—, pues gritará o se desmayará o dará un salto y echará a correr.

—Pero no le digas nunca a tu hermana por qué la hicimos venir aquí —le advirtió Kristoffer.

—Descuida —repuso Hjalmar.

La noche elegida para la prueba, Hjalmar estaba callado y concentrado en su misión. Sin embargo, Kristoffer se sentía inseguro. Una o dos veces estuvo a punto de echarse atrás. Pero, de hacerlo, aur si lograba que Hjalmar lo comprendiera y le perdonara, ¿qué sería de él?

Oswald Senjen estaba sentado en su posición habitual, de espaldas a la barra. Kristoffer se hallaba al otro lado del mostrador y Hjalmar en la puerta de vaivén del vestíbulo.

A través de la puerta de cristal, Kristoffer vio llegar a la niña. Entró en el vestíbulo acompañada de una hermana mayor —que lucía una pluma roja en el sombrero—, pues durante los meses de invierno no se permitía a los menores andar solos de noche. Al mismo tiempo, descubrió en la habitación algo que jamás había advertido. «Hasta ahora —dijo para sí—, nunca has estado totalmente despierto en este lugar; de lo contrario, te habrías fijado en esto.» A cada lado de la puerta de cristal había un gran espejo que reflejaba los rostros de las personas que le daban la espalda. En ambos espejos vio el rostro de Oswald Senjen.

A la pequeña, vestida con su impermeable de capucha, le costaba abrir la puerta, y su hermana tuvo que ayudarla. Caminó derecha hacia la barra, ni despacio ni deprisa, dejó la carta y recogió su chelín. Al hacerlo alzó levemente su carita pálida bajo la capucha y brindó al amigo de su hermano una ligera y vivaz sonrisa de complicidad... Su labor estaba cumplida. Luego se volvió, encaminose hacia la puerta y salió como al entrar, ni deprisa ni despacio.

—¿Lo he hecho bien? —preguntó a su hermano, que la esperaba junto a la puerta. Hjalmar asintió, pero la niña quedó desconcertada por su expresión y miró a su hermana mayor en busca de una explicación. Hjalmar permaneció en el vestíbulo hasta que las dos muchachas desaparecieron en la calle bajo la lluvia. En ese momento, y como el portero le preguntara qué hacía allí, corrió a la entrada posterior, de vuelta a su fregadero y a sus vasos.

Después de eso, un cliente que pidió una copa en la barra, miró al barman y dijo:

—¿Estás enfermo?

El barman no respondió. Tampoco dijo nada cuando, horas más tarde, al cierre del bar, se reunió con su amigo en la cocina.

—Bueno, Kristoffer —dijo Hjalmar—, pues no gritó ni se desmayó.

—No —repuso Kristoffer.

—Si es verdaderamente él —dijo Hjalmar después de una pausa—, es un tipo duro. Kristoffer permaneció callado durante largo rato contemplando las copas.

—¿Sabes por qué no gritó ni se desmayó? —dijo por fin.

—No —contestó Hjalmar—, ¿por qué?

—Porque vio exactamente lo que esperaba ver —dijo Kristoffer—. Lo que ahora ve a cada paso.

Todos los clientes del bar se sorprendieron al ver entrar a la pequeña del impermeable. Observé en el espejo el rostro del hombre obeso y advertí que la miró fijamente en el momento de entrar, y la siguió con los ojos cuando salía, sin que su expresión se alterara lo más mínimo.

—¿Y qué? —dijo Hjalmar. Y después de unos segundos repitió en voz muy baja—: ¿Y qué?

—Esa es la prueba —dijo Kristoffer—. Lo único que ve, adondequiera que vuelva los ojos, es una niña pequeña con un impermeable. Ella está con él aquí, en el bar, y en las calles, y en su propia casa. Desde hace tres semanas.

Se hizo un prolongado silencio.

—¿Debemos ir a la policía ahora, Kristoffer? —preguntó Hjalmar.

—No es necesario —dijo Kristoffer—. No es necesario inmiscuirse en el asunto. Tú y yo somos demasiado torpes, o demasiado adultos. Mattea se encarga de hacerlo en la forma correcta: siguiéndole de cerca todo el tiempo con sus leves pisadas y mirándole tal como tu hermana me miró hace una hora. Él dijo que quería descansar... Antes de finalizar el año ella le brindará ese descanso.

1. Una decisión y un viaje

MUCHA gente ha oído hablar de *monsieur* Dombasle, el gran maestro de ballet de París, que murió hace cien años; pero son pocos los que saben que al final de su magnífica carrera la desgracia cayó sobre él y perdió la fe en el arte de la danza.

—¡El ballet en nuestros días —se dijo primero a sí mismo y luego a sus amistades— ha vendido su alma al diablo! Que Dios me perdone, pues yo he servido de intermediario en la transacción. Ya no es un jardín de rosas, una manifestación viva, algo que a Dios mismo le hubiese gustado crear... Se ha transformado en algo tan estéril como una exhibición de fuegos de artificio. Nuestras grandes hazañas de técnica y agilidad son como una serie de notas cuya melodía se ha perdido.

»Según una escuela de teología —continuó—, el hombre se salva por la fe, según otra, por sus buenas obras. Ambas están equivocadas. Todo el universo (en el cual los planetas giran tan hermosamente alrededor del sol, las estaciones danzan dando forma a los años, y los años se suceden para formar las eras de la historia) se salva del caos y se mantiene en orden gracias al ritmo y a la melodía. Lo mismo ocurre con el hombre. Cuando pierde la melodía pierde el corazón, que es donde nacen las manifestaciones de la vida.

»Si yo he de salvar el alma de la danza —concluyó— y con ello la mía, debo volver a encontrar los hoyos profundos desde los que surgió la danza por primera vez. Debo cavar profundamente en la negra tierra para encontrar las húmedas raíces. Debo alejarme de mi propia frivolidad y de esta época chata en dirección a ese período grandioso, oscuro y lleno de inocencia, en el que la musa de la danza se reveló por primera vez a la humanidad.

Por lo tanto, para salvar el alma del ballet y la suya, *monsieur* Dombasle inició un peregrinaje por Italia (que es el jardín del Edén, donde por primera vez apareció la danza y la pantomima) y eligió como meta la pequeña aldea montañosa de Bérgamo; pues le habían dicho que de Bérgamo provenía el personaje de Arlecchino, el Adán de la pantomima, el hombre de barro en cuyo aliento Dios insufló la vida. Llevó con él a su joven colaborador y amigo, Sadoc Silberstein, que era cojo, pero sabía todo lo que hay que saber sobre la danza. Llegaron los dos a Italia en el mes de mayo, en plena temporada de ferias y mercados.

En Italia, cerca de Bérgamo, *monsieur* Dombasle tuvo una aventura de la cual, durante muchos años, no habló a nadie salvo a Sadoc. Este es el relato de esa aventura.

2. Acerca de Bérgamo

La antigua ciudad de Bérgamo está construida sobre una roca de mil quinientos pies de altura y diez mil pies de ancho. Desde allí, como un halcón a una rata, contempla la ciudad más nueva, la de los comerciantes y los artesanos, la *Citta Bassa*, que en la verde depresión de la llanura se extiende, pacífica, a lo largo del camino que conduce al mundo exterior.

Arriba, en la *Citta Alta*, en el laberinto de callejuelas entrecruzadas, la oscura edad media italiana continúa viva. Otras ciudades del valle de Lombardía, al recibir la influencia de los nuevos tiempos y las nuevas ideas, han florecido como sede de las artes y de las ciencias, pero Bérgamo, inmóvil en su picacho, es silenciosa y peligrosa como un *condottiere* envejecido y sin trabajo. Un viajero

famoso dijo de la aristocracia bergamasca, que la mitad de ella estaba loca de malicia y de lujuria. Que constituía una raza aislada, con la mente fósil como la lava, y con la sangre espesa y caliente. Su sentido del humor está encarnado en la figura del Arlecchino de Bérghamo, que es salvaje como un búfalo y ágil como una cabra, presenta un rostro ennegrecido, una voz áspera, bigotes de gato, una vestimenta llena de parches como la piel de un leopardo, y una cola de zorro en el sombrero.

En una calle empinada y estrecha, en una ennegrecida calle de Bérghamo, en un empinado, estrecho y ennegrecido palacio vivía la noble familia de los Gattamelata.

3. La familia Gattamelata

En los buenos viejos tiempos de la espada, los Gattamelata fueron dueños y señores de la ciudad.

Una leyenda familiar decía que quinientos años atrás, el fundador de la casa, que era un viñador de la provincia, se casó con una bruja de las montañas, quien franqueó al joven esposo la entrada a sus cavernas y le otorgó grandes riquezas. Posteriormente, estas riquezas fueron incrementadas por el robo y el pillaje. Pero a medida que los tiempos se hacían más pacíficos, y a medida que, debido a los matrimonios consanguíneos, los cráneos de la familia se volvían cada vez más estrechos, su riqueza y su poder se redujeron y desvanecieron, y en la época en que transcurre esta historia los Gattamelata eran lamentablemente pobres. Tenían un solo lacayo de rodillas temblorosas y librea agujereada, y una anciana para todo que barría las escaleras, les llevaba el agua, y cocinaba su magra sopa. Hasta las ratas habían abandonado las despensas vacías del *palazzo*.

Los altibajos de la provincia, los gobiernos alternados de franceses y austriacos, pasaron inadvertidos por esta estirpe condenada a la destrucción y que luchaba por mantenerse en vida. A pesar de todo, los Gattamelata continuaban con la cabeza muy alta y el estómago vacío, se sentaban muy tiesos en sus desnudas habitaciones, y se tragaban en silencio su aburrimiento mortal, al igual que aves de rapiña enjauladas.

Durante el período heroico de la familia, muy pocos de sus hombres alcanzaron una edad avanzada. Sus mujeres —viudas, madres y hermanas de *condottieri*, con la misma sangre roja y violenta en sus venas— se acompañaban y protegían unas a otras detrás de los gruesos y fríos muros del *palazzo*: Como si quisiera seguir fiel a esta noble tradición, la familia Gattamelata, hoy en día, seguía estando predominantemente constituida por mujeres.

En las habitaciones más altas de la casa residía la abuela, que era Gattamelata por nacimiento. Estaba absolutamente calva, pero aún poseía dos orgullosas cejas negras como un par de cimitarras, rasgo que había transmitido a todos sus descendientes. Hablaba muy poco, pero estaba al tanto de todo lo que sucedía a su alrededor.

Un tramo de escalera más abajo vivía la condesa viuda Giulia con sus hijos.

La condesa Giulia subió por esos peldaños de piedra veinticinco años antes, cuando era una novia de quince años, recién salida del convento. Había sido muy admirada por su cabello dorado y conocía muy poco de la vida. Desde entonces, su cabello dorado había encanecido y su delgada silueta se había vuelto gorda y flácida; gran parte de las verdades de la vida se le habían echado encima de improviso, y la mayoría le resultaron incomprensibles, aunque todas le parecieron desalentadoras. Había cerrado los ojos ante ellas siempre que le había sido posible; se aferraba a la enseñanza que recibió de las buenas religiosas, como una mujer que, en medio de una tormenta, se niega a mirar, y repasa las cuentas de su rosario. En el fondo de su corazón conservaba muchos de los sueños y las fantasías de su infancia. Jamás contradecía a ningún miembro de la familia, lloraba con facilidad, y a veces lograba imponer su voluntad por medio de una obstinación blanda y pasiva.

Su consolador y consejero en la vida era su viejo confesor, el padre Bonifacio.

Tenía cinco hermosas hijas de largos cuellos y ojos brillantes, solo dos vestidos de seda negra para que estas fueran a misa, y al final de esta hermosa serie tuvo un hijo, Alessandro, que era la esperanza y el orgullo de la casa Gattamelata.

Las cinco hermanas eran conscientes de que sus existencias individuales podían ser con justicia puestas en duda o negadas, pues habían venido al mundo como fracasos en el intento de lograr un heredero, un Gattamelata, y para su antiguo linaje eran, por así decir, números no premiados en la lotería de la vida y de la muerte. La arrogancia familiar tenía suficiente fuerza como para hacerlas soportar esta desgracia con dignidad, como si fuese un privilegio fuera del alcance de la gente vulgar. Pero dentro de los límites de la vida cotidiana en el *palazzo*, rehusaban aceptar cualquier forma de anulación, y todas y cada una de ellas hacían constar, de manera apasionada e implacable, su existencia ante el hermano menor.

En esta vida cotidiana, Alessandro se sabía, en un plano teórico, más valioso que un rubí, pero en la práctica se sentía sojuzgado por siete mujeres y sus modales se habían vuelto bruscos y malhumorados, transformándose él mismo en un solitario y endurecido joven misógino. Tartamudeaba un poco al hablar, y debido a que sus hermanas se burlaban de este defecto, casi nunca decía nada.

4. El padre Bonifacio aconseja

La condesa Giulia pasaba muchas noches de insomnio, preocupada por el futuro de sus hijas sin dote. Una mañana mandó buscar al padre Bonifacio, le abrió su corazón, y cuando hubo terminado, permaneció inmóvil, con los ojos descoloridos y melancólicos muy abiertos y fijos en el rostro del religioso.

El padre Bonifacio era de origen humilde, pero había tratado a la aristocracia de Bérgamo durante treinta años y estaba familiarizado con su manera de mirar la vida, con sus ambiciones y sus pesares. Creía que las mujeres de los *palazzi*, por su capacidad de arrepentimiento, eran mejores que los hombres. Los altaneros nobles bergamascos, aunque poseían extenso material para la confesión, eran lentos en descargar sus conciencias y lo hacían a regañadientes. Pero las damas, dentro de su monótona existencia, esperaban la hora de la confesión como un baño espiritual a la semana, o como un tratamiento de belleza. El anciano sacerdote llegó a sentirse muy cómodo en el mundo femenino y a ser un experto en asuntos de manutención de una casa y en problemas matrimoniales.

En esta ocasión, el padre Bonifacio, después de rascarse la cabeza y hurgarse la nariz, sugirió que la condesa contratara una doncella para sus hijas, de tal modo que estas jóvenes y nobles damas pudieran presentarse en sociedad con el boato apropiado a su alcurnia. La condesa meditó sobre esto y contestó que devolvería a la vieja empleada para todo —que trajera consigo desde su casa— su antigua categoría de dama de compañía, si el padre Bonifacio le conseguía una chica joven para el trabajo pesado de la casa. Inmediatamente el padre le informó de que tenía a mano a la persona idónea, una chica campesina de quince años, trabajadora y modesta. Su nombre era Anna.

¿Podría estar segura la condesa de la honestidad y diligencia de Anna? Sí, podía, pues el padre Bonifacio conocía a la chica desde la infancia, y su madre había sido criada en el pequeño convento de su pueblo natal. ¿Y era la chica fruto de un matrimonio legítimo?, preguntó la condesa algo alarmada. De un matrimonio legítimo —confirmó el anciano—. Aunque su padre no era natural de esa provincia y había venido de muy lejos. Cierta sutil incomodidad en los gestos del sacerdote y una leve inseguridad en sus palabras hicieron que la condesa olfateara allí una historia. Siempre había

sentido mucho placer al escuchar historias de aventuras y romances e interrogó al padre Bonifacio sobre ello. Por fin el buen padre cruzó las manos sobre su grasienta sotana y comenzó la narración:

5. La historia de Pía

—La madre de Anna se llamaba Pía y tuvo una infancia triste y amarga, pues era la decimoséptima hija de unos padres ignorantes, y lo que era peor aún, nació sorda y muda. Los demás niños de la aldea se mofaban de ella, la echaban de sus juegos y danzas, y decían a los mayores que estaba poseída por el demonio; finalmente el padre, e incluso la madre llegaron a pensar que esto era cierto.

»En la aldea había un pequeño convento donde solo vivían ocho monjas. Estas buenas hermanas nunca salían de su claustro y sin embargo el trabajo que hacían con sus manos atravesaba grandes distancias, pues ellas cortaban y cosían pequeñas túnicas, capas y bonetes para nuestras vírgenes, santos y bambinos; eran tan imaginativas y hábiles con la aguja, que hasta las grandes catedrales de España y de París eran sus clientes; las figuras de su retablo de Navidad eran las más elegantes y mejor vestidas de todas. La madre superiora de este convento era una santa mujer, infatigable en la oración y el ayuno; además era hija de un alfarero, famoso en la provincia por sus audaces experimentos con colores y tinturas, y observándolo a él había adquirido un gran conocimiento del empleo del color y del teñido. Ella decía que los santos se le aparecían en sueños para mostrarle nuevos modelos y combinaciones de colores, y de acuerdo con sus instrucciones, enviaba a los niños de la aldea a las montañas en busca de hierbas y raíces de las que extraía extraños tintes para los algodones y las sedas.

»La madre Agape se compadeció de la pequeña Pía y la inició en su ciencia. Pronto comprobó que la solitaria niña muda solía coger las hierbas de las laderas empinadas y de los altos picachos que los demás niños no se atrevían a escalar.

»Después de un tiempo, la madre Agape comunicó a las otras hermanas que un sueño le había inspirado la manera de enseñar a la pequeña sordomuda a leer las palabras en los labios de los demás. Se hizo cargo de Pía, quien trabajaba con ella diariamente, y a pesar de que los aldeanos sonreían un poco ante esta extravagancia suya, insistió en su tarea quedando al fin muy satisfecha con los adelantos de su discípula.

»Entonces sucedió —continuó diciendo el padre Bonifacio— que una inglesa fabulosamente rica, que viajaba por todo el mundo, llegó a la aldea y permaneció allí durante tres días. El nombre de esta dama era *lady* Helena y sus sirvientes italianos les contaron a los habitantes de la aldea que hacía muchos años que se dedicaba a viajar de un país al otro en busca de una porcelana azul muy escasa y especial, sin poder hallarla. Para matar el tiempo entró en la pequeña capilla del convento, y cinco minutos después mandó buscar a la monja que había hecho el manto azul de la Virgen. Así fue como conoció a la madre Agape y se familiarizó con su extraña ambición relativa a la niña sordomuda. Observó durante largo rato a la anciana religiosa y a la pequeña.

»—Yo también he dedicado mucho tiempo al estudio del color —dijo—. No puedo descansar ni hallar sosiego, pues busco por todas partes cierto tono de azul, que sé que existe, pero que hasta ahora no he podido encontrar. El azul del manto de vuestra Virgen es, hasta ahora, lo que más se le parece. Y aunque mi intención es encontrar ese azul en otro material, en un jarro de porcelana, siento simpatía por usted, pues la considero una mujer con una penetración fuera de lo común. Sin duda usted, buena madre, debió hacer más de una prueba antes de obtener ese resultado.

»Madre Agape le contestó que había realizado cincuenta y cinco pruebas antes de obtener ese resultado. Añadió que ese tono se le había aparecido en un sueño y que, por lo tanto, estaba segura

de su existencia.

»—El proceso de teñir la porcelana —dijo *lady* Helena con aire pensativo— es extremadamente complicado, pues antes de cocerla, la mezcla de caolín y feldespatos se ve opaca e incolora en las manos del alfarero. Es una tarea que requiere suma habilidad. Veo que usted ha tomado en sus manos un trozo de arcilla opaca y descolorida —dijo mirando a la niña—. Me pregunto si usted cree poseer la habilidad necesaria como para transformarla en un objeto de porcelana azul.

»—*Signora* —repuso la madre Agape—, mi querido padre fue un alfarero, famoso en la provincia por sus audaces experimentos con colores y tintes, y de él adquirí cierto conocimiento sobre el proceso que usted menciona. Sé muy bien que se requiere más de una hornada para producir una buena pieza de porcelana. Mi padre decía a sus aprendices que el arte del alfarero requiere de dos cosas: fuego y paciencia. Por cierto, “Paciencia, paciencia”, era su lema. Con la ayuda de ese magnífico don —la paciencia— logré después de muchos intentos producir el azul del manto de Nuestra Señora que usted ha estado admirando. Con su ayuda también podré lograr —si no es en la primera hornada será en la segunda— que algo, en apariencia de un material opaco y descolorido, se transforme en un objeto de color y brillo.

»—¿Paciencia? —dijo *lady* Helena después de una pausa—. Un asno en Italia tiene más paciencia que un caballo en Inglaterra, pero no veo que esto lo haga llegar muy lejos. Sin embargo, el asno tiene un lugar en su pesebre y en él no aparece ningún caballo. Al ver el manto de la Virgen, siento que sería muy feliz ayudando a la persona que lo hizo. Y aunque no puedo rezar, buena madre, puedo pagar. Algunas personas pueden vivir en paz en una habitación encalada, otras deben viajar de un lugar a otro. Cuando en el futuro me recuerde usted como una mujer inquieta e impaciente, piense que en ese mismo momento yo podría estar recordando al asno en el pesebre.

»Antes de abandonar la aldea, *lady* Helena puso en manos de la madre Agape una gran suma de dinero para la educación de Pía.

6. Historia de Pía (continuación)

—¿Y qué sucedió entonces? —preguntó la condesa Giulia.

—Entonces todos creyeron —replicó el padre Bonifacio— que la madre Agape recibiría a Pía y a su suculenta dote en la orden; pero aquí, la buena mujer, con toda su paciencia y sus escrúpulos, cometió un error. Continuó pidiendo a los santos que la guiaran, observando a la niña y preguntándose si Pía tendría una verdadera vocación religiosa. Mientras tanto dejó que Pía ayudara a las monjas en el convento y la enviaba a buscar hierbas para ella. La verdad es que Pía siguió siendo una criatura extraña, reservada y resentida. Nunca tuvo amigas y aunque ahora podía hablar y comprender lo que los demás decían, rara vez se la veía en compañía de otras chicas de la aldea. Lo único que le interesaba realmente era ver bailar a la gente en la plaza del mercado —naturalmente, como no podía oír la música, no podía bailar, y probablemente los movimientos y figuras de la danza le parecían algo tan extraordinario que podía pasarse horas observando a los bailarines—. Tal vez, al final, la desgracia provino de esta extraña pasión. Yo mismo hablé muchas veces con madre Agape y le aconsejé que se apresurara a hacer que Pía tomase los hábitos. Pero ella siempre se escabullía de una u otra forma, y en cierta ocasión me rogó con aire misterioso que recordara que ella tenía una gran responsabilidad hacia la dama inglesa. La buena madre se estaba haciendo vieja.

»Se estaba haciendo vieja —repitió el padre Bonifacio, mientras sacaba de entre los pliegues de su sotana una pequeña caja de cuerno, tomaba de ella una pizca de rapé y soltaba un ligero estornudo—. Pía ya no era una niña, y seguía trabajando como hermana lega y cada año se volvía más voluntariosa

y tozuda. Madre Agape tenía a buen recaudo el dinero de la dama inglesa y hasta había logrado que rindiera un poco de interés. Es posible que pensara que algún día la chica acabaría por casarse.

»Una primavera llegó a la aldea una compañía de titiriteros. Entre ellos venía un funámbulo, un muchacho ágil, seis o siete años menor que Pía. La chica sordomuda asistía a todas las representaciones. Debió llamar la atención del joven, quien probablemente hizo averiguaciones sobre ella y se enteró de que, en el mundo de nuestra aldea era toda una heredera. Él era un chico perezoso, que amaba los trajes elegantes, y seguramente pensó que al casarse con esa mujer, que evidentemente lo adoraba, aseguraría su bienestar y podría satisfacer su vanidad durante el resto de su vida. Un día, él y Pía se presentaron ante la madre Agape y le comunicaron su decisión de casarse. En aquella época no resultaba fácil seguir el hilo de los pensamientos de la buena madre. Les rogó que esperaran hasta que ella discutiera el asunto con sus santos. Finalmente, consintió. Yo me hallaba ausente de la aldea, de otro modo la habría hecho recapacitar. La extraña pareja se casó y la madre les dio parte del dinero dejado a su cargo para que abrieran una pequeña casa de empeños en otra localidad. Allí vivieron durante algún tiempo, y la verdad es que Pía trabajó con ahínco para mantener a su joven esposo, quien no hacía más que vagabundear. Nueve meses después de la boda, se sintió súbitamente cansado de su mujer y de la vida que llevaba, y cuando su antigua compañía pasaba por los alrededores, huyó de casa para unirse a ellos. Sin embargo, Pía era una mujer voluntariosa, su esposo era la única persona a quien había amado y no estaba dispuesta a perderlo. Vendió el negocio y, aunque su embarazo estaba ya muy avanzado, comenzó a viajar tras las huellas de los titiriteros por todas las aldeas de la provincia. Era algo realmente muy penoso, *signora*, ver a aquella mujer sordomuda, enamorada hasta el punto de perseguir a aquel chico tonto. Todo terminó en una horrible catástrofe. Una noche, Pía logró alcanzar a los titiriteros, y cuando su esposo la vio desde lo alto de la cuerda fue tal su impresión que cayó y se rompió el cuello. Su pobre viuda asistió al entierro y luego regresó a su aldea natal, donde dio a luz una hija, Anna, la niña de quien os he hablado. En aquella época, la madre Agape estaba enferma; sin embargo, quiso ver a la niña, le dio su bendición, y poco después murió. Pía pidió que le entregaran lo que quedaba del dinero, se lo llevó, y montó una pequeña casa de empeños en Caprino.

»Como puede ver —dijo el anciano sacerdote— le tengo una especial simpatía a la niña por su relación con la madre Agape.

—Es una historia muy extraña —dijo la condesa Giulia—, y exceptuando a la madre Agape, los demás personajes me parecen muy poco atractivos. Pero si la chica es trabajadora y modesta como usted ha dicho, y si ella acepta el trabajo por el salario que usted ha mencionado, le daré una oportunidad.

Lo cierto es que la dama sintió tanto interés por la historia que por nada del mundo se habría perdido la oportunidad de conocer a uno de sus principales personajes. En realidad le emocionaba la idea de tener a Anna bajo su mismo techo.

7. Anna trae suerte a la casa

Gattamelata

Anna cruzó la oscura y elevada puerta del *palazzo* con un modesto envoltorio en la mano, descalza, la piel clara y los ojos serenos como los de una novilla, la boca como un botón de rosa: una bestia de carga fuerte y paciente.

Los dos viejos sirvientes de la casa, criados en la ciudad, la recibieron con un respingo, y desde su

situación más elevada en el servicio dejaron caer sobre la pequeña recién llegada —que estaba en el primer peldaño— trabajos muy pesados, tales como llevar toda una carga de leña para el fuego. Quedaron algo sorprendidos al ver que ella cogía y llevaba los troncos como si fueran pelotas de juguete. Durante todo el primer día de trabajo, que empezó antes de la salida del sol y que duró hasta que aparecieron las estrellas, la chica campesina hizo gala de una virtud: un tranquilo y controlado equilibrio que le permitía levantar una carga con la misma facilidad con que podía depositarla. Se diría que era una niña muy pequeña perteneciente a una raza de gigantes, y que algún día alzaría en la palma de la mano el palacio Gattamelata con todos sus moradores.

Las cinco señoritas de la casa —que ahora estaban ocupadas escarbando en los baúles y armarios, en busca de retazos de terciopelo o brocado, intentando que la vieja Fima modernizara sus vestidos, o las peinara de acuerdo con la última moda— apenas si repararon en la nueva criada, y si por casualidad la vieron, comentaron entre ellas que era bastante bonita, pero rústica. La anciana abuela, que nunca bajaba, clavó en Anna largas y feroces miradas las dos o tres veces que esta entró en su habitación.

Pero la condesa Giulia, que se conmovía con facilidad, en cuanto vio a la nueva sirvienta, sintió con tanto placer como temor que los medio olvidados sueños color rosa del pasado renacían en su pecho.

Su madrina le había regalado en el día de su boda una imagen de Santa Anna labrada en madera —la santa patrona de las mujeres casadas—, con una túnica azul, mejillas rosadas y ojos oscuros, para que le diera suerte en su matrimonio. La joven Giulia había confiado los primeros problemas de su nuevo estado a Santa Anna y en más de una ocasión recibió su ayuda. Pero poco antes de nacer su hija mayor, la imagen se extravió sin que nadie supiera cómo. La condesa lamentó mucho esta pérdida, y durante años pensó para sus adentros que ese era el origen de todas las desgracias caídas sobre la familia y sobre sí misma. Anna, con su traje azul, se parecía tanto a la imagen perdida que por un momento la dama creyó ver a su santa patrona viva, y más joven que ella, entrando de nuevo en la casa. La esperanza entibió su alma yerta y entumecida. Aunque sabía por experiencia que toda esperanza se marchita y muere sin dejar rastro, sabía también que mientras durase, aquella dulce sensación la reconfortaría.

No mencionó ante nadie, ni siquiera ante el padre Bonifacio, la visión que había tenido. Sir embargo, mientras aquella aparición maravillosa iba tomando forma ante sus ojos, un sentimiento de triunfo se apoderó de su corazón. Pensó que, después de todo, ella veía las cosas más claras y sabía más que sus hijas o su suegra. Más adelante, con el torbellino de hechos felices que se sucedieron, medio olvidó este sueño.

Apenas había transcurrido un mes desde la llegada de Anna al *palazzo*, cuando un viudo de Bérgamo, de cierta edad, pero de buena familia y con fortuna, pidió la mano de Claudia, la hija mayor. La boda fue discreta, pues la primera esposa del caballero había muerto hacía poco tiempo; no obstante, la herrumbrosa y crujiente carroza con el escudo Gattamelata en la puerta, fue sacada de la cochera, y recorrió las calles de Bérgamo —con el viejo lacayo en la parte posterior ostentando un par de esplendorosos guantes de algodón blanco—, mientras conducía a la novia a su nuevo hogar.

Quince días después, el séptimo hijo del *marquese* Malipiero comenzó a fijarse en Maria Grazia, la segunda de la lista. Con esos auspicios tan favorables, las caras largas de las tres hermanas menores se redondearon. Y a veces, de forma inesperada, se ruborizaban lenta y profundamente. Un viento renovador, una brisa suave y fragante de primavera jugueteaba a través de las sombrías habitaciones de la vetusta mansión.

8. La buena fortuna de Alessandro

Un carruaje grande y reluciente se detuvo frente al portalón del *palazzo* y de él bajó un caballero anciano y gotoso, pero de aire distinguido. Se presentó como el barón Alfani, de Génova, y pidió audiencia con la condesa Faustina Gattamelata.

Cuando Anna fue a anunciarlo, y pronunció aquel apellido en la parte más alta de la casa, la anciana dama no podía salir de su asombro. Declaró no haber conocido nunca a ningún barón Alfani. Pero entonces recordó, y pareció volver a la vida. Antes ya de que el anciano caballero llegara al último peldaño de la escalera, ella era presa de la más viva agitación, tenía el viejo rostro encendido por el rubor y una sonrisa en los labios.

Cincuenta años antes, el barón Alfani estuvo enamorado de la *contessina* Gattamelata, pero había sido rechazado por los padres de ella, al estimar que los antepasados del barón no estaban a su altura. En su desesperación abandonó Bérghamo y se fue a Génova para conseguir una fortuna que le hiciese digno de su amada. En Génova, lo primero que supo fue lo difícil que es amasar una fortuna, y lo segundo, que su dama de Bérghamo se había casado con un primo. Pensó suicidarse, pero después de reflexionar terminó casándose con una genovesa, heredera de una bonita suma. En la época de nuestra narración era un hombre muy rico, y viudo. Sin embargo, no había olvidado Bérghamo. Tres meses atrás había sufrido un ataque, durante el cual el joven rostro de Faustina había surgido en su mente, y decidió ir a visitarla una vez más antes de morir. Se había recuperado parcialmente y resolvió pasar por Bérghamo al dirigirse a los baños termales de Monte Catini.

Arriba, en la habitación más alta del *palazzo*, los antiguos enamorados hablaron de los viejos tiempos. La condesa Faustina volvió a aspirar el aroma de los almendros en flor, a caminar en los jardines iluminados por la luna y húmedos de rocío, y su huesuda mano tembló levemente, como si el barón Alfani la hubiese oprimido con sus labios decrepitos.

Suspiraba al considerar los lejanos días de su juventud. Pero él, con otro suspiro, parecía decir que, en cierto modo, aquellos días podían regresar. Durante su enfermedad había concebido la idea de casar a su nieta y única heredera con el nieto de su primer amor. La jovencita solo tenía trece años, por lo tanto la boda tendría que posponerse durante dos años, pues Alessandro también era demasiado joven. La futura condesa Gattamelata era ligeramente bizca, pero superaría ese defecto. La condesa Faustina escuchó en silencio mientras el barón explicaba sus planes. Los recuerdos de cuando era una dulce jovencita se transformaron en dulces esperanzas para Alessandro, la persona a quien ella más amaba en el mundo. Cuando su antiguo enamorado terminó de hablar, dos lágrimas como dos gotas de resina se deslizaron lentamente por sus mejillas, de aquellos ojos que no habían llorado en medio siglo.

Antes que el barón partiera, llegaron a un acuerdo. Dentro de quince días, cuando la cura de aguas del anciano caballero hubiera terminado, volvería a pasar por Bérghamo y se llevaría al conde Alessandro a Génova para que el chico pudiera conocer a su futura esposa.

El barón Alfani bajó las escaleras, subió a su carruaje y partió en dirección a Monte Catini. La condesa Faustina, que continuaba muy emocionada y llena de bríos, no perdió tiempo informando a su nuera o al padre Bonifacio de estos hechos. Envío a buscar a su nieto de inmediato, para comunicarle la buena nueva.

9. Un encuentro en la escalera

En el momento en que Alessandro bajaba la escalera después de abandonar la habitación de su

abuela, se cruzó con Anna que subía con dos cubos de agua colgados de una pértiga sobre sus hombros. Se hizo a un lado para dejar paso al joven señor, pero no con la suficiente rapidez, pues este tropezó con uno de los cubos y un poco de agua se derramó en los pantalones del señorito.

El joven Alessandro, que debido a la entrevista con su abuela estaba de un humor sombrío, se sentía más inclinado de lo habitual a rechazar a todas las mujeres del mundo. Se volvió rápidamente hacia la criada, cogió un cubo y se lo vació sobre la cabeza.

Anna no gritó ni soltó una risita nerviosa. Cuando más tarde él revivió la escena mentalmente, le pareció recordar que ella se había limitado a mirarlo a través de sus largas pestañas. Durante un momento permaneció inmóvil sobre el peldaño de piedra, mojada y goteando como un árbol florido bajo la lluvia. Entonces dejó los cubos en el suelo, vertió la mitad del agua de uno en el otro, para equilibrar el peso, volvió a cargarlos sobre sus hombros y continuó su camino hacia arriba.

Alessandro se quedó parado donde ella lo dejara, y la siguió con la mirada.

10. Alessandro y Anna

En uno de los salones del *palazzo* había un gran cuadro oscuro que representaba el sueño de Jacob en Bethel. Cuando Alessandro era pequeño, solía detenerse a contemplar las etéreas figuras de los ángeles, intrigado por la coquetería celestial de aquellos seres alados que hacían uso de una escalera. Ahora, al contemplar la silueta de la chica, le pareció que era impulsada hacia arriba por una ley de la gravedad a la inversa y con toda la serena majestad de uno de los ángeles de Jacob.

Como Alessandro es el héroe de nuestra narración, este es el momento de decir algunas palabras sobre él.

Su aspecto era similar al de sus hermanas, aunque era el mejor parecido de los Gattamelata; tal vez debido a que el físico de la familia era más adecuado para un varón que para una hembra. En todo lo demás era distinto a sus hermanas.

Los Gattamelata, durante los quinientos años que vivieron endureciéndose y adelgazándose sobre la roca de Bérgamo, no quisieron desprenderse de sus tierras y sus viñedos a pocas millas del poblado, por respeto a su antepasado, el campesino que casó con la bruja de la montaña.

Cuando niño, Alessandro visitaba las granjas, y ahora, a veces, las volvía a recorrer en sueños. Podría decirse que el amor a la tierra, junto con otros placeres e inclinaciones más elevados, habían quedado latentes durante quince generaciones, para reaparecer tímidamente en el último retoño de la casa. Alessandro comprendía que esa nostalgia de su espíritu era más propia de un pastor que de un noble caballero. Le parecía una vergonzosa debilidad que debía ocultar tras un gesto ceñudo y modales arrogantes. Para defenderse de ella había logrado ser el mejor esgrimista y el mejor luchador de Bérgamo. Le complacía comprobar que año a año su cuerpo se endurecía y se hacía semejante a las cotas de malla de sus antepasados, y que su reputación entre los demás jóvenes nobles de Bérgamo era cada vez más formidable. Su desconfianza hacia las mujeres lo convertía en una figura solitaria en el ambiente juvenil, pero si se le tenía por un asceta, o incluso por un *estilita*, también se le consideraba un tipo peligroso. «*Oderint dum metuant*», pensaba él.

Resulta difícil explicar por qué en el breve encuentro con la empapada muchacha campesina, el chico duro y malhumorado sintió por un momento que el cielo y la tierra le sonreían. La lluvia cayó sobre la inmensidad del paisaje, el cielo se llenó de luces de arco iris, los días radiantes maduraron hasta convertirse en noches claras, y las estrellas brotaron en la bóveda nocturna. Los prados y los bosques parecían darle la bienvenida con un aire de aprobación, desconocida en el mundo salvaje de Bérgamo. Todos los elementos de la vida parecían combinarse en una melodía.

Nuestra narración no alude a que Alessandro y Anna volvieran a hablar durante los quince días siguientes a su encuentro en la escalera. Ninguno de los dos jóvenes era muy dado a la conversación, y lo más probable es que si intercambiaron algunas palabras estas fueron lugares comunes, impersonales, y que de ser escritas no alcanzarían a llenar una página.

Sin embargo llegó un momento en que se sintió impelido por todas las fuerzas que lo rodeaban, y por las que brotaban de su interior, a estrechar el cuerpo suave de la joven contra el suyo como de acero, y a hundir su rostro duro y ardiente en los frescos pétalos de las mejillas y los labios de ella. La experiencia era absolutamente nueva para Alessandro, quien en la lucha había estrechado contra el suyo los delgados cuerpos de otros chicos, pero nunca había sentido un cuerpo femenino y joven entre sus brazos. Solo había besado a regañadientes a su madre y a su abuela. Por eso resulta extraño que sintiera que ese abrazo era la cosa más natural y lógica del mundo, como el regreso al hogar.

11. El señor de la casa

Al mismo tiempo, en el salón rojo, el padre Bonifacio escribía una lista que le dictaba la condesa Giulia. Movida por su gratitud a Santa Anna, la buena señora había decidido donar al sacerdote una ofrenda de queso, huevos y vino para sus pobres. Cuando la lista estuvo terminada, ambos bajaron a la despensa para elegir los alimentos. Al abrir la puerta, la condesa vio la imagen viva de Santa Anna, con el corpiño de su vestido azul abierto y los hombros desnudos, en brazos de su hijo.

Anna escapó corriendo de la habitación; la condesa se sentó en una barrica de aceitunas, y el anciano y el joven, enrojecidos y sudorosos, se enfrentaron.

Es difícil describir el estado mental de la condesa Giulia en ese instante funesto, pues las emociones de la señora solían ser confusas y caóticas.

Ninguna madre podría culpar, en el fondo de su corazón, a un hijo que da muestras de juvenil virilidad, y la verdad es que la madre de Alessandro había empezado a preocuparse por la indiferencia que su hijo mostraba ante el sexo femenino. Si lo hubiera visto besar a cualquier chica bonita de Bérgamo, esto le habría producido una ligera sensación de alivio y de orgullo. Pero besaba a Anna, y por lo tanto, podía provocar la furia de los poderes celestiales. De inmediato tuvo el presentimiento de que si Anna era despojada de su inocencia por el hijo de la casa, una misteriosa justicia divina haría que las hijas de la casa conservaran su inocencia para siempre. Comenzó a temblar sobre la barrica.

Junto a ella el padre Bonifacio se sentía profundamente perturbado y apesadumbrado.

Era un hombre de una inmaculada castidad. Durante treinta años había escuchado confesiones de impudicia con profunda consternación: ¿qué fuerzas eran esas que hacían arriesgar a los hombres su bienestar temporal y eterno por un breve y frívolo placer? Había logrado que sus nobles penitentes renunciaran al pecado de la ira y la avaricia; sin embargo, la experiencia le había enseñado que estaba impotente ante el pecado mortal de la lujuria.

El *palazzo* Gattamelata era para el sacerdote el último baluarte de la virtud. El viejo conde había muerto hacía quince años. La dama Faustina ya había sobrepasado su época de aventuras; la condesa Giulia, que era su penitente favorita, era pía y tímida por naturaleza, y cuando joven había sentido un miedo mortal hacia las pasiones violentas. Nadie en Bérgamo podía dudar ni por un instante de la excelsa virginidad de las cinco orgullosas hermanas, y el confesor de la familia se sentía feliz de saber que esta noble cualidad existía, de manera excepcional, en el joven heredero de la casa.

Debido al triste y súbito desengaño, el padre Bonifacio no supo qué decir, hasta que en medio del silencio que reinaba en la habitación, percibió los estremecimientos de la condesa Giulia. Entonces

comprendió que su deber era describir al hijo descarriado las fatales consecuencias que traería la seducción de esa chica inocente en su propia casa. Pero a causa de su perturbación y perplejidad, de manera automática comenzó a repetir palabra por palabra el sermón que en tales casos decía a sus penitentes de origen campesino.

Ese fue su error. Alessandro captó de inmediato el tono de la reprimenda y sintió que lo trataban como si fuera un palurdo. Su sangre joven y noble se alteró y le hizo perder los estribos. A cada segundo que pasaba, su rostro se volvía más rojo; se irguió en toda su estatura, y cuando el padre Bonifacio terminó de hablar, lo miró a la cara y dijo sin tartamudear:

—No estoy seduciendo a una criada. Anna será mi esposa ante el mundo. —Hizo una pausa, respiró dos veces y continuó con lentitud—: Soy el señor de esta casa. ¿No tengo derecho a casarme con Anna en el Duomo de Bérgamo y a encender quinientas velas de cera en mi boda? ¿No soy un Gattamelata y un bergamasco?

12. Partida de Alessandro

¿Qué podían decir o hacer la condesa Giulia y el padre Bonifacio?

La mente del sacerdote no solía funcionar con mucha rapidez. Se daba cuenta de que a pesar suyo había provocado una catástrofe y un conflicto. Pero al mismo tiempo era absolutamente incapaz de darle el giro conveniente a la situación. Además, en ese momento Alessandro se parecía tanto a su padre que el anciano religioso se sintió empequeñecer. Se sintió frente al joven tal como se había sentido cuando siendo un tímido sacerdote de aldea se presentó ante el conde Ottavio Gattamelata. Abrió dos veces la boca, pero no emitió el menor sonido.

La condesa Giulia se alzó de su asiento y luego se volvió a sentar. Se vio a sí misma, como tantas otras veces, víctima inocente de fuerzas irresistibles y hostiles. Una vez más sus esperanzas se habían frustrado convirtiéndose en desgracia. Después de unos segundos pasó de la desesperación a una feroz y agresiva indignación contra Anna. ¡Cuán vilmente había logrado engañarla esa muchacha campesina! Se había introducido en su casa con ese disfraz tan sagrado y tan querido, fingiendo que traía toda clase de bendiciones, y ahora era la causa de esa catástrofe que se precipitaba sobre una familia tan noble y piadosa. La condesa Giulia, al igual que el padre Bonifacio, no dijo ni una palabra.

En ese preciso instante alguien llamó a la puerta. Era el viejo lacayo que, después de buscar a su ama por todo el *palazzo*, le comunicó a través de la puerta de la despensa que el coche del barón Alfani estaba fuera del portalón y el caballero en persona esperaba en el salón rojo. El barón se había retrasado en el camino y traía mucha prisa. Ofrecía mil disculpas a la dueña de la casa y rogaba que el conde Alessandro subiera al coche de inmediato para partir con él a Génova.

Alessandro debió decir al barón que, como no abrigaba intenciones de casarse con su nieta, no iría con él a Génova. Pero el chico carecía de la presencia de ánimo necesaria para dar una respuesta así, y también carecía de experiencia mundana, ya que nunca había recibido una invitación. Tal vez, en su corazón, se sentía aliviado por esta rápida salida que, de forma tan natural, le permitía abandonar la escena del drama. Pero al mismo tiempo no quiso marcharse sin una manifestación final de su gloriosa y recién ganada autoridad.

—Anna es mía —dijo con voz profunda—. La dejo a vuestro cuidado. No quiero que le toquéis ni un cabello mientras yo esté en Génova.

Hizo una pausa y apretó el puño derecho hasta que los nudillos se le pusieron blancos como si hubiera estado oprimiendo la empuñadura de una espada.

—Anna —repitió expresando la dulzura de su triunfo con cada letra de ese nombre—, como ya os lo he dicho, se casará honorablemente. Y a partir de ahora deberá ser tratada con estima y respeto por todas las personas de esta casa. —Recordó el cuerpo de la chica entre sus brazos y su rostro joven empalideció—. Debéis reverenciarla como si fuera una diosa. ¿Me juráis que lo haréis? —terminó diciendo de manera solemne y severa.

Aun cuando el aspecto del joven no hubiese sido tan amenazante, su madre no habría osado hacer esperar ni un minuto más al barón Alfani. Por lo tanto, respondió a su hijo en un atemorizado susurro:

—Sí, Alessandro. Sí, lo juro.

Alessandro se volvió hacia el padre Bonifacio con el puño aún apretado.

—¿Y vos? —le preguntó.

—Sí —dijo el padre Bonifacio.

El viejo lacayo trajo la capa y el equipaje de Alessandro, que recuperó la calma ante las formalidades de la vida cotidiana. En el lapso de un cuarto de hora ya se habían intercambiado agradecimientos, despedidas —el barón Alfani bromeó con la condesa a propósito de sus lágrimas, provocadas por la primera separación de su querido hijo—, y el equipaje de Alessandro quedó colocado en el carruaje del barón. El joven tomó asiento junto al sonriente anciano, y partió por fin, empujado por la pasión como un barco que se adentra en alta mar.

Su madre y el padre Bonifacio observaron desde el balcón del *palazzo* cómo el carruaje desaparecía y volvía a aparecer en las empinadas y zigzagueantes calles de Bérghamo.

13. Burbujas en la caldera

Tanto la condesa Giulia como el padre Bonifacio habrían preferido ocultar el asunto a la condesa Faustina. Alessandro era la niña de los ojos de su abuela. Aunque veía las limitaciones del joven con insobornable claridad: era débil, obstinado y loco, esto no cambiaba su manera de pensar. Representaba para ella el pasado glorioso de la casa Gattamelata con todos sus conquistadores y políticos. También representaba su futuro, el triunfo y el poder por adquirir.

La madre y el sacerdote empalidecieron ante la idea de la terrible ira con que la anciana recibiría el informe de la nueva locura de Alessandro.

Sin embargo era imposible ocultárselo. Había vivido entre los muros del *palazzo* durante cincuenta y cinco años y los sonidos, olores y corrientes de aire la informaban de todo lo que sucedía. Además, ellos se sentían incapaces de tomar ninguna decisión en el asunto. Ante la sola idea de aquellos viejos y penetrantes ojos negros ni siquiera se atrevían a expulsar a Anna de la casa.

Fue así como la dama Faustina se enteró de todo; recibió la noticia sin mover ni un músculo de su rostro y se encaró con el padre Bonifacio.

—Usted trajo a esa chica —dijo—. Sabrá algo de ella. ¿Tiene padre o madre?

—Tiene madre —replicó el padre Bonifacio.

—Traedme a su madre —dijo—. Yo hablaré con esa mujer.

El padre Bonifacio le explicó que resultaba algo difícil hablar con la madre de Anna, pues era sordomuda.

—Sordomuda —dijo la vieja condesa—. Debí habérmelo figurado. Esa chica aprendió desde la infancia a hablar sin palabras. Al caminar, al volver la cabeza, al alzar los brazos... Sois unos imbéciles; yo ya preveía todo esto.

La madre de Anna vivía a cierta distancia de Bérghamo. Alessandro solo estaría ausente quince días. No había tiempo que perder y el padre Bonifacio la mandó a buscar inmediatamente. La

condesa Giulia pasó tres días de afiebrada angustia, y no salió de sus habitaciones. Se le prohibió a Anna subir a la parte alta de la casa. La servidumbre intuyó que la chica había hecho algo muy malo, y la vieja Fima y el lacayo no le dirigieron la palabra ni la miraron. Solo la madre de Alessandro no podía evitar espiar a través de las celosías mientras Anna caminaba por el patio, sintiendo renacer sus temores con renovada fuerza, pues aquella fatídica figura continuaba teniendo un increíble parecido con su santa homónima. Esperaba con ansiedad la entrevista con la madre de la chica, que pondría fin a esa intolerable situación.

Sin embargo, una vez más fue tristemente defraudada. El aspecto de la dueña de la casa de empeños le asestó el último golpe mortal.

La sordomuda era pequeña, en apariencia pesada, pero se movía casi sin hacer ruido. Su rostro, enmarcado por un pañuelo negro, era redondo y pálido como la cera. Sus ojos claros y descoloridos se fijaban en los labios de la persona que le hablaba para poder leer cada palabra. Cuando, después de una pausa, respondía, su voz sonaba ronca y monótona, pero lograba hacerse comprender. Giulia pensó que era como conversar con una piedra y recibir respuestas de una piedra.

La condesa Faustina fue la primera en hablar. Había meditado sobre lo que diría, y con palabras breves y altaneras informó a la madre de Anna que encontraba a su hija tonta y caprichosa, que le desagradaba la idea de que una doncella perdiese la reputación bajo su techo, y ordenó a Pía que se llevara a la chica inmediatamente. Para terminar, le aconsejó que intentara casarla lo antes posible.

Después de un corto silencio la sordomuda respondió: agradecía mil veces a la noble señora sus desvelos por una pobre chica campesina. ¿Pero cómo, mi buena señora, podría casar a Anna sin una dote? ¿Y cómo, buena mujer, había preguntado Faustina, has sido tan imprevisora que no has ahorrado para la dote de tu hija? Los tiempos son muy duros, muy duros, condesa, y Anna solo tiene catorce años.

Se produjo una pausa. Esta vez fue la campesina la que rompió el silencio.

Felizmente no carecía de expectativas para su hija. Madama Amelita de «El Jardín de las Rosas» le había hecho una buena oferta en efectivo si permitía que Anna entrara a su servicio. A continuación hubo una pausa de varios minutos, durante los cuales la condesa Faustina sopesó los hechos y se felicitó mentalmente.

Con seguridad en el transcurso de quinientos años, en esa misma habitación, miembros de la familia Gattamelata, muertos hacía largo tiempo, habían planeado la destrucción de sus enemigos felicitándose interiormente de la misma forma. La terrible degradación y la deshonra que una doncella podía esperar en «El Jardín de las Rosas» era exactamente lo que merecía quien había amenazado el honor de la casa Gattamelata.

Pero el padre Bonifacio se revolvió en su silla. Podía leer los pensamientos de la nobleza bergamasca. Él se había criado en el campo desde su infancia y estaba acostumbrado a cuidar de tiernas criaturas como corderos, terneros y polluelos. Esta vez fue él quien rompió el silencio.

—No —dijo—; ese no sería un arreglo satisfactorio. Anna no debía permanecer en Bérgamo y, aquella bondadosa dama había hablado de matrimonio. ¿No sería posible encontrar algún pretendiente para Anna, que viviera lejos del pueblo? De ser así —añadió con involuntaria e inesperada fuerza—, la condesa podría consentir en dotar a la joven sirvienta con una cantidad igual a la que había ofrecido madama Amelita.

14. Cómo se guardaron los votos

Pía meditó sobre el asunto. Sí, Anna tenía un pretendiente.

Cuando la interrogaron, lo explicó todo.

Las monjas del pequeño convento en el cual ella había sido criada cosían túnicas para imágenes sacras. Estas imágenes las hacía un joven llamado Angelo Masi. Cuando Anna tenía tres años, Pía la llevó consigo en una visita al convento y, Angelo la tomó como modelo para una estatua de la Virgen cuando niña. Algún tiempo después, el joven artista se fue a Nápoles a estudiar con un gran maestro; de allí volvió, víctima de una enfermedad que lo estaba privando gradualmente de la vista. Esta desgraciada circunstancia —mis nobles damas— le había hecho perder la fe, y se negaba a hacer más santos.

Mientras las tinieblas se apoderaban de él poco a poco, su obsesión era moldear la estatua de una diosa pagana, cuyo nombre Pía había olvidado. Dijo a Pía que esa obra de arte superaría a todas las estatuas de la Virgen que había hecho antes y que, cuando ya estuviera ciego, haría que su nombre brillara en todo el mundo.

Solo aceptaba tomar por modelo a Anna, y la había mandado buscar muchas veces. Sabía que le quedaba poco tiempo, pues sus ojos ya casi no veían, pero tenía gran sensibilidad en las manos, y después de recorrer con ellas el cuerpo de la chica, podía ejecutar una reproducción exacta del modelo. Sin embargo, Anna rehusaba posar para él. La chica, dócil y que en general se sometía a los deseos de los demás, se había negado rotundamente a ir.

Pues bien —terminó diciendo Pía con la mirada fija en el rostro de Faustina—, Angelo Masi, que era un hombre que gozaba de cierto bienestar económico, pues poseía una granja y una viña, quería casarse con la muchacha. Así, la tendría para él día y noche. Solo que, señora condesa, era natural que él esperase una dote decente. Si esa dote podía salir de algún lado, ella misma le entregaría a su hija, y estaba dispuesta a hacerlo en el acto.

La dueña de la tienda de empeños no volvió a mencionar el nombre del futuro esposo, como si adivinara que las nobles señoras preferían que Anna desapareciera en la oscuridad sin dejar huella.

En este punto de la reunión comenzaron las negociaciones. Durante algún tiempo, pero finalmente, gracias a la mediación del padre Bonifacio, se fijó la cuantía de la dote de Anna. Mandaron buscar un pequeño cofre revestido de hierro que fue abierto de inmediato. La condesa sacó una a una las monedas de plata y las fue colocando lentamente sobre la mesa; sin embargo, la dueña de la tienda de empeños no se dignó mirar las monedas hasta que estuvieron contadas y puestas en una hilera de pequeños montones. El acuerdo fue confirmado con una larga mirada entre las dos mujeres, que lo ratificaba mejor que una firma o un sello.

Aquella misma tarde Pía y su hija abandonaron el *palazzo* montadas en dos pequeños asnos grises.

Esta vez, la madre de Alessandro no siguió a las viajeras con los ojos. Permaneció en su poltrona con las manos cruzadas. Sus labios estaban cerrados, pero su mente hablaba en voz alta: «Tendrá un matrimonio honorable. ¿Lo juráis? Sí, Alessandro».

»Deberá ser reverenciada como una diosa. ¿Lo juráis? Sí, Alessandro.»

15. Un visitante

Había transcurrido una semana desde la partida de Alessandro, y dos días desde la de Anna. La vieja Fima volvía a acarrear el agua y a pelar cebollas, y las cuatro hermanas estaban otra vez zurciendo sus medias, llenas de resentimiento.

El jueves por la mañana, el antiguo *palazzo* de negras piedras, que durante tantos años había permanecido silencioso e inmóvil, como si estuviera inmerso en sus propios pensamientos, fue perturbado una vez más por una visita del mundo exterior. Un caballero extranjero, después de mirar

la casa de arriba abajo durante un rato, llamó a la puerta, y dijo al viejo lacayo que deseaba entrevistarse con la dueña de la casa. Entregó al anciano una reluciente tarjeta para que la «presentara al anunciar su presencia, y declaró que esperaría en la portería hasta que la condesa pudiera recibirlo. El lacayo preguntó si se refería a la anciana condesa o a la más joven. El caballero se quedó un momento callado. Dijo que si había más de una, debía ver a ambas. El lacayo examinó la tarjeta, pues sabía leer y se enorgullecía de ello. La tarjeta llevaba impreso lo siguiente:

Sidney Hading

Avvocato

—*Avvocato* —subrayó el extranjero señalando con el dedo la palabra impresa.

El *avvocato* era un hombre joven, pero nunca hasta entonces en Bérgamo se había visto un joven tan formal. Su cabello y sus cejas eran de color rojo, sus ropas negras, de una moda desconocida en el pueblo, pero de buen corte y excelente material. Hablaba italiano con marcado acento, sin embargo parecía creer que su manera de hablar era la correcta y que a la de los nativos le faltaba claridad. Llevaba bajo el brazo un gran portafolios negro.

Cuando fue introducido en la habitación de la vieja condesa, en el último piso, y se encontró con las dos señoras Gattamelata, las saludó, dejó su sombrero de copa y el portafolios sobre la mesa, miró a la una y a la otra por un instante y luego se dirigió a la de más edad.

—Señora —dijo—, le ruego que me disculpe por ocupar su tiempo. Estoy aquí en representación de la firma Grey, Sterne & Black. —Hizo una pausa, con tal aire de seguridad, como si hubiese dicho que venía en representación del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Las condesas no captaron los nombres extranjeros, pero el aspecto del caballero y sus modales desde el inicio de la conversación las hizo erguirse en sus asientos—. Vengo de Londres —continuó— y he tardado algún tiempo en dar con cierta persona cuya presencia es requerida por mi firma.

Al decir esto, abrió súbitamente el portafolios y cogió un papel de su interior.

—El nombre de esa persona —dijo— es Anna Segati. Edad: quince años. Sexo: femenino. Después de meticulosas investigaciones he llegado a saber que ella está al servicio de esta casa.

Como las señoras no supieron qué decir, prosiguió:

—La misión que los señores Grey, Sterne & Black me han encomendado es entregar a Anna Segati de estado civil soltera, el legado que le ha dejado una cliente de nuestra firma.

—¿Un legado? —preguntó la condesa Faustina.

—Sí, señoras, un legado —dijo el joven.

—¿Y quién —preguntó la condesa Faustina después de una pausa—, quién en Londres, de donde usted dice venir, ha dejado un legado a Anna Segati?

—Os lo explicaré, señora. Mi firma me ha otorgado libertad absoluta para actuar en este asunto según mi criterio y, por lo tanto, le daré a usted toda la información.

16. El testamento de *lady* Helena

El inglés volvió a colocar cuidadosamente el papel en el portafolios y con gesto igualmente cuidadoso sacó otro.

—El veinticinco de enero del año en curso —dijo—, el testamento de *lady* Selborne fue abierto y leído por el señor Grey en persona. Se descubrió que *lady* Helena, después de dejar la mitad de su fortuna a varios parientes, servidores e inquilinos, había estipulado: «Dejo la otra mitad de mis

bienes a la niña Anna Segati, de la aldea de San Rocco, en Italia». Señora, este es el motivo por el cual mi firma me ha enviado en busca de la niña en cuestión.

—¿Cómo —preguntó la condesa Faustina—, cómo entre todas las personas del mundo, se le ocurrió a *lady* Helena elegir a Anna Segati para dejarle la mitad de sus bienes?

El *avvocato* guardó el papel y sacó otro.

—En una carta, que es un apéndice del testamento, y que data de hace diez años, *lady* Helena escribió: «Hago a Anna Segati mi heredera, pues por una carta que me envió la anciana religiosa, Madre Agape, de San Rocco, me enteré de que esta niña, cuando aún estaba en el vientre de su madre, logró dar muerte a su padre, y yo siempre he sentido adversión por los padres».

Se quedó mirando el papel que tenía en la mano. La condesa Giulia habló por primera vez, con voz temblorosa.

—¿Odiaba mucho a su propio padre *lady* Helena? —preguntó.

—*Lady* Helena y el anciano *lord* —respondió él—, hasta donde estoy informado, estaban algo distanciados a causa de un naufragio.

La condesa Giulia recordó lo que había oído sobre algunos señores ingleses inmensamente ricos, que recorrían el país con los bolsillos llenos de monedas de oro —que nunca contaban—, llevando jaulas con pavos reales balanceándose bajo sus carruajes. Pensó que todos los ingleses debían de estar locos y no dijo nada más.

—Sin embargo —dijo el *avvocato*—, en una carta fechada diez años después, exactamente antes de morir, *lady* Helena escribió: «Hago a Anna Segati mi heredera porque la madre Agape tenía razón al predicar la paciencia porque el color azul puede lograrse en la segunda hornada y, porque, de manera muy sorprendente, Dios es misericordioso».

Se produjo una pausa.

—Es un testamento bastante insólito —dijo la condesa Faustina.

—Señora —dijo el inglés—, está muy lejos de ser el testamento más insólito del que mi firma haya tenido que encargarse.

Hubo una pausa aún más larga durante la cual el *avvocato* reunió sus papeles.

—¿Cuál es la cantidad —preguntó la condesa Faustina muy lentamente— que *lady* Helena dejó a Anna Segati?

—Cincuenta mil libras —dijo él.

—¿Cuánto sería eso —volvió a preguntar ella— en auténtico dinero?

El joven reordenó los papeles y leyó la cifra en una nueva hoja.

—Dos millones seiscientos ochenta y cinco liras y veinticinco céntimos.

Las dos damas se quedaron mudas durante un momento. Luego la condesa Faustina repitió la cifra.

—Dos millones seiscientos ochenta y cinco liras y veinticinco céntimos.

Pero no hizo ningún otro comentario.

—Ahora —dijo el joven *avvocato*—, le agradecería que mandara llamar a Anna Segati.

—Anna Segati no está aquí —dijo la condesa Faustina—, ya no se encuentra en la casa.

—En tal caso —dijo él—, señora, ¿sería usted tan amable de informarme sobre su domicilio actual?

La condesa Faustina se removió en su silla. Por dos veces abrió los labios y los volvió a cerrar sin decir nada.

—No puedo decírselo —exclamó.

El joven se puso de pie, cogió el portafolios e hizo una inclinación. Se le escapó un breve suspiro.

—Si es así —dijo—, debo continuar con mis investigaciones.

Cuando llegó al umbral saludó de nuevo y se alejó con el portafolios bajo el brazo.

17. Las dos viudas

La habitación que acababa de abandonar bien podía haber estado vacía, pues no se produjo en ella ni el más mínimo ruido, ni el menor movimiento. Pero si los pensamientos fueran audibles, habría tenido que taponarse los oídos, pues una larga barahúnda de espantosos gritos y lamentos lo hubiese perseguido escaleras abajo y a través del patio.

Durante una hora las dos mujeres vestidas de negro permanecieron calladas.

Al principio el triste curso de sus pensamientos discurrió en forma paralela: ¡Qué hemos hecho! ¡Qué le hemos hecho a nuestra casa! ¡A los hijos e hijas de esta casa! ¡Hemos tenido su salvación en nuestras manos y la hemos rechazado deliberadamente!

Intentaron creer en la posibilidad de un milagro de última hora. Sus pensamientos, como ratas atrapadas, saltaban contra los muros de la prisión buscando enloquecidas alguna salida. Pero no encontraron ninguna. Lo más probable era que Anna en ese instante ya estuviera casada, y sus millones en manos del escultor ciego. Y si gracias a un maravilloso golpe de suerte —que la chica rehusara casarse o que Angelo Masi muriera en forma repentina— aún era libre, su madre cuidaría de ella y de su fortuna, y de Pía no podían esperar misericordia. Y aun si por intervención directa de los santos, tanto el hombre como la madre pasaran a mejor vida, ¿cómo y con qué palabras dos damas de Bérgamo podrían explicar ese cambio de opinión a la criada recién despedida, e implorarle que volviera a casa?

No, no había escapatoria. Volvieron sus rostros hacia el muro, como los prisioneros que antaño eran llevados hasta las mazmorras subterráneas del *palazzo* para que murieran allí de hambre y de sed. Tenían la garganta reseca y si hubiesen querido hablar no habrían podido articular palabra.

A partir de este momento, los pensamientos de la mujer mayor y los de la menor siguieron caminos distintos.

Esta vez fue la abuela quien se entregó a los sueños y fantasías. En su mente comenzó a especular con la fortuna que dos días antes estaba al alcance de su mano. La cuantía prodigiosa e inconcebible de dicha fortuna satisfacía las ambiciones de su sueño: ¡La bruja de la montaña, la esposa del fundador de la casa Gattamelata reaparecía en las crónicas! El vetusto y ennegrecido *palazzo* empezó a relumbrar y destellar con el oro mágico. Faustina vio cómo Alessandro dominaba Bérgamo, recuperaba las posesiones de sus antepasados, dotaba con opulencia a sus hermanas, humillaba a las casas rivales del pueblo. Pero abrió los ojos y vio que todo estaba perdido. Su pecho torturado dejó escapar un profundo gemido, semejante a un redoble de muerte.

La mente de la condesa Giulia no voló a tanta altura: permaneció junto a su hijo. Sus pensamientos revoloteaban a su alrededor como manos temblorosas, que deseaban tocar la bienamada forma con apasionada ansiedad, pero se retiraban llenas de temor. Ella había comprendido a su hijo todo el tiempo. Alessandro demostraba ser la persona con mayor visión de la familia, el más sabio y maravilloso. Al hablar como amo de la casa lo hizo para asegurar su honor, y su prosperidad con auténtico señorío. Tal vez ella triunfaba ahora sobre ese mundo que no supo apreciar a su lujo, pero era un triunfo desolador. Alessandro se volvería en su contra, acusándola de haber malogrado su grandeza y su gloria y de haberle roto el corazón. ¡Alessandro! Alessandro nunca la perdonaría.

El sol se puso, y las viudas del *palazzo* Gattamelata continuaban inmóviles, como petrificadas en sus sillas, y no llamaron a Fima para que encendiera los candelabros. La oscuridad les agradaba. Creció hasta devorarlas y, aunque sus rostros y sus manos blancas se destacaron durante un momento,

las dos mujeres acabaron por confundirse con la noche bergamasca.

18. Anna en camino

Mientras esto sucedía en Bérghamo, Pía y Anna, montadas en sus asnos, avanzaban lentamente por la carretera. Pía hizo que su hija cabalgara delante de ella, como si se tratara de un ganso que en cualquier momento pudiera salirse del camino y escapar. Entretanto iba muy concentrada repasando las cifras de su transacción.

Anna se balanceaba suavemente sobre su montura y pensaba en Alessandro. Sentía una profunda pena por su amado, pues, personas endurecidas y sin corazón lo habían arrancado de la muchacha que tenía entre sus brazos y, a la que quería llevar a la cama. Al mismo tiempo se erguía sobre la montura alzando sus jóvenes pechos como si los llevara con precaución y orgullo porque las manos de Alessandro los habían acariciado, los labios ardientes de Alessandro los habían oprimido, y porque eran el nido en el que algún día su obstinada y dura cabeza encontraría reposo. En medio de su pena seguía teniendo confianza. Alessandro la salvaría, sabría cómo derrotar a sus enemigos. Era imposible que ese cuerpo que él había hecho suyo, pudiera ser profanado por otras manos.

En la aldea de Urganano había una hostería junto al camino. Frente a ella, dos mozos de cuadra quitaban los arneses a los cuatro caballos de un gran carruaje, mientras un campesino los observaba desde su carreta. Al pasar las dos mujeres delante del grupo, el asno de Pía pateó a la mula del campesino. Este dio un respingo, volcó el carro y las naranjas y las calabazas rodaron por todas partes.

El carácter dulce de Anna no le permitía soportar el espectáculo de una persona en apuros. Tiró de las riendas de su asno y se apeó para ayudar al campesino a recoger sus productos. Pía le gritó algo con voz aguda, pero luego, al ver que el sol ya se ponía, declaró que podían comer y dormir en aquella posada. Ella también se apeó, y los mozos de cuadra llevaron los dos asnos al establo.

Era una encantadora y tibia noche del mes de mayo, el mes de las grandes ferias y mercados en la provincia de Lombardía. Caía el rocío y el aire estaba perfumado con el dulce aroma de los azahares.

En el patio de la hostería, una compañía de cómicos ambulantes había levantado un pequeño escenario para la gran función que iba a dar aquella misma noche. En las cuatro esquinas habían colgado unos faroles chinos multicolores, de un aspecto tan etéreo que parecían algo fantástico y casi irreal. Sin embargo, lograban dar un leve brillo a las tablas pulidas por el uso.

Media docena de niños de la aldea, después de observar cómo los vivaces y llamativos forasteros armaban su tinglado, habían tomado posesión de él mientras los artistas cenaban y se disponían a interpretar un ballet clásico a cinco pies de altura sobre el suelo. Uno de ellos tocaba una flauta y otro un pequeño tambor. Lamentaban la falta de una *prima ballerina* para su representación, y cuando Anna se detuvo unos instantes en el patio a observarlos, la vieron y dejaron de bailar. Primero celebraron un breve conciliábulo; luego uno de ellos se acercó amablemente a ella y le rogó que los ayudara. Toda la compañía se unió a él y rodeó a la chica intentando persuadirla.

Anna, como una auténtica hija de Lombardía, sentía un profundo amor y una especie de respeto religioso por el arte de la danza. Cuando era pequeña, a menudo escapaba a la tristeza cotidiana ejecutando breves solos de baile en el patio posterior o en el jardín de la casa de empeños. Más tarde había observado muy atentamente los pasos de los bailarines de ballet. Cuando trabajaba para su madre, llevando agua del aljibe a la casa en un cubo sobre la cabeza, o barriendo el empedrado, se había sentido feliz al imitar estos movimientos, al compás de una inexistente melodía. Cuando la

niña se transformó en una doncella, la sangre de su padre, el funámbulo, revivió inesperadamente en sus venas, con tanto ímpetu que, mientras las otras chicas aspiraban a amar o ser amadas, su única aspiración era danzar.

En la penumbra del patio de la hostería, su anhelo de Alessandro había llegado a ser tan grande que por un momento creyó que iba a morir. Ahora, al verse rodeada por esos rostros amables y suplicantes, y al escuchar las dulces notas de la flauta, sintió que tal vez podía expresar lo que sentía su corazón y quizá enviar un mensaje a su lejano amor. Sabía que su madre la estaba esperando en la hostería, pero no podía desperdiciar esos breves instantes de liberación y felicidad.

Devolvió la sonrisa a los niños, y al asentir con un movimiento de cabeza, todos aplaudieron. La flauta atacó una bonita melodía, y el más pequeño de los rapaces, un chico encantador, le dio la mano para ayudarla a subir los peldaños. Subió al escenario como quien pasa desde una balsa arrasada por la tormenta a un bote salvavidas.

Muy pronto la pantomima cobró forma a su alrededor. El tambor se unió a la flauta y el coro de bailarines se entregó a sus movimientos rítmicos. Los faroles chinos flotaban en el aire claro por encima de sus cabezas, como nuevos, alegres, dulces y mágicos planetas.

Mientras tanto, dos caballeros extranjeros que habían llegado en la diligencia cenaban en una pequeña mesa en el vecino jardín de la hostería.

19. Encuentro en la hostería

—Sadoc, amigo mío —dijo *monsieur* Dombasle—, mañana regresaremos a París. No nos llegaremos a Bérgamo, pues solo sería una pérdida de tiempo. Hasta ahora he visto cientos de *arlecchinos*, que tal vez tenían cierta vitalidad, pero eran aburridos como búfalos y su olor una ofensa para una nariz parisiense. He sido víctima de una ilusión. Las musas están muertas y Terpsícore fue la primera en morir. ¿Pero qué importa? Ya soy viejo, tengo un pie en la tumba y pertenezco al pasado, mis ideas parecen ridículas, antiguallas solo aptas para un trastero. ¿Qué importa? No, no llenes mi copa, el vino sin las musas no le sabe bien a una persona civilizada. ¿Qué importa? *À la fin des fins*, ¿qué importa que nada importe?

Sadoc observaba el rostro de *monsieur* Dombasle. Sabía que cuando su anciano amigo decía que nada importaba, se hallaba en uno de sus peores estados de ánimo, y era tan peligroso como un leopardo que retrocede solo para atacar. En tales ocasiones, nadie podía prever las consecuencias de una respuesta en contra o a favor, e incluso quedarse callado podía ser un peligro. Como regla general, lo menos expuesto era un comentario indiferente. Por lo tanto comentó:

—Hay una chica recogiendo naranjas en el camino.

Monsieur Dombasle volvió levemente la cabeza, luego miró de nuevo al frente con rostro pétreo, y exclamó:

—De todos modos, llena mi copa. Brindaré por las palabras de Andrea del Sarto: ¡Que mueran las artes en Italia y Francia!

A pesar de esta fatídica resolución, el viejo artista no tocó la copa.

Después de un rato Sadoc hizo un comentario, de pasada.

—Ahora van a bailar un ballet en el escenario.

—¿Quiénes? —preguntó *monsieur* Dombasle.

—Siete niños y una chica —repuso Sadoc—. La chica de las naranjas.

La idea de un ballet o pantomima, representado tan cerca de él, perturbó a *monsieur* Dombasle; se agitó en su asiento y lanzó una furtiva y amenazante mirada al espectáculo.

—Absurdo —dijo—, ridículo. ¡Esa muchacha demasiado grande, rodeada de todos esos diminutos bailarines!

—¿A qué hora saldremos mañana? —preguntó Sadoc.

—A no ser que estén representando *Blancanieves y los siete enanitos* —dijo *monsieur* Dombasle después de una pausa—. Ese viejo cuento de *Herr* Grimm no sería un mal argumento de ballet.

La pantomima seguía su curso y Arlecchino y Colombina pasaban graciosamente por la clásica sucesión de peripecias.

La semejanza del argumento con su situación personal conmovió profundamente a Anna, y la inspiró. Era triste y dulce a la vez poder expresar su amor y su angustia en poses tiernas y trágicas al armonioso son de la flauta. El papel de Arlecchino era interpretado por el niño más pequeño. Seguramente ella no habría podido representar su papel con tanta pasión amorosa de haberse hallado frente a cualquiera de los otros. Pero en este caso podía abrazar a Cupido como si se tratara de un Alessandro en miniatura. Su entrega animaba a toda la compañía: Pantalone se enfurecía y amenazaba; el payaso hacía cabriolas, y caía sobre su trasero con verdadero estilo.

Muy pronto *monsieur* Dombasle dio la vuelta a su silla para poder mirar de frente al escenario. Dos veces Sadoc se puso en pie para dar las órdenes pertinentes a su próxima partida, y en ambas ocasiones *monsieur* Dombasle lo retuvo con un ademán.

Durante un breve intermedio de la representación, cruzó las manos.

Cuando en la escena final Arlecchino se arrodilló ante Colombina y ella lo alzó hasta su pecho, *monsieur* Dombasle también se levantó de la silla sosteniendo la copa aún llena. Dio un paso adelante y, al pasar frente a Sadoc le lanzó una breve e intensa mirada, casi hostil, pero al mismo tiempo tan luminosa que Sadoc comprendió que el peligro había pasado y que su amigo estaba a salvo.

Por un instante *monsieur* Dombasle permaneció inmóvil. Luego alzó su copa y proclamó solemnemente:

—Las musas no han muerto.

Vació la copa de un trago y después la arrojó hacia atrás sobre su hombro para romperla en mil pedazos.

—¡Viva! —gritó—. ¡Viva Terpsícore!

Se sentó y durante un rato permaneció sumido en profunda meditación, ajeno al mundo. Después, con gran lentitud llenó otra copa y envolvió a su acompañante en una mirada luminosa y tierna.

—Sadoc —dijo—, Sadoc, amigo mío. Me llevaré a esa chica a París. Tengo que conseguirla de inmediato. Esta misma noche.

20. Anna es vendida por segunda vez

—¡Nunca ha tomado clases de baile! —dijo *monsieur* Dombasle—. *Eh bien*, ¡qué importa! ¿No sabe distinguir un *entrechat* de una *pirouette*? *Eh bien*, pedantes de todo el mundo, *eh bien*, ¿qué importa?

—Permítame recordarle —dijo Sadoc— que según su propia teoría, una bailarina debe empezar a los tres años de edad, pues de lo contrario jamás será digna de ser mirada.

—Y una mariposa, Sadoc, una mariposa —dijo el anciano en tono de reproche—, ¿no danza a su manera en el momento en que abandona su capullo? Esta niña ya bailaba sola de madrugada, sobre la hierba húmeda de rocío, antes de que su madre se diera cuenta de que sabía andar. ¡Su primera patada fue un *entrechat*! Sadoc, amigo mío, el hecho de no haber estudiado ballet es su mayor virtud.

Ella no ha estudiado porque ha sido señalada por Dios para enseñarnos.

»Pero, aquí estamos, charlando —continuó—, discutiendo de abstracciones mientras perdemos unos minutos que pueden ser preciosos. Ve y averigua con quién ha venido. Si tiene padre, madre, o abuela; trae a esa persona a mi presencia para arreglar este asunto. Mañana regresaremos directamente a París, tal como te había dicho, Sadoc. La única diferencia estriba en que ella irá sentada a mi lado en la diligencia.

Fue así como Sadoc hizo las indagaciones pertinentes: descubrió que Anna viajaba con su madre y condujo a Pía ante *monsieur* Dombasle.

Cuando el antiguo maestro de ballet supo que la madre de la *futura prima* ballerina era sordomuda, se mostró encantado. Confió a su acompañante, en francés, que él ya había adivinado ese detalle antes de verla: la hija había tenido que aprender a expresarse con movimientos, en tanto que los demás niños aprenden a hacerlo con palabras gastadas y vulgares. El hecho de que Pía fuera sordomuda facilitó también las negociaciones. *Monsieur* Dombasle, pues, no se vio obligado a realizarlas en italiano, idioma del cual sabía poco, sino en pantomima, lenguaje del cual lo sabía todo.

Desde un principio la segunda venta de la bonita muchacha campesina resultó más animada que la primera. Pero al igual que en la primera entraron en juego grandes pasiones.

Monsieur Dombasle planteó su propuesta con rostro solemne y radiante y dijo a la madre cuán gloriosa era la carrera que ofrecía a la hija. Cuando se dio cuenta de que tales perspectivas no impresionaban en lo más mínimo a la campesina, quedó primero atónito, luego se sintió fastidiado, y acabó por enfurecerse. Antes de que el asunto quedara resuelto, en más de una oportunidad Sadoc tuvo que colocar una mano tranquilizadora sobre el brazo o la rodilla del maestro, para impedir que sus grandes gestos terminaran por descoyuntarlo.

Monsieur Dombasle se enteró de que la campesina acompañaba a su hija a casa de su futuro marido y de que la boda se llevaría a cabo dentro de pocos días. Esta noticia lo alarmó, pero su espanto aumentó cuando supo que el novio era ciego. Tembló ante la idea de que precisamente esa muchacha, entre todas las del mundo, fuera a ser entregada a un hombre que no podía verla; la sola idea le partía el corazón. Pía debía renunciar a este plan monstruoso de inmediato.

Pía permaneció inamovible, como en aquel alto aposento del *palazzo* Gattamelata con los redondos ojos fijos en la cara del anciano. Sin embargo, el noble caballero debía comprender, explicó ella, que le resultaba imposible renunciar a dicho plan. Una familia de Bérgamo, muy grande y poderosa, quería que ese matrimonio se realizara y con este fin habían dado una dote a su hija. Si ella no cumplía los deseos de esa familia, tendría que devolverles el dinero.

La dureza de corazón y la incomprensión de la madre frente a una tan gran artista pareció abrumar de momento a *monsieur* Dombasle. Sadoc vino en su ayuda y llevó la conversación a un plano estrictamente comercial.

El joven preguntó cuál era la cifra exacta de la dote de la chica. Después de dudar un instante, Pía se lo dijo. Muy bien, respondió Sadoc, si el caballero de París estuviera dispuesto a indemnizarla en dinero contante y sonante, ¿podría solucionarse ese problema? Después de otra pausa, Pía movió la cabeza. No. Pues la buena voluntad de esa noble familia de Bérgamo —y esto tenía que comprenderlo el señor caballero de París— era esencial tanto para la madre como para la hija. Se ofenderían, no las perdonarían fácilmente. El bienestar de dos pobres mujeres estaba en sus manos.

—Muy bien —dijo Sadoc—, ¿y a cuánto equivaldría en dinero la buena voluntad de esa familia? Un leve rubor tiñó el rostro de Pía.

Monsieur Dombasle, llevado por su celo, logró comprender esta parte de la conversación, y sus

esperanzas aumentaron.

—A cualquier precio —gritó a Sadoc en francés—. Prométele a esta vieja bruja lo que quiera.

Sadoc estaba dispuesto a obedecer a su viejo maestro, pero malgastar dinero iba en contra de sus principios. Se entretuvo unos minutos en regatear con la mujer; mientras *monsieur* Dombasle se tornaba cada vez más impaciente, tanto con su amigo como con su antagonista.

¿Acaso Sadoc no sabía, le gritó, que él era un hombre rico? ¡Uno de los hombres más ricos de Francia! ¿No sabía que durante toda su vida se había privado de comodidades y placeres para ahorrar dinero en el banco? ¿No se daba cuenta de que acababa de encontrar lo único que valía la pena comprar en el mundo? ¿Es preciso que un judío, siempre, en cualquier circunstancia, aun cuando de ello dependa la felicidad de su amigo, ceda ante el placer de regatear? Con un gesto de la mano rechazó a Sadoc y lo hizo callar, mientras vociferaba fantásticas sumas en francés ante el semblante imposible de la mujer que tenía al frente.

El leve rubor en el rostro de Pía se tornó un poco más acentuado. Hacía un balance mental de la situación.

Pensó que la familia Gattamelata no tenía por qué enterarse del incumplimiento del acuerdo hecho en Bérgamo. Y si se enteraban, tal vez no les importara. Lo que ellos querían era que Anna desapareciera. Al fin y al cabo —se dijo la madre—, su hija iba a salir de la provincia en dirección a un país desconocido. Lo más probable era que nadie volviera a saber de ella nunca más. Por lo tanto, al aceptar el dinero del extranjero, en realidad no corría ningún riesgo.

Media hora más tarde el negocio estaba cerrado. Sadoc trajo el dinero y lo contó sobre la mesa.

Monsieur Dombasle, exhausto, pero extasiado, se encontró de pronto con que había comprado a una chica de quince años, en dinero contante y sonante, en una carretera de Lombardía.

Pía, sin arriesgar nada, recogió su dinero y sus asnos, se despidió de su hija, y, muda y rígida, desapareció del relato en dirección a la próxima hostería del camino.

21. El idilio perfecto

Muchos años después, en París, *monsieur* Dombasle le dijo a Sadoc que desde el momento en que Anna pasó a ser de su propiedad, sintió que la envidia de los dioses se cernía sobre él. Tuvo la terrible certeza de que la perdería.

Pero en esto su memoria le jugaba una mala pasada. Pues durante las primeras veinticuatro horas se había sentido feliz como un novio y libre de sospechas como un niño. Su corazón se llenó de una felicidad divina y perfecta, desbordante, capaz de transformar la hostería en un sitio tan ideal e idílico como la propia Arcadia.

Lo primero que se le ocurrió era que Anna debía de tener apetito, y encargó para ella una colación compuesta de dulces y golosinas. Al principio había devorado a la chica con la mirada, y parecía estar listo para comérsela con los ojos. Ahora apenas se atrevía a posar sus ojos en ella, y parecía sentir miedo de tocarla, como si se tratara de una mariposa poco común. La envolvió en una atmósfera de cortesía tierna y romántica, la condujo a la mesa sosteniendo la punta de sus dedos en la mano levantada y, mientras ella comía los dulces manjares, *monsieur* Dombasle conversaba con Sadoc en voz baja sobre poesía, flores y pájaros, como si comprendiera que había comprado un ángel, a quien debía mantener a toda costa al margen de las cosas de la vida.

Bien podía haberse ahorrado ese trabajo. En medio de su angelical inocencia, Anna era consciente de casi todas las cosas de la vida, y en ese momento comprendía con una claridad meridiana, que ella había sido vendida y comprada por segunda vez.

La última venta se diferenciaba de la primera en que en Bérgamo querían deshacerse de ella fuera como fuese, en tanto que en la hostería querían adquirirla con el mismo empeño. Como era una chica joven, sin duda sentía que la circunstancia actual era una mejora en su situación.

Sabía que todo dependía de Alessandro. Bastaba con que ella tuviera fe en él, para que el señor de la casa Gattamelata fuera capaz de salvarla de peligros y problemas. Como su padre, el funámbulo, durante aquellos días su espíritu avanzaba por una línea muy fina y, ella debía, con suavidad, pero con firmeza, mantener el equilibrio. Aunque la línea de su existencia pareciera ondular y torcerse, ella sabía que era perfectamente recta, y que al final llegaría el momento de entregarse en cuerpo y alma a aquel pobre, desgraciado e incomprensido muchacho que tanto la necesitaba.

22. La fuga de *monsieur* Dombasle

A la mañana siguiente el tiempo había cambiado: el día era pesado y sofocante, y se avecinaba una tormenta.

Monsieur Dombasle, siempre sensible a los cambios atmosféricos, comenzó a temblar un poco; se dio cuenta de que estaba en un país extraño y deseó estar de vuelta en París con Anna. A pesar de ello, esa tarde puso a Anna enfrente de él en el jardín, y le enseñó algunos pasos y posiciones elementales. Le hizo alzar la falda —«un poco, un poco»—, se entusiasmó con su tarea, y durante unos minutos se unió a ella en un clásico *pas de deux*.

Dios mío, Dios mío, diría después a Sadoc, ¡qué pies! ¡Como un par de golondrinas aladas alegres, ingenuas, hábiles, que están a sus anchas en el aire!

Como no quería fatigar a la chica, solo repitió la lección durante un breve lapso y ya avanzada la tarde. Mientras la escoltaba hacia la casa para que comiera y reposara, un prolongado retumbo de truenos recorrió el horizonte. *Monsieur* Dombasle sintió que una idéntica y larga vibración recorría todo su cuerpo.

Observó que un carruaje se había detenido frente a la hostería, y en el vestíbulo vio a un extranjero delgado con un aspecto grave y muy digno, vestido de negro y con un portafolios bajo el brazo, que hablaba con el *padrone*. Ante la sola presencia de este caballero, *monsieur* Dombasle sintió un angustioso presentimiento de catástrofe.

Sacó fuerzas de flaqueza y pasó con Anna ante el caballero de negro. Al hacerlo, alcanzó a oír una frase de la conversación, y comprendió que el desconocido, que hablaba italiano con cierta dificultad, hacía indagaciones sobre una chica que viajaba con su madre y cuyo rastro había seguido desde Bérgamo. El corazón de *monsieur* Dombasle dio dos grandes saltos y se detuvo.

Agarró a Anna como una gata que lleva a su cachorro a lugar seguro, la arrastró escaleras arriba y la metió dentro de una habitación. Cerró la puerta con llave desde el corredor encalado; se sentía como un hombre arrastrado por una corriente turbulenta, con el agua hasta la boca. Llamó a Sadoc.

En un susurro informó a su joven amigo de lo que sucedía abajo.

¿Por qué, por qué —gimoteó, más enfurecido aún por estar obligado a susurrar— permanecieron en la hostería, exponiéndose indefensos a cualquier ataque proveniente de un mundo despiadado y sin escrúpulos? ¿Por qué, Sadoc, que no tenía nada que hacer, no le había prevenido a tiempo? Aquí, ahora, estaba el primer delegado de ese odioso universo, siguiéndole los pasos, y determinado a quitarle a Anna, con lo cual lo condenaría a la locura y al suicidio. Si en este momento crítico Sadoc aún sentía una brizna de afecto por la vida y la razón de su maestro, bajaría de inmediato y, empleando toda la astucia de su raza, haría que el demonio se alejara. El desconocido hablaba italiano tan mal que tal vez el *padrone* aún no hubiera comprendido lo que quería decirle. En todo

caso, Sadoc debía arreglárselas para sobornar al viejo italiano, de tal modo que jurase que Anna no se encontraba en la casa.

Sadoc bajó a negociar. *Monsieur* Dombasle, frente a la puerta de Anna, alcanzaba a oír algo de la conversación; pero no pudo soportarlo por mucho tiempo. Fue hasta el extremo del corredor y allí concibió un nuevo plan. Si Sadoc fracasaba en su intento por alejar a ese terrible hombre vestido de negro, él mismo le diría que Anna era su hija, que se encontraba muy enferma y no podía ser perturbada. Sacó la llave, abrió la puerta, entró en la habitación de puntillas, y volvió a cerrarla por dentro. En voz baja, ordenó a la joven que se desvistiera y se metiera en cama sin demora. Arrastró una silla hasta la puerta, se sentó dando la espalda a la muchacha y aplicó el oído al ojo de la cerradura.

Pasada media hora, que al anciano le pareció una eternidad, escuchó el ruido de las ruedas del carruaje y supuso que Sadoc debía de haberse desembarazado del enemigo.

Un minuto después, Sadoc subía las escaleras. Primero llamó a la puerta de *monsieur* Dombasle. Como no obtuvo respuesta, lo hizo a la de Anna, y al encontrarla cerrada, se comunicó a través de ella con *monsieur* Dombasle, quien aún no se atrevía a moverse ni a hacer girar la llave en la cerradura. Le informó que él y el *padrone* habían logrado que el desconocido, que era un inglés, se dirigiera a una aldea a cierta distancia, en una dirección que la madre de Anna a buen seguro no había tomado.

Monsieur Dombasle se sintió tan maravillosamente aliviado que fue como si las cuatro patas de su silla se hubiesen elevado unas pulgadas en el aire. Una situación semejante a esta, acaecida cincuenta años atrás, volvió de pronto a su memoria de una manera muy vivida. El joven Ambrose Dombasle se hallaba sentado en una habitación oscura —el sol ya se había ocultado—, con la oreja pegada al ojo de la cerradura, conteniendo la respiración, esperando que el peligro que estaba afuera se alejara. Había sido un momento dulce e inolvidable. Y entonces, igual que ahora, había una joven dama en el lecho a sus espaldas. El recuerdo de la dama en el lecho lo trajo a la realidad y durante unos segundos se sintió profundamente avergonzado. ¿Qué pensaría Anna de él, el más noble y galante caballero de París? ¿Qué pensaría de él y de su actitud hacia ella? Durante un rato no osó ponerse en pie ni darse la vuelta para pedir disculpas.

Cuando finalmente lo hizo, la habitación estaba oscura y silenciosa. Inseguro y con un gran nerviosismo, encendió una cerilla para prender una pequeña vela que había sobre la mesa, y se acercó al lecho. Comprobó que la chica había seguido sus instrucciones. Sus ropas estaban en la silla al lado de la cama, cuidadosamente dobladas. En el amplio y antiguo lecho con dosel, Anna yacía dormida; respiraba suavemente y con regularidad, y sus largas pestañas le rozaban las frescas mejillas.

23. Retorno a Bérgamo

El viejo artista bajó a cenar con su joven amigo, y aunque el peligro ya había pasado, casi no habló durante la comida.

—Sadoc —dijo por fin—, he vuelto a pensar en el asunto. Estoy convencido de que solo puedo hacer una cosa para asegurarme a Anna: debo casarme con ella. El problema ahora es encontrar un lugar donde podamos unirnos en matrimonio.

—Querido maestro —dijo Sadoc después de una pausa—, ¿no recuerda cuántas veces se ha felicitado por no haberse casado nunca? ¿Y cuántas ha jurado que sucediera lo que sucediera no se casaría jamás?

Monsieur Dombasle lo miró con dureza.

—¡Ah! —replicó finalmente—, eso era antes de conocer a Anna. —Y después de otra pausa, agregó—: ¿Qué otra cosa puedo hacer? Hay momentos en la vida en que uno se ve obligado a recurrir a cualquier medio.

Volvió a sumergirse durante largo rato en sus pensamientos; al fin declaró con resolución:

—Como ese terrible inglés venía de Bérgamo, creo que es el último lugar donde podríamos encontrarlo. Y seguro que en Bérgamo habrá alguien que sepa casar a la gente. Por lo tanto, Sadoc, mañana partiremos hacia Bérgamo.

Sadoc conocía a su maestro desde hacía mucho tiempo, y por eso no puso ninguna objeción. Pero al cabo de un rato comentó:

—De todos modos, me gustaría saber por qué ese inglés ha venido desde su país para encontrar a una chica a la que no conoce. —Y después de una pausa agregó—: Hay algo que me intriga en este asunto. Hay cierto olorcillo que resulta grato a mi nariz. Me pregunto si no habrá oro de por medio.

24. Alessandro en Génova

Entretanto Alessandro estaba en Génova.

Había abandonado Bérgamo en un estado de furia incontenible, pero con una sensación de triunfo. Se había enfrentado a las mujeres y al sacerdote afirmando así su propia existencia. Si el mundo entero arremetiera contra él, en ese instante se sentía capaz de desafiarlo.

En aquel estado de ánimo, le resultaba casi insoportable viajar sobre suaves muelles y cojines de seda, en compañía del caballero más educado y complaciente del mundo. Era extraño y muy desconcertante vivir rodeado de lujo y elegancia en la villa de Génova; era incómodo ser bienvenido y sentirse rodeado de personas sonrientes y amables. Le hacían muchos cumplidos, cosa que antes nunca le había sucedido.

El barón Alfani, en los días de su juventud transcurridos en Bérgamo, se había sentido acobardado ante la familia Gattamelata; especialmente al hallarse esta personificada por el viejo conde Alessandro —el padre de Faustina—, quien se había puesto en la puerta con tanta arrogancia. El sorprendente parecido de Alessandro con aquel imponente personaje, y la idea de que esta indomable ave carnicera daría su nombre a su nieta y, su sangre a sus biznietos, le encantaba y fascinaba. Paseó al muchacho entre sus ricos y refinados amigos de Génova, lo llevó a representaciones y *conversazioni*, y lo hizo subir a bordo de magníficos barcos comerciales en la bahía. Quería desarrollar en él el amor al arte, a la música y al teatro.

Cuando se enteró que Alessandro era un hábil espadachín, organizó un torneo de esgrima en la villa, y una serie de excelentes espadachines genoveses compitieron por generosos premios; pero fue Alessandro quien se llevó la palma aquel día. Su futura novia, que había salido de su colegio de monjas para que la joven pareja se conociera, presenció su victoria.

El muchacho de Bérgamo era extremadamente tímido. Hasta entonces su aspecto y sus modales habían sido un desafío a la sociedad. Pero en el mundo en que ahora se movía, esa actitud era insostenible. Comenzó a sentirse un poco infantil y tímido. Durante un tiempo se vio perdido y traicionado.

Pero poco a poco empezó a pensar que ese cambio en el ambiente que lo rodeaba debía de ser obra de Anna, como una consecuencia inexplicable de aquel beso obtenido en la despensa. La música era Anna, la suave seda y los gratos aromas eran Anna, hasta el mar azul era Anna, y en el sombrío jardín de rosas le pareció por un instante encontrarse con Anna cara a cara.

Su joven novia, que era pequeña y muy frágil para su edad, tenía enormes ojos oscuros y lo observaba atentamente con una infantil dignidad. Alessandro había conocido a pocas chicas menores que él y, el hecho de poder proteger a una persona del sexo de Anna le producía un placer desconocido. En la terraza frente a la villa, o en las avenidas del jardín, por dos o tres veces se le ocurrió la posibilidad de traer a Anna a este mundo floreciente y sereno, que evidentemente le pertenecía, o de vivir con ella en su granja en las afueras de Bérgamo, a la sombra de los grandes árboles y con los corderos retozando en la pradera.

Pero, transcurrido un tiempo, el inevitable destino de los bergamascos se adueñó de él: una devoradora nostalgia por Bérgamo.

Cuando sus antepasados ponían los ojos en algún tesoro perteneciente al mundo exterior a su pueblo, se apoderaban de él inmediatamente para llevárselo a su nido de águila en el picacho. Ahora, el joven Gattamelata, a medida que empezaba a comprender el valor de los tesoros que lo rodeaban, deseó llevárselos a su ciudad natal. ¿Por qué los genoveses podían hacer alarde de algo de que los bergamascos carecían?

Sabía que allá en Bérgamo, en el oscuro y empinado *palazzo*, vivían su abuela, su madre y el sacerdote, que eran sus oponentes, pero a quienes había derrotado. No le importaba pertenecer a aquel mundo duro, porque era el suyo y no podía vivir sin él. En particular sentía que los lazos que le unían a su abuela eran inquebrantables. De ser eso posible, él mismo debía lograr la reconciliación, la unión de esos dos mundos: el viejo y oscuro mundo al que pertenecía su sangre, y el nuevo y luminoso que le había sido revelado a través de Anna.

Estos conflictos y problemas lo tornaron molesto y melancólico. Intentó ocultar sus sentimientos, y lo logró, no porque le fuera fácil ocultarlos, sino porque le resultaba difícil expresarlos.

A veces huía de la villa y recorría las calles: era un ser joven y solitario.

25. La virgen bailarina

Una tarde vio una pequeña iglesia en una estrecha y retorcida callejuela. Había algo en ella que le recordaba Bérgamo y, casi contra su voluntad, levantó la parda cortina, entró y miró a su alrededor.

Aquí y allá, en la penumbra y el silencio, algunas velas brillaban ante los altares. El joven se dirigió lentamente al altar mayor, y de allí al altar situado a su izquierda. Permaneció largo tiempo ante él. Sus ojos estaban fijos en el tabernáculo, pero se hallaba inmerso en sus propios pensamientos y una extraña paz invadía su espíritu.

Un viejo fraile avanzó renqueando por la iglesia. Al ver la inmóvil figura del joven se le acercó y le habló, feliz al tener la oportunidad de intercambiar algunas palabras.

—Esta santa imagen, hijo mío —dijo con voz monótona iniciando una monserga muchas veces repetida—, ilustra el importante y bello, pero muy poco conocido Evangelio de Santiago.

Al oír esto Alessandro volvió levemente la cabeza en dirección a su posible interlocutor; no estaba seguro de ser él el interpelado.

—El cual nos dice —continuó el anciano— que cuando la Santísima Virgen tenía tres años, fue llevada al templo y dejada a cargo del sumo sacerdote. Y el sumo sacerdote la recibió, la besó, la bendijo y aseguró: «El señor exaltará tu nombre entre todas las generaciones». Luego la colocó en el tercer peldaño del altar y la Gracia del Señor vino sobre ella y ella bailó sobre sus pies. Y toda la casa de Israel la adoró.

En ese instante los ojos del anciano y del joven se encontraron.

—Nuestra imagen —continuó el fraile inspirado por la ansiedad en la mirada del joven— fue

tallada hace doce años por un piadoso y joven artista con un futuro prometedor. Después hemos sabido que se está quedando ciego, lo que es muy triste. Sin embargo, será un maravilloso consuelo para su ceguera haber creado esta encantadora y santa imagen que ha hecho y hará grandes milagros.

Esperó un momento para apreciar el efecto que producían sus palabras, y luego siguió su camino a través de la iglesia. El joven de Bérgamo se quedó solo, en un estado de profunda y turbulenta emoción, como un objeto de duro metal puesto en el crisol.

Desde muy lejos y muy lentamente, llegó hasta él el débil rayo que comenzó a iluminar la oscuridad de su mente. Tal vez fuera posible agregar la gloria y la dulzura de su mundo actual, que era el de Anna, al viejo mundo de Bérgamo sin el cual no podía vivir. Todo era posible, pues en el universo existía una inesperada y sobrecogedora gracia. En cierto modo, él lo había intuido desde el instante del beso, y, de haberse atrevido a confiar en ella, se le habría revelado mucho antes. Ahora aquella voz le habló y respondió a sus preguntas.

No se arrodilló. Cuando iba a misa con su madre y su abuela, le obligaban a arrodillarse, y nunca le gustó esa postura. Sintió que rendía un auténtico tributo a la pequeña Virgen al permanecer de pie frente a su imagen, enhiesto como un cirio.

Quería abrirle su corazón y explicarle su problema. Pero resultaba difícil, muy difícil, transformar en palabras el torbellino de sus sentimientos. Mudo y lleno de confusión, se persignó tres veces. Finalmente logró que su voz le obedeciera. —Si haces posible —dijo— que yo permanezca fiel y leal a Anna, a mi abuela y a mi nombre al mismo tiempo, te prometo ser toda mi vida un esposo y un nieto ejemplar, un verdadero Gattamelata.

Sabía que planteaba a la Virgen una tarea muy difícil. Era como si le estuviese pidiendo —en este caso en particular y solo por una vez— que dos más dos fueran cinco. Sin embargo, después de un momento pensó que si alguien en la tierra o en el cielo poseía el poder y la gracia necesaria para permitir —en este caso particular y solo por una vez— que dos más dos fueran cinco, sería la niña que danzaba sobre el altar.

Un poco más tarde abandonó la iglesia.

CABALLOS FANTASMAS

HABÍA una gran mansión donde vivía una niña enferma. En cierto momento pareció que mejoraba pero tuvo una súbita recaída y desde entonces daba la impresión de no querer recuperarse.

El famoso doctor venido de la ciudad dijo que ya estaba curada y que debía levantarse. Sin embargo la niña permanecía en cama, indiferente y laxa como una muñeca de trapo. Cuando le dirigían la palabra, mantenía los ojos cerrados; pero cuando creía que nadie la miraba, los abría, fijaba la vista tristemente en el vacío, a veces gruesas lágrimas se deslizaban bajo sus largas pestañas. No quería comer, no quería hablar y, cuando las enfermeras intentaban forzarla a ponerse de pie, ella gritaba que le dolían las piernas.

La niña tenía seis años y se llamaba Oenone, pero en su casa la llamaban Nonny. Era una hermosa niña, con una masa de cabellos oscuros y rizados, y ojos azules. Era hija única, y la habían mimado toda la vida; su camita de enferma estaba rodeada de espléndidos juguetes.

La casa en que vivía esta niña era un señorial edificio gris que tenía doscientos años y estaba rodeado por un enorme parque.

Había pertenecido a la misma familia durante generaciones y sobre ella se contaban extrañas y románticas historias. En la sala, un padre había apostado a su única hija en un partido de faro y la había perdido. El vestíbulo había sido escenario de un duelo de fatales consecuencias. Un siglo atrás, la joven señora de la casa había dejado a su marido para escapar con el guapo mozo de cuadra, llevándose todas las joyas de la familia.

La madre de Nonny heredó la casa de una vieja tía, y tanto ella como su esposo se sintieron muy complacidos al modernizarla. Había un aparato de radio en cada habitación y los viejos establos fueron transformados en magníficos garajes.

El doctor dijo a la madre de Nonny:

—Mi querida señora, estamos ante un caso extraordinario: Se trata de una elección deliberada entre la vida y la muerte, ¡y la persona que va a tomar esta decisión solo tiene seis años! No olvide que Nonny es una niña de una voluntad férrea.

—¿Qué me quiere decir, doctor? —preguntó la madre.

—El mundo de los niños —dijo el doctor— suele girar en torno a una personalidad por la que se siente atraído. Es natural que en este caso la admiración sea inspirada por una madre joven. Durante tres semanas, Nonny la ha tenido a usted dedicada por completo a ella, y ahora no quiere permitir que esta feliz situación se termine. Insiste en continuar enferma para causarle ansiedad y tal vez se empeñe en morir para que usted la eche de menos.

—¿Qué debo hacer? —exclamó la bonita y joven señora—. ¿Es preciso que me convierta en una maldición para los seres que amo? —añadió después de un momento con lágrimas en los ojos.

—Usted debe alejarse —dijo el doctor—, y Nonny debe comprender que no regresará hasta que ella esté perfectamente sana, y que solo entonces permanecerá junto a ella para siempre. He oído hablar a su esposo de una carrera automovilística que tendrá lugar en Francia dentro de quince días. Mi consejo es que parta mañana mismo.

La madre de Nonny miró al doctor y luego miró al exterior por la ventana.

—Usted dejará a su hija en excelentes manos —continuó él—. *Miss Anderson* es una persona seria y de absoluta confianza; *miss Brown* es una enfermera muy preparada, y la joven niñera sueca realiza su trabajo con dedicación. Yo le haré una visita diaria.

—Tal vez sea conveniente alejarme —dijo la madre con lentitud.

—Los cuatro —dijo el médico— nos pondremos de acuerdo para hablarle de usted a Nonny todos los días, y para decirle que cuanto antes sane, más pronto regresará usted. Entonces nuestra testaruda señorita no hará esfuerzos por morir sino por recuperarse.

—Mi hermano llega mañana de París —dijo la madre de Nonny—; le he enviado un telegrama.

—¿Su hermano el artista? —preguntó el médico—. ¿El joven que hace esos dibujos tan interesantes para Nonny? Es precisamente la persona que necesitamos. Él le describirá a la niña su viaje con todo detalle y también podrá ilustrarlo.

Así fue cómo la madre de Nonny partió para Francia con su esposo, en su coche nuevo, y, de camino, se encontró con su hermano en el puerto. Almorzaron en un hotel y, cuando después de comer, Peter, el marido, fue a revisar el coche, los dos hermanos sostuvieron una larga conversación mientras tomaban el café.

Hermano y hermana eran gemelos y se parecían tanto que sus amistades los llamaban Sebastian y Viola. Siempre habían sido grandes amigos. Cedric sorprendió a su familia cuando decidió ser pintor y también cuando logró adquirir reputación. Vivía en París, en un círculo de artistas cuyo arte admiraba, en tanto que juzgaba su propio trabajo. Era un hombre joven, de aspecto agradable, modales delicados y con esa suerte de equilibrio que poseen los muchachos cuyas familias han vivido durante generaciones en condiciones económicas inalterables, sean estas muy buenas o muy malas.

Annabelle explicó a su hermano que el mundo infantil suele centrarse en un ser con mucha personalidad, por el que se siente atraído, y que ella se iba a Francia para salvar la vida de Nonny. Él debía hablarle de su madre todos los días y a todas horas; decirle a Nonny que mamá volvería cuando ella estuviera totalmente sana. Le pidió que le enviase informes sobre el progreso de la enfermedad, a sus diversas direcciones en Francia. Cedric prometió hacer todo lo que ella le pedía.

—Pero esa no es la única razón por la que me enviaste un telegrama —dijo él.

—No —repuso Annabelle—; la razón no era esa. —Hizo una pausa y agregó—: Quería tu consejo.

Le había pedido consejo con frecuencia.

—Estoy a tus órdenes —dijo él.

—¡Bueno, eso es fácil de decir! —exclamó Annabelle—: Peter y yo hemos gastado más dinero del que tenemos. La gente llama a esto vivir por encima de sus posibilidades.

—¿Eres tú quien lo dice? —replicó Cedric sorprendido.

—Por el amor de Dios, no te burles de mí —dijo Annabelle—. Es terriblemente desagradable vivir por encima de las propias posibilidades. No puedo soportarlo. Y tú tampoco podrías... ¿O sí?

—No —replicó Cedric, que vivía muy sobriamente en París.

—Ya lo ves —dijo al hermano—, últimamente se nos ha presentado una maravillosa oportunidad. Peter siempre ha querido trabajar en algo. Pues ahora, sir Maurice Mendoza le ha ofrecido aceptarle en la firma como socio y ese es el trabajo adecuado para Peter. ¿No te parece maravilloso?

—Sí, me lo parece —contestó el hermano.

—¿Te parece maravilloso? ¿Realmente te lo parece? —dijo la hermana—. ¿Y yo qué?

—¿Y tú qué? —preguntó él.

—¡Oh, Cedric! —exclamó ella—, trata de no ponerte difícil. Es que hay un detalle: sir Maurice es mi admirador.

—Igual que todo el mundo —dijo él.

—No —repuso ella—, no como todo el mundo, Cedric.

—Pero a Peter le agrada que te admiren —dijo él.

—No —dijo ella—; tal vez no le gustaría si lo supiera.

—¿Y a ti te gusta, querida? —le preguntó.

—Bueno, Cedric, se trata de lo siguiente: amo a Peter. Lo quiero desde hace siete años, por esc sienta que lo conozco de memoria. A sir Maurice no lo conozco. Es una persona misteriosa, como puedes deducir por su reputación. No es rico de una manera normal y corriente: es un personaje de cuento de hadas. Posee la cueva de Aladino: ¡rubíes como cerezas y zafiros como uvas! Lo relaciono con nuestro viejo cuento de hadas porque sir Maurice es un gran entendido en piedras preciosas. ¡Ojalá la tatarabuela Annabelle no se hubiese llevado las joyas de la familia cuando huyó con el mozo de cuadra!

—Sí —dijo Cedric lentamente—; siempre hay algunos problemas en esas románticas historias de amor.

—La noche anterior a que Nonny enfermara —dijo Annabelle—, cenamos juntos, y me mostró un gran rubí que había comprado en Holanda. Nos preguntó si cuando Peter y él hubieran cerrado el trato podría regalármelo, engarzado en un brazalete: «Como el rojo sello de nuestro pacto», dijo. Entonces Nonny cayó enferma y no lo he vuelto a ver desde entonces. Ahora pasaremos quince días en Francia durante los cuales habrá que tomar una decisión. Eso es todo. ¿Qué me aconsejas?

—¿Me darás también quince días para pensar la respuesta? —preguntó el hermano.

—Sí —respondió la hermana.

En ese momento vieron que Peter se acercaba a la mesa y cambiaron de conversación.

—Es muy extraño —dijo Annabelle—. Durante toda su enfermedad solo ha hablado de caballos, nada más que de caballos: de carreras, de cacerías y del cuidado de los animales. ¡Y ella rara vez ha visto un caballo! Cuando empezó con esta obsesión, Peter le compró un hermoso caballo mecánico de juguete. Pero no le gustó.

Después de esto se separaron.

Cedric esperaba con ansia sus vacaciones porque estaba concibiendo una nueva gran pintura, y quería estar solo.

Nunca había estado en casa de su hermana en ausencia de esta. Ahora tuvo tiempo y tranquilidad para recorrer la mansión y apreciarla en todos sus aspectos; le parecía un lugar nuevo y fascinante.

«Si esta casa fuese mía —pensó—, la habría dejado tal como era. De haber vivido aquí habría podido pintar como Zoffany.»

Subió hasta la habitación de Nonny. La niña era aún más bonita de lo que él recordaba. ¿Pero por qué tenía aquella expresión demacrada y sin esperanzas en su rostro de flor?

Siguiendo las instrucciones le habló a Nonny de su madre, le describió su propio viaje y se lo ilustró con lápiz y papel. Ella escuchó sin mostrar el menor interés y mirando apenas los dibujos. El caballo mecánico se hallaba inmóvil junto a la cama; cuando él se lo alabó, su rostro adquirió una expresión aún más trágica.

«Si es que tengo algún valor como artista —se dijo a sí mismo— debo ser capaz de curar a este hermoso *Retrato de niña*.»

—¿A qué jugaremos cuando te levantes, Nonny? —preguntó.

Fue la primera vez que obtuvo una respuesta. Después de un silencio, Nonny dijo:

—No podemos jugar. Tú y yo no podemos.

Él meditó sobre su respuesta y replicó:

—Si tú y yo no podemos, ¿quién puede entonces jugar?

—Billy —respondió Nonny.

No quiso forzar la conversación y la dejó hasta allí.

Llegó el médico, examinó a la niña y preguntó si se había levantado. Cuando la enfermera movió la

cabeza en forma negativa, le dijo que eso empezaba a ponerse serio y que, en su próxima visita, quería encontrar a la niña de pie. A continuación se marchó.

—Te levantarías si pudieras jugar con Billy, ¿verdad? —dijo Cedric a Nonny.

—Sí —dijo Nonny.

—¿Y por qué no puedes hacerlo ahora mismo? —volvió a preguntar.

El rostro de la niña se ensombreció de rabia.

—¡Tú lo sabes! —dijo.

—He estado mucho tiempo en París, querida —replicó—. Parece que han sucedido muchas cosas durante este tiempo. ¿No te importaría decírmelo?

—Porque Billy está muerto —dijo Nonny.

Por aquellos días Cedric descubrió que dedicaba tanto tiempo a pensar en Nonny como en su nuevo cuadro. Comprendió que no recibiría ayuda alguna ni de *miss* Anderson ni de *miss* Brown, por lo tanto recurrió a la joven niñera sueca, llamada Ingrid. Ella conmovía su corazón de pintor, pues con su toca blanca parecía un retrato de la escuela holandesa. Logró encontrarse a solas con ella y sentarse a su lado. Discutieron la enfermedad de Nonny y estuvieron de acuerdo en que debían curarla antes de que la madre volviera.

—A propósito, querida —dijo Cedric—, ¿quién es Billy?

Ingrid empalideció y lo miró fijamente.

—¡Oh, señor! —dijo.

—Usted comprenderá —replicó él—, que no podré ayudar a Nonny hasta que no lo sepa.

—Tenía esperanzas —dijo Ingrid— de que nadie se enterase.

—¿Y por qué razón no debería enterarse nadie? —dijo él.

—Porque Billy está muerto —respondió Ingrid.

—Eso ya lo sé —repuso Cedric—, y créame que lo siento. Pero debe de haber algo más respecto a Billy. Si usted tuviera la bondad de contármelo, yo le aseguro que no se lo repetiré a nadie.

Ingrid lanzó un profundo suspiro.

—Se lo contaré con gusto —dijo—. Es algo que me ha hecho muy desgraciada, señor.

Relató la historia con gravedad, con pausas de vez en cuando para mirarlo a la cara, como si quisiera recordarle la promesa que le había hecho.

Billy era el nieto de la anciana señora Peavey. ¿Y quién era la señora Peavey? La señora Peavey era la viuda del viejo cochero. El viejo cochero vivía en unas dependencias encima de los establos, que posteriormente fueron convertidos en garajes. Cuando él murió, se le permitió a la viuda seguir viviendo en aquel piso.

—¿El señor tal vez no había visto nunca a la anciana señora Peavey? No, porque le dolían las piernas y no podía bajar la escalera.

Ella e Ingrid se hicieron muy amigas porque la señora Peavey provenía del campo: su padre era un granjero dedicado a la cría de caballos, lo mismo que el padre de la chica sueca, y ambas tenían muchos intereses en común.

—Debió de ser muy agradable para ustedes dos —dijo Cedric.

—Lo fue, señor —dijo Ingrid.

La señora Peavey tuvo un solo hijo que trabajaba en una importante cuadra de caballos de carreras; estaba casado y tenía siete vástagos. Cuando su esposa murió y él volvió a contraer matrimonio, la nueva mujer no quiso ocuparse del benjamín y por lo tanto la vieja señora Peavey se hizo cargo de él. El hermano mayor del pequeño, que era un guapo mozo, y empleado en la caballeriza de la misma cuadra que su padre, lo había traído hasta aquí. (Cedric se preguntó si este mozo no sería el punto de

interés que compartían la anciana y la joven.) Y el pequeño se quedó a vivir con la señora Peavey, encima de los antiguos establos.

—Ese era Billy, señor —dijo Ingrid.

Billy era un chico guapo e inteligente, tres meses menor que Nonny. Pero era sordomudo.

A veces, cuando *miss* Anderson ordenaba a Ingrid sacar a Nonny a dar un paseo, en lugar de obedecerle, ambas subían a visitar a la señora Peavey. Ingrid se sentaba a su lado y la ayudaba a zurcir, pero Nonny y Billy se iban a la gran habitación donde se guardaban los arneses, que quedaba junto a las habitaciones de la señora Peavey, y allí jugaban.

—Pero no veo nada malo en eso —dijo Cedric.

—Sí, lo hubo, señor, porque Billy contagió a Nonny el sarampión. —Se retorció las manos sobre el regazo—. Y cuando Nonny comenzaba a recuperarse —continuó— se produjo la muerte de Billy. Cuando Nonny se enteró sufrió una recaída.

—¿Y cómo se enteró? —preguntó Cedric.

Lo supo por Ingrid. Ingrid había ido a ver a la señora Peavey, y había llorado con ella sobre el cuerpo de Billy, y cuando volvió, Nonny le preguntó por qué había llorado. Tuvieron que llamar al doctor a medianoche. Mientras Nonny deliraba, Ingrid se asustó ante la posibilidad de que hablara de Billy, de que todo se supiese y de que echaran de allí a la vieja señora Peavey. Pero Nonny fue leal y no dijo nada.

—Mi hermana me ha contado —dijo Cedric— que ella habla de caballos.

—Sí. Hablaba de caballos. En la sala de los arneses había muchos retratos de caballos y Billy le enseñó a la niña los nombres de todos ellos.

—¿Cómo pudo hacerlo si era sordomudo? —preguntó Cedric.

Era evidente que esto no le había parecido extraño a Ingrid, pero, sin embargo, no podía explicárselo. Nonny y Billy siempre quisieron que los dejaran jugar solos en la sala de los arneses, incluso cerraban la puerta con llave, y cuando jugaban no se oía el menor ruido. A Billy le habían enseñado —o él lo había aprendido por su cuenta— a leer en los labios de las personas; Ingrid creía que a su vez él se lo había enseñado a Nonny, pues Nonny solía decirle: te diré algo maravilloso, y movía los labios en silencio; luego ponía cara de disgusto al ver que Ingrid no la comprendía. A veces, en el momento en que Ingrid la metía en la cama, solía reírse sola y le decía a Ingrid en voz baja que ella y Billy tenían hermosos caballos para jugar.

—Creo que hablaré a Nonny acerca de Billy —dijo Cedric.

—¿Le parece que es lo correcto, señor? —preguntó Ingrid.

—Sí, me parece lo correcto —respondió Cedric—. El doctor dijo a mi hermana que para los niños siempre hay una persona que se destaca, los fascina, y capta su atención más que el resto. El doctor creyó que para Nonny esta persona era su madre, pero en realidad se trataba de Billy.

Cedric enviaba todos los días una postal a su hermana. Un día recibió una postal de ella. Francia era un encanto, le decía. Le resultaba encantador viajar con Peter. Sería encantador volver a ver a Nonny. A veces deseaba no tener que regresar. Cariños.

—En tu caso yo me desembarazaría de ese caballo —dijo Cedric a Nonny.

Ambos miraron con desprecio el caballo mecánico que había junto a la cama.

—Las cosas que son copia de otras son un fastidio —dijo Cedric.

Nonny lo miró, pero continuaba reticente y no hizo ningún comentario.

—Las únicas cosas *verdaderamente* reales —continuó él— son las que uno inventa y que no se *parecen* a las demás. En mi casa de París yo invento muchas cosas *verdaderamente* reales: flores, pájaros, y una dama que se arroja al río porque es desgraciada. Poseen aroma, cantan, y se arrojan al

río con gracia y naturalidad.

Después de una pausa Nonny preguntó:

—¿Con qué los haces?

—Por lo general —dijo— encuentro algo con qué hacerlos. ¿No te pasa a ti lo mismo?

Una débil y descolorida sonrisa —la primera que él veía— iluminó el rostro de la niña.

—Sí —dijo.

Él esperó un momento.

—Volviendo a los caballos —dijo—, a los caballos *verdaderamente* reales. Supongo que Billy podía hacerles hacer cualquier cosa.

Nonny lo miró a la cara, otra cosa que nunca antes había hecho. Su propio rostro estaba serio y orgulloso, pero no hostil.

—Billy me explicaba todo lo que ellos hacían.

—Ya lo sé —dijo él—, y por qué él no hablaba como los demás niños.

Parecía que ella iba a decir algo más pero apretó los labios con fuerza.

—Bueno, Nonny —dijo Cedric—, hasta la vista. Tengo que ir a dar un paseo en el coche que me dejó tu mamá. Es un fastidio, porque un coche resulta muy lento cuando piensas en los caballos de Billy.

—¿Volverás, tío Cedric? —preguntó Nonny.

Mientras se alejaba pensó: «El cambio se está produciendo. Es difícil, muy difícil que llegue, pero se está produciendo. Que Dios me ayude ahora a elegir los pinceles y los colores apropiados».

Al día siguiente logró que Nonny jugara con él en un tablero improvisado sobre los cuadros de la colcha. Mientras dudaba sobre si mover o no una pieza, ella le preguntó:

—¿Dónde guardas las flores, los pájaros y la dama?

—Los pongo contra la pared —respondió él—, así nadie puede verlos. Pero permanecen todo el tiempo allí, por supuesto.

Esta vez Nonny no dijo nada, pero él comprendió que no se debía a la falta de simpatía, sino simplemente a que no existían palabras que expresaran su nueva y maravillosa forma de comunicación.

—Nuestros caballos están en sus caballerizas —dijo ella por fin—, en las cuadras.

—Como la mayoría de los caballos de raza —repuso su tío.

Ella ganó la partida y, mientras él guardaba las fichas en la caja, Nonny preguntó de súbito:

—¿Quieres que te muestre mis caballos, tío Cedric?

—Sí, por favor —dijo él—. He pensado mucho en ellos. No me parece bien que no tengan agua y que nadie los atienda, ahora que Billy no está, ahora que tus piernas son demasiado débiles para sostenerse.

—No lo son —dijo Nonny y se puso de pie en la cama.

—Hay que tener las piernas muy fuertes para trabajar en un establo —objetó Cedric—. Tal vez puedas ir mañana.

—No —repuso Nonny—, quiero ir hoy. Después de comer. —Miró a su alrededor y agregó—: Que no se enteren *miss* Anderson y *miss* Brown.

—No se enterarán —dijo él.

—Ingrid puede vestirme —dijo la niña.

—Ingrid puede vestirme —ratificó él—, y yo les diré a *miss* Anderson y a *miss* Brown que tú me has invitado a dar un paseo en coche.

El rostro de la niña, erguida sobre la cama con su camisón de franela, quedaba al mismo nivel que

el de Cedric. Sus ojos eran encantadores, las cejas delicadamente arqueadas y su cabellera abundante. Pero una inesperada y extraña fuerza emanaba de su ser.

—¡Es preciso —dijo ella con lentitud y solemnidad— que nunca, nunca se lo digas a nadie!

Los ojos claros de la niña lo miraban inquisitivos y graves. En su breve vida había tenido que soportar frustraciones y catástrofes, y ahora no quería arriesgarse en este asunto. Él hizo un esfuerzo mental para encontrar un juramento que lo comprometiera incondicionalmente.

—Si alguna vez menciono los caballos o las cuadras a cualquier alma viviente, que nunca más vuelva a pintar un buen cuadro en toda mi vida. Dios me ayude a cumplirlo.

Discutieron el asunto con su pequeña cómplice. Decidieron que *miss* Anderson tuviera el día libre y que Ingrid se encargara de mantener ocupada a *miss* Brown.

Era una deliciosa tarde de fines de verano. En el aire, sobre los setos de boj y los parterres de rosas y alhelíes, flotaba una dulce somnolencia; las grandes sombras de los árboles se extendían, leves y serenas, sobre el césped. Nonny, a quien Cedric llevaba en brazos, miraba hacia arriba y a su alrededor. Él se preguntó si una niña podría tener noción del tiempo, si comprendería que el tiempo había transcurrido y habían sucedido cosas desde la última vez que estuvo en el jardín.

—He alejado a Parker —le dijo mientras se dirigían al garaje—. Subiremos directamente por la escalera de la señora Peavey.

Lo miró como para preguntarle por qué conocía tan bien el camino, pero no dijo nada.

Cuando subían la escalera él pensó: «Cada uno de estos viejos y gastados peldaños me hace retroceder diez años». Una vez en el umbral de la señora Peavey, ya había vuelto, mentalmente, hasta la época de Zoffany.

Una anciana menuda, sentada en un amplio sillón junto al alféizar de una ventana en la que florecían los geranios, intentó levantarse al ver a sus visitantes. Pero como no lo lograra, pareció empequeñecerse aún más y se echó a llorar. Nonny le dirigió una mirada llena de bondad; sin embargo, no le dijo nada.

—No hay de qué alarmarse, señora Peavey —la tranquilizó Cedric—. Nonny se encuentra bien ¿Cómo está usted? Quisiéramos pasar a la sala de los arneses.

—¡Oh!, me temo, señor, que allí debe de haber mucho polvo acumulado —dijo la señora Peavey—. No he entrado en la sala de los arneses desde que mi nieto falleció. Yo tenía un nieto, señor.

—Ya lo sé, señora Peavey —dijo Cedric—. Siento mucho lo sucedido. Lo del polvo no tiene importancia.

—Billy ponía la llave en la parte interior de la puerta —dijo Nonny—. Solo él podía hacerla girar. Bájame aquí, tío.

—Sí, Nonny —dijo Cedric.

Abrió la puerta de acceso a la habitación de los arneses. Sintió el olor antes de ver nada; luego la luz y los olores se fundieron para darle una serena bienvenida, a la vez humilde y digna.

La habitación era larga, de techo bajo, abarcaba toda la longitud de la casa y tenía dos ventanas al Este y dos al Oeste. Todo se veía cubierto de polvo. Cuando la anciana aseguró no haber entrado allí desde la muerte de Billy, en realidad se quedaba corta: la delicada capa de polvo debía datar de la época del viejo cochero.

Era tan agradable estar allí, que por un momento permaneció inmóvil, olvidándose de su tarea. La cálida y dorada luz de la tarde bañaba la habitación vacía transformando su desnudez y su pobreza en esplendor. Las paredes encaladas tenían un lustre de alabastro y la vieja techumbre de madera un oscuro brillo metálico.

A lo largo de los muros había percheros y atriles de los que colgaban arneses y monturas. Había

collares, correas, petos, ceñidores, bridas, cinchas y estribos. Había arneses simples y dobles, para coches de dos y de cuatro caballos, y arneses de bronce labrado con escudos en las anteojeras. Había sillas de montar para cacerías, para carreras y para amazonas.

Cedric sabía muy poco de guarniciones y ni siquiera recordaba haber viajado en un vehículo tirado por caballos. Observó los objetos y vio que estaban herrumbrosos y agrietados, pero que eran de buen cuero y de metal, y que habían sido fabricados con arte por unas manos hábiles, cuidadosas y pacientes.

En los otros dos muros había retratos de caballos, individuales o en grupos, y todos en gallardas actitudes: galopando, saltando vallas, haciendo cabriolas y tirando de faetones o de calesas que llevaban damas con traje de cola. Eran antiguos grabados, de hechura tan primorosa como los demás objetos de la habitación, y al igual que ellos, marchitos y con manchas de moscas, algunos con el vidrio roto o sin él.

Comprendió que estaba en el reino de Billy.

Las personas que habían vivido en aquella habitación pensaban en caballos, hablaban de caballos, sabían todo lo que se podía saber sobre caballos y sus más profundas satisfacciones y más altos ideales en la vida estaban relacionados con caballos. El mismo Billy —hijo de un domador y nieto de un cochero, tal vez el último descendiente de una línea de jinetes y criadores de caballos que se remontaba al más oscuro pasado— había sido el heredero legal de este viejo y perdido mundo de los caballos en Inglaterra. El pequeño y silencioso guardián, custodio de esta última y olvidada reserva, había logrado que su esplendor y su gloria volvieran a la vida ante los ojos de su amiga, que era una hija de la época motorizada.

Nonny, que había pedido que la dejara en el suelo permanecía tan inmóvil como Cedric y recorría con la vista la habitación, llena de apasionado y tierno orgullo. Ahora pidió otra vez que la alzara para poder mostrar los cuadros a su invitado. Reconoció que tenía fuerzas suficientes como para montar a horcajadas sobre sus hombros y en esta posición recorrieron lentamente el lugar.

—Este es Ranger, que ganó en Longchamps, tío Cedric. Este es Boiard, que ganó en Ascot. Este es el caballo favorito de la Reina y este el favorito del príncipe Alberto. Este es Roberto el Diablo, que ganó en Saint-Leger... ¿No te parece que tiene aspecto de diablo? ¡Este es Gladiateur, que ganó el derby! Todo está escrito debajo de cada uno de ellos.

—Pero si tú no sabes leer, Nonny —dijo Cedric—. ¿Cómo te has enterado?

—Billy sabía leer —repuso Nonny—. Me lo explicaba todo... ¡Mira! —exclamó con súbito entusiasmo—. ¡Esta es la coronación de la Reina el 28 de junio de 1838! —Se puso seria y permaneció por un momento en silencio—. Bájame —dijo—. Jugaremos al desfile de la coronación.

Cedric miró a su alrededor. En ninguna parte se veía un armario o un arcón. En una esquina había una cesta con pinzas para la ropa y algunas botellas vacías. Creía haber estado muy cerca de su meta; pero de pronto se sintió triste, torpe y demasiado adulto. ¿Qué objetos, se preguntó, habrían sido animados por la varita mágica de Billy, para formar el desfile real?

Había un sillón cuyo relleno de crin asomaba a través de la rasgada tapicería.

—Mira, Nonny —dijo—, te sentarás en el sillón y me dirás lo que tengo que hacer.

—No —respondió Nonny—, no me sentaré.

—¿Y por qué no? Si va a haber una carrera, esa será la tribuna del jurado y tú serás el juez. Si vamos a hacer el cortejo de la coronación... —Se detuvo, pues no sabía qué papel quería representar Nonny.

—Yo seré Dios que contempla desde la altura —dijo Nonny con voz clara—. Billy decía que Dios contemplaba desde arriba a todos los caballos.

Se veía muy pequeña en el enorme sillón; sin embargo, se sentó en él como si fuera un trono.

—Abre las puertas del establo —dijo—, ¡y que salgan los caballos!

—Sí, querida —respondió él; y temeroso de cometer algún error por accidente, cogió uno de los cuadros y lo colocó en el suelo contra la pared.

—No —dijo Nonny—; Osmond no, tío Cedric. Ese otro: ¡Zeodone, que ganó el Grand National!

En el muro se veía a Zeodone, alzada sobre sus patas traseras y montada por un gallardo jinete.

—Nunca habrías podido encontrar el establo tú solo, tío Cedric, ¿no es así? —dijo Nonny—. Billy lo encontró sin ayuda. Tuvo que encaramarse sobre la silla de amazona para alcanzarlo.

Al quitar el cuadro apareció en la pared un hueco rectangular, oscuro y profundo.

—Están allí —dijo Nonny.

En el nicho había un montón de cajas grandes y pequeñas. Cedric las bajó una por una y después de haber cogido tres o cuatro comenzó a adivinar lo que contenían.

Las cajas, bellamente adornadas, eran de cuero y de terciopelo con cerraduras doradas, pero estaban herrumbrosas y agrietadas.

Nonny le ordenó que las dejara en el suelo y las abriera. Por dentro tenían un forro de satén descolorido. Pero sobre la tela ya ajada, las joyas resplandecían limpias y luminosas como cien sonrisas deslumbrantes.

—¿Había visto alguna vez caballos tan magníficos, tío Cedric? —preguntó Nonny llena de júbilo—. Billy y yo los lavamos con una pequeña esponja y con un jabón que perteneció a su abuelo. Puestos en fila llegan desde una pared hasta la otra.

Había anillos con diamantes, rubíes y zafiros. Había broches en forma de ramilletes o de cestos con flores, de arabescos o estrellas. Había brazaletes, pendientes y hebillas. Cinco cajas contenían collares o grandes dijes cuyas piedras, por algún motivo, habían sido sacadas del engarce y se hallaban dispersas o amontonadas. Dos sartas de perlas, una muy larga y otra un poco más corta, ambas de grandes perlas rosadas, se habían roto y las cuentas se entrechocaban suavemente al mover la caja. Había aretes de perlas y largos pendientes de diamantes. Había tres tiaras, de las cuales la más grande era toda de diamantes y tenía un aspecto regio.

El brillo de las piedras talladas y el suave resplandor de las perlas inundó el corazón del artista con una profunda y humilde adoración y una sencilla gratitud por las cosas hermosas de este mundo. Durante un rato permaneció inmóvil contemplando la exhibición y sin saber cuál era el objeto más hermoso.

Luego pensó: «Así es que era esto. Solo Dios sabrá lo que sucedió. ¿Tal vez, los amantes, después de preparar la fuga cuidadosamente, tuvieron que escapar en el último momento a toda prisa, para librarse de la venganza del esposo? ¿O tal vez, George, el tatarabuelo, los sorprendió antes de partir y lo más probable es que si busco debajo del piso encontraré los esqueletos?».

Nonny parecía satisfecha con la impresión que sus caballos producían en la mente de su joven tío. Lo dejó un instante entregado a su muda admiración y enseguida le ordenó que comenzara su trabajo.

Obedeciendo sus órdenes se puso a gatas para arreglar el cortejo. El largo desfile se extendía desde la pared hasta el sillón y él debía comenzar con el encabezamiento. Mientras tomaba forma bajo sus manos, se volvía cada vez más deslumbrante y el más brillante era el carruaje de la Reina, que debía aparecer al final.

En primer lugar figuraba mister Lee, el alguacil de Westminster. Mister Lee era un gran sello tallado en ágata con el escudo de la familia. Podía mantenerse de pie y se sostenía con mucha dignidad.

A continuación venía el Regimiento Real de Caballería formado en ordenadas hileras por los

rubíes más pequeños del collar.

Luego venían los carruajes con la familia real, representados por resplandecientes brazaletes con dos o tres anillos en su interior; el último era el carruaje de la Reina Madre: una tiara acompañada de seis anillos. La Reina Madre era una gran perla engarzada como pendiente, apoyada graciosamente en la curva interior de la tiara.

Después venía la Brigada de Palacio, compuesta de broches.

Las perlas del collar más pequeño seguían detrás y formaban los cuarenta y ocho remeros de la Reina.

En pos de ellos marchaba el Escuadrón Superior del Regimiento Real de Caballería, formado por los rubíes más grandes del collar; seguido de los Cazadores Reales, vestidos de verde y representados por las esmeraldas del collar y de los otros ornamentos. Los Alabarderos de la Guardia, montados en caballos blancos, eran diamantes.

Finalmente venía el carruaje de Su Majestad: la enorme y resplandeciente tiara, precedida por seis pares de aretes, los más pequeños delante y los más largos y pesados más cerca del carruaje.

—Ahora pon a la Reina en su coche —dijo Nonny—. ¿No te parece hermosa toda vestida de blanco? En realidad soy yo. ¡Billy decía que era yo!

Cedric puso con mucho cuidado el diamante más grande en medio del semicírculo formado por la tierra. Recordaba haber oído hablar de este diamante comprado a un maharajá hacía cien años.

Detrás del coche marchaba un regimiento de perlas provenientes del collar más grande.

—Levántate para ver el desfile, tío Cedric —dijo Nonny.

Se puso de pie, intentó limpiarse los pantalones, pero tuvo que renunciar a hacerlo; contempló el desfile.

La mirada de Nonny seguía la suya; su rostro estaba sereno e iluminado de felicidad.

—Dime qué te parece, tío Cedric —dijo en tono gozoso.

—Parece la cueva de Aladino, Nonny —opinó él.

Al escuchar sus propias palabras recordó a su hermana, recordó la conversación sostenida en el hotel, y pensó: «Un gran rubí de Holanda para ser engarzado en un brazaletes. Ay, Annabelle».

—No, tío Cedric —dijo Nonny—. No deberías decir que es como la cueva de Aladino, porque es exactamente igual a la coronación.

—Querida —replicó él—, eso es lo que quise decir. Es una *verdadera* coronación. Por eso es tan valiosa y fascinante. Sin embargo, algunas personas podrían decir que, en cierto modo, parece la cueva de Aladino.

—¡Oh, sí! —dijo Nonny después de una pausa—. Cuando hayamos acabado lo guardarás todo y volverás a poner a Zeodone en la puerta del establo, ¿no es así, tío Cedric? Entonces nadie podrá encontrarlos.

—Sí, Nonny —dijo él, y después de un momento añadió—: ¿No te parece que será igual que si Billy siguiera aquí? La niña se quedó callada por un rato.

—No —dijo por fin—, no será exactamente igual. Sin embargo, dentro de poco... —se detuvo por uno o dos segundos— estaré completamente bien. Entonces Billy volverá, y él y yo estaremos juntos otra vez. Para siempre.

LA DAMA ORGULLOSA

EN el año II del calendario revolucionario —que para la cristiandad fue el año 1794 d. C.—, el ciudadano Samson, verdugo de París, era una persona muy conocida en la ciudad.

En una época de brillantes discursos y de brillantes e infatigables oradores, cierta dama llamada La Guillotine mantenía su fama gracias a su silenciosa eficacia. Al igual que esta dama, su sirviente Samson era muy temido, pero muy popular y, también como ella, tenía muchos sobrenombres y pocos amigos.

El ciudadano Samson estaba terminando de cenar en sus habitaciones de la rue du Bac, cuando la portera le informó que dos ciudadanas rogaban que las recibiera. El verdugo estaba de buen humor, concedió a las ciudadanas lo que le pedían y las recibió sentado a la mesa.

Una de sus visitantes era una mujer de edad mediana, con una toca blanca que le enmarcaba el rostro sonrosado, y la otra, una delgada y pálida jovencita de quince años. Ambas vestían de la manera más sencilla posible y las dos tenían un aspecto tan poco mundano y tan inocente, que le recordaron las monjas que solía ver en la calle, en los viejos tiempos, antes de la Revolución.

—¿Qué puedo hacer por vosotras, ciudadanas? —preguntó, echándose hacia atrás en su silla.

Fue la mujer de mediana edad la que contestó y la que hizo de portavoz durante los quince minutos que duró la entrevista, pues la chica mantuvo hasta el final los labios —y podría decirse que todo su rostro— absolutamente cerrados. Cuando Samson miró por segunda vez su rostro agraciado y hermético, le pareció que la había visto antes, y solo uno o dos días atrás.

—Ciudadano Samson —dijo la mujer—, venimos de la ciudad de Avignon. Allí, nuestro vecino, el buen ciudadano Dubosc, nos ha dicho que poseéis un corazón generoso. Somos mujeres pobres, honestas y fieles a la República.

—Si os envía Baptiste Dubosc —dijo Samson—, no podría ser de otro modo.

—Fieles a la República —repitió la mujer— que dará la felicidad a todo el pueblo de Francia. Nuestro ruego es inofensivo. Para nosotras significa mucho, para vos solo será cosa de un instante.

—Como bien sabéis, tengo la costumbre de cortar por lo sano —dijo Samson echándose a reír—. Haced lo mismo vosotras.

—No, buen ciudadano Samson —dijo la mujer con una suave sonrisa que desnudó sus hermosos dientes—, dejadme contar la historia a mi manera. Os preguntaréis qué clase de mujeres son las que vienen a molestaros a una hora tan avanzada.

»Mi nombre es Marie-Marthe Lemoine —siguió diciendo la mujer—. Nací en la provincia de Anjou y durante toda mi vida estuve al servicio de *madame* la Marquise de Perrenot de Lionne. Os ruego que me excuséis —agregó mientras su rostro redondo y rudo se ruborizaba súbitamente— por referirme a estos viejos títulos, pues me fueron familiares durante mucho tiempo. No lo hago con malas intenciones.

—¡Vaya! —exclamó Samson—. ¡Conque la Perrenot de Lionne! ¿Sabéis ya que mañana se le cortará la cabeza?

—Lo sabemos, ciudadano —dijo la mujer.

—Ya era hora —dijo Samson—. Nunca existió en Francia una vieja bruja más implacable, cruel y avara. Era conocida en Londres y San Petersburgo como una jugadora con mucha suerte en las cartas y sin embargo, les quitaba la comida de la boca a sus criados y siervos. Sacó un ojo con su fusta a un campesino por no descubrirse con suficiente rapidez ante ella.

—Así es —dijo Marie-Marthe—, y ese pobre anciano era mi padre.

—Y encerró a una de sus doncellas en una torre durante tres años porque hizo algo que no fue de su agrado —continuó Samson.

—Así es —dijo Marie-Marthe—, esa criada era yo.

Samson la miró.

—Y dejó morir de hambre a su única hija —continuó diciendo— por haberse casado contra su voluntad con un hombre honesto y amigo del pueblo.

—Sí, así es, ciudadano —dijo Marie-Marthe.

—Y si mal no recuerdo —dijo Samson— hizo que un espadachín aristócrata matara a su yerno en un duelo.

—No, buen ciudadano, en ese punto habéis sido mal informado —dijo la mujer—. *Madame* no sabía nada de ese duelista. Es verdad que algunas personas creyeron que la muerte del desventurado joven capitán se debió a sus deseos y a su voluntad. Sin embargo, el sacerdote, perdonadme otra vez, ciudadano, pero en aquel tiempo aún existían los sacerdotes, me reprochó haberlo pensado siquiera, y me dijo que tales cosas no sucedían en nuestros días. El caso es que el capitán murió y su esposa perdió la vida después de él. Y esta muchacha que ahora me acompaña es hija de ambos y la nieta de *madame*.

Samson volvió a dirigir una larga e inquisitiva mirada a la joven.

—Ahora sé por qué creí haberte visto antes, pequeña ciudadana —dijo el hombre con lentitud—. Asistí al juicio de tu abuela. Cuando le preguntaron su nombre accedió a decirlo —resultó ser un largo galimatías—, pero a partir de ese momento no dijo una sola palabra más, fuera cual fuese la pregunta. Te pareces a ella, lo cual es una pena para una republicana tan bonita. Quisiera que pudiéramos extraerte hasta la última gota de la sangre de los Perrenot, para que pudieras transformarte en la buena esposa de cualquier *sans-coulotte*.

—No digáis eso, ciudadano —dijo Marie-Marthe—, no digáis eso.

—¿Por qué no? —preguntó Samson.

—Ya os lo explicaré —dijo ella.

—Pues vuestra historia comienza a interesarme —dijo Samson—. Veo que ambas tenéis una cuenta extremadamente larga que ajustar con esa vieja bruja. Si lo que deseáis es un asiento desde el cual poder ver cómo paga su deuda, vuestra petición ya está concedida. ¿Has visto alguna vez a tu abuela? —preguntó a la muchacha.

El rostro de la joven permaneció tan inexpresivo, que Samson no supo si había oído la pregunta, y fue la mujer mayor la que respondió.

—Sí, ciudadano, sí, la ha visto —dijo—, pero no durante este último año.

—Os diré por qué me tomé la molestia de asistir a su juicio —dijo Samson mientras cargaba lentamente la pipa—. En la actualidad no suelo hacer eso con frecuencia. Pero creo que ella será mi última aristócrata. Ya nos hemos librado de casi todos ellos. La vieja Perrenot pudo escapar a la aguda mirada de la República gracias a que permaneció oculta y solitaria en un rincón de su viejo castillo. En la carreta irá en compañía de unos rufianes con los cuales no se habría codeado hace diez años. Sus viejas piernas tendrán que bailar este último minué sin ayuda de nadie, pues no encontrará ningún noble acompañante que le ofrezca el brazo. Pero continuad, ciudadanas.

Marie-Marthe permaneció callada durante un momento.

—Durante muchos años fui la doncella de *mademoiselle* Angélique, la hija de *madame* —dijo—. Era cinco años menor que yo, y yo era su mejor amiga.

—¿Qué? —dijo Samson—. ¿Cómo permitió esa orgullosa señora que su hija fuese amiga de una muchacha campesina?

—¿Qué podría importarle que su hija fuera amiga de una chica de su propia región? —dijo—. Nuestra amistad duró hasta que *mademoiselle* Angélique cumplió dieciséis años. Cuando su hija solo tenía dos años, *madame* ya había concertado un espléndido matrimonio con el hijo mayor del conde de Germont. ¿Pero qué queréis? El hombre propone y otro —el Ser Supremo— dispone.

—No creo que el Ser Supremo se moleste en arreglar matrimonios aristocráticos —dijo Samson.

—Eso es exactamente lo que quería decir —dijo Marie-Marthe—: ese brillante matrimonio nunca se llevó a cabo. El mismo año en que el anciano rey murió, el capitán Louis de Kerjean llegó a la provincia de Anjou a reclutar soldados. Mi joven señora huyó con él, y un pobre sacerdote de aldea los casó. Yo no estaba al tanto de nada. *Mademoiselle* Angélique, quien hasta entonces me lo confiaba todo, guardó silencio sobre esto por temor a exponerme a la ira de *madame* y se limitó a enviarle una carta cuando el matrimonio estaba ya consumado.

»*Madame* no dijo ni una palabra al leer la carta —continuó—. Más tarde comentó que su hija se había vuelto loca, y que yo también debía de estar loca, de lo contrario lo hubiera sabido y la habría informado a ella. Eso fue lo que les dije a mi padre, a mi madre, y entonces me encerró en una torre del *château*. Durante tres años, ciudadano. Y no me permitió hablar con nadie.

»No puedo decir que descuidaran mi bienestar. Me alimentaban bien y en invierno había fuego en la chimenea. Tampoco tuve que sufrir el castigo del ocio porque *madame* hizo poner un telar a mi disposición; se me entregó una bolsa repleta de lanas de diferentes colores, y recuerdo que dijo: “Veamos cómo se las apaña una muchacha loca”. Y la verdad, ciudadano, es que durante estos tres años inventé un nuevo tipo de tapiz que se hizo famoso en la provincia. Esto resultó muy provechoso y afortunado para mí, pues desde entonces he podido mantener a mis *demoiselles* gracias a esta habilidad.

»Por aquel entonces *madame* estaba rara vez en casa; fue el período en que viajó por todo el mundo, y en que, como habéis dicho, creció su fama como jugadora afortunada. Algunos creían que pensaba casarse por segunda vez, para tener otro heredero, ya que consideraba a su hija como muerta.

—Si ella nunca estaba allí, ¿por qué diablos los otros sirvientes no le permitían salir?

—Me lo permitían, ciudadano —dijo Marie-Marthe—. Lo hicieron en tres ocasiones. Tres veces durante esos tres años pude caminar al aire libre, bajo el bendito cielo de Dios, y sobre la hierba, como solía hacerlo de pequeña. Yo era hija de un campesino.

—¿Pero por qué volvían a encerrarte? —preguntó Samson.

—Oh, esa era la voluntad de *madame* y yo no quería acarrear la desgracia sobre mis compañeros de trabajo. En cierto modo me resultaba más triste estar afuera que dentro, pues a pesar de que nadie podía hablar conmigo, supe que mi amigo, el joven con el cual debía casarme, había tomado a otra por esposa. ¿Qué queréis? No podía pedírsele que esperase para siempre.

»Durante todo este tiempo —continuó— no tuve noticias de mi *demoiselle* y sin embargo siempre la tenía en mis pensamientos. Después supe que en aquellos tres años tuvo dos hijos que murieron. El ama de llaves dijo que ella creía que esto había complacido a *madame*, quien no quería que su propia sangre viviera con el nombre de Kerjean. Durante mi encierro de tres años el pobre joven capitán fue muerto en un duelo.

—Recuerdo la historia —dijo Samson—, aunque sucedió hace mucho tiempo.

—Hace quince años —dijo Marie-Marthe.

—He sido informado —dijo Samson— de que el capitán Kerjean, ya en esa época, diez años antes de la Revolución, era un revolucionario de corazón. Un soldado fue ahorcado por robar media botella de vino olvidada en la sala de oficiales. El capitán Kerjean se indignó y dijo lo que pensaba.

Esto acabó en un duelo y su oponente resultó ser mejor espadachín.

—Cuando su joven esposa se enteró de la noticia de su muerte, dio a luz a su hija con tres semanas de anticipación.

»Tres días después, *madame* quitó el cerrojo de mi puerta, y me dijo que fuera a Namur, donde estaba su hija, pues suponía que yo ya estaría curada de mi locura, y *mademoiselle* necesitaba a alguien de su tierra a su lado. Me proporcionó todo lo que necesitaba e hizo que un lacayo viajara conmigo hasta Namur. Esto resultó muy conveniente, pues yo me sentía muy confusa al ver de nuevo a mi alrededor los rostros de la gente y al oírles hablar. *Mademoiselle* Angélique vivía con su hija en una casita de Namur, con muy poco dinero. Ya veis, ciudadano, cuán provechoso resultó para mí aprender a tejer tapices en la torre, pues esto me permitió mantenerlas.

»Fui feliz en Namur. A veces me partía el corazón pensar en los maestros de danza, los maestros de equitación y los maestros de música que mi *demoiselle* había tenido cuando niña; y ver que su propia hija no tenía quien le enseñara nada, aparte de su pobre y joven madre. Pero por lo general estaba demasiado ocupada para pensar en estas cosas.

»Mucho después mi tía me contó que, al morir su yerno, *madame* experimentó un gran cambio. De algún modo, una vez desaparecido él, *madame* se reconcilió con la situación, y concibió ciertas esperanzas. Mi tía creía que ella tal vez pensó que, después de todo, su nieta llevaba su misma sangre. Entonces ideó un plan.

»Cuando su presunta novia huyó con su amante, el joven conde de Germont se casó con una joven de alto linaje. En el primer año de matrimonio tuvieron un hijo. Entonces, *madame* comenzó a imaginar que el matrimonio que antes había preparado para su hija aún podía realizarse en la segunda generación, la de su nieta. Pero ella necesitaría una dote mucho mayor para compensar la falta de nobleza de su padre. A partir de ese momento cesó de viajar y de jugar y se dedicó a acumular dinero. Mi tía me contó que de un día para otro se transformó en una anciana; dejó de preocuparse por su aspecto, no se encargó más vestidos y prácticamente no salía de su heredad. Todas las historias sobre su avidez y avaricia datan de esa época. Fue entonces cuando quitaba la comida de la boca a su servidumbre, y ella se sentaba en el gran comedor y se servía los platos más vulgares. Mi tía decía que hacía todo esto por esa niña a la cual nunca había visto y cuyo padre, al morir, le había dado una alegría. Desde la época del matrimonio de *mademoiselle* Angélique hasta la muerte de su esposo, nunca mencionó a su hija. Se carteaba con el conde de Germont sobre el asunto. También solía hablar del niño, el novio de su nieta, y calculaba si la dote sería lo suficientemente grande como para satisfacerlo. Todo esto me lo contó mi tía cuando volvimos a encontrarnos.

»Yo no podría haberme enterado de estas cosas en nuestra pequeña casa de Namur. Pero resulta muy extraño, ciudadano, que mi joven señora, a pesar de estar tan lejos de su madre, de que no se carteaban ni oía hablar de ella, parecía estar enterada de todo. No mencionaba el nombre de su madre, al igual que *madame* no mencionaba el suyo, pero a veces suspiraba profundamente y me decía... “Marie-Marthe, mi buena Marie-Marthe, alguien está pensando en nosotras. Alguien está pensando en mi niña.” En cierta ocasión me dijo: “Durante trescientos años, hasta el nacimiento de mi primer hijo, ninguna criatura que llevara mi apellido nació fruto del amor. Y mis dos hijos murieron”. Otra vez me dijo entre suspiros: “Mi buena Marie-Marthe, mira cómo cada día se vuelve más pálida y frágil, parece que alguien esté extrayendo la sangre Kerjean de las venas de mi niña”. Es por eso, ciudadano, que os rogué que no dijerais que querías sacar la sangre de los Perrenot de ella. Pues de ser así, ¿qué le quedaría a la pobre muchacha?

»El caso es que, en tanto que los dos niños habían llevado el nombre de su padre y de su familia, *mademoiselle* Angélique bautizó a su hija con el nombre de su madre: Joselynde Jeanne.

»Mi joven señora era tan bonita que la gente en la calle se volvía a mirarla cuando pasaba. Tuvo muchas oportunidades de casarse de nuevo, y con pretendientes importantes y ricos, pero ella me confesó que esa idea le resultaba la cosa más espantosa del mundo. Por esto usaba sombreros que casi le tapaban el rostro y solo salía cuando estaba oscuro. Sabía hacer encaje y pasaba casi todo el tiempo sentada frente a su cojín y ante el retrato de su esposo. Aquello también nos servía para reunir un poco de dinero.

»Viví con mi joven señora en la casita de Namur durante once años. Entonces ella murió. Cuando enfermó, su preocupación era el porvenir de la pequeña Jeanne. Pero antes de morir me dijo: “Marie-Marthe, tenía que ser así. Abandoné Montfaucon, la casa, la tierra, los bosques y los siervos que me pertenecían, todo por mi felicidad. Desde el instante en que vi al que iba a ser mi esposo supe que le pertenecía, y aún ahora le pertenezco. Así como nuestros dos hijos varones le pertenecieron a él y a mí, ha llegado el momento de ajustar cuentas y no debo privar a Montfaucon de esta hija mía que le pertenece”.

»Poco tiempo después de la muerte de *mademoiselle* Angélique, *madame* nos mandó buscar a Joselynde Jeanne y a mí.

»Cuando abuela y nieta estuvieron una frente a la otra, se miraron durante un rato sin decir nada. Tiempo después, *madame* me dijo en cierta ocasión: “Fue como mirar en un espejo una imagen de treinta años atrás, cuando Joselynde Jeanne era inocente, pura de corazón, tenía fe en los seres humanos y en su rostro no había arrugas”. Mi pequeña Jeanne me comentó: “Marie-Marthe, cuando miré a mi abuela creí estar mirando un espejo, un terrible espejo que me distorsionaba y me ensombrecía... no sabría decirte de qué forma tan perversa”.

»Las cosas habían cambiado mucho en Montfaucon. El alimento era escaso hasta en la mesa de *madame*. Solo había dos o tres viejos caballos en el establo y los cocheros, pajes y lacayos llevaban viejos y desteñidos uniformes que debíamos remendar y zurcir constantemente. Pero *madame* se encargaba de que la pequeña Jeanne tuviera exquisita y abundante comida; cuando llegamos me riñó por la delgadez de la niña. Dedicó mucho tiempo a enseñarle a tocar la espineta, a cantar y a bailar el minué, porque en otro tiempo ella había sido famosa en los grandes bailes de Versalles. El viejo lacayo de *madame* le enseñó equitación y a la niña parecía gustarle mucho.

»En aquella época, ciudadano, la gente ya comenzaba a hablar de los grandes cambios que se avecinaban. Recuerdo la primera vez que escuché la palabra *revolución*. Sin embargo *madame* no se preocupaba en lo más mínimo. Me contaron que cuando los nobles perdieron sus privilegios se echó a reír: “Cuando todas estas locuras terminen...”, decía ante cada mensaje llegado de París, o “Cuando las cosas vuelvan a ser como en los buenos tiempos...”.

»Por entonces, *madame* veía a muy pocos de sus vecinos, de modo que no se enteraba de muchas cosas, pero cuando supo que muchos de los grandes de Francia habían abandonado sus tierras y sus casas para irse al extranjero, se enfureció y dijo que debía cortárseles la cabeza.

»De vez en cuando ella escribía o recibía correspondencia del conde de Germont. Dos años atrás, el conde, su esposa y el chico con quien *madame* pensaba casar a Jeanne, que ya tenía trece años, vinieron a Montfaucon, pues habían decidido salir de Francia e irse a Inglaterra. Se quedaron dos noches y todo el tiempo *madame* y ellos discutieron la manera de arreglar las cosas. Ellos se mostraron sorprendidos al enterarse de lo poco que *madame* sabía sobre lo que estaba sucediendo. Eso lo escuché yo al cruzar la habitación. En otra ocasión oí que hablaban sobre la dote y decían que estaría más segura en Inglaterra que en Francia. *Madame* respondió que la entregaría al contado, es más, que consentiría en que el matrimonio fuese bendecido allí mismo por el cura de la aldea, pero solo si se quedaban en Francia, pues no podía decidirse a tratar con emigrantes. Cuando toda esta

locura hubiera terminado, replicó, celebrarían una gran boda, y todo lo que ella había ahorrado pasaría a pertenecer a la novia.

»Mientras los adultos discutían, los niños gozaban de libertad para hacer lo que quisieran y caminaban y jugaban por el jardín. *Madame* era muy cuidadosa con Jeanne, pues no quería correr el riesgo de perderla de la misma forma en que había perdido a su madre, y por ese motivo casi nunca tenía otros niños con quienes jugar. El chico también había estado siempre muy solo. Pero se llevaron bien juntos y en los dos días que los Germont permanecieron en Montfaucon, no se separaron ni una hora.

—¡Ajá! —dijo Samson—, así es que a pesar de las virtudes de tu padre, te agradaba tener un pretendiente aristócrata, pequeña ciudadana, ¿no es así?

—¡Oh!, no debéis regañar a la niña por haber tenido ese único compañero de juego en toda su vida —dijo Marie-Marthe—. En todo caso se marchó con su padre y ahora está en Inglaterra.

»Poco tiempo después incendiaron un castillo cerca de Montfaucon. Desde nuestra terraza se veía el cielo completamente rojo. Me parece que entonces por primera vez *madame* comenzó a creer en la Revolución. “Me quedaré aquí, pero mi nieta estará más segura contigo, lejos de Montfaucon”, me dijo. Lo repitió tres veces, pero siempre rechazaba la idea de nuestra partida. En aquella época solo le quedaban dos sirvientes. Ella misma condujo el carro que nos llevó a través de los bosques y praderas hasta los confines de su heredad. Volvimos a Namur, pues yo tenía allí mis mejores clientes. Nuestra casita había sido vendida y *mademoiselle* Jeanne y yo alquilamos algunas habitaciones en casa de la viuda del panadero, donde vivimos tal como lo habíamos hecho antes.

»No tuvimos noticias de *madame* hasta hace muy poco, cuando mi tía, que ahora es una anciana, llegó para unirse a nosotras, temblorosa y exhausta por el largo viaje. Me contó cómo había vivido *madame* en Montfaucon después de nuestra partida. Mi tía fue la última de los viejos servidores que permaneció con ella; sin embargo, *madame* pareció no darle importancia, ni valoró su fidelidad. Mi tía decía que *madame* siempre creyó que era un gran honor servir a la Marquise de Perrenot. No obstante, ella misma hizo que mi tía se alejara cuando la situación se tornó peligrosa, a pesar de que continuaba diciendo que pronto llegaría el día en que toda la locura revolucionaria sería considerada como algo del pasado. Mi tía no quería dejarla, porque se preguntaba cómo podría *madame* acarrear la leña y el agua. Pero *madame* respondió que siempre sería un honor y un placer acarrear leña y agua para un Perrenot.

»Cuando *madame* fue arrestada, vivía sola en el viejo castillo, tal como vos lo habéis dicho, ciudadano. Nos enteramos de esto en Namur. También nos enteramos de lo que acabáis de decirnos, ciudadano: que será decapitada como el último representante de la nobleza y que irá a la guillotina sin la compañía de ninguna persona de su rango. Poco después Jeanne dijo que debíamos venir a París a veros, ciudadano Samson, para presentaros nuestra súplica.

»Tengo un solo objeto de valor, un anillo que *mademoiselle* Angélique me dio cuando ambas éramos niñas. Tal vez a vuestra buena esposa le agradaría.

Al decir esto desató un cordón que llevaba alrededor del cuello y puso un anillo sobre la mesa.

El ciudadano Samson se echó a reír.

—Eres tan inocente, ciudadana —dijo—, que ante los ojos de un hombre con menos experiencia que yo, parecerías sospechosa. Si es una gran ofensa intentar comprar a cualquier servidor de la República, ¿cómo no lo será intentarlo con el esposo de *madame* La Guillotine? Sin embargo, yo he estado en contacto directo con hombres y mujeres de todas clases. Conozco a los míos con solo mirarlos. Ustedes son, tal como me lo dijeron al entrar, mujeres pobres y honestas, y han tenido que sufrir mucho en la vida, a causa del orgullo de la vieja Perrenot.

»Ya les dije que esta noche estaba de humor como para escuchar una historia. Ahora debo agregar que estoy de humor para otra cosa. Mientras me contabas tu historia he observado a la pequeña ciudadana que te acompaña. El suelo de París no produce hoy en día lirios tan finos y blancos como ella. Me debe un beso y quiero recibirlo esta misma noche. Si me lo das, nieta de Joselynde Perreno de Lionne, prometo acceder a tu petición, aun sin saber de qué se trata.

Durante unos segundos el silencio reinó en la habitación y no obtuvo respuesta. Samson volvió a echarse atrás en su silla y una tétrica sonrisa se dibujó en su rostro.

—Espera un momento, pequeña ciudadana —dijo—. Espera un momento. ¿Comprendes lo que estás a punto de hacer? Vas a besar a Samson, el hombre que cortó la cabeza al Rey y a la Reina de Francia. Algún día podrás ser la esposa de un *sans-coulotte*, pero esos labios que han besado a Samson nunca recibirán el beso de un aristócrata. Aun en el caso de que toda esta locura de la Revolución se terminase, y encontraras el tesoro de tu abuela, después de haber besado a Samson no tendrías ningún motivo para irte a Inglaterra a reunirte con tu amigo del jardín de Montfaucon.

La chica lo escuchó con gravedad y sin pronunciar palabra, luego se acercó hasta su asiento y se quedó inmóvil junto a él.

—Tal vez —dijo Samson echándose a reír y mirándola a la cara—, tal vez durante tu vida junto a Marie-Marthe, o en el *château* de la gran dama nadie te ha dicho lo que es un beso. Sin embargo, en los minués de Versalles, al terminar la danza el caballero besaba a la dama. ¿Seré yo quien reciba el primer beso que das? Soy un hombre poco sociable y hace tiempo que no beso a una mujer. Este puede ser el último.

Sentó a la joven sobre sus rodillas, acercó su rostro, y la besó en los labios. Sintió que un estremecimiento recorría el delicado cuerpo que apenas pesaba sobre sus rodillas. Pensó que algo semejante sentirían los antiguos verdugos al aplicar el hierro candente sobre las carnes de ladrones y prostitutas. La dejó ir.

Ella pareció tambalearse un momento antes de recuperar su postura; se ruborizó intensamente, y luego, muy poco a poco, la sangre se retiró de su rostro.

Mientras Samson y la mujer hablaban, ella había permanecido en silencio. Ahora tomó la palabra. Si su rostro y su cuerpo eran los de una niña, su voz era clara y sonora; habló quedo y despacio, en tono comedido y con autoridad.

—Tu petición ya ha sido aceptada —dijo Samson—. Ahora exponla.

—Te ruego, ciudadano Samson —dijo ella—, que en el momento en que mi abuela suba al patíbulo, te quites el sombrero y le digas: «Estoy a sus órdenes, *madame* la Marquise».

EL OSO Y EL BESO

EN el año 1883, durante la construcción del ferrocarril entre Marvik y las minas de Gellezare, tres jóvenes ingenieros que iban a trabajar en el proyecto emprendieron el viaje hacia el Norte desde Cristiania, en el barco *Fulda*.

Navegaban entre los arrecifes y la costa, y los días en el pequeño navío transcurrían con lentitud.

Dos de ellos eran antiguos compañeros de escuela y muy pronto los tres se hicieron amigos y, en la cubierta o en los estrechos salones, discutían sobre política, filosofía, construcción de ferrocarriles, y sobre el futuro que les esperaba en las tierras desconocidas hacia las que se dirigían. En Bodø bajó a tierra el último pasajero y solo quedaron a bordo ellos tres.

Era el mes de septiembre y los días se acortaban en todo el hemisferio norte, pero como todavía duraban un poco más cuanto más hacia el Norte, el *Fulda* evitaba este fenómeno y veía hundirse el sol todos los días a la misma hora. Los tres jóvenes hablaban mucho sobre esto, pues sabían que en el equinoccio se produciría un cambio y entonces la noche del Norte comenzaría a invadir el día por ambos extremos. Finalmente, en diciembre, la noche se tragaría completamente el día y el trabajo debería interrumpirse durante algún tiempo. Era como si navegaran lentamente y muy alertas hacia una trampa que la naturaleza les tenía preparada en la oscuridad.

Sin embargo, la oscuridad no estaba vacía, palpataba llena de vida. Las leyendas y consejas, que habían sido desterradas de sus ciudades natales, moraban allí en las cavernas y barrancos de las montañas, o eran perseguidas por la nieve que el viento arrastraba sobre la meseta. En el Norte podía suceder cualquier cosa.

Las largas conversaciones de los tres jóvenes solían terminar siempre en uno de estos dos temas: la caza y las mujeres.

Les dijeron que en los alrededores de Gellezare había abundancia de urogallos, por lo cual, los dos amigos llevaban consigo escopetas nuevas y bolsos de caza, y de vez en cuando solían disparar a los pájaros marinos. Sabían que en el Norte la caza era más noble y peligrosa. En los grandes bosques de pino había linceos y comadrejas. Las manadas de lobos siguen el rastro a los rebaños de renos de Laponia o se sientan en círculos sobre la nieve y aúllan bajo la luna invernal. Los más temidos entre estos son los pequeños lobos oscuros llamados *fieldskridere*, es decir, escaladores de montaña. Son tan astutos como feroces. Pueden encontrar la manera de bajar por las más inclinadas laderas rocosas, y lo hacen de forma tal que cada lobo de la manada va pisando las huellas de sus predecesores —el segundo, el noveno, el cuadragésimo, todos en las huellas del jefe—; y así la gente no puede determinar por los rastros en la nieve con cuántos invitados sedientos de sangre deberá enfrentarse. Pero el verdadero monarca de Nordmark es el poderoso y solitario oso que permanece mudo hasta que su furia estalla, y puede derribar a un buey con un golpe de su garra, alzarse súbitamente hacia el cielo, y coger a un cazador en sus brazos y arrancarle el rostro. A veces los osos viejos se convierten en cazadores de hombres. Es peligroso para un viajero aislado encontrarse con uno de ellos en algún paso angosto cubierto de líquen.

Hay leyendas que hablan de muchachas finlandesas y laponas de ojos negros, labios rojos, miembros delicados y voz suave, que son duchas en brujerías.

Una joven lapona de ojos tímidos semejantes a dos hendiduras bordeadas de negro, con su rostro chato y fresco, de día va de casa en casa a vender queso de reno, cinturones de cuero bordados, y botones de cuerno de reno. Y en invierno, por la noche, bajo la luz de los relámpagos del Norte, esa misma muchacha conduce su desbocada cuadruga de lobos a una iracunda velocidad sobre la nieve

mientras revuelve los ojos. Y en las resplandecientes noches de verano cabalga desnuda y soñolienta sobre un pesado y torpe oso, y golpeando sus flancos con una rama de abedul, cuyas hojas comienzan a salir de las yemas, obliga al viejo plantígrado a deambular de buena gana, con ella sobre sus lomos, entre los árboles del bosque derribados por el viento. Esas muchachas pueden ser fatales para los hombres. Gundhil, una joven finlandesa, fue la ruina del rey Erik Bloodaxe, al enseñarle la crueldad y la magia para deshacerse de sus cuatro hermanos. Snefrid, la finlandesa, aniquiló al rey Harald, quien, incapaz de aceptar la muerte de su amada contemplaba su cadáver mientras sus magníficas naves y sus hombres perplejos y apesadumbrados esperaban afuera bajo el soplo de la brisa primaveral. Estas mujeres de ojos oscuros y hablar suave pueden resultar muy caras; pueden costarle a un hombre su vida o su razón.

—Solo nos queda esperar que ahora sean menos caras —dijo uno de los dos amigos, llamado Carl—, y las consigamos a precio rebajado.

El tercer joven, que estaba leyendo, se incorporó y se echó a reír. Le preguntaron cuál era el motivo de su hilaridad.

—Pues me río —dijo con voz grave y agradable— porque lo que estabais hablando coincide con lo que estaba leyendo.

Le preguntaron qué leía. Cerró el libro, utilizando un dedo como señal, y leyó el título a la manera de un colegial:

—*Traducción de las Baladas* de Johann Friedrich von Schiller. —Y añadió—: La que estaba leyendo se llama *El guante*.

—¡Oh, sí, esa vieja historia! —dijo Carsten—. Tuve que leerla en la escuela. Creo que en ella figura un tigre. Pero ya habíamos terminado de hablar de animales salvajes; ahora hablábamos de chicas.

—En ella también aparece una chica —dijo el lector.

Era el menor y el más vulnerable de los tres; un muchacho pobre que tuvo que valerse de becas para terminar sus estudios. Se mostraba tímido porque no estaba acostumbrado a hablar de los temas que los otros dos discutían, y porque no podía desprenderse de su dialecto. Había sido bautizado Bjørn, es decir, oso, y esto provocó algunas sonrisas durante el viaje, pues resultaba un oso demasiado pequeño y delgado, con grandes articulaciones, herencia de un raquitismo infantil. Los demás se preguntaban si no sería el deseo de disimular su delgadez lo que le impulsaba a dejarse crecer el pelo hasta el punto de que parecía un trozo de pelaje hirsuto. Durante su adolescencia tuvo que estudiar tanto en los libros de texto que no le quedaba tiempo para leer por placer. En el viaje había descubierto la pequeña biblioteca del barco y se había sumergido en ella con tal pasión y tanta concentración, que resultaba difícil sacarlo de allí. Sus compañeros acabaron por comprender que cualquier cosa que estuviera escrita en verso se convertía para él en una extraordinaria experiencia y una nueva aventura. Bromeaban sobre esto sin malicia, pues el mismo Bjørn era muy dado a reírse.

—Os leeré la historia —dijo.

»El rey Franz se sienta con todo su séquito en el palco del patio de los leones. Van a presenciar una lucha entre un león y un tigre. La balada describe cómo los animales salen de sus jaulas; el primero en entrar majestuosamente a la arena es el león, mira a su alrededor mientras lanza un largo y aterrador rugido, luego se tiende sobre la arena; a continuación entra precipitadamente el tigre, da vueltas en torno al león y termina echándose frente a él. Entonces —dijo leyendo en el libro—,

*Desde el borde del balcón
cae el guante de una mano encantadora
y se posa en medio de la arena*

entre el tigre y el león.

—Puaj —dijo Carsten.

—Sí, puaj. Pero escucha —dijo Bjørn—, pues a continuación la dama Kunigund se vuelve hacia su Delorges —pronunció el nombre en noruego— y le dice que, si su amor por ella es tan grande como le ha jurado, bajará a por el guante.

—Otra vez, puaj —dijo Carsten.

—Sí, otra vez puaj. Pero escucha —dijo Bjørn—; como comprenderéis todos quedan inmóviles mientras él desciende por la escala de la tribuna, cruza la arena y —volvió a mirar el libro—,

con habilidad recoge el guante

de la fatal arena.

»Se da la vuelta, sube la escala y cuando ya está en lugar seguro — continuó Bjørn en tono festivo —, estalla un fuerte aplauso. La dama Kunigund avanza radiante a su encuentro, pero él le arroja el guante al rostro y le dice: “No hay de qué, señora”, luego se aleja y la abandona para siempre.

—Eso es justo lo que ella se merecía —dijo Carsten.

Bjørn cerró el libro y lo dejó sobre la mesa.

—Pues yo me pregunto —dijo lentamente—, ¿qué es lo que ella se merecía? Vean ustedes, yo nunca había leído nada sobre caballeros antes de estar a bordo del *Fulda*. Y hasta donde logro comprender, para eso están los caballeros, para hacer ese tipo de cosas, para realizar grandes gestas sobre las cuales se puedan escribir canciones y baladas. ¿De qué otro modo podrían componerse canciones y baladas? Es probable que quienes puedan llevar a cabo acciones extraordinarias, no siempre sean capaces de concebirlas. Se supone que el deber de las damas es idear hechos heroicos para que los caballeros los lleven a cabo. Las damas no deben ganarse a bajo precio, sino con grandes hazañas.

—Y los trovadores —dijo Carl, a quien su novia había abandonado por un poeta— estaban allí para cantar baladas en honor a la dama y obtener sus más dulces sonrisas a espaldas del caballero.

—Sí —dijo Bjørn, feliz de ver completada su teoría—, por lo tanto la dama Kunigund ideó una hazaña para el caballero Delorges: desafiar a un león y a un tigre al mismo tiempo y ante los ojos del Rey. Nunca se le presentará de nuevo la ocasión de realizar una hazaña como esta; ese será el único león en su vida. Tampoco podrá encontrar ninguna dama comparable a aquella.

—Y, mientras tanto, la incomparable ha permanecido cómodamente sentada en la tribuna —dijo Carl.

—Sí, en el balcón —dijo Bjørn tan optimista como antes—. Ella tiene que estar sentada en el palco para que el guante caiga desde allí. Está sentada y luce un encantador vestido a la moda, y no se la puede poseer por nada que valga menos que un guante, el guante es su precio. Pero él le arroja el guante a la cara. Después de esto, ¿qué les sucederá a ambos?

Los otros dos se echaron a reír porque hablaba como si se tratara de un hecho real, que acabara de suceder, y porque consideraban que entendía muy poco de literatura.

—No nos preocupemos —dijo Carsten—. Verás cómo todo termina bien.

—El resultado fue una balada —dijo Carl—, y eso es lo que importa.

—Una balada —dijo Bjørn tan lentamente como antes—. Importante para nosotros. No para él. Podemos imaginarnos a la dama Kunigund ya anciana escuchando a veces la balada y sonriendo satisfecha. Conocía a una anciana en Cristiania (dos estudiantes de mi distrito natal cenábamos con ella una vez por semana) que bien pudo escuchar una balada sobre su juventud y sonreír satisfecha. La dama Kunigund era una auténtica dama, y allí, en el patio de los leones, pensó en él y en el honor de él, en tanto que el caballero solo pensó en sí mismo. Cuando sea viejo estará un día

tranquilamente sentado en su castillo, donde ha permanecido sentado toda su vida (no podemos creer que realice ninguna otra hazaña después de la del guante), y llegará un trovador y cantará la balada sobre una gran acción heroica en el patio de los leones. El caballero mandará cerrar las puertas. ¿No os parece que es la cosa más triste (quizá la más triste) que pueda sucederle a un caballero, que cuando canten una balada sobre su propia hazaña, tenga que ordenar que cierren la puerta?

—Tú mismo deberías haber ido en busca del guante —dijo Carsten.

—¿Yo? —dijo Bjørn, y no agregó nada más, decía muchas cosas. Esta única palabra. Le habían puesto otra vez en su lugar: el de un joven pequeño que pudo estudiar gracias a las becas y que había trabajado tan duramente que nunca tuvo tiempo para leer nada sobre caballeros.

—O podrías haber sido tú quien compuso la balada —dijo ahora Carsten—. En ese caso habría terminado con boda y champaña, Bjørn.

Carsten había comprado una botella de champaña la noche en que el *Fulda* levó anclas, cosa que impresionó mucho a su joven compañero.

Bjørn meditó un instante.

—No —dijo en voz muy alta—, no podría. —Recordó algunos matrimonios que había conocido en su infancia y su juventud—. No —volvió a repetir—; es imposible que un matrimonio verdaderamente legal y para toda la vida se pueda decidir en un instante en un patio con leones. No; él logró escapar con vida, y es justo y razonable que con eso le bastara. Sin embargo... —añadió aún más lentamente y como si experimentara un profundo placer por permitírsele volver al tema de los caballeros—, sin embargo, bien podría haberla besado.

Mientras charlaban, el barco se movió de forma extraña y se registraron chirridos y golpes en la sentina. Lo habían notado solo a medias y únicamente comprendieron que sucedía algo fuera de lo común cuando el *Fulda* lanzó unos profundos gruñidos, giró en semicírculo y se detuvo. Interrumpieron la conversación y subieron a cubierta.

Cuando llegaron arriba, el sol ya se ponía. A lo lejos se divisaba el mar abierto; estaban rodeados de largas y oscuras islas y arrecifes. En el punto exacto en que el sol se hundía en el mar entre los arrecifes, podía verse, nítida, la línea del horizonte. Luz en la luz. Era como si dos amantes, en el último momento —durante un baile o un juego—, hubieran apartado todo lo que los separaba y felices se hubiesen arrojado uno en brazos del otro. Este encuentro de fuerzas inmortales resultaba tan potente que se había forzado un anillo, un torbellino de puntos oscuros y luminosos entre él y los ojos de los mortales espectadores. Los tres jóvenes permanecieron inmóviles hasta que el extremo superior del disco solar desapareció y la luz que los rodeaba fue enfriándose como un recuerdo. Había transcurrido un día: eso siempre significaba algo.

No había nadie más en cubierta. Caminaron hacia babor y vieron que se hallaban muy cerca de la costa; las montañas se alzaban, tanto hacia arriba en el claro aire de la noche como hacia abajo en las transparentes y profundas aguas color verde botella. La presencia de un gran espacio por encima y otro por debajo del barco hacía que, en la línea divisoria, el pequeño navío pareciera ingrávito y suspendido en el vacío.

Se produjo un fuerte ruido en la popa; estaban bajando el ancla. Luego subió el capitán de la nave, sucio y sudoroso, y de muy mal humor, y les dio una explicación técnica; había un problema con la máquina del *Fulda*, se había roto un perno en un empalme y era preciso apagar el fuego de la caldera. Esa pequeña bahía, que en otra ocasión habría pasado inadvertida, era un buen sitio para echar el ancla; el *Fulda* había detenido el motor, permanecería allí durante el siguiente día y la siguiente noche. Resumió la situación con un lacónico comentario: ¡Maldita sea!

En lo que concierne a los jóvenes pasajeros este hecho inesperado resultaba una experiencia llena

de posibilidades. Para consolar al capitán lo invitaron a beber ron y subieron una botella desde el camarote. La noche estaba serena y causaba una impresión nueva estar ahí inmobilizados cerca de la costa; se pusieron sus gabanes y permanecieron un rato en la cubierta, sentados sobre rollos de cuerda; bebieron la botella de ron por la reparación de los daños y por comenzar un buen viaje al día siguiente.

Bjørn, que estaba de pie afirmado en la baranda y miraba hacia la costa dijo:

—Acaba de encenderse una luz allí. En ese lugar debe de vivir alguien.

El capitán respondió que allí no vivía nadie. Durante los últimos días habían navegado frente a costas deshabitadas.

—Sin embargo, hay una luz —dijo Bjørn.

Los otros también se pusieron de pie, miraron hacia la costa e intercambiaron opiniones. De pronto el capitán exclamó en voz baja:

—¡Tal vez es Joshua!

Pero no hizo más comentarios. Quisieron saber quién era Joshua, pero el capitán se mostró poco dispuesto a explicarlo y alegó que no era fácil decir quién era Joshua. Varias veces aseguró que no había nadie como él. Finalmente respondió lo mejor que pudo. Dijo que un verano, un artista de Cristiania pintó un retrato de Joshua; llamó al cuadro *Olav Tryggvason*, y al verlo, la gente recordaba al rey Olav que era capaz de caminar alrededor de un barco pisando sobre los remos mientras los hombres remaban, que manejaba la espada con igual pericia con ambas manos, y podía arrojar dos lanzas al mismo tiempo. Quienes conocían a Joshua consideraban que también conocían a *Olav Tryggvason*. En un arranque de furia, Joshua había jurado no cortarse nunca el pelo; lo tenía muy rubio y ahora le caía sobre los hombros. El capitán dijo que si tuviera un retrato de él, sería mucho más fácil explicarles quién era Joshua.

Durante nueve años el capitán se había topado con Joshua con bastante regularidad en sus viajes al Norte. Pero ahora hacía siete años que no lo veía. A pesar de algunas digresiones, los jóvenes lograron sacarle la historia de Joshua. Era una historia triste. A grandes rasgos podía dividirse en tres partes.

Fue un muchacho extraordinariamente alto y fornido, pero con una inteligencia lenta y torpe durante su adolescencia, como suele suceder a los muchachos altos y fornidos, que parecen trabados por su propia fuerza. Sin embargo, hacía catorce años, cuando el chico tenía diecinueve y era media cabeza más alto que los demás, fue un día al bosque sin decir nada a nadie y mató a un oso que había dado muerte a tres hombres y al que los más experimentados cazadores no se atrevían a hacer frente. A partir de ese día pareció capaz de hacer cualquier cosa; lo que para los demás hubiera sido imposible, a él le resultaba un juego; y la gente creía que junto con la primera piel de oso que se llevó a casa, había adquirido la fuerza de doce hombres, que es la que proverbialmente poseen los osos.

La lista de hazañas realizadas por Joshua durante sus nueve años de grandeza era larga, y el narrador comenzó diciendo que aunque parecía increíble había que creerla. Sus hazañas semejabán leyendas; fragmentos de un viejo poema épico sobre un héroe popular lleno de astucia, y resultaba desconcertante escuchar el relato sabiendo que el autor de los hechos todavía vivía. El lugar de la acción era la cordillera, el mar, e incluso el aire, pues eran historias de escaladas de montañas, y había una en particular, que contaba cómo el héroe había robado un polluelo de águila, de un nido situado en la cima de una roca a gran altura sobre el valle. En el relato salían ballenas y osos. Había siete de estos últimos, uno de los cuales había sido vencido por Joshua en una lucha mano a mano y cuerpo a cuerpo, armado solo con un cuchillo. Se hablaba de fantásticos viajes, carreras de natación,

fugas en esquís, y también tremendas peleas en las que dos o más antagonistas unían sus fuerzas contra el gigante solitario. Sin embargo, no se hacía mención ni de ira ni de resentimiento por parte del constante triunfador. Por el contrario, todo el poema épico parecía tener un trasfondo de risas.

En la historia no podían faltar hazañas en la pista de baile, o con las chicas; sí, las chicas, dijo el capitán. Joshua las abandonaba aquí y allá, algunas se ahogaban en los fiordos, otras enloquecían, pero ninguna podía volver a mirar a otro hombre. Podría parecer extraño, añadió el narrador, que Joshua no hubiese sido asesinado en una de estas aventuras; era como si su propia forma de ser evitara que esto sucediera.

Aunque los jóvenes oyentes habrían querido escuchar más sobre el asunto, no había nada más. Pensaron que tal vez el mismo capitán se contaba entre los rivales del pasado y por eso prefería callarse algunas cosas.

El poema épico terminaba como muchos otros, con la arrogancia y la derrota del héroe. Como Joshua triunfaba en todo, carecía de juicio para apreciar lo que era peligroso. Durante una tempestad obligó a otros tres hombres a acompañarlo en su bote para salvar a unos náufragos. Cuando volvieron a tierra, el capitán del barco hundido lamentó no haber salvado sus excelentes binoculares ingleses y Joshua se ofreció de inmediato para ir a buscarlos. Esta vez nadie lo acompañó. En este último viaje, solo en su bote, se estrelló contra la costa y se rompió una pierna. Más tarde tuvo que llevar una de palo.

Aun después de esto, en el segundo canto del poema, Joshua seguía siendo un hombre de gestos valientes; pero su carácter cambió, se tornó salvaje, pendenciero y bravucón. Su última aventura fue una riña con tres marinos finlandeses que estaban en la bahía; habían apostado con otros que podrían derrotar a Joshua, y lo atacaron los tres a un tiempo con cuchillos. En esta su última pelea, el gran Joshua gruñó como uno de sus propios osos y cuando uno de sus oponentes, ya caído, volvió a levantarse para atacarlo por la espalda, realizó su postrer hazaña, que resulta extraordinariamente grotesca al ser contada. Se arrancó la pata de palo, y sosteniéndose en una sola pierna, arremetió con ella contra los tres finlandeses que cayeron como bolos; pero él también cayó. El hecho fue denunciado a las autoridades y se llevó el caso ante el jefe de policía. Joshua fue dejado en libertad, no tanto porque los otros hubiesen empezado la pelea, sino porque eran tres contra uno y habían usado cuchillos, lo cual era un serio agravante en la pequeña aldea. Sin embargo, ya fuera porque había golpeado con demasiada fuerza, y quitado la vida a otro hombre joven y fuerte, o porque se había herido al caer, Joshua comenzó a perder prestigio, por primera vez en veinte años. Poco tiempo después vendió su casa, metió sus redes, su escopeta y demás pertenencias dentro de su bote, y se alejó navegando. Era muy temprano por la mañana y el cielo estaba claro; solo unas pocas mujeres que habían salido a ordeñar las vacas contemplaron cómo su barca disminuía de tamaño en la distancia hasta desaparecer. Desde entonces nadie había vuelto a ver a Joshua, y eso había sucedido siete años atrás.

Al ver aquella luz en la playa esa noche, el capitán dijo que podía tratarse de Joshua.

El relato produjo una fuerte impresión en los tres jóvenes viajeros, porque mientras lo escuchaban, la oscuridad se hacía más profunda a su alrededor y las hazañas del relato eran como las que ellos algún día habían soñado realizar... Ahora parecía que tendrían que contentarse con mucho menos. El aire se tornó más frío, y cuando miraron hacia la costa y vieron que la luz se había extinguido, sintieron que la derrota se cernía sobre sus vidas, y experimentaron esa gran soledad que es lo que más temen los jóvenes; le sugirieron al capitán que los cuatro bajaran al salón a jugar una partida de cartas.

Mientras Carsten barajaba los naipes, Carl dijo:

—Así es que durante siete años no ha dicho ni media palabra.

—Sí, por lo menos ha dicho una —dijo el capitán, y añadió después de una pausa—: Su esposa está con él.

Este pensamiento, así como la lámpara que pendía sobre la mesa del salón resultaba confortante y alentador. Evidentemente había sido fiel al hombre mutilado; era la mujer cariñosa que perfumó el cuerpo de Alcibíades y proporcionó el óbolo para su transporte a través de la Estigia. Preguntaron al capitán sobre la esposa de Joshua.

El narrador cambió de tono. Si se había mostrado dispuesto a relatar las hazañas de Joshua, si había hecho un esfuerzo para desenterrarlas de la memoria, y se había referido a ellas de manera agradable y compasiva, lo hizo con la espontaneidad de un hombre que comparte las desgracias de otro. Sin embargo, sobre el tema de la esposa habría preferido guardar silencio; y el relato sobre ella salió un poco contra su voluntad.

Conocía algo a su familia. Era una chica finlandesa; su abuelo, Anfin, apodado Ganfin, en memoria del último gran brujo finlandés del Norte, el que sabía cantar himnos de magia y bailar danzas de encantamientos, el que vendía a los marinos los vientos en un saco que al ser abierto soltaba tres ráfagas propiciadas cuando el mar estaba en calma. El mismo Anfin se creía descendiente de cierto brujo que había intentado envolver en las tinieblas de Ogvaldness al rey Olav, y a quien el Rey por ese motivo había atado a un arrecife que era cubierto por el agua cuando subía la marea. En su vejez, de manera inexplicable, Anfin había perdido su poder sobre los vientos, del mismo modo que los brujos un buen día ya no pueden practicar la brujería; y durante la gran nevada de quince años atrás murió en las montañas con todos sus renos. Su nieta, que había sobrevivido de milagro, buscó refugio entre la gente de la costa. Para mayor seguridad, el ministro la bautizó; los suyos la llamaban Lahula, pero en el bautizo recibió el nombre de María Magdalena.

Los oyentes se preguntarán si ella sabía cantar y bailar. Sí, sabía bailar, por supuesto que sabía, dijo el capitán. Le preguntaron si era bonita. Ya no lo es, contestó el capitán casi con agrado. Las finlandesas envejecen con mucha rapidez y se vuelven obesas como marranas o flacas como gatos enfermos. Como la narración volvía a tomar un tono triste, prefirieron no continuar con ella y Carsten le puso fin diciendo que era asunto de Joshua si no quería abandonar la solitaria península y a su esposa.

El capitán se echó la gorra hacia atrás y se rascó la cabeza.

Dijo que no estaba muy seguro de que esta decisión dependiera de Joshua.

Aquello requería una explicación, pero él se limitó a plantear una nueva pregunta: ¿qué sabían de eso que la gente llama celos?

Carl sabía algo, pero no dijo nada.

—O tal vez sería mejor decir —continuó el capitán—, de las personas celosas.

Por cierto que sí, tanto Carl como Carsten lo sabían.

Qué bien, él también lo sabía, agregó el capitán. Su propia esposa, allá en Stangereid, era una persona celosa. No solo miraba con malos ojos a las chicas, sino también los barcos y hasta a los perros de los barcos. Si se saliera con la suya él terminaría por estar en la sala sin permiso ni para mirar los portales de la plaza por la ventana. Y lo extraño de las personas celosas —continuó diciendo, como si hubiera intentado sofocar estos pensamientos sin lograrlo— es que cuando están sentadas vigilando a alguien, como el gato ante el agujero del ratón, se van empequeñeciendo hasta que la vida se concentra en sus ojos mientras que la víctima se queda sin aliento, incapaz de moverse. Cuando permanecía en casa algún tiempo, su esposa se reducía hasta el tamaño de un dedo, pero felizmente —dijo en tono festivo—, su mujer era bondadosa. —Y después de un momento

agregó—: Para ser justo con ella, debía confesar que él también había sentido celos, y en cierta ocasión quiso matar a un hombre, pero al final todo había quedado en nada.

Para terminar, añadió que no era seguro que Joshua no abandonara la península por su propia voluntad.

Miró sus cartas y dijo: paso.

Carl dijo, paso.

Carsten, que en ese momento ponía sus cartas sobre la mesa, declaró que ya que el *Fulda* iba a estar en la bahía todo el día siguiente, y puesto que la costa estaba habitada por personas que podían servir de guías, él y Carl se acercarían remando a tierra para ver si había algo de caza.

En este punto el grupo ya había olvidado la historia de Joshua. Carsten y Carl trajeron sus escopetas para examinarlas y durante largo rato discutieron sobre la caza de pájaros. El resultado fue que los cazadores serían llevados a tierra, por la mañana temprano, que al llegar la noche los irían a buscar para traerlos de nuevo al *Fulda*, y que deberían hablar con el cocinero para que les diese provisiones. Bjørn no tenía escopeta y sacó un gran cuchillo heredado de su abuelo materno y se dedicó a estudiarlo mientras los otros se reían de él. Dijo que iría para ver cómo disparaban sus amigos.

Al principio, el capitán habló de acompañarlos a tierra para saludar a sus viejos conocidos, pero luego recordó que tenía demasiado que hacer a bordo. Les dio una libra de café para la esposa, ya que las finlandesas —dijo— se vuelven suaves y llenas de dulces palabras frente a un café. También debían decirle cosas agradables; eso la complacería. Pensaron que no sería fácil piropoear a una vieja bruja. ¡Oh, sí!, dijo el capitán, una bruja; así la había llamado él, pero hay una diferencia entre llamar a una mujer pequeña brujita y llamarla vieja bruja.

—Aunque solo el demonio puede saberlo —agregó en forma sorpresiva.

Al día siguiente, bajo una mansa lluvia, los cazadores se embarcaron en un bote de remos. Era tan temprano que las gaviotas aún estaban dormidas sobre el agua y en lo alto del cielo todavía podía verse una pequeña luna menguante. De manera gradual los contornos comenzaron a cobrar forma mientras avanzaban entre las islas y se acercaban a tierra; Bjørn, que iba sentado a popa, divisó a través de las sombrías aguas las formas oscilantes de negras piedras en el fondo del mar. Luego, la tierra se insinuó con el aroma de los brezos, arrayanes de las marismas, abedules y fresnos de la montaña: como un saludo silencioso y evanescente que daba la bienvenida al bote, emocionante después de tantos días entre los olores del agua salada y la brea.

La entrada del lugar estaba tan escondida que pasaron varias veces frente a ella sin verla; habrían renunciado a encontrarla si no hubieran visto luz en tierra la noche anterior. Dieron voces en dirección a la montaña sin obtener más respuesta que el eco. Cuando finalmente lo encontraron, se sorprendieron al ver un atracadero tan atractivo e imponente. Una enorme roca plana que se adentraba en el agua había sido transformada en un magnífico muelle abriéndole un hueco y levantando en ella un muro. Esta era la primera evidencia de lo que habían oído sobre la fuerza extraordinaria de Joshua, pues resultaba difícil creer que ese muelle fuera obra de un solo hombre. Dos botes, uno grande y otro pequeño, estaban atados allí.

Los tres cazadores pisaron tierra y sacaron sus avíos de la barcaza. Tenían una linterna para alumbrarse, así es que los remeros les desearon una buena cacería e iniciaron el regreso al barco. El sonido de los remos en el agua se fue apagando lentamente en el silencioso amanecer.

Aunque poco a poco iba aclarando y sus ojos se habían acostumbrado a la semioscuridad, el agua ondulante que los rodeaba, y la lluvia que caía desde lo alto les daban la sensación de hallarse en el fondo del mar. A derecha e izquierda crecían algas, y las formaciones rocosas de ese mar nunca antes

mirado por ojo humano, así como el sendero que se extendía oscuro ante ellos, parecían pertenecer a alguna bestia marina de las profundidades.

Mientras avanzaban alumbrando el camino con la linterna, de súbito se encontraron con un par de ojos verdes, y la primera criatura viviente que los recibió fue un gato gris sentado en el sendero, que maullaba de una forma terrible. Un poco después y algo más adelante, divisaron una enorme figura que, aunque probablemente era un ser vivo, parecía hecha de piedras o de plantas, y se mantenía inmóvil entre ellas como si hubiese echado raíces. En la penumbra matutina todas las cosas se ven de mayor tamaño y les dio la impresión de que era una ballena o una vaca marina echada sobre las algas esperándolos. La figura se movió y al avanzar hacia ellos vieron que era un hombre con una pata de palo.

La narración escuchada la noche anterior había espoleado su imaginación; y el ambiente era propicio a lo fantástico; en un primer momento, se quedaron silenciosos frente a aquella figura humana tan descomunal, sintiendo como si un poderoso puño inmovilizase sus manos. Cuando pudieron volver a la realidad, consiguieron decir quiénes eran y explicar su objetivo en la costa; solo entonces repararon en que la ballena o vaca marina en el sendero era Joshua.

No les hizo ninguna pregunta y no pareció deseoso de entablar relación con sus huéspedes, ni aun después de saber que venían del *Fulda* y de haber oído el nombre de su capitán.

Esto dificultó todavía más la tarea de pedirle instrucciones y consejos sobre la caza de urogallos. Después de las presentaciones pareció inspeccionarlos uno por uno y finalmente echó a caminar.

Los dejó que fueran delante por el sendero como si no quisiera darles el espectáculo de su invalidez.

En un recodo del camino divisaron la morada de Joshua y quedaron muy sorprendidos; pues en un amplio claro se veía algo parecido a una aldea. Tres o cuatro espaciosas casas oscuras surgían entre los arbustos, y, más cerca de ellos, se alzaba una pequeña construcción circular, que era la única que tenía luz. Se detuvieron desconcertados, miraron a su alrededor, y preguntaron al guía:

—¿Quién vive aquí?

—Yo vivo aquí —replicó.

El gato gris los había seguido por el sendero y se restregaba contra sus piernas; se dirigió corriendo hacia la choza circular y desapareció en ella en el mismo momento en que se abría la puerta y asomaba una luz —al parecer para iluminarlos—, y la mujer de la casa surgió en el umbral.

Su sola aparición era ya una invitación, pero les hizo una seña con la cabeza. Aceptaron y entraron; tuvieron que agacharse al pasar bajo el dintel y pensaron en cómo se las arreglaría Joshua. De la oscuridad y la humedad infinita del espacio exterior pasaron a una habitación muy pequeña donde el aire era seco, caliente y casi sofocante, cargado de olores de cuero de animal, humo y otros aromas. La luz centelleaba —un quinqué pendía sobre la mesa y había carbones encendidos en el hogar— y las sombras de la habitación parecían tener vida propia. En los rincones del cuarto brillaban y destellaban extraños colores, como si la bruja que allí vivía tuviera gran cantidad de ámbar y joyas.

Valiéndose de esta claridad observaron a sus anfitriones, los moradores de la casa.

Cuando Joshua, que fue el último en entrar, se plantó en medio de la habitación, pudieron verlo bien por primera vez. Aunque estaban advertidos por el relato del capitán, resultaba extraño y pavoroso verlo en acción sin estar seguros de cuál iba a ser su próximo movimiento.

En la habitación de techo bajo, su cabeza sobresalía por encima de la de todos ellos, tenía los hombros muy anchos en relación a su estatura, y un cuerpo tan hermoso que parecía encarnar la potencia masculina. Cuando se convirtió en ermitaño, y renunció al mundo, Joshua mantuvo el extravagante voto hecho en su juventud; su cabellera y su barba seguían sin cortar y se

desparramaban sobre su cabeza, hombros y pecho, formando una corona y una capa de oro puro. Gracias a ello el gran torso de la figura adquiriría un peso y un volumen increíble, mientras que hacia abajo la silueta se iba estrechando hasta llegar a la tierra como una columna de madera; era semejante a un árbol de tronco delgado y frondosa copa.

A pesar de la pierna de palo y de la irregularidad en el andar que provocaba la cojera, Joshua se desplazaba con movimientos ágiles y silenciosos, casi flotando, como quien sabe controlar lo excesivo de su fuerza. Estaban en presencia de un poder superior, quizá un dios. Sin embargo, en aquella apariencia tan impasible, había algo no solo lamentable, sino feo, casi antinatural: algo que lo hacía parecer afectado. Esa fuerza superior podía ser la de un titán, e ignoraban si acabaría mostrándose amistoso.

Aún se hallaban bajo el influjo de su fantasía, cuando la atención de los jóvenes pasó del hombre a la mujer, Calypso, la guardiana de los Laértidas, y un sentimiento de horror, trágico y hostil, invadió la atmósfera; algo se les atascó en la garganta como una risa ronca y primordial.

Así como el hombre era grande, la mujer era exagerada e inexplicablemente pequeña. Vestía un traje completo de lapona: chaqueta de cuero, gorro de cuero, y zapatos lapones; se mantenía erecta como un corcho en una botella y parecía carecer de la curva central del cuerpo en lo que se entiende por una figura femenina; esto les hizo recordar que el capitán la había comparado con un dedo. Sin embargo, en su figura de dedo no había nada de lo que uno asocia con alguien que es todo gestos; su pequeñez era concentración: el dedo que aprieta el gatillo.

Su rostro era arrugado como una manzana añeja, no tenía ni un solo diente en la boca, y sus labios cubrían las encías desnudas como dos bandas elásticas, como dos sanguijuelas capaces de chupar algo más que la corta pipa de barro que había dejado a un lado para recibir a los visitantes. Cuando comenzó a hablar, los jóvenes se sintieron incómodos, pues su voz extrañamente modulada no era la de un ser humano. La anciana maullaba, gorgojeaba, cacareaba, piaba y relinchaba, hasta que finalmente, desde el fondo de su pecho, logró emitir dos notas doradas y puras, claras como el agua de una cascada, como las primeras melodías de un ruiseñor en una noche de verano.

En conjunto la finlandesa les dio la impresión de sentirse realmente satisfecha y feliz, de ser sincera y sin dobleces, y que expresaba una alegría similar a la de un niño o un adulto ligeramente loco. Al hablarles se sacudía y retorció sin cesar. Sus dos compañeros de habitación, el oso y el pequeño y viejo gato, se movían en silencio. La anfitriona dio la mano a los huéspedes, a quienes les pareció un puñado de huesos diminutos. En cuanto recibió el café, emitió unos gritos que expresaban una escala entera de sentimientos, de la felicidad a la gratitud. El café debía prepararse de inmediato y sus visitantes iban a beber junto con ellos. Oh, ahora estarían contentos, muy contentos.

Casi sin darse cuenta se hallaron sentados en bancos en torno a la mesa de la choza. Lahula bajó unas tazas de estaño que colgaban de las vigas, sacó un pilón de azúcar, y crema de una estantería, en tanto que el estimulante aroma del café —reparador en esa cruda madrugada— flotaba en el aire perfumado de la habitación. Eran atendidos en la cueva o palacio submarino por la bruja en persona. Captaban colores y sonidos tan fascinantes como los aromas, y comprendían que allí había más de lo que se veía a simple vista. Al mirar a Joshua comprendieron que era como una presa que ninguna mujer soltaría de buen grado. ¿Pero de qué medios se valdría su oscura y diminuta esposa para mantenerlo cautivo? Se acordaron de los cuentos infantiles, del lobo de los pantanos, que no podía ser atrapado con ningún lazo, y solo con una cadena hecha con sigilo de gato, barba de mujer y saliva de pájaro. Ellos también habían entrado en el círculo mágico y no podían aceptar la idea, aunque lo desearan, de que Joshua pusiera fin algún día a su cautiverio y se marchara.

Como Joshua no decía nada, y el parloteo de su mujer no tenía principio ni fin, tuvieron que

intercalar una conversación razonable. Preguntaron sobre la caza, sobre los caminos y senderos de la montaña, y sus preguntas parecieron tranquilizar a Joshua, como si hubiera temido otra cosa de ellos. Una vez en confianza, les dijo todo lo que sabía... Sí, había muchos urogallos a cierta distancia, tierra adentro; él había ido allí recientemente con su caballo a buscar leña y los había divisado sobre los brezos. Le enseñaron sus armas y las inspeccionó detenidamente; demostró saber mucho sobre la materia; sonrió ante el poco uso que habían hecho de las armas y les dio aliento: tal vez tendrían una buena caza.

Durante esta charla María Magdalena permanecía sentada como una niña pequeña en el banco de la escuela —sus pies no tocaban el suelo—, y lentamente comenzó a concentrar su atención en el huésped más joven. Mientras los demás hablaban, súbitamente le preguntó su nombre. Su rostro se iluminó cuando supo que se llamaba Bjørn, es decir oso. Reparó en que no llevaba escopeta. Bjørn dijo que no, que se limitaría a mirar a los otros mientras disparaban.

Joshua hizo una pausa en sus explicaciones y los otros dos jóvenes se dieron cuenta de que Bjørn y la esposa estaban hablando. Dijeron sonriendo que Bjørn llevaba un gran cuchillo. Después que Joshua lo examinó y lo dejó sobre la mesa, su mujer lo cogió subrepticamente, lo sacó de la funda, lo volvió a meter en ella y se arrimó un poco más a su dueño. El gato también se acercó a Bjørn, y comenzó a restregarse entre sus piernas.

Aunque el café caliente había creado cierta camaradería en el grupo, los cazadores empezaron a rebullir, pues el sol había salido y tenían que partir. El hombre de la casa, que ahora estaba de buen humor, continuó durante un rato hablándoles de sus cacerías de urogallos; en contra de la opinión del capitán, que decía que Joshua era un fanfarrón, su relato parecía muy ajustado a la realidad.

Bjørn alzó el gato del suelo, el animal de inmediato comenzó a actuar de esa manera febril y empalagosa propia de los gatos, ronroneando muy fuerte y amasando sus hombros y su cuello con las cuatro patas. Lo acarició y al notar las minúsculas tetas en su vientre, preguntó a María Magdalena si su gata había tenido gatitos. Sí, gatitos, masculló ella en tono suave y confidencial, tuvo gatitos, pero el macho se los comió: no quería que hubiera otros gatos en la península, no, no quería.

—Pobre gata —dijo Bjørn, y la mujer le sonrió.

—¿Tú dices eso? —preguntó ella—. ¿Dices pobre gata? ¿Y por qué no tienes una escopeta?

—Bueno, nunca he tenido dinero para comprarme una —dijo Bjørn.

—¡Oh, el dinero! —comentó ella y se quedó callada. Poco después lo cogió por el pelo y lo sacudió—. Esto es algo con lo que una chica podría jugar en la cama —dijo, y sus labios en forma de sanguijuela se movieron estirándose y encogiéndose—. ¡Oh, pero tienes un hermoso y gran cuchillo! —continuó—, podrías usarlo si hubiera algo más que pájaros, si hubiera algo que pudieras cazar con un cuchillo.

—Sí, en ese caso podría usarlo —dijo Bjørn.

Esta apacible charla, que continuó en voz baja mientras Joshua, Carsten y Carl seguían examinando las hermosas escopetas, perturbó visiblemente al dueño de la casa.

Joshua alzó la cabeza y dijo en tono cortante:

—No hay nada más que cazar.

—No, no, no —ratificó su esposa tranquilamente—, no hay nada más que cazar.

Sin embargo, cuando los otros reanudaron la conversación susurró con voz ronca al joven que tenía a su lado:

—También hay un oso.

Él comprendió que se trataba de un comunicado secreto, una confidencia, y preguntó a modo de respuesta:

—¿Dónde?

—Bueno, pues yo podría señalártelo fácilmente —dijo la mujer—, fácilmente podría mostrarte el sendero, arriba en la montaña, por el que suele pasar. Es un oso viejo y malo. No hace mucho se llevó nuestra vaca (teníamos dos, ahora solo nos queda una). Recibió un disparo y cojea, por eso se ha vuelto tan feroz a la vejez; a veces baja hasta aquí cerca de la casa. Es peligroso, y para cazarlo se necesitaría un buen rifle nuevo. Pero te diré —continuó—, que hay algunos que han salido a cazar osos solo con un cuchillo.

En este punto Joshua volvió a interrumpir su conversación con los otros huéspedes. Rápidamente soltó el arma que tenía en la mano y dijo lleno de furia y temor:

—No existe tal oso.

—No, no —dijo la esposa, tan complaciente y amistosa como antes.

Cuando él dejó de mirarla ella volvió a susurrar:

—Ayer yo estaba allá arriba cogiendo hierbas; generalmente salgo a buscar hierbas; y vi su huella. Una huella reciente. Una gran huella.

—¿De qué estas hablando? —farfulló Joshua con voz opaca—. Si hubiera un oso no enviaría a un cachorro como este a cazarlo. Ni siquiera sabe disparar.

—Justamente por eso, porque no sabe disparar.

Aquí intervino Bjørn.

—Oh, sí, puedo disparar bastante bien —dijo—. Cuando era soldado ese no era mi punto más débil.

—No, probablemente no era ese tu punto más débil —dijo ella.

—Cállense los dos —dijo Joshua—. Si hubiera un oso aquí y él pudiera disparar, no tendría con qué hacerlo. Aun cuando los otros se sacrificaran y le prestasen sus armas, no tendría con qué disparar. Estas escopetas —dijo, y puso su enorme mano sobre las armas— solo sirven para cazar pájaros.

—No, no tendría con qué disparar —dijo la mujer; luego miró fijamente a su esposo y agregó—: A no ser que tú le prestaras tu viejo rifle.

Bjørn miró también a Joshua.

—¿Tiene un rifle? —preguntó.

Joshua se quedó largo rato en silencio, midiendo al joven.

—Sí —dijo—, tengo un rifle con el cual maté seis osos. Me sirvió para el oso más grande de todos. Pero hace siete años que no disparo con él, hace siete años que no lo he limpiado ni engrasado y pesa demasiado para un niño como tú.

—¡Oh, sí! —dijo Lahula—, se ha limpiado. Yo lo limpié y lo engrasé y lo cargué.

—¿Cuándo? —preguntó Joshua.

—Ayer —respondió Lahula.

Joshua se quedó callado durante mucho rato. Luego sin decir palabra se puso de pie, se dirigió a un gran baúl, sacó el enorme y viejo rifle y lo examinó largamente. Después lo puso sobre la mesa frente a Bjørn.

Carl y Carsten estaban callados, porque aparentemente aquel era un asunto que incumbía solo a los otros tres, y tenía un significado personal que resultaba incomprensible para los dos huéspedes restantes. Lahula, sentada, sonreía complacida a su esposo y a Bjørn.

—Allá arriba hace más frío del que te puedes imaginar —dijo a este último—. Será mejor que te preste mi chal para que te abrigues —se quitó el chal rojo que tenía sobre los hombros, lo ató alrededor del cuello del joven, y al hacerlo, lo acarició con sus deditos con la misma suavidad con

que el gato acababa de acariciarlo—. Te queda bien. En mi pueblo —dijo de pronto, y su parloteo comenzó a cobrar sentido a medida que hablaba— había un joven estúpido, alocado e imprudente, que llevaba una bufanda roja igual a la que tú tienes ahora. Un día decidió que quería cazar un oso que había robado la vaca de su madre, y se fue en pos de él a la salida del sol. Cuando volvió a casa, su madre, sus hermanos y hermanas estaban cenando. No dijo nada respecto al oso y no quiso comer; pero habló con calma y amabilidad con todos ellos, y con una seriedad que nunca antes había tenido. También habló de Nuestro Señor y del bautismo. Todo el tiempo mantuvo la mano izquierda metida en el bolsillo. En el momento preciso en que el sol se ponía le dijo a su madre: «Debo irme, pues me están esperando». Su madre dijo: «El chal que te di se ha roto por el medio». «Sí, se desgarró en algún pincho allá arriba», dijo el chico y se fue. Apenas había pasado una hora cuando llegaron a casa corriendo dos hombres que habían encontrado muerto al joven en lo alto de la montaña. El oso lo había matado y había huido cuando la gente se acercó. De un mordisco le había cortado la mano izquierda. El oso se había llevado entre sus garras un pedazo del chal que luego hallaron a cierta distancia.

Mientras tanto había aclarado y los colores de la habitación se esfumaban y empalidecían a medida que la linterna del barco, que colgaba sobre la mesa, perdía fuerza hasta no ser más que una mancha confusa de color rojo. La mujer avanzó y abrió de golpe un ventanuco redondo. El humo y la oscuridad de la habitación ondularon por unos segundos en dirección a la luz y el aire fresco de la mañana; luego, la claridad se apoderó de todo y venció a las tinieblas; había amanecido. Joshua permaneció sentado a la mesa durante un rato como si reflexionara sobre un asunto muy difícil de resolver; miró ceñudamente a cada uno de los que estaban en la habitación. Después se puso de pie y cogió su gorra, que colgaba de un clavo, y un pesado bastón.

—Ustedes tres, vengan conmigo —dijo.

Los dos cazadores de pájaros tomaron sus armas y sus zurrones; Bjørn se detuvo junto a la mesa y contempló el rifle de Joshua.

—Míralo bien —dijo Joshua a Lahula—. Si encuentra al oso no volverás a verlo vivo.

»Cógelo —dijo Joshua, y Bjørn se echó el rifle al hombro a la manera militar. A continuación metió dos balas en su bolsillo.

Cuando salieron de la cabaña y miraron a su alrededor, quedaron sorprendidos una vez más. Vieron una amplia zona despejada, en pendiente, cubierta con piedras planas y a su entorno lo que parecían ser los edificios de una granja: tres casas de madera y un almacén, todas muy bien construidas y artísticamente talladas.

—¿Quién construyó estas casas? —preguntó Carsten.

—Yo —dijo Joshua.

—¿Quién vive en ellas? —volvió a preguntar Carsten.

—Nadie —repuso Joshua.

Carl, a quien interesaban las casas y las tallas antiguas, se alejó del sendero para examinar de cerca los edificios.

—Esto está muy bien tallado —dijo.

Reflexionaron un momento y se quedaron callados. Si era cierto que Joshua había hecho solo ese trabajo, realmente debía de haberse traído de la montaña la fuerza del oso, que equivalía a la de doce hombres, tal como les habían dicho. La idea les pareció deprimente. Un castor en cautiverio, forzosamente inactivo, continúa arrastrando troncos con todas sus fuerzas y sigue construyendo de acuerdo con su instinto. Nadie vivía en aquellas casas, nunca nadie viviría en ellas, sin embargo, el gigante prisionero las había construido impulsado por su naturaleza que le obligaba a trabajar hasta

la extenuación, como si lo necesitara para mantenerse con vida.

La mujer de Joshua se mantenía unos pasos más atrás, y escuchó, feliz como siempre, las alabanzas al trabajo de su esposo. «Tienes cautivo a un gran artista, pequeña perra», pensó Carsten.

—Les mostraré el camino —dijo Joshua a Carsten y a Carl—. Debemos dirigirnos un poco hacia el Norte. Les indicaré el sendero cuando la ladera se vuelva demasiado escarpada para mí. Como ven, tengo una pierna de palo.

Los tonos de las montañas se hacían más intensos, la lluvia había cesado y la luz matutina poseía un leve resplandor dorado.

María Magdalena caminaba en silencio junto a Bjørn.

—Pequeño —dijo—, tú tendrás que subir. Demuéstrame que eres capaz de hacerlo. Cuando te halles a tal altura que puedas ver todo el océano, notarás que la pendiente se vuelve muy escarpada y que hay muchas piedras sueltas; una vez allí, puedes enviar a tus amigos al Norte o al Sur, a donde quieran ir, pero tú debes continuar subiendo porque el oso no baja hasta ese punto. Cuando llegues a la meseta, mira con cuidado a tu alrededor. Camina derecho tierra adentro, y mira a tu alrededor muy atentamente.

Carsten se detuvo. Cuando estaban en la habitación le había molestado que la vieja bruja y el muchacho hubieran sido el centro de atención de lo que consideraba una empresa propia. Ahora que estaban en camino se preguntó si él, como el mayor y más inteligente, no debía asumir toda la responsabilidad.

—No pensarás llegar hasta arriba —dijo a Bjørn.

—Sí —respondió Bjørn muy sorprendido—. Por supuesto que llegaré hasta arriba.

—Allí no hay osos —dijo Carsten.

Y con estas palabras se despidieron.

Lahula se sentó en una piedra y permaneció en esa posición un largo rato.

Durante el día se escucharon algunos disparos provenientes de arriba: dos, luego uno, en seguida dos o tres más, en diversos puntos de la montaña.

Después de despedir a los cazadores, Joshua se volvió y se dedicó a transportar con su caballo unos troncos que estaban lejos del campamento. Pasado un rato cambió de parecer, desató el caballo, lo dejó en el corral y comenzó a partir rocas y a llevarlas hasta el terreno entre las casas, labor que estaba haciendo a la llegada de los visitantes. Trabajó con gran esfuerzo, manejando piedras enormes que ningún otro hombre habría intentado mover, y las arrojaba contra los adoquines haciendo saltar chispas. Cuando la pierna de palo le hacía tropezar, pateaba como un caballo furioso. Sudó hasta quedar empapado; durante el trabajo emitió toda clase de gruñidos. A ratos, cuando se sentía mareado, se detenía, se quedaba inmóvil y miraba al frente sin levantar los ojos. Al empezar a oscurecer, dejó caer la palanca de hierro y entró.

Poco después Lahula abandonó la casa y caminó cerro arriba acompañada del gato. Transcurrido un tiempo, oyó ruidos y comprendió que bajaban. Prestó atención, reconoció las voces, asintió como para sí misma y volvió a entrar.

Carsten y Carl descendían juntos y eran los primeros en hacerlo. No se habían separado en casi todo el día; pero aunque estuvieron alejados un rato, fueron dándose voces de vez en cuando, de modo que pudieron reunirse y hacer juntos la última etapa del camino.

Entraron haciendo más ruido del necesario, y colocaron las armas y los zurrones sobre la mesa, y después se dejaron caer en los bancos sin decir nada.

—¿Habéis cazado algo? —preguntó Joshua luego de una breve pausa.

—No, no hemos cazado nada —dijeron.

—¿Habéis visto algo? —preguntó Joshua, y sonrió levemente.

—No, no hemos visto nada —respondieron.

—Sin embargo, disparasteis —dijo Lahula casi disculpándose.

—Sí, a un par de cuervos —respondieron.

—¡Oh! —dijo Lahula—, y ahora estáis muy cansados.

—Sí, como si tuviéramos las piernas rotas —dijo Carsten—. Es difícil imaginarse algo más agradable que correr de arriba abajo por las rocas y luego no tener nada que mostrar.

—¡Oh, sí!, uno puede imaginárselo —dijo Lahula—. Una puede imaginarse algo más agradable. Esperad un poco. Primero os beberéis una copa de brandy y en seguida tomaréis avena con leche, un excelente pan sin levadura y salmón ahumado, que mi esposo pescó y que yo ahumé.

Mientras hablaba sacó las viandas, cuya sola visión animó a los cansados cazadores. La mujer se sentó y se mostró complacida al verlos comer y beber.

—Ya veréis —dijo—, cómo el cansancio y el dolor de piernas se os pasará, y la tristeza por no haber cazado nada también se os pasará. Muy pronto olvidaréis este día, muy pronto no pensaréis más en él.

Después de un rato preguntaron:

—¿Ha vuelto Bjørn?

—No —dijo la mujer y les sonrió amablemente—; de veras, no ha vuelto.

Aquello les preocupó y les hizo sentirse incómodos, a pesar de que estaban recuperando el bienestar físico. ¿Qué le habría sucedido al tercer cazador? No habían tomado muy en serio toda esa charla sobre la caza del oso, pero en la montaña todo era posible. Podía haberse topado con un oso, aunque era poco probable; podía haber matado a un oso; también podía haber sido muerto por un oso.

Mientras estos inquietantes pensamientos cruzaban por la cabeza de los dos huéspedes, la charla amistosa de la dueña de la casa no recibía respuesta.

Poco después escucharon que alguien se acercaba a la casa. El ruido se interrumpió y luego se volvió a oír. Era muy irregular. A tirones y empujones, como si la persona se tambalease, cayera y volviera a ponerse de pie, por el ruido podía suponerse que arrastraba algo, una carga muy pesada. Se tambaleó y murmuró algo al otro lado de la puerta. Calculó mal y se golpeó contra la casa, y entonces, los que estaban dentro se pusieron de pie para ir en su ayuda. Lahula se mantuvo completamente inmóvil. De pronto la puerta se abrió de golpe y Bjørn se desplomó en el umbral.

Se hallaba en muy mal estado y apenas podía mantenerse en pie. Una de las mangas de su chaqueta estaba desgarrada, tenía una magulladura en la frente y sus ropas se veían cubiertas de lodo como si se hubiera caído muchas veces. Su rostro herido estaba pálido y sin expresión.

En cuanto cayó sobre el umbral, vomitó, y esto lo llenó de vergüenza. Cuando por fin pudo incorporarse, caminó con paso inseguro hasta la mesa, se quitó el viejo rifle del hombro, y lo colocó, con todo el cuidado de que era capaz, ante Joshua. Mientras realizaba esta acción parecía a punto de hablar, pero de su boca no salió ningún sonido.

—¿Has cazado algo? —preguntaron sus amigos para animarlo, aunque en sus voces había más tensión de la que deseaban.

Los miró brevemente y se volvió hacia los dueños de la casa.

—¿Has cazado algo? —repetieron.

—¿Qué? —dijo—. No... no he cazado nada.

Los otros dos cazadores se sintieron instantáneamente aliviados y se dijeron a sí mismos que ya podían tener la conciencia tranquila, y que había sido una suerte muy grande que el inexperto cazador volviera sano y salvo.

—¿Viste algo? —le preguntaron.

—¿Qué? —repitió él—. No vi nada.

—¿No viste el oso? —preguntaron con voz ya más relajada.

—No, no vi al oso —respondió.

Por los efectos del brandy, la comida, y el calor de la habitación, los dos amigos estaban de buen humor y se echaron a reír. Su joven camarada se hallaba a salvo y eso era suficiente. Había regresado de su gran cacería con las manos vacías y eso era digno de risa. Su aspecto, tan insignificante, con el pelo desgreñado —y ahora con aire tan solemne—, era en verdad algo de risa.

—¿Pero qué viste? —le dijeron.

No pudo contestarles porque comenzó a vomitar otra vez; esto volvió a avergonzarle e intentó ponerse de pie para salir. Pero Lahula lo cogió con sus terribles y pequeñas garras, lo empujó hacia el banco y le limpió la boca.

—Ahora beberás un poco de brandy —dijo— y café. Eso es lo que siempre dan las mujeres a los cazadores de osos cuando vuelven a casa.

Al decir esto, Bjørn la miró.

—Caíste aunque no te derribaron —dijo Carsten.

Bjørn se palpó el cuerpo con una mano y logró sonreír.

—Sí —dijo, y añadió con dificultad—: Hay piedras sueltas por todos lados.

—Has sangrado —dijo Carsten.

Bjørn se tocó la frente.

—Sí —dijo.

Vació su copa de brandy por segunda vez y emitió un gruñido. Lahula le trajo una gran taza llena de café hirviendo y más tarde la volvió a llenar un par de veces.

Mientras tanto, se sentó frente a él y en varias ocasiones hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, pero no de una manera frívola y pueril como antes, sino con una solemnidad apropiada al estado de ánimo del muchacho.

—No, no me refiero a la pendiente, ni a las rocas afiladas. Me refiero al peligro de muerte. Cuando la muerte nos pisa los talones.

Sus dos compañeros se echaron a reír. Pero ella continuó muy seria y volvió a asentir.

—¿Oíste muchas veces al oso? —le preguntó.

—Sí —dijo Bjørn—, mientras subía, las piedras caían rodando desde cierta distancia.

—Sí, ¿y lo viste muchas veces? —dijo ella.

—Había algunas piedras grandes —dijo Bjørn— que parecían un oso.

—¿Y tuviste miedo? —dijo ella—. ¿Sentiste auténtico temor?

Bjørn tragaba en ese momento el café y no pudo contestar.

—Nunca olvidarás este día —dijo ella—. Cuando cada respiración te parece ser la última. —Y después de una pausa agregó—: Nunca volverás a sentir miedo como antes. El oso es algo más que un pequeño espantapájaros.

Entretanto, Joshua se había sentado y revisaba su rifle; lo miró por uno y otro lado y luego lo dejó.

Súbitamente, aquel hombre silencioso comenzó a hablar, como alguien que no está acostumbrado a hacerlo, y continuó, como si una vez que hubiera empezado no pudiese detenerse.

Habló lentamente y con una voz nueva y extraña; relató sus cacerías de osos; se refirió a siete osos. Parecía una lección aprendida de memoria, que hubiera estado repitiendo para sí. Sus oyentes se sentían desconcertados al oírlo, porque si lo que decía era verdad, había llevado a cabo extraordinarias hazañas, como nunca después volverían a escuchar.

—Lo maté con un cuchillo —dijo—. Lo único que yo tenía era ese cuchillo. Lo he perdido, pero era del mismo tipo, era casi idéntico al que tú tienes —señaló volviéndose a Bjørn—. La sangre manaba de su cuello sobre mi cabeza y me impedía ver. Cuando cayó, pude saltar a un lado, de lo contrario habría caído sobre mí. En aquellos días aún podía saltar —agregó.

Fue interrumpido por unos gritos prolongados que se escucharon a lo lejos. Eran los hombres del *Fulda* que venían a buscar a los cazadores y se acercaban a la costa en su bote. El día en las montañas tocaba a su fin.

Tuvieron que ayudar a Bjørn a levantarse del banco. Además de su agotamiento, el brandy lo había mareado; se movió pesadamente, pero sin hacer ruido, al igual que Joshua. Cuando logró ponerse de pie parecía no saber qué dirección tomar. Mientras los otros ya se habían despedido de sus anfitriones, él continuaba parado, totalmente perplejo. Se dirigió a Joshua y alargó la mano para darle las gracias.

—Gracias por prestarme tu rifle —dijo.

La boca y la barba de Joshua se torcieron en una sonrisa, una sonrisa complacida.

Lahula se había retirado hacia las sombras y Bjørn tuvo que mirar en torno para encontrarla. Caminó hacia ella como lo había hecho con Joshua y le tomó la mano; pero no se separó de ella con la misma rapidez, y durante un rato quedaron mirándose. Le rodeó el cuello con los brazos, oprimió el rostro de la mujer contra el suyo y la besó.

Entonces oyeron reír a la finlandesa con una risa que venía de otro mundo, una risa juvenil que solo puede resonar en un momento de entrega amorosa y de locura. Se rio tanto que parecía gorjear, y en medio de su risa, le devolvió la caricia con un sonoro beso.

Ni el hombre ni la mujer de la casa acompañaron a sus huéspedes más allá de la puerta; de ahí en adelante los huéspedes se alumbraron con sus linternas hasta llegar al muelle, y ellos mismos subieron sus avíos al bote mientras los remeros les saludaban. La gata los había seguido y en el momento en que el bote partía dio un gran salto y cayó dentro de él. Tuvieron que remar de vuelta para dejarla en tierra y retenerla con un remo mientras volvían a alejarse; se quedó en el muelle, dando estrepitosos maullidos, tal como cuando llegaron.

La tripulación del barco interrogó a los cazadores en tono jovial sobre los resultados de la cacería.

—¿Cazaron algo?

—No —dijeron Carsten y Carl de un modo que descartaba más preguntas.

—Y tú, ¿cazaste algo con tu cuchillo?

Bjørn suspiró profundamente.

—No —dijo.

—No —dijo Carsten—, la verdad es que, como cualquier persona razonable sabe, nunca sucede nada en este mundo. Ante toda nueva situación imaginamos que ha llegado el momento de que algo suceda. Pero nunca pasa nada. Sin embargo —agregó—, él recibió un beso de la anciana.

—¿Recibió un beso? —preguntó el capitán, inexplicablemente emocionado.

—Sí, un beso —dijo Carsten.

—¿Recibió un beso de Lahula? —volvió a preguntar el capitán.

—Sí —dijo Carsten, y se echó a reír.

El capitán caminó hacia la borda, miró en dirección a la tierra y luego regresó.

El brandy tardó en hacerle efecto a Bjørn, pero ahora se dejó sentir de golpe y súbitamente el joven se echó a llorar como un niño. Los otros dos, en quienes el brebaje de Lahula había tenido un efecto reparador, al hacerles olvidar en parte las frustraciones de ese día, se sintieron sorprendidos e incómodos; sonrieron condescendientes y decidieron ayudarlo a acostarse. Bjørn se apartó de ellos

con pasmosa energía.

—No —dijo—. No bajaré mientras pueda ver aquella luz.

Carsten comentó que esa luz le resultaba melancólica.

—Sí, melancólica —dijo Bjørn—. Sí, la más triste del mundo. La luz de una prisión. ¿Y qué clase de ladrones fuimos nosotros? ¿Qué clase de ladrón he sido yo que no fui capaz de liberarla?

—¿De liberarla? —dijo Carsten.

—Sí, con seguridad ella esperaba eso de mí —continuó Bjørn todavía muy emocionado—. Debí traérmela. Quería venirse con nosotros. Quería saltar al bote con nosotros.

—No, esa fue la gata —dijeron.

—Muy bien, entonces era la gata —dijo Bjørn—. Vosotros mismos lo oísteis —agregó de pronto volviéndose hacia ellos—. El gato macho se comió a los gatitos, porque no quería que hubiera ningún otro gato en toda la península.

»Ahora están allí sentados —dijo y se dio la vuelta para mirar hacia tierra—. Aquel hombre fuerte a quien su pasión por Lahula convirtió en un prodigio de fuerza. Esto fue lo que oímos esta mañana: catorce años atrás, cuando ella bajó a la aldea, él, que hasta entonces había estado medio dormido, subió a la montaña y mató su primer oso. Y esto sucedió porque ella posee una voz de tal naturaleza que puede cantar ciertas canciones que incitan a los hombres a cazar osos. Y a danzar y a salvar a las víctimas de un naufragio; pero ahora él tiene una pierna de palo y ya no puede cazar osos. Y nadie más debe hacerlo. Y está allí, sentado en silencio y vigila a la bruja que se ha vuelto casi tan silenciosa como él, como si le hubiera cortado las cuerdas vocales.

—¿Es él quien la vigila a ella? —dijo Carsten riendo—. ¿Podría ser él el celoso y no la bruja?

—No, no es la bruja —dijo Bjørn—. La palabra celos no figura en el diccionario de las brujas. El demonio le ha garantizado que es todopoderosa. Y él está sentado allí mirándola, y toda su fuerza se concentra en sus ojos, y su cuerpo se reduce al tamaño de un dedo.

—¿Él, del tamaño de un dedo? —repitió Carsten.

—Sí, en realidad no es más grande que eso, porque es un hombre desgraciado —dijo Bjørn.

—¿Entonces quizá es ella la grande?

—¿Grande? —dijo Bjørn y se quedó un momento pensativo. Había recuperado el control de su voz y luchaba por mantenerse tranquilo y sereno—. En el almacén de mi abuelo se veían muchos murciélagos colgados del techo. Parecían muy pequeños. Pero al abrir las alas, crecían. En otros países hay murciélagos enormes. Así son las brujas. No hay nada más inocente en el mundo que una bruja.

Los otros le preguntaron por qué sabía tanto sobre brujas.

—Sé tanto gracias a la decadencia de la familia de mi padre. Su tatarabuelo fue un ministro muy preocupado por la caza de brujas, y en cierta ocasión hizo quemar a una. Me dijeron —continuó lentamente— que obligó a los hijos pequeños de la condenada a permanecer de pie frente a la pira para que aprendieran la lección.

—¡Oh, entonces eso lo explica todo! Me pareció que estaba muy atenta cuando dijiste tu nombre. No se puede esperar que albergara buenos sentimientos hacia un miembro de tu familia, y no es de extrañar que quisiera que te devorara un oso.

—No, no fue así —dijo Bjørn—. Debo decirles que la familia de mi madre ha subido de posición, pues mi abuelo materno era el mejor fabricante de escobas de Bergen. Sus escobas eran famosas en toda Noruega. Muchos de sus clientes eran ancianas. Y ahora —gritó Bjørn— ella no tiene escoba; debí haber traído una para dársela.

A los demás les pareció que esto ya era demasiado.

—Sin embargo —dijo Bjørn de pronto—, sin embargo, esos dos están en mucha mejor posición que otras personas. Ellos tienen allí al oso, el único oso de mi vida. Solo ellos lo poseen.

—¿El oso que no cazaste? —preguntó Carsten.

—Sí, ese —dijo Bjørn.

—Bueno, pero, ¿y la balada? —preguntó Carl—. ¿Quién va a escribirla?

—Pues, ese es el problema —dijo Bjørn.

EL SEGUNDO ENCUENTRO

LORD BYRON iba camino a Grecia. Su barco, el *Hércules*, ancló en la bahía de Génova. Dos veces se embarcó, creyendo que ya no volvería a pisar el suelo de Italia, pero las dos veces un temporal de viento o una calma chicha le hicieron volver a tierra. Había despedido a sus acompañantes y estaba solo en la Casa Saluzzo, que se hallaba vacía...

Sobre la mesa, ante él, se apilaban facturas y cuentas por pagar de la expedición a Grecia. Le parecía que las circunvoluciones de su cerebro, obligadas a enfrentarse con tales asuntos, estaban gastadas y en carne viva; deseoso de darles un descanso y para aligerarlas de su contenido, vagó con su pensamiento de un tema a otro y por fin terminó fijándolo en los animales que había tenido durante su vida. Estuvo sentado en ese salón palatino italiano en compañía de perros muertos en Inglaterra veinte años atrás.

Su viejo mayordomo, que permanecía en la casa, pero se había quitado la suntuosa librea para trasladar los muebles que debían venderse o ser enviados, vino a decirle que en el vestíbulo había un hombre que quería verle. Lord Byron no deseaba ver a nadie y el anciano salió llevando este mensaje, pero después de un rato hizo una segunda aparición e informó a su amo de que el visitante continuaba en el recibidor, en el mismo lugar en que antes se hallaba la estatua de Apolo que se había llevado.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Lord Byron.

—Milord —respondió el mayordomo—, ¡es idéntico a vos! Es tan grande el parecido que, si estuviera de pie en la puerta al fondo de la habitación, y vos caminarais hacia él, creeríais que yo había puesto allí vuestro espejo de cuerpo entero.

—Luigi, nunca ha sido un buen augurio encontrarse con su doble —dijo Lord Byron—. Y por lo que sé, un encuentro conmigo no ha sido nunca afortunado para nadie. Sin embargo, ya que me ha venido a buscar en el momento de mi partida, y tal vez tenga algo que decirme, lo recibiré.

El visitante, a quien el sirviente dejó pasar, hizo un saludo desde la puerta y avanzó por la larga habitación, envuelto en su gran capa, casi sin hacer ruido, y se volvió a inclinar dos veces ante el asiento del amo de la casa. Miró a Lord Byron con ojos claros y penetrantes, pero no dijo nada.

—¿Os produce alguna satisfacción —dijo Lord Byron después de una pausa— pensar que ahora podéis decir a los demás que me habéis visto?

—Excelencia —dijo el desconocido—, ¿no os acordáis de que ya nos encontramos en otra ocasión?

—¿Vos y yo? —preguntó Lord Byron—. ¿Dónde?

—En Malta —respondió el hombre.

—Entonces debió de ocurrir hace mucho tiempo —dijo Lord Byron.

—Han pasado catorce años —dijo el hombre— desde aquellos dulces días de verano y aquellas noches de luna llena en Malta.

—Si no se es un rumiante por naturaleza —dijo el poeta—, y yo no lo soy, rumiar resulta desagradable, hace erupcionar y deja un sabor amargo en la boca. ¿Por qué razón debería recordar las noches de luna llena en Malta de hace catorce años?

—No habléis con tanto desprecio de algo tan sagrado como un segundo encuentro, milord —dijo el hombre—. Una noche de luna llena en Malta tuve el honor y la suerte de salvar la vida a su excelencia.

—¡Mi vida! —dijo Lord Byron—. Una cosa digna de ser salvada. Hoy necesito distraer mi mente

¡Por el amor de Dios!, volvamos a aquella remota noche de Malta. Y ya que la relación entre vos y yo parece haber sido algo fuera de lo común, decidme vuestro nombre y el papel que jugasteis en mi vida. Sentaos. Cuando un hombre comienza a hablar de sí mismo no puede hacerlo precipitadamente.

El desconocido aceptó y se sentó con dignidad y elegancia.

—Me llamo Giuseppino Pizzuti —dijo—. Pero en los pueblos de Italia, en los que soy muy conocido, me llaman Pipistrello. Mi oficio es el de director de un teatro de marionetas.

»Soy oriundo de Malta y por mis venas corre una variada mezcla de sangres. Mi abuela alegaba que la suya era árabe y de la más noble estirpe, ya que descendía de la sultana Sherezade, que endulzó las noches del sultán con sus ojos, sus labios y sus relatos. Con el correr de los años una doncella que llevaba mi sangre fue seducida por un caballero normando, cuyo nombre bien pudo ser Byron, y gracias a esta aventura amorosa tengo el honor y la suerte de parecerme a su excelencia.

»Mi madre quiso ser monja, pero su padre la obligó a casarse con un vecino adinerado, y yo fui el último de sus trece hijos, nacido tardíamente en su vida. Yo también quise ser sacerdote, pero después de morir mi padre tuve que dedicarme al trabajo de la granja. Sin embargo, el amor a Dios fue siempre lo más importante para mi madre y para mí. No apartábamos los ojos de Él, y nuestra principal preocupación fue cumplir siempre con su voluntad. A veces esta tarea nos pareció difícil, pero nunca la abandonamos.

—Comprendo vuestra posición —dijo Lord Byron—. Durante la guerra de la península, la tripulación de un pequeño navío fue capturada por un viejo corsario del cual solo sabían que se llamaba Lambro, que era muy poderoso, casi podría decirse todopoderoso, y que luchaba por uno de los bandos beligerantes, aunque no sabían por cual. Como esto era un asunto de vida o muerte para ellos, decidieron averiguarlo.

»«Hablemos con gran devoción de uno de los bandos, cantemos su himno y luzcamos sus colores, y al día siguiente hagamos lo mismo con el bando contrario —dijeron—. Que al hacerlo así, sabremos, por el premio o el castigo que nos den, de qué lado está Lambro.»

»A nosotros, pobres mortales, nos sucede exactamente lo mismo en esta pequeña isla que llamamos nuestra tierra, Giuseppino. Debemos ir haciendo pruebas para saber qué parte del universo apoya a lo que llamamos Providencia, y así, ponernos de parte del más fuerte. Es una empresa interesante, aunque personalmente dudo de la exactitud de los resultados. Pero continuad con vuestro relato.

—Llegasteis a Malta a bordo del *Townshend* —dijo Giuseppino—. Erais un gran caballero que venía de Inglaterra y a quien, según me habían dicho, yo me parecía. Vuestro criado en Malta se hizo amigo mío, y por él me enteré de vuestra riqueza, del castillo que poseéis en vuestra patria, y la brillante perspectiva de vuestro futuro porvenir. Comprendí que había tropezado con uno de los favoritos de Dios Padre, tan bien provisto, con tanta suerte en todos los sentidos que sin duda debíais ser el niño que Él sentaba en sus rodillas. Era el deber de los demás y también el mío, por parecerme a vos, velar para que el plan de Dios se llevara a cabo. Me costó llegar hasta vos aunque tal vez nunca me visteis. Y cuando supe que vuestra vida estaba en peligro me dije a mí mismo: «Esto no puede suceder porque nuestro Padre lo tomaría a mal. Más vale que muera yo, que aunque estoy hecho con el mismo molde, es obvio que no siente ninguna predilección por mí».

—Ese fue un pensamiento muy noble —dijo Lord Byron— y difiere mucho del rencor que en mí han suscitado algunos agravios. Por ese solo sentimiento, Pipistrello, debería sentirme en deuda con vos. ¿Pero cómo probar su autenticidad? ¿Cómo supisteis que mi vida estaba en peligro?

—Todo sucedió así, milord —dijo Pipistrello—. En un lugar de la montaña donde solía apacentar mis cabras, conocí a tres hermanos orgullosos y vengativos, que se habían refugiado allí porque en el pasado infringieron gravemente la ley. Tenían una hermana menor cuyo nombre era Marianna, una

chica bonita, que a veces se quedaba con su madre en la aldea y a veces iba a ver a los hermanos para llevarles provisiones y noticias. Milord, no sé si recordáis haber puesto los ojos en esta doncella, y que concertasteis con ella una cita nocturna en el bosque.

—Ahora que lo mencionáis —dijo Lord Byron—, creo recordar a una dulce jovencita de grandes ojos negros a quien encontré una o dos veces cerca de la bahía en Valetta.

—Me enteré de este asunto por mediación de vuestro criado —dijo el director del teatro de marionetas— y decidí que no debía realizarse tal encuentro, pues los hermanos de la doncella os cortarían el cuello u obligarían a vuestra gente a pagar un alto rescate por vos. Resolví ocupar vuestro puesto. Hice que vuestro criado os transmitiera un mensaje en que la muchacha aplazaba la cita hasta unos días más tarde; del criado conseguí vuestras ropas y el caballo con el que os habíais paseado por el lugar. Creo que pocas personas, al dedicarse a cumplir la voluntad de Dios, tienen la mente puesta únicamente en Él, y no negaré que mientras cabalgaba en dirección a vuestra cita, aparte de sentir que cumplía la voluntad divina, mi corazón también albergaba un cierto orgullo y placer por ser durante algunas horas, aunque mi vida estuviera en peligro, el verdadero Lord Byron.

»Caí prisionero de los tres hermanos, pero la joven me delató al gritar que yo no era el noble caballero inglés, sino Giuseppino, el de la aldea. Al oír esto uno de ellos quiso matarme, pero los otros se echaron a reír y decidieron cobraros un modesto rescate por lo que vos estimarais que valía la vida de vuestro impostor. ¿Recordáis que se os hiciera tal petición, excelencia?

—Me parece recordarlo —dijo Lord Byron—, y que hice pagar el rescate por medio de mi criado a esos bandidos de la montaña. Pero ahora explicadme si en esta aventura pudisteis descubrir, al ser premiado o castigado, de qué lado estaba nuestro viejo y todopoderoso Lambro, cómo era su carácter y cómo eran sus gustos.

—Soy yo quien debe recibir una explicación, milord Byron —dijo Pipistrello—. Ese es el motivo por el que he venido esta noche. ¿Qué es lo que salvé cuando salvé vuestra vida?

—Hasta ahora —dijo Lord Byron— me habéis regalado catorce años, sea esto una bendición o una maldición. Digamos que si yo hubiera muerto en Malta, en la relativa inocencia de mi juventud, habría ido al paraíso; en tanto que ahora, debido a mi conducta durante estos catorce años, iría a otro lugar; ¿no os hace esto sentirnos responsables? En todo caso hoy me habéis contado una historia interesante que habría recibido la aprobación de vuestra ilustrísima antepasada.

Pipistrello movió la cabeza.

—No, no daría aún su aprobación, pero lo hará antes de que me retire. Esa es la razón por la que he venido. Después de eso no volveremos a encontrarnos nunca más.

—Permitidme que os ofrezca una copa de vino —dijo Lord Byron—. Ahora que vuelvo a pensar en el asunto —añadió después de que hubieran bebido— podría decirse que yo compré vuestra vida. Ese soberano que vuestros amigos los bandidos aceptaron de mi parte, ¿para qué sirvió?

—Mis amigos los bandidos —dijo Pipistrello— me regalaron entre risas vuestro soberano. Con él comencé mi teatro de marionetas, que desde entonces ha prosperado: ha servido para mantenernos a mi madre y a mí y me ha hecho famoso en Italia. Si hubierais ido a ver mi teatro, sabríais lo que comprasteis, pues he transformado en relatos todo lo que me ha sucedido desde entonces. Esa ha sido mi vida. Debo deciros —continuó— que al aceptar vivir y tomar el soberano, perdí el derecho a gozar de una vida verdaderamente humana. A partir de ese momento su armonía fue la armonía de un relato. Por cierto que es una gran ventura poder transformar los acontecimientos en historia. Tal vez es la felicidad más perfecta que un ser humano puede alcanzar en la tierra. Sin embargo, al mismo tiempo, y de un modo inexplicable para los no iniciados, es una desgracia y hasta puede convertirse en una maldición. Durante estos catorce años he llegado a poseer un profundo conocimiento de la

historia y de todo cuanto le concierne.

»Pero, vuestra señoría, decidme lo que he venido a averiguar: ¿qué salvé cuando salvé vuestra vida?

—¿Qué salvasteis al salvar mi vida, mi querido Juerguista? Acabáis de decirlo hace un momento: habéis salvado catorce años.

—Aunque viera catorce botellas de vino en una repisa —dijo Giuseppino—, de todos modos preguntaría al dueño de la bodega qué es lo que tiene allí.

—Supongo que ya sabréis algo acerca de estos catorce años de mi vida —dijo Lord Byron—, se ha hablado de ella más de lo que vuestro humilde servidor merecía y más de lo que hubiese deseado. En algunas botellas hubo buen vino, en otras veneno, en algunas acíbar y otra contenía lágrimas. ¿Habéis venido a hacer un inventario de la bodega de mi experiencia? Se hará. He bebido vino bueno y auténtico, en compañía de amigos no tan auténticos... Besos, charlas, discusiones, viles calumnias y triunfos baratos. Cabellos grises en mi cabeza, una triste desconfianza en los hombres, compasión por las mujeres. ¿Con qué más podría complaceros?

—Es verdad que he venido a hacer un inventario —dijo Giuseppino—. He venido a reunir materia prima y a darle unidad a eso que vos llamáis vuestra bodega. Vengo a convertirlo en un relato. Esa es la finalidad de este segundo encuentro. Es la piedra angular, el paréntesis que se cierra para dar así unidad al contenido.

—Son muy pocas las personas que deseo ver por segunda vez —dijo Lord Byron—. Hay otras que me inspiran miedo y temor, otras simplemente me disgustan. Jamás pensé que seríais vos quien contaría mi vida.

—¿Conocéis la historia de Alí Babá, que tiene una trama tan excelente que es un modelo y ejemplo de relato? —dijo Pipistrello—. Os la repetiré por si la hubierais olvidado.

»Alí Babá, que no es más que un vulgar e ingenuo hombre de Bagdad, sin tener conciencia de que su nombre servirá de título a un cuento, se va al bosque con su asno y con toda inocencia se pone a cortar leña; ni siquiera se le ocurre la idea de un relato. Los cuarenta ladrones y su capitán llegan donde está él sin verlo ni enterarse de su existencia. Alí, que prefiere evitar ese encuentro, hace lo que puede por eludirlo; suelta su asno en la espesura y se sube a un árbol para que los ladrones no lo vean. Cuando todos los elementos de la historia se han unido, y esta ya toca a su fin, los cuarenta ladrones y su capitán llegan a casa de Alí. No quieren ser vistos y cada uno se esconde dentro de un saco. Entre el primer y el segundo encuentro transcurre el relato; si el segundo encuentro no se hubiera producido, el relato no existiría. He transformado el cuento de Alí Babá en una obra de teatro perfecta.

»Hay otra historia con un segundo encuentro que también quisiera adaptar al teatro —continuó diciendo—. Sin embargo, es una historia tan grandiosa, su señoría, que hasta ahora me ha faltado coraje para llevarla a cabo. Os la relataré tal como yo la veo.

»Habréis leído sobre la primera congregación cristiana de Jerusalén, y de cómo vivieron juntos en paz y amor fraterno, con la sagrada Virgen como madre de todos. Más adelante habréis leído sobre el día de Pentecostés, cuando todos estaban reunidos y desde el cielo descendió un estruendo como de un poderoso vendaval que llenó toda la casa —para lo cual podría poner una máquina especial entre bastidores—, al mismo tiempo que las lenguas de fuego se posaban sobre cada uno de los apóstoles —para lo cual habría que idear un efecto especial de iluminación—. En ese momento, cada apóstol, al recibir la palabra del Espíritu comienza a hablar en varias lenguas, y los hombres de diversas naciones, que vivían en Jerusalén, van hacia ellos: todas mis marionetas forman una muchedumbre y se sienten confundidos porque cada hombre oye hablar en su propio lenguaje. Partos, medos,

cretenses y árabes, desconcertados y dudosos se gritan unos a otros: “¿qué significa esto?”

»Milord, esos doce hombres fuertes, que alterarán el orden del mundo, caen ante el poder del Espíritu de rodillas en el polvo y algunos se golpean la frente contra las piedras. Milord, solo una graciosa y delicada figura se mantiene serena en el momento del huracán. La Virgen permanece inmóvil, con el rostro vuelto hacia lo alto y las manos cruzadas sobre el pecho. Estaréis enterado por las pinturas de que a partir del Viernes Santo la sangre se retira de su rostro. Ahora, vuelve a subir hasta sus mejillas en forma de leve rubor, y recobra el aspecto de una doncella de quince años. En voz baja —usaré a mi mejor soprano— exclama: “¿Eres tú, Señor? ¿Eres tú después de estos treinta y cuatro años?”. Entre el lejano encuentro de esos dos y el reciente, se desarrolla la historia.

—Ya veo —dijo Lord Byron—, podría ser una magnífica escena: después de treinta y cuatro años vuelve el mismo viento divino que en aquella ocasión azotó el umbral. Una gran escena, Pipistrello.

—Milord —dijo Pipistrello—, ¡cómo la aplaudiría mi público!

—¿Pero cuál es la historia que habéis venido a crear aquí? —dijo Lord Byron.

—Esta —respondió el otro—: vos, que fuisteis la causa de muchas de mis especulaciones. Dios, Nuestro Señor, os lo ha dado todo: noble origen, riqueza, gran hermosura —perdonad que lo diga alguien a quien le han dicho que se os parece—, genio y fama. ¿Y qué os han proporcionado estos catorce años?

—¿Qué me han proporcionado? —repitió Lord Byron, lentamente.

—Una serie de pequeñas derrotas, cada una de las cuales llena de asombro al observador —dijo Giuseppino—. Podríais haber elegido libremente entre todas las mujeres de Inglaterra. ¿Por qué elegisteis una amante sin ternura? ¿Por qué fracasó vuestro matrimonio en todos sus aspectos? Cualquier hombre se habría sentido orgulloso de ser vuestro amigo, sin embargo, hoy no deseáis la compañía de nadie. Ya ha llegado el momento de nuestro segundo encuentro.

—¿Y cómo pensáis crear una historia con todo esto? —dijo Lord Byron.

—Lo he sentido en mis huesos que son como los vuestros —dijo Pipistrello—. Lo que ahora necesitáis para redondear los tristes detalles de estos catorce años es un estruendoso fracaso, pero del que no tengáis ninguna culpa. Es lo que daría unidad a los elementos dispersos.

Lord Byron comenzaba a cansarse con la charla de su visitante y deseaba volver a sus perros.

—Creo que es poco común que los pájaros agoreros lleguen a batir las alas en la misma cara de uno —dijo—. Un tirano os habría hecho ahorcar por vuestra audacia. Yo, al menos, podría echaros de mi casa.

—No tengáis una visión tan negra de mi profecía, milord —dijo Pipistrello—. En el futuro, este fracaso os brindará compensaciones.

—Ya lo sé —dijo Lord Byron—. Ahora me diréis que dentro de cien años los lectores de todo el mundo tendrán mis libros en sus estanterías y los cogerán con reverencia y fascinación. Ya me lo han dicho antes.

—Se han equivocado, milord, se han equivocado —dijo Pipistrello—. Dentro de cien años vuestras obras serán mucho menos leídas que ahora. Se llenarán de polvo en las estanterías.

—Eso no me importa —dijo Lord Byron.

—Sin embargo, un libro —dijo Pipistrello— será vuelto a escribir y vuelto a leer y cada año habrá una nueva edición que colocar en las estanterías.

—¿Qué libro será ese? —preguntó Lord Byron.

—*La vida de Lord Byron* —dijo Pipistrello.

Letras Nórdicas

Carnaval y otros cuentos recoge once relatos publicados tras la muerte de Isak Dinesen en 1962. Estos cuentos fueron escritos en diferentes etapas de la vida de la autora y muestran su amplia variedad de intereses literarios y personales, así como su magistral técnica. Algunos de estos relatos están entre los mejores y más originales de su producción, como por ejemplo «Caballos fantasmas» y «El oso y el beso». En Nórdica sentimos un aprecio especial por Isak Dinesen, pues su escritura nos parece llena de una honestidad e inteligencia que nos hacen recuperar el gusto por las historias bien contadas.

«Mi historia de amor con Isak Dinesen duraría mientras yo tuviera ojos para leer.»

ORSON WELLES

«Yo hoy hubiera sido feliz si el premio [Nobel] se hubiera concedido a esa maravillosa escritora, Isak Dinesen.»

ERNEST HEMINGWAY

«Su estilo fue único, el adecuado a una mente ingeniosa y compasiva.»

LAWRENCE DURRELL

«Al leerla, conocí esa seguridad sublime que solo un grandísimo escritor puede dar a un lector.»

CARSON MCCULLERS

«Los cuentos de Isak Dinesen constituyen uno de los conjuntos más originales de la literatura del siglo XX.»

JAVIER MARÍAS